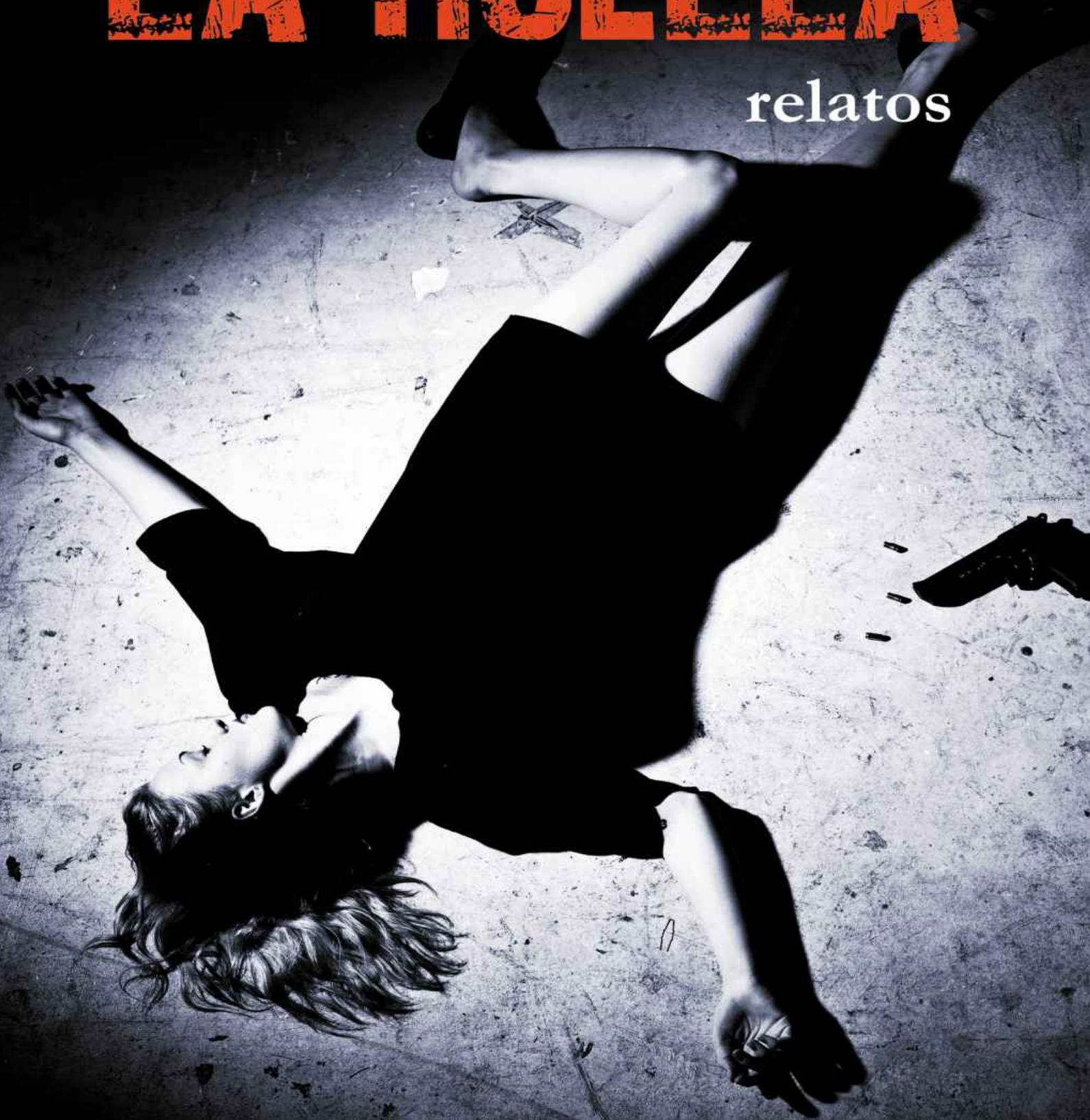


MIKEL SANTIAGO

LA HUELLA

relatos



LA HUELLA

Relatos

Mikel Santiago

LA HUELLA. Relatos

Primera edición de este recopilatorio: Junio de 2019

© 2019, Mikel Santiago

ISBN: 978-10-997463-7-6

Foto de Portada: iStock

Diseño Portada: Manuel Miranda

Unas palabras a modo de introducción...

Siempre he entendido la creación literaria como una especie de terapia. No sé cuáles son sus efectos exactos, ni siquiera estoy seguro de que sean muy buenos para la salud mental (eso de dejar salir los monstruos y que corran libres por tu imaginación), pero escribir es una forma de vivir y de organizar tu mundo interior, estoy seguro. Y por eso, al volver sobre lo que he escrito, me pregunto qué esconden esos personajes, esos temas, incluso esos nombres que vinieron a mí como espíritus salidos de la nada. ¿Eran algún tipo de mensaje desde las profundidades del lago?

Siempre he pensado que el protagonista de *Historia de un Crimen Perfecto* nació de la figura de mi padre. Un ejecutivo frío que es capaz de matar por salvaguardar su carrera. ¿Es una especie de reproche a un padre que quizás no estuvo presente todo el tiempo que yo hubiese querido? Es posible. Lo mismo que ese espectro monstruoso que persigue a Daniel en *Noche de Almas* ¿puede ser un mensaje sobre la culpabilidad y las personas a las que dañamos en la vida? Hay varios fantasmas persiguiéndome a mi también, al igual que la psicópata vengativa de *Escorpio. El Problema de Darby* podría representar una cura «ideal» para todos esos traumas y complejos que yo —como el 90% de la población— llevo arrastrando toda mi vida.

Sean lo que sean, tengan o no un simbolismo profundo, debes saber que estos relatos son el producto de un espíritu puro y auténtico de buscador. He abierto mi cabeza y he escrito exactamente lo que he encontrado ahí dentro, nunca he dejado de hacerlo. Ni cuando escribía relatos a entregas en mi blog semanal, para catorce lectores asiduos, ni ahora, que mis historias llegan a algunos más.

Así que ahí los dejo, libres y salvajes, esperando que toquen una tecla también dentro de ti. Que te produzcan un pensamiento, un sueño... O incluso una buena pesadilla.

¡Feliz lectura!

Mikel Santiago
Junio 2019

Historia de un Crimen Perfecto

Me llamo Eric Rot y escribo estas últimas líneas de mi vida para confesarme: soy un asesino.

Yo lo hice. La maté. Linda Fitzwilliam está muerta. Ni huida con su amante, ni jugando a esconderse para irritar a su familia, como apuntaron en su momento las revistas del mundo rosa. La hija del magnate John Fitzwilliam, mi jefe y amigo durante los últimos veinte años, murió estrangulada la noche del 13 de agosto de hace cinco años, en París. Esa es la verdad.

No espero el favor ni el perdón de nadie por esta confesión. Tan solo quiero explicar por qué lo hice, ponerlo sobre un papel antes de volarme la cabeza y descansar para siempre, si es que se me está permitido hacerlo.

Dejen primero que me presente, hablarles un poco de mí. Algunos me recordarán de las revistas y los periódicos. Además de ser el director general de la firma en Francia, actué como «enlace» y portavoz de la familia Fitzwilliam en París todo el tiempo en que duró el caso de Linda. Fui yo, de hecho, quien denunció su desaparición a la policía, cinco días después de matarla, con su cadáver aún caliente en el jardín de mi casa de La Vesinet. Todavía me parece increíble que pudiera hacerlo; interpretar aquel papel de tristeza y preocupación con mis manos aún manchadas de sangre. Pero, como todo lo demás en mi vida, siempre hago las cosas a conciencia.

Empecé a trabajar para la familia Fitzwilliam cuando solo contaba trece años de edad, como aprendiz en su sede central de la calle Archer, en Londres, limpiando y arreglando máquinas de escribir. Mi padre era electricista en la Westinghouse y mi madre vendía flores en un puesto de Covent Garden, y si bien aquel pequeño salario era de mucha ayuda en el presupuesto familiar, mis padres nunca permitieron que me desviara de mis estudios.

A los dieciséis años comencé cursos de contabilidad en una escuela nocturna y a los dieciocho ya había conseguido mi primer puesto en la oficina central; un trabajo modesto, pero al que me apliqué con todas mis fuerzas, que pronto se vieron recompensadas con un pequeño ascenso.

Ese ha sido el único talento de mi vida: trabajar y esforzarme. La única opción que le queda al hijo de un obrero si aspira a tener una vida mejor que la de sus padres. En aquellos días la compañía estaba en plena expansión y continuamente se convocaban exámenes de promoción interna a los que yo me presentaba con la voracidad de un joven tigre. Estudiaba por las noches hasta caer rendido sobre el escritorio, justo cinco minutos antes de que sonase el

despertador.

Así, a golpe de muchos esfuerzos, medré rápidamente y cuando rondaba los veintiocho años de edad fui elegido para dirigir uno de los nuevos departamentos nacionales, convirtiéndome en el ejecutivo más joven de la compañía. Aquello me convirtió en un personaje relativamente famoso. Incluso el gran patriarca Laurel Fitzwilliam me invitó a una recepción con ocasión del aniversario de la firma y aparecí en la portada de la revista interna de la compañía. Estaba encima de la ola, justo encima, y tenía las fuerzas suficientes para sostenerme ahí arriba; me lo había ganado.

Tres años más tarde fui destinado a Johannesburgo para representar los negocios de la firma en Sudáfrica. Allí, mientras prestaba mis servicios, trabé una buena amistad con John Fitzwilliam, el heredero de la compañía, quien desarrollaba allí sus primeras labores dentro de la firma. John y yo teníamos la misma edad y, pese a venir de una familia tan importante, era un muchacho agradable y honesto. Él me llamaba el «hombre serio» y yo le llamaba «el niño», nos hicimos buenos amigos y fuimos una gran ayuda el uno para el otro en aquellos días. Cosechamos grandes éxitos durante aquella gestión en Sudáfrica y cinco años más tarde regresamos juntos a Europa, él para casarse y heredar el imperio de su padre y yo para tomar posesión del puesto de director general de la oficina en París.

Desde entonces me convertí en uno de sus hombres de confianza. John solía invitarme un par de veces al año a su mansión de Oxford para tratar asuntos de la compañía, retornos al golf y dejar que me deleitara en sus amplios invernaderos, donde nació mi afición por la jardinería.

También, durante esas noches en sociedad, John me presentaba mujeres, casi todas amigas de Constantine, su esposa. Durante un tiempo me presionó mucho con el asunto del matrimonio. Era algo inconcebible para él que yo jamás hubiese mostrado ningún interés en las mujeres. Una vez, en Johannesburgo, llegó a preguntarme si tenía «otros» intereses, pero yo se lo aclaré rápidamente. Toda mi vida había girado en torno a la firma, jamás me había concentrado en otra cosa y no creía que a esas alturas una mujer encajase demasiado bien en mis planes. Sencillamente, siempre las vi como un auténtico estorbo.

Con la llegada de Linda y Adrian, los dos únicos hijos del matrimonio, John comenzó a dedicar más tiempo a su familia y a delegar más sus responsabilidades. Eso hizo que cada vez nos viéramos menos, aunque en absoluto hizo mella en nuestra amistad. John no comprendía mi falta de apego

a la familia y, a su vez, yo no comprendía que un hombre tan importante cambiara la gestión de su imperio por una serie de afectos domésticos, casi siempre destinados a tornarse ingratos. No obstante, continuamos una cordial relación. John me dio más responsabilidades sobre Europa y yo las abracé con la misma ilusión con la que lo había hecho siempre.

En los siguientes dieciocho años la firma creció de forma imparable. Cerramos grandes acuerdos con gobiernos de todo el continente y aglutinamos a otras empresas que antes habían sido nuestra competencia. Salimos a bolsa con un éxito arrollador y nos situamos en lo alto de una pirámide de oro. Fitzwilliam se había convertido en uno de los grandes grupos empresariales del mundo y John llegó a admitir, durante una de nuestras cada vez menos habituales partidas de golf en Oxford, que el éxito de la compañía se debía más a mis esfuerzos que a los suyos. Él era un hombre feliz —me dijo en aquella ocasión— amar a su mujer y criar a sus hijos era a todo lo que aspiraba en el mundo. «La compañía siempre fue algo impuesto para mí; nunca la amé como tú la amas, Eric. Tú deberías ser el Fitzwilliam, no yo».

Pero yo no era un Fitzwilliam y nunca lo sería. Uno debe saber cuál es su lugar en esta vida y luchar por mejorarlo en vez de mirar al jardín del vecino. Y eso es lo que yo había hecho desde los trece años. Amaba aquella compañía; era lo único que tenía en el mundo, y estaba consagrado a ella por completo. John lo sabía; casi me dejaba dirigirla mientras él vivía de los réditos de mi pasión. Así eran las cosas y supongo que era justo.

Mis padres murieron con solo unos años de diferencia y yo me quedé completamente solo en el mundo. Aunque esta era una sensación nominal, cuantitativa, pues yo no me sentía solo ni un día de mi vida. Me encantaba despertarme por las mañanas, ya en mi gran casa de campo de La Vesinet, ya en mi pequeño apartamento de la Defense, y desayunar escuchando el informe de bolsa en la radio. Después, vestir un agradable traje de Saville Row —aún con el fino aroma de la tintorería impregnado en él— y tomar un coche a la ciudad mientras leía una selección de periódicos europeos. Subir las amplias escaleras de mármol de nuestro edificio, entrar por la puerta y saludar al portero, a los empleados que encontraba por el camino y al ascensorista. Llegar a mi despacho, mirar la ciudad a través del gran ventanal y sentarme en mi sofá de cuero mientras mi secretaria me informaba sobre las reuniones del día, el almuerzo, el café, la cena, de si tendría que coger algún avión, asistir algún evento social o si era el día de recibir un masaje.

Mi vida era un mecanismo bien engrasado. Un programa sin vacíos. Una

melodía perpetua de obligaciones que yo desempeñaba con la mejor de las sonrisas. Me encantaba mi trabajo, la deliciosa rutina de cada día en mi despacho, a bordo de un avión o sobre la mesa de un restaurante. El poco tiempo libre que me restaba lo invertía en mi jardín de La Vesinet, donde se iba desvelando un oculto talento por las flores.

Nunca necesité nada, ni nadie más. Pero, al parecer, esto no era suficiente para la cruel providencia. No era suficiente que un hombre solo deseara trabajar, cumplir con su labor, y disfrutar de un destino que se había ganado gramo a gramo. Los hados de la fortuna quisieron gastarme una broma macabra o, mejor dicho: quisieron castigarme. Tal vez porque me había atrevido a ser feliz con demasiado poco. Por eso me enviaron a Linda Fitzwilliam.

John me lo hizo saber por teléfono un día a finales de mayo del año pasado; Linda pasaría el año en París antes de ir a la universidad. Quería perfeccionar su francés y tener una aventura de bohemia antes de enfocarse en una rigurosa carrera de empresariales. Constantine y él confiaban en mí para que hiciese las funciones de un tío. «Encárgate de que no le falte nada» me pidió John. «Y vigíla un poco, ¿lo harás por mí? No me acabo de hacer a la idea de que mi pequeña princesa se marche del nido».

Yo acepté, ¿qué otro remedio me quedaba? Además de cuidar de su empresa, ahora tendría también que cuidar de su hija. Recuerdo que ese día, al colgar el teléfono, estaba realmente enfadado. Me dieron ganas de tomar el cenicero de mi mesa y lanzarlo contra el cristal de la ventana.

Linda llegó a París la primera semana de junio. Yo la recordaba como una niña pecosa y parlanchina que no hacía más que hablarme mientras yo trataba de jugar al golf en el *green* familiar de Oxford. Pero aquella mañana de junio, cuando la vi entrar en mi despacho comprendí cuánto tiempo debía de haber pasado desde aquellos recuerdos.

Linda se había convertido en toda una mujercita. Tenía un bello y largo cabello dorado que le caía en bucles sobre los hombros, dos preciosos ojos verdes y un cuerpo bien esculpido heredado de Constantine, que había sido una gran bailarina en su juventud. Reconozco que me quedé embobado por unos instantes, mirándola brillar bajo el sol de la mañana. Fue como si una ráfaga de viento entrase por mi ventana después de haber acariciado un campo de flores.

Linda se lanzó entre mis brazos y me besó en las mejillas. «¡Tío Eric!» dijo, tal y como solía hacerlo. «Hace tanto tiempo que no te veo... Pero estás igual, exactamente el mismo... Aunque te han salido unas pequeñas canas» dijo

riendo como un cascabel.

Aquella tarde, almorzando en un café junto a los Campos Elíseos, consiguió hacerme reír con aquellos viejos recuerdos de Oxford, que ella había guardado mucho mejor que yo (hasta los trajes que su padre solía prestarme «porque yo siempre parecía venir de un entierro») y, por primera vez en mi vida, me olvidé de mi agenda para disfrutar de la compañía de una bella criatura. Ahora me doy cuenta de que fue aquella misma tarde cuando comencé a enamorarme de ella.

Lo arreglé todo para instalarla en un buen apartamento del barrio Latino, puse a su disposición un chófer (que ella se negó a utilizar, ya que no era nada bohemio) y le di una tarjeta sin límite de crédito a cuenta de la empresa. Hecho esto, le hice prometer que al menos una vez por semana me llamaría para contarme qué tal le iba. Ella accedió a hacerlo con entusiasmo; me dijo que era absolutamente feliz.

Después nos separamos por un tiempo. Asuntos de la firma me hicieron trasladarme a Hamburgo durante un par de semanas y nos despedimos hasta pronto. Durante ese viaje me sorprendí recordándola a menudo. Su imagen se colaba entre mis últimos pensamientos del día, aparecía por sorpresa entre mis informes o me hacía perder el hilo de una reunión.

Cuando volví a París, Linda estaba ya sumergida en la vida estudiantil de la ciudad: fiestas, amigos... Pero nunca faltaba a su cita semanal conmigo. Solía aparecer por la Defense los días en que mi agenda me permitía llevarla a almorzar. Al principio la llevaba a un café que había junto al edificio, pero después, a medida que nuestras citas fueron más habituales, nos alejamos de la zona. No me gustaba pensar que aquello pudiese levantar rumores equivocados entre los siempre suspicaces empleados... ¿Pero estarían acaso equivocados? Yo lo justificaba todo diciéndome que aquella era la misión encargada por su padre: «Vigíla» me dijo, y eso era lo que hacía. Aunque en el fondo, como siempre ocurre, estaba la verdad. Soñaba con poseerla. Era un sentimiento irrechazable, superior a todas mis fuerzas. Y sobre todo nuevo. Jamás en mi vida había sentido tal atracción por una mujer. Soñaba con sus labios brillantes, con el olor a champú de su cabello, con su cuello y su piel de leche. Soñaba con sus piernas, con sus senos, soñaba con besar cada lunar de su cuerpo.

A medida que pasaban las semanas, empecé a pensar que Linda también sentía algo por mí. Supongo que sus señales eran obvias, pero después de una vida entera renegando de los asuntos del amor yo estaba tan ciego como un

topo. Tuvo que ser ella la que destapara la caja de Pandora. Y lo hizo con una malvada sutileza. Un día, mientras tomábamos un café después de almorzar, me confesó que había conocido a un chico, un pintor bohemio que vivía en una buhardilla al estilo de los artistas malditos, y que se había enamorado de él.

Mientras lo contaba, yo sentí que se me secaba la garganta y que un dolor horrible se abría paso en mi pecho. Jamás me habían roto antes el corazón, así que pensé que debía estar muriéndome por alguna razón. Tal vez un veneno en la comida, o un ataque. Entonces ella me tomó de la mano y me preguntó si estaba bien. Yo traté de recomponerme. Pedí algo de beber. Dije que había sido un ligero malestar. Después pedí la cuenta y dije que debía marcharme de inmediato.

Nos levantamos de la mesa y salimos por la puerta del bistró. Llovía a raudales y nos quedamos debajo del toldo esperando a que algún taxi parase. Entonces ella se dio la vuelta y se plantó frente a mí con la mirada fija en mis ojos. Me dijo que todo había sido una mentira; que no se había enamorado de ningún pintor. Lo había hecho para verme reaccionar... Porque en realidad era yo su único amor. «Te he amado desde siempre, tío Eric. He soñado contigo cada noche desde que era niña... Y por eso estoy aquí, en Francia. He venido solo para estar a tu lado».

«Supongo que el amor comienza cuando una persona te hace olvidar quién eres». Y eso fue exactamente lo que me ocurrió en aquel momento, recién salido de un dolor desdichado, al escuchar aquellas palabras tan dulces. Me olvidé de quién era yo. Eric Rot, el hombre de la firma, el amigo íntimo de John Fitzwilliam. Y también de quién era ella, una niña de dieciocho años, posiblemente cautiva de un amor platónico. Y, por último, olvidé las implicaciones, olvidé el futuro, y la besé en los labios, bajo la lluvia, mientras nos fundíamos en un abrazo.

*

Mi vida había sido un largo otoño, una larga monotonía avivada con pequeños éxitos, una melodía perfecta pero monocorde. Y entonces el verano llegó a París. Llegó ella con su vestido de flores y su pintalabios sabor a caramelo. Llegó la música. Nuestra loca aventura.

Comenzamos a vernos los fines de semana, en mi casa de La Vesinet. La primera noche que pasamos juntos se fundieron todas las cadenas de mi cuerpo. Al día siguiente, cuando me desperté con ella abrazada a mi cuello y sus rizos esparcidos por mi pecho, terminé de aceptar que la amaba. Jamás podría decírselo a John; nuestro futuro estaba condenado nada más comenzar,

pero en aquel momento, viendo su precioso cuerpo refugiado en el mío, fui capaz de olvidarlo todo.

Seguimos viéndonos en secreto durante aquel verano, siempre en mi casa de las afueras o alguna vez en los jardines públicos de la Bonnet, a medio camino de su tren. No me atrevía a citarme con ella en público, incluso en una gran ciudad como París, aunque ella constantemente renegaba. Deseaba irse conmigo al Loira, a Caen... Viajar a Holanda, pasar un fin de semana en otro lugar. Le expliqué que eso era imposible. Cualquier tropiezo o imprevisto y nos veríamos metidos en un gran problema... ¿Es que deseaba que su padre se enterara de todo? Ella a veces decía que le daba igual. «¿Y qué más da que lo sepa? Ya soy mayor de edad y tú eres un hombre soltero, ¿qué hay de malo en nuestro amor?» Nada, pensaba yo, no había nada de malo en amarse, pero la sociedad no perdonaría un crimen tan jugoso. Sería el fin de mi carrera y un pequeño escándalo de juventud para ella. Y siempre que discutíamos este aspecto terminábamos en la misma pregunta: ¿qué futuro nos esperaba entonces? ¿Vivir recluidos entre cuatro paredes? ¿Amarnos en secreto hasta... Cuándo? Yo nunca sabía contestar a eso.

Pero la respuesta vino sola. Ocurrió a finales de septiembre, coincidiendo con una visita de John y Constantine a París. Fue un tanto embarazoso tener que mentirles, pero lo hicimos admirablemente, comportándonos como un tío bonachón y su sobrina. Sin embargo, el teatro duró poco. Esa noche, durante una cena en el restaurante de la Ópera, Linda comenzó a sentirse mal. Dijo que tenía unas horribles náuseas y se levantó apresurada para ir a vomitar. John pidió explicaciones al chef, que le aseguró que la comida estaba en perfecto estado. Pero Linda volvió a vomitar por segunda vez y terminamos llevándola a una clínica del centro. Allí, después de realizarle unas cuantas pruebas, el doctor le confió a John y a Constantine que Linda estaba embarazada.

*

¿Cómo había podido ocurrir? Supongo que ninguno de los dos éramos precisamente unos expertos... Y el error que yo tanto había temido terminó llegando. John entró en furia en el pasillo de la clínica, me cogió de las solapas y me preguntó qué demonios había ocurrido. ¡A mí! Por un segundo creí haber sido descubierto, pero entonces Constantine le contuvo y John me pidió perdón, me dijo que había necesitado encontrar un culpable, y no se podía imaginar lo cerca que había estado de lograrlo.

Supe después que esa noche, en la intimidad de su suite, John le preguntó a Linda por el padre del niño y que Linda le mintió. Le dijo que había sido un

pintor que había conocido en una fiesta, y que ahora se encontraba lejos de Europa, terminando un cuadro. John insistió en que debían encontrarle, pero Linda se inventó que aquel chico jamás dejaba sus señas antes de irse.

Al día siguiente John me ordenó que contratase un detective y que diera con el muchacho, «costase lo que costase». Linda se quedaría un mes más en París y después de eso volvería a Londres y allí decidirían qué hacer con el niño. Y, por supuesto, el asunto de su embarazo debía quedar en absoluto secreto. La prensa rosa estaría encantada de dar con una noticia semejante y teníamos que andarnos con cuidado.

Constantine se quedó una semana más en París y Linda y yo quedamos incomunicados. No había medio alguno para hacerle llegar un pequeño mensaje a Linda sin arriesgarme a ser descubierto. Durante esos días encontré un detective. Un hombre de aspecto siniestro llamado Riffle que comenzó a revolotear por todos sitios haciendo preguntas. Riffle volvió a mí al cabo de una semana y me preguntó qué clase de relación tenía yo con Linda. Habíamos sido vistos en varios lugares juntos y se preguntaba si yo podría ser una fuente de información adicional. Supe, por su mirada, que me había descubierto. Ignoraba cómo, pero cuando Riffle me miró con aquellos profundos ojos de color negro, sentí que leía a través de mis pensamientos. Al cabo de una semana le despedí y contraté otra agencia, esta vez con órdenes precisas de centrarse en el muchacho desaparecido. Reutilicé las mismas mentiras que Linda le contara a Riffle. Era un chico mestizo, de madre francesa y padre argelino; de nombre Benjamín y sin apellido; había vivido en Marsella muchos años y recientemente se mudó a París, a algún lugar del barrio Latino. Ahora se hallaba en paradero desconocido, aunque había razones para pensar que fuera algún lugar de Tailandia, pintando un cuadro para un mecenas anónimo. La agencia de detectives se frotaba las manos ante lo que prometía ser una larga investigación. Les pedí presupuesto para seis meses. Supuse que John y Constantine se olvidarían del asunto pasado este tiempo.

Constantine regresó a Londres y yo no perdí ni un minuto para citarme con Linda en La Vesinet. Fue una tarde horrible. Ella estaba muy alterada después de pasarse una semana oyendo las lamentaciones de su madre, y yo estaba nervioso, temiendo que alguno de los detectives, que yo mismo había contratado, nos descubriera. Según la vi no supe cómo reaccionar. Ella se lanzó entre mis brazos, pero yo me sentía como una estatua de hielo. Fue como si de pronto hubiese despertado de un sueño y me hubiese dado cuenta de lo estúpido que había sido todo ese tiempo. Linda era solo una niña. Una niña

enojada con sus padres, «los odio» me dijo «no quiero volver a verlos nunca más»; y sobre todo una niña asustada, que se deshizo en lágrimas sobre mi camisa preguntándose qué sería ahora de su vida. Al parecer, John había sugerido el aborto, pero Constantine se había negado en redondo a esa idea. La madre de Linda había planeado que el niño nacería, pero que sería dado en adopción.

Después de unos momentos de pánico, tomé a Linda por los hombros y le dije que no llorase más, que pasase lo que pasase lo arreglaríamos. Recuerdo ver su sonrisa resurgiendo entre las lágrimas nada más oírme. «Dime que no me abandonarás» me rogó. «Haré lo que tú desees, pero prométeme que seguiremos juntos». Yo se lo prometí, titubeando y sin demasiada convicción, pero se lo prometí. Debía tranquilizarla, hacerla confiar en mí, o de lo contrario confiaría en alguien más. De pronto me sorprendí a mí mismo actuando con la frialdad que acostumbraba a hacerlo en los negocios. Fue como una pequeña y rápida revolución en mis sentimientos. Y Linda se convirtió en un problema a resolver. Un problema que requería creatividad e inteligencia.

Antes de despedirnos aquella noche le hablé de los detectives y le aconsejé que extremara las precauciones. Le dije que sería mejor esperar unos días para volver a vernos. También repasamos la historia del pintor por si debía repetirla de nuevo, y me cercioré, una vez más, de que no hubiera confiado a nadie nuestro pequeño secreto. Ella se enfadó un poco. Me dijo que nadie, ni sus mejores amigas, sabía nada de lo nuestro o del embarazo. Hecho esto la dejé marchar con la promesa de vernos el viernes siguiente en una cena organizada por la compañía.

La semana pasó en un suspiro. Tuve que volar a Hamburgo y pasé allí un par de días arreglando unos asuntos legales. Regresé el jueves a última hora y me encontré un mensaje de Linda en el contestador automático de mi casa de La Vesinet. Se la veía muy contenta. Me decía que «había tenido una gran idea» y que deseaba verme al día siguiente, durante la fiesta, para contármela. Borré el mensaje inmediatamente y me quedé algo preocupado por esa «gran idea» de Linda. Estuve a punto de llamarla, pero opté por no hacerlo. Me bebí dos copas de coñac mirando la televisión y después me metí en la cama. Los asuntos en Hamburgo iban viento en popa y bien engrasados. Pensando en ellos logré apartar de mi mente el temor de que Linda hubiese cometido (o estuviese a punto de cometer) alguna estupidez.

*

Nos vimos al día siguiente, en una cena de caridad que la firma organizaba todos los años. Linda apareció vestida como una princesa. Entallada en un conjunto plateado y tocada de perlas y finos diamantes. Además de eso, estaba triste, y la tristeza le confería un aire de hermosura inalcanzable que hechizaba el aire por donde pasaba. Cuando entró en el comedor del Excelsior algunos invitados me preguntaron quién era y no me creyeron cuando les dije que aquella muñeca, que parecía una estrella más en la noche de París, tenía solo dieciocho años. A mí también me costaba creerlo.

Durante la cena, sentada en la mesa presidencial, algunos jóvenes ejecutivos perdieron el tiempo tratando de deslumbrarla con sus anécdotas. Linda estaba en otra esfera y apenas conseguían arrancarle una forzada sonrisa o una educada contestación sin interés. Yo me fijé en ella disimuladamente. Apenas tocó la comida; se dedicó a beber y a responder alguna pregunta sobre su estancia en París. Y de vez en cuando la sorprendía mirándome con los ojos brillantes y grandes como los de un gato mirando a la luna.

Después de la cena, la fiesta se trasladó al ático del Excelsior y yo estuve muy ocupado durante la primera hora, saludando y haciendo presentaciones. Sobre la medianoche encontré a Linda junto a la barra de cócteles, soportando el abordaje de un joven diplomático portugués. Con una vaga disculpa logré liberarla de su esforzado pretendiente y la llevé a tomar algo de aire a la terraza del rascacielos. París rugía a nuestros pies, incendiada de luz, y una suave brisa nos acariciaba el cabello.

—Huye conmigo. Vayámonos juntos —dijo Linda—. No quiero volver a Londres.

Había bebido y se le notaba en la voz. Sonreí mirando a nuestro alrededor. Le pregunté qué locura era aquella.

—He hablado con papá y mamá esta tarde. Se lo dije.

De pronto el corazón me dio un vuelco. Traté de mantener la compostura.

—¿Qué les dijiste? —pregunté.

—Les dije que no quería volver con ellos, someterme a sus malditas órdenes. Les dije que me iría con mi amante, con el padre del niño. Tengo dieciocho años y puedo elegir. ¿No es cierto?

Comenzaba a darme cuenta del problema en el que me había metido.

—¿Les dijiste quién era... El padre? —pregunté con voz trémula.

Ella se rió.

—Oh, claro que se lo dije... El pintor, Charlie... ¿No lo recuerdas?

Entonces se acercó y me susurró:

—Te amo, Eric. Huyamos juntos. ¿Lo harás? Dime, ¿lo harás?

La fiesta murmuraba a mis espaldas. Una gota de sudor brotó en mi sien derecha. Ahora me quedaba claro que ese problema era demasiado importante como para seguir posponiéndolo con promesas. Había que resolverlo cuanto antes.

—Sí... —respondí—. Quiero irme contigo... Pero quiero que sea ahora. Vayámonos ahora.

—¿De veras? —preguntó entusiasmada.

Miré hacia los lados y asentí. Una idea se iba formando en mi cabeza a la velocidad de un rayo.

Linda me preguntó a dónde pensaba llevarla y le dije que conocía un sitio en el sur de España, que tenía una pequeña propiedad en una colina llena de naranjos que daba al mar Mediterráneo. Podríamos instalarnos allí por un tiempo.

—Pero, ¿esta noche? —volvió a preguntar, incrédula.

—¿Hay mejor momento? —respondí yo—. Tengo ganas de tomarme un largo descanso. Y tú ya no haces nada aquí en París.

—Ve a la calle y coge un taxi —continué—. Que te lleve a tu apartamento; yo iré a buscarte dentro de una hora. No hables de esto con nadie, ¿de acuerdo? Nadie debe saberlo.

Nos despedimos allí mismo. Linda no cabía en sí de su alegría. Yo trataba de atemperar mis nervios ante lo que estaba a punto de hacer (¿lo iba a hacer realmente?). Y volví a la fiesta en busca de una buena copa. Me introduje en una de las muchas conversaciones que se sucedían y traté de comportarme con toda la naturalidad del mundo. Hablé largo y tendido con uno de aquellos jóvenes ejecutivos que la compañía había mandado recientemente a París y sobre la una de la madrugada me despedí con el argumento de que había sido una larga semana. Cogí un taxi frente al hotel. En el garaje de mi apartamento en la Defense tenía un BMW aparcado que a veces utilizaba para desplazarme a la oficina. Lo arranqué y salí hacia el centro. A esas horas de la noche apenas había tráfico. Volé y en media hora estaba en el barrio Latino.

*

Linda bajó vestida con unos vaqueros y con una gran mochila al hombro. Se montó y me besó en los labios.

—Tengo que pasarme por La Vesinet para recoger algo de ropa —le dije—. Después pondremos rumbo al sur.

Conduje deprisa. Linda me hablaba de nuestro futuro en España. Me hacía

preguntas sobre la casa. ¿Miraba al mar? Estaba segura de que seríamos muy felices, y más cuando naciera el niño. Yo conseguiría algún trabajo, y ella también podría trabajar... Algo saldría.

Llegamos a La Vesinet y tomé la precaución de aparcar el coche en el garaje. Linda me preguntó si debía esperarme allí y yo le dije que pasara a la casa. Me ayudaría a elegir la ropa que debía llevarme.

Subimos al salón y le preparé una copa. Se la dejé apoyada en la mesita que estaba frente al televisor y ella se sentó allí, de espaldas al resto de la casa. No paraba de hablar, y oírla planeando nuestras vidas, el nacimiento del bebé, la habitación, los juguetes... Era una auténtica tortura. Cada palabra que surgía de su dulce garganta era como un aguijón que se me clavaba en las piernas y frenaba mis intenciones.

—¡España! ¡Soy tan feliz! Nunca hubiese imaginado que terminaría viviendo en España.

Pero una fuerza aún mayor me empujaba. Me repetí a mí mismo que no había otra salida; tarde o temprano aquella muchacha terminaría cometiendo un error o, sencillamente, descubriéndonos. Aquella era una oportunidad única para acabar con aquella sombra que amenazaba mi vida, y no podía fallar.

—Esta noche podemos parar en algún lugar del sur. ¿Qué te parece Burdeos? ¿Está muy lejos?

Fui a la cocina y me apoyé en la puerta. Tenía que decidir cómo hacerlo. Fui revisando diferentes objetos a mi alcance: un largo y afilado cuchillo, un martillo... Me imaginé la sangre saliendo a borbotones por la herida, regando alfombras, cortinas... Finalmente opté por estrangularla. Sería limpio, insonoro. Tenía un rollo de cable que había utilizado para extender la línea telefónica hasta el pasillo. Recorté un buen trozo con unas tijeras y me enrollé un extremo en cada mano. Tiré de él con fuerza y me dirigí al salón. Linda tenía la cabeza apoyada en el sofá y los ojos cerrados. Me oyó venir y sonrió. Estiró los labios y esperó a que la besara.

Yo rodeé su fino cuello con el cable. Ella sonrió aún más y abrió los ojos.

—¿Una sorpresa? —me preguntó, creyendo tal vez que estaba abrochándole un collar al cuello.

Tiré hacia atrás, imprimiendo una violenta presión en el cable. Vi como Linda abría los ojos, sorprendida por aquel alud de fuerza y dolor. Se echó las manos al cuello, tratando de liberarse del cable. Abrió la boca mientras lo hacía, como si quisiera decirme algo.

Comenzó a agitar sus piernas y elevó sus manos hacia mi cara, pero yo

logré esquivarlas mientras mantenía el cable bien tenso entre mis manos. Oí sus famélicos estertores que parecían el aullido de una hiena. Un sonido absurdo, inimaginable.

Al cabo de un minuto Linda dejó de moverse y descansó finalmente. Yo solté el cable y su cabeza rodó hasta posarse en la almohada del sofá. Le cerré los ojos, pero no pude hacer lo mismo con la boca. Esta se fue cerrando lentamente al cabo de los siguientes minutos.

Me había herido las manos manteniendo el cable en tensión. Me maldije por aquel tonto error. Podría haberme puesto unos guantes de cocina y así evitar una herida tan visible. Fui a por un botiquín y me apliqué algunas vendas y esparadrapo. Después volví al salón.

Estaba exhausto. Me eché en el sofá y me tomé un par de copas mirando a Linda. Se diría que estaba dormida de no ser porque sus piernas habían quedado dobladas en zigzag y sus manos abiertas y en tensión.

A través de la ventana se veía el resplandor del amanecer iluminando el cielo. Descarté cualquier intento de enterrarla aquella noche. Podría hacerlo el sábado de madrugada, bien descansado y al amparo de la oscuridad. Hasta entonces, lo mejor sería dejarla en algún sitio fresco y oculto.

La arrastré hasta el garaje y la envolví en una vieja alfombra. Después coloqué algunos sacos de fertilizante sobre el bulto. Supuse que no comenzaría a oler hasta pasados un par de días. Cerré la puerta del garaje por dentro y volví al salón. Cepillé a fondo el sofá y las alfombras, eliminando cualquier pequeño pelo que pudiera haber quedado atrapado allí.

Los pájaros habían comenzado a cantar cuando terminé. El sol se asomaba tras las montañas. Subí a mi habitación, me bebí una última copa y me tumbé en la cama. Pensaba que no podría dormirme en un buen rato, pero sorprendentemente, nada más cerrar los ojos concilié el sueño.

Me desperté al mediodía del sábado y en los primeros segundos de mi consciencia se apoderó de mí una sensación horrible. Pánico mezclado con culpabilidad y con miedo. Me eché a llorar como un niño y por primera vez fui plenamente consciente de que había sesgado no una, sino dos vidas con mis manos. Ideas desesperadas cruzaron por mi mente. El suicidio, entregarme... Pero finalmente surgió esa voz en la que siempre he confiado, la que siempre ha sabido guiar mis pasos con seguridad desde que era un niño. Y aquella voz me dijo: has resuelto el problema. Esa muchacha hacía peligrar todo el esfuerzo de estos años. Hiciste lo correcto.

Pasé el resto del día fuera de casa, tratando de recobrar el equilibrio. Fui al

centro de jardinería y compré una pala nueva y bolsas de plástico. Volví a casa al anochecer y decidí ver la televisión hasta que se hiciese muy tarde. Puse el canal de noticias. No decían nada sobre Linda. Era probable que nadie la echase en falta hasta dentro de un tiempo, quizás una semana o dos. En ese caso tendría que ser yo quien diera la voz de alarma. Yo era quien solía verla cada semana y quien se suponía al cargo de ella, vaya ironía. Calculé cuánto tiempo sería lógico esperar hasta comenzar a preocuparme por ella. Quizás tres o cuatro días llamándola y sin recibir respuesta. No debía precipitarme. Debía actuar con naturalidad, sin levantar demasiado ruido al principio. Diría que Linda me confesó sus planes de huir junto con su misterioso amante. Si era cierto que había amenazado a sus padres con hacerlo, entonces el asunto estaría resuelto.

A eso de las dos de la mañana salí al jardín trasero y me cercioré de que nadie andaba por los alrededores. Después elegí un buen sitio, junto a una rocalla rodeada de pequeños pinos, y comencé a cavar. Jamás hubiera imaginado lo que cuesta cavar una tumba. Tardé algo más de tres horas en hacer un buen agujero. Cuando terminé, el sol estaba comenzando a resplandecer en el horizonte. Con mis últimas fuerzas arrastré el cadáver hasta allí y lo dejé caer en el hoyo. Después de volver a cubrirlo me senté en el césped, exhausto, mirando aquel montón de tierra húmeda. Tenía las manos llenas de ampollas y un fuerte dolor en el lumbago. Por lo demás, me sentía liberado por haber terminado el trabajo. Decidí que al día siguiente plantaría unas cuantas amapolas en el nuevo parterre.

Las cosas marcharon incluso mejor de lo que planeaba. El lunes siguiente a primera hora recibí una llamada de Constantine diciéndome que era incapaz de contactar con Linda. El viernes a la tarde habían tenido una gran discusión por teléfono y ella amenazó con fugarse en compañía de su amante. El sábado Constantine la llamó cinco veces y el domingo no menos de quince, incluyendo a dos amigas que no sabían nada de Linda, excepto que tampoco había respondido a sus llamadas. Le dije que no se preocupara. Seguramente se trataba de una pataleta y Linda acabaría llamando a casa en unos pocos días. Aún así, Constantine me rogó que me personara en su apartamento y tratara de hacerla entrar en razón, cosa que prometí hacer esa misma tarde.

Me presenté allí después del trabajo. Era uno de esos viejos edificios de los años cuarenta que aún abundan en la ciudad. Largas escaleras de caracol, suelos ajedrezados y un estrecho hueco aprovechado para instalar un pequeño ascensor. A pesar de haber sido el amante de Linda durante casi cuatro meses,

jamás había puesto un pie allí, de modo que no fue difícil fingirme desorientado. Toqué su timbre cuatro o cinco veces y después golpeé en su puerta llamándola en voz alta. La fortuna quiso que me oyera una de sus vecinas, una mujer ojerosa y de pelo enredado que apareció envuelta en un albornoz y con un cigarrillo en la boca. Le expliqué lo que sucedía y ella recordó haber visto a Linda el viernes a la tarde. Se la cruzó por las escaleras y creyó que era una actriz, por lo bien vestida que iba.

Le agradecí la información y le rogué que le diera un mensaje si volvía a verla: que llamara a su casa, pues sus padres estaban muy preocupados por ella.

—¿Ha desaparecido? —preguntó la mujer cuando ya me disponía a marchar escaleras abajo.

—Aún es pronto para decir eso —respondí yo.

—Es una muchacha preciosa, un ángel —dijo la mujer apoyándose en el marco de la puerta—. Las muchachas bonitas corren peligro en este mundo.

—Ciertamente —dije yo.

—Espero que esté bien. Maldito sea si alguien le ha hecho algo.

—Aún es pronto para...

—Maldito sea el que la haya dañado —repitió la mujer con sus ojos enrojecidos puestos en mí.

*

Llamé a Constantine nada más salir del edificio. Le dije que esperaría hasta la noche y volvería a intentarlo. Constantine se puso algo nerviosa; me rogó que la llamara en cuanto supiese algo. Se lo prometí. La tranquilicé diciendo que Linda aparecería en cualquier momento y se ganaría un buen sermón.

Pero claro, eso no ocurrió. Esa misma noche, sobre las once volví a llamar a Londres para informar de que Linda no estaba en su casa. Constantine perdió el control al oírme, comenzó a gimotear invadida por los nervios. Lo siguiente que escuché fue la temblorosa voz de John pidiéndome consejo. «¿Qué hay de los detectives?» me preguntó. «¿Cómo es posible que aún no sepan nada? Ese muchacho está en París, estoy seguro. Linda consiguió hablar con él de alguna manera, y ahora están juntos».

Le dije que era muy probable que así fuera y John me ordenó que presionara a los detectives para que entrasen en la casa y buscaran en las cosas de Linda; la dirección de ese muchacho debía de estar en algún sitio. También me anunció que él y Constantine llegarían a París al día siguiente por la noche.

Así que debía darme prisa. No iba a permitir que ningún detective entrara a

registrar el apartamento de Linda sin haberlo revisado yo primero. Mi nombre podría aparecer en cualquier sitio: un diario, un poema... Una nota. De pronto me di cuenta de que había muchas cosas fuera de mi control. Me faltó el aire por unos instantes, pero después volví a atemperar mis nervios.

La mochila que Linda había preparado para nuestro viaje a España seguía en el maletero del coche. El domingo me di cuenta de que había olvidado enterrarla con el cadáver y pensé en lanzarla al Sena cargada de piedras, alguna noche entre semana. Ahora, ese pequeño olvido jugaba a mi favor. En uno de los bolsillos de la mochila encontré las llaves del apartamento. Pero ¿cómo podría justificar tener esas llaves en mi poder? Aquello atraería sospechas sobre mí. Así que debería hacerlo furtivamente, aquella misma noche, no podía posponerlo.

Tenía en mente a esa vieja vecina con aspecto de loca. Era de esa clase de personas que se despiertan solo con oír pasos en la madera. Y después de nuestra conversación era muy probable que ni siquiera durmiera. En cuanto oyese la llave girar en la cerradura creería que yo era Linda y vendría a husmear. Tenía que hilar fino. No quería que esa vieja le contase a los detectives (y a la policía en un futuro no muy lejano) que me había visto entrar en el apartamento de Linda.

Me fui a dar una larga vuelta con el coche. Salí de París, cené en un restaurante de carretera y leí el periódico del día con un largo café. Regresé sobre la una de la madrugada. La calle estaba tranquila y el edificio en penumbras. Subí las largas escaleras de caracol tratando de no hacer ruido, aunque la traicionera y vieja madera no dejó de crujir a mi paso. Al llegar al piso, miré a la puerta de aquella vieja vecina. Todo parecía en silencio. Conduje la llave con cuidado hasta la cerradura de Linda y la giré tratando de no hacer ruido. La puerta se abrió emitiendo un suave chirrido y me colé por ella.

La luz anaranjada de las farolas entraba en diagonal a través de la única ventana de aquel apartamento. Era un estudio de una sola pieza y bastante desordenado. Había ropa tirada sobre la cama, por el suelo, maletas abiertas... Supuse que a causa de la prisa que Linda debió de darse para preparar su mochila.

Tiré del cordón del estor y dejé que la luz de la calle iluminase lo máximo posible el apartamento. El escritorio estaba junto a la ventana. Sobre él encontré una foto de Linda (preciosa, en un vestido de noche, supongo que no mucho tiempo atrás), un ejemplar de *Las flores del mal* en francés y una nota

escrita a toda velocidad:

«Papá y Mamá: He decidido marcharme de París por una temporada. Por favor, no os preocupéis por mí. Estaré bien. Os llamaré en cuanto tenga un minuto. Os quiero. Linda».

Aquella nota me convenía, así que la devolví al escritorio y proseguí el registro. Revisé su ropa; una veintena de bolsillos donde todo lo que encontré fueron monedas, billetes de metro y pequeños pañuelos de papel hechos bolitas. Después miré entre sus libros (pocos) y cuadernos de la academia de francés. En uno de ellos, escrito de forma reiterativa, encontré la siguiente frase:

Le vrai amour c'est pour toujours

«El amor verdadero es para siempre».

«Te he querido siempre, tío Eric» me dijo una vez, sentados a orillas del Sena, un día en que nos atrevimos a salir de La Vesinet, «desde que era una niña y te veía llegar en aquel largo coche negro a nuestra casa de Oxford. No eras como los demás... Parecías tan apesadumbrado, triste... Como si llevases el mundo cargado sobre tus hombros... Y yo me preguntaba qué había en ese corazón que te apenaba tanto. Y soñaba con llevarle algo de luz, y de alegría... Siempre soñé con ello. Siempre».

Tenía aquel cuaderno aún entre las manos, con mi mente ahogándose en esos terribles pensamientos, cuando escuché, a mis espaldas, un ruido procedente de la puerta. Me quedé paralizado, casi sin respiración. Ni siquiera pensé en esconderme en el baño. Sencillamente me quedé inmóvil, quieto como una estatua en la penumbra de la habitación.

Los ruidos continuaron y pude escucharlos mejor. Eran dedos. Dedos que se arrastraban por la madera de la puerta, arañándola de arriba abajo. No me equivocaba. El edificio estaba en completo silencio. Era como si alguien clavase sus uñas a lo largo de la madera con fuerza, presa de una terrible angustia.

Me quedé paralizado, con el corazón latiendo a toda velocidad en mi pecho. ¿Quién podría ser? ¿Por qué? Recordé a aquella vieja vecina... Recordé su aspecto de loca, de maniática... y su maldición. «Maldito sea el que la haya hecho daño».

¿Es que había leído algo en mis ojos?

Despegué los pies del suelo y me acerqué a la puerta. Los arañazos se sucedían, cada vez con más fuerza. Arriba, abajo, como violentos brochazos de un pintor loco. Me acerqué aún más, pegué la oreja a la madera. Escuché una respiración al otro lado, una respiración asmática, suplicante, entre la que distinguía un susurro, como una oración ininterrumpida. ¿Qué era lo que decía? El ruido de sus uñas no me dejaba oírlo con claridad. Pegué el oído con más fuerza a la puerta. Era algo en francés... Algo como... *Le vrai amour c'est pour toujours*.

Entonces sentí un terrible golpe, un puñetazo dirigido contra mi cara que había ido a parar a la puerta. Me aparté aterrado y tropecé con una pequeña bolsa yendo a parar al suelo. Ahora, pensé, ahora vendrían a por mí. Ahora. Pero ¿quién?

Miré hacia la puerta, esperando a que se abriera. Una fina franja de luz se colaba por debajo ella. Ahora todo era silencio... ¿Se había ido? Pero de nuevo: ¿quién?

Me puse en pie y me acerqué otra vez. El ruido se había ido.

Esperé allí, sentado junto a la puerta durante un par de minutos. Después, cuando hube recobrado mis arrestos, me levanté y abrí la puerta de un golpe. El descansillo estaba desierto. Nadie. Supuse que habría sido un borracho o un bromista.

—¿Linda? —dijo la voz de aquella vieja a través de la puerta—. ¿Eres tú, Linda?

Salí corriendo escaleras abajo.

*

Al día siguiente llegaron John y Constantine a París. Para cuando les recibí en mi despacho de la Defense, los detectives ya habían regresado con un informe «de urgencia» acerca de Linda y de su misterioso pintor. Esa mañana habían registrado el estudio de Linda ante la presencia de un par de testigos (la casera y una vecina) y habían dado con la nota, que apuntaba claramente a un caso de fuga voluntaria. Además, ciertas fuentes del entorno artístico de París habían apuntado a un posible nombre para resolver la identidad del pintor: Charlie Badoo, que se hallaba de viaje por Tailandia desde hacía cuatro meses. Era la única persona que correspondía mínimamente con la descripción, a pesar de no llamarse Benjamín (aunque esto podía ser una invención de Linda, apuntaban los detectives). La agencia se había puesto en contacto con algunos corresponsales de Bangkok que ya le buscaban desde esa misma mañana. Por lo demás, nos aconsejaban activar un seguimiento de operaciones con las

tarjetas de crédito de Linda, cosa que yo ya había hecho para cuando sus padres llegaron a París.

John y Constantine, pese a mostrar cierta angustia, se sintieron aliviados al comprender que su hija se encontraba bien. El informe de la agencia terminaba con un alentador análisis de perfil del caso: el 90% de las fugas adolescentes se resuelven felizmente. En cuanto Linda entrase en razón contactaría con sus padres, probablemente para pedirles que la ayudasen a regresar a casa.

De todas formas, John siguió presionando. Ese mismo día almorzamos con importantes cargos de la policía francesa, y se llegó a un compromiso de activar cuantas fuentes de información estuvieran a su alcance para resolver el paradero de Linda. Irónicamente, lo primero que se activó tras de hablar con la policía fue la prensa.

La filtración fue total; se supo lo del embarazo y lo del pintor marsellés. El viernes siguiente, cuando se cumplía una semana de la desaparición de Linda, John me ordenó que denunciara oficialmente el caso y que me hiciera cargo de contener a la prensa, que comenzaba a revolotear alrededor de nuestra oficina de la Defense y el hotel Ritz donde se alojaba el matrimonio.

Esa misma tarde, a mi salida de comisaría, di una pequeña rueda de prensa explicando los detalles de la desaparición y lanzando un mensaje a las cámaras: le pedí a Linda que se pusiera en contacto con su familia y confirmara que se encontraba bien.

Al parecer no había otra noticia más interesante por aquellas fechas y el asunto de Linda tomó una relevancia que nadie había podido predecir. Tabloides, revistas rosas y programas de radio y televisión se hicieron eco de la «loca aventura juvenil» de la hija del magnate John Fitzwilliam. Se dio la coincidencia de que Charlie Badoo resultó ser también algo difícil de localizar. Al parecer, los detectives no lo habían encontrado en Bangkok y habían extendido su búsqueda por el resto del país. Esto dio alas a la imaginación popular. Cada día se pergeñaba una nueva teoría en las tertulias de radio y televisión: que ambos estaban escondidos en algún lugar de París; que habían viajado a Tailandia... Por no hablar de las decenas de pistas falsas recibidas en esas fechas y que aseguraban haber visto a Linda y a su amante en lugares tan dispares como Fez, Ginebra o Ámsterdam. Solo unos pocos apuntaron a la posibilidad de que el asunto tuviera un cariz siniestro. Entre ellos, aquel detective que contraté en primer lugar, el tal Riffle. Pasadas dos semanas, apareció invitado en un programa de televisión y expresó sus dudas de que Linda hubiera salido de París en ningún momento, y aún menos para

irse a Tailandia con un pintor que, según sus pesquisas, ni siquiera conocía. Según él, había algo «raro» en todo el asunto. Al parecer Linda tenía un amante, pero nadie, ni siquiera sus mejores amigas, le había visto jamás en su compañía. Era como si ella lo ocultase al mundo. ¿Por qué? La teoría de Riffle es que se trataba de una relación que su familia no podía aprobar. «Quizá un hombre más mayor que ella» añadió «quizá alguien de su entorno».

Aquellas declaraciones tomaron mayor relevancia cuando, finalmente, los detectives lograron dar con Charlie Badoo en una pequeña aldea del sur de Tailandia. El pintor dijo ni siquiera conocer el nombre de Linda Fitzwilliam. Había estado solo, aislado del mundo y concentrado en su obra durante los últimos meses. «¿Linda quién?» fue el titular la mañana siguiente en los tabloides: «Se confirma: Charles Badoo no es el amante de Linda Fitzwilliam», «La familia muestra su inquietud ante este nuevo descubrimiento», «Aumentan los rumores de que la historia del pintor sea una invención», «¿Quién es el secreto amante de Linda? ¿Por qué lo ocultó?». La pista falsa de Badoo terminó ahí (con una publicidad millonaria para el artista, que ese año vendió un 300% más en las galerías parisinas) y se abrieron nuevos cauces de investigación.

Ahora la atención se concentraba en el amante secreto de Linda. Su foto había sido publicada y al final ocurrió lo que me temía. Una empleada de la estación Gare de Lyon testificó a la policía que había visto a Linda varias veces durante aquel verano, tomando el mismo tren hacia las afueras de París los viernes por la tarde. Linda era una muchacha hermosa que atraía las miradas. Otro hombre, un empleado de los jardines públicos de La Bonnet, aseguró haber charlado con una chica «inglesa» del mismo aspecto que Linda en las inmediaciones de La Bonnet. Recordaba que la chica había sido recogida por un coche «caro» (gracias a Dios eso era todo lo que recordaba de mi BMW) conducido por un hombre del que no podía dar descripción. Salieron otros testimonios más vagos e imprecisos (algunos de ellos apuntando hacia La Vesinet), pero nada demasiado concreto. Además, por esas fechas, apareció una foto (tomada por un turista en una playa de Indonesia) en la que una «supuesta» Linda aparecía en segundo plano tomando el sol. La foto se desmintió al cabo de una semana y aquello terminó por hacer que el público desconfiara de tantas apariciones y testimonios.

Pasó el tiempo. Un mes después de que Linda desapareciera sin dejar rastro, la prensa acusó el desgaste de la noticia y comenzó a relegarla fuera de los titulares. John trató de reactivar el asunto ofreciendo una recompensa de

12.000 libras a quien pudiera dar alguna pista del paradero de su hija. Después de eso, regresó a Oxford junto con Constantine y me dejaron al frente del timón.

Fue un descanso para mí, que no había tenido ni un minuto libre desde que todo aquel asunto de la prensa comenzara. Cada día —desde que la imagen de Linda empezase a aparecer en los medios— había sido una pesadilla para mí; siempre esperando al dedo acusador, a la voz que se alzase para decir: ¡Era usted! ¡Usted era su amante! Pero eso no llegó a suceder y, ahora que otras noticias iban distrayendo la atención del caso, por fin pude relajarme y concentrarme en los asuntos de la compañía.

Habíamos logrado postergar los asuntos de Hamburgo por un tiempo, pero —incluso con una desaparición familiar por medio— los negocios no esperan a nadie, de modo que ese fin de semana decidí llevarme todos los informes a mi casa de La Vesinet. No había vuelto por allí desde que enterrara a Linda y estaba obsesionado con volver y comprobar que el cadáver seguía perfectamente oculto. Además, podría pasar un par de días de completa soledad, trabajando y ultimando detalles para nuestra próxima reunión.

Esa tarde, al salir del trabajo, conduje directamente hacia La Vesinet. En un programa de radio hablaban de un reciente conflicto entre China y los Estados Unidos, la recesión y otros asuntos de actualidad. El tema de Linda parecía olvidado.

Según salía de la autopista para entrar en la carretera regional observé un coche que venía siguiéndome. Era un viejo Citroën de faros amarillos que estaba seguro de haber visto detrás de mí al salir de la Defense, y que ahora parecía dispuesto a seguirme. Pensé que se trataría de algún *paparazzi* (habíamos tenido varios durante el mes que duró el asunto de Linda en el candelero) y traté de darle esquinazo a través de los laberínticos senderos de la zona. Me conocía bastante bien los caminos que unían las casonas de La Vesinet y le hice sudar la gota gorda para seguirme, pese a ello, el Citroën no se despegó de mí en todo momento. Finalmente, decidí destaparle y le esperé parado junto a mi casa.

*

El coche se aproximó con descaro y finalmente terminó parando detrás de mi coche, junto a la puerta de mi villa. Entonces decidí bajarme para resolver la cuestión cara a cara, pero según lo hice y reconocí a mi perseguidor sentí que la sangre de todo mi cuerpo bajaba a los talones: era aquel detective que yo había despedido un tiempo atrás, Riffle.

—¡Hola! —dijo acercándose a mí con una sonrisa en los labios.

—Hola —respondí sorprendido.

Riffle se acercó a paso firme y me tendió la mano. Se la estreché casi sin fuerza, tratando de entender qué hacía aquel tipo allí.

—¿Me ha seguido? —le pregunté.

—Sí —dijo él—. Y me disculpo por haberlo hecho. Quería hablarle al salir de su trabajo, pero se dio tanta prisa que no me quedó otro remedio que seguirle. ¿Vive aquí? —dijo señalando la villa.

Asentí.

—Es un lugar precioso —añadió él mirando el coqueto chalet—. Yo siempre he soñado con vivir en el campo, pero el trabajo de detective no da tanto dinero, ¿sabe? ¿Son geranios lo que tiene plantado ahí? ¿Son preciosos de veras! Yo debo conformarme con un pequeño tiesto junto a la ventana.

Por si no lo describí antes, Riffle era un hombre bajito, cejudo y con la mirada astuta y brillante. Lo contraté siguiendo la recomendación de un conocido que me dijo que era uno de los mejores detectives de París. Y en aquellos momentos, viéndole mirar hacia mi jardín, mi corazón comenzó a latir con agitación.

—Bueno... Pero, ¿qué desea? —pregunté, cortando tal vez con demasiada brusquedad las observaciones que Riffle se dedicaba a hacer sobre mis plantas.

Riffle sonrió y me observó en silencio, esperó unos segundos antes de contestar.

—Quería hacerle un par de preguntas sobre Linda. ¿Sabe? Estoy intentando ganarme esa recompensa de 12.000 libras. Me vendrían de maravilla ¿sabe?

—Lo comprendo... —suspiré—. En fin... Está bien... Estoy un poco ocupado, pero cualquier cosa es secundaria si se trata de este... Asunto. En fin... Usted dirá. ¿En qué puedo ayudarle?

Riffle no dejaba de mirar hacia la casa. En sus ojos fulguraba una idea.

—¿Podría invitarme a un vaso de agua? Vengo sediento.

—Yo... —titubeé—, ya le he dicho que estoy un poco ocupado.

Él me miró con esos ojos penetrantes que parecían leerle a uno como en un libro abierto. De pronto sentí que estaba poniéndome rojo, que estaba quedando en evidencia.

—De acuerdo, pase —terminé diciendo—. No quiero ser maleducado.

—Gracias —dijo él.

No me giré mientras abría la cancela ni tampoco mientras caminábamos por

el jardín, pero estuve seguro de que Riffle no perdía detalle de nada. Yo, por mi parte, evité girar el cuello para mirar al parterre de las amapolas, donde Linda estaba enterrada. Estaba seguro de que Riffle decodificaría una cosa así en cuestión de segundos.

Abrí la puerta y entré. La casa olía a cerrado. Oí como Riffle se limpiaba los pies en el felpudo y me seguía.

—Bonita casa, sí señor —dijo al llegar al salón.

Le invité a sentarse y fue a hacerlo al mismo sofá donde había ocurrido todo. Me alegré de haberlo cepillado hasta la saciedad, pero ahora me asaltaron las dudas. Temía los ojos de aquel tipo. Veían cosas más allá de lo que otros eran capaces.

—¿Agua... O prefiere un vino? —le pregunté desde la cocina.

—¡Un vino, si puedo elegir! —exclamó desde el salón.

Vi su redonda cabeza, calva por la coronilla, brillar bajo la luz de mi lámpara. Pensé en cómo le sentaría un martillazo. Seguramente reventaría como una sandía.

—¿No tiene usted esposa? —me preguntó entonces—. ¿Hijos?

—No. Nunca me casé —respondí con parquedad. Me imaginé que notaba la falta de fotografías familiares en la repisa de mi chimenea.

—Un hombre listo —bromeó él—. Yo en cambio me casé dos veces. Mi primera esposa me abandonó, la segunda sigue conmigo. No sé qué es peor.

Volví al salón con las copas de vino y las dejé sobre la mesa. Después tomé asiento en un sofá, a la derecha de Riffle.

—Ummm, parece un gran vino —dijo alzando su copa—. Brindo por el pronto regreso de Linda.

Yo alcé mi copa y bebí, pero Riffle no me siguió.

—En Francia da muy mala suerte no mirarse a los ojos en un brindis —replicó él.

Alcé la mirada y la clavé en él.

—Por Linda —dije. Y después bebí.

Riffle estaba muy cómodo allí sentado. Habló de mis cuadros, del color de mis paredes, del tamaño de las ventanas y de la calidad de las alfombras. Me di cuenta de que dejaba correr el tiempo mientras sus ojos recorrían cada esquina de mi salón. Estaba claro que había venido a buscar algo, una evidencia y, también, que era el número uno en su lista de sospechosos. Tal vez solo quisiera reventarme... Ponerme nervioso y hacerme tropezar. Decidí que no lo conseguiría. Si pasaba esa prueba, tal vez el tipo me dejase en paz.

Si en cambio fallaba... El maldito husmearía hasta encontrar el fallo —si es que lo había— de mi crimen perfecto.

Así que escuché y asentí cada una de sus frases, pero sin dejar de mirar el reloj, mostrándome razonablemente ansioso por despacharlo.

—Debe usted disculparme otra vez; siempre me voy por las ramas —dijo sonriendo, unos diez minutos después de nuestro brindis—. Yo había venido a hablar de Linda. Si le parece, podría responderme a algunas preguntas.

—Adelante —dije yo.

—Verá... Me gustaría saber qué tipo de relación tenía usted con ella.

—¿Yo? —respondí tratando de sonar sorprendido—. Ya se lo dije en su día. Digamos que su padre me nombró tutor de Linda mientras ella estuviera en Francia.

—Sí... Me lo dijo... Me lo dijo... —repitió Riffle rascándose la calva—, pero supongo que al final terminaron haciéndose amigos, ¿verdad? Ella solía almorzar con usted cada semana.

Riffle no podía saber que era cada semana. Supuse que estaba tratando de establecer algo por omisión. Lo impedí.

—No tan habitualmente, pero sí, es cierto que solía invitarla a comer de vez en cuando. Y claro que éramos amigos... Yo conocía a Linda desde niña.

Esto pilló a Riffle por sorpresa.

—¿Desde niña? Vaya ... No tenía ese dato —dijo.

—Oh, sí... —contraataqué—. Yo solía visitar su casa de Oxford varias veces al año, aunque hacía mucho que no iba por allí.

—Muy bien... Eso explica que se vieran tanto. Era una relación casi familiar.

—Más o menos.

—Y ella ¿le contaba cosas? Cosas de su vida en París, quiero decir.

—¿Cosas como sus relaciones? No... Nunca hablábamos de eso.

—¿Y de qué hablaban, señor Rot?

—Vaya... Pues de... Otras cosas. Su carrera de empresariales, por ejemplo. Ella me hacía muchas preguntas acerca de eso. Y... Bueno, de las típicas cosas que un adulto y una... Niña... Pueden contarse.

Noté que me estaba poniendo un poco nervioso.

—¿Le habló alguna vez de su amante?

—¿El pintor? No...

—Aún no se sabe si era un pintor realmente —estableció Riffle.

—Linda lo dijo.

—Pudo mentir. Mire, la semana pasada mantuve varias conversaciones con amigas y compañeras de Linda. Todas concluían que la muchacha estaba locamente enamorada de un hombre mayor que ella, del cual nunca desveló su identidad. De hecho, había rechazado a muchos y cotizados jóvenes de la vida nocturna parisina. Una de sus amigas me dijo... Espere...

Se sacó una alargada libreta de uno de los bolsillos. La abrió y buscó en una de sus arrugadas páginas.

—«Jean C. estaba loco por ella, pero Linda, sencillamente, le respondió que estaba enamorada de otro... Un hombre maduro con la cabeza sobre los hombros (...) A menudo le rogamos que nos lo presentara, pero ella dijo que era imposible. Nunca entendimos a qué venía tanto secreto».

Riffle cerró su libreta y me miró fijamente.

—¿Tiene alguna de idea de por qué Linda guardaría un secreto así incluso a unas amigas?

—No lo sé. Supongo que temía la reacción de sus padres. Admitamos que no es del gusto de nadie que una muchacha joven tenga relaciones con alguien mucho mayor.

—Pero ¿incluso a sus amigas? Debía ser algo más. Yo apuesto algo a que era un conocido de su familia, alguien cercano. Y que ambos habían pactado su silencio al respecto. ¿No cree, señor Rot?

—Puede ser —respondí tratando de parecer indiferente—. Es una teoría.

—Lo es. No deja de ser una idea... Pero ¿sabe?, siempre he tenido olfato para estas cosas. Y mi olfato me dice que Linda nunca se marchó de París porque estaba enamorada de un hombre que conocía bien. Un hombre cercano a ella, a su familia. Un hombre... Como usted.

Nuestras miradas se encontraron en el aire, como dos energías opuestas, y se sucedieron unos segundos de pura tensión. Después tomé aire, sonreí y respondí con tranquilidad.

—Podría enfadarme por esa insinuación, pero supongo que hace su trabajo y no lo censuro. El objetivo de todos es encontrar a Linda.

—Eso no responde a la pregunta.

—¿Qué quiere saber? Éramos amigos.

—¿Solo amigos?

—Era una amistad... Quizá algo más.

—¿Algo más? —preguntó Riffle sin poder ocultar cierta excitación en su voz.

—Quizás la veía como la hija que nunca tuve —respondí tratando de hacer

temblar mi voz—. Soy un viejo solitario y ella siempre me ha querido como a un tío. No le niego que su compañía me resultaba agradable. Verla crecer y encauzar su vida correctamente es todo cuanto deseo. Lo demás... Está sencillamente fuera de lugar.

Riffle se quedó callado unos segundos. Supongo que encajaba la respuesta, aunque no acabara de creérsela.

—De acuerdo, señor Rot... ¿Y cómo es posible que ella nunca le mencionara nada?

—En realidad lo hizo... —dije yo—, aunque de manera sutil. Supongo que temía que yo se lo contara a sus padres. Nunca entró en detalles... Hasta aquella última noche...

—¿La noche de la fiesta? —preguntó Riffle abriendo su libreta y empuñando un pequeño lapicero entre los dedos—. ¿Le dijo algo esa noche?

—Bueno... No mucho. La encontré llorando en la terraza del hotel... Había discutido con su madre esa tarde.

—Fue la última comunicación entre Linda y su madre, si no recuerdo mal.

—Así fue. Linda estaba desesperada porque su madre quería dar el niño en adopción. Pero ella quería tenerlo. Me dijo que su madre no podía obligarla a hacer algo que ella no quisiera... Me pidió consejo.

—¿Qué le dijo?

—No gran cosa, en realidad. Traté de hacerla entrar en razón: ser madre a los dieciocho años arruinaría su vida.

—¿Y?

—Ella me dijo que el padre tenía dinero y que ya lo habían planeado todo: se dedicarían a viajar un tiempo. Asia, Sudamérica... Y después, cuando sus padres entrasen en razón, quizá volviese.

—¿Le contó esto a la policía?

—Creo que sí.

—¿Pasó algo más?

—No... Bueno, sí. Yo traté de convencerla de que fugarse era una idea estúpida y Linda se enfadó conmigo, me dijo que actuaba igual que sus padres. Poco después abandonó la fiesta. Fue la última vez que la vi. Pensé que lo de la fuga sería un farol.

—Parece que se equivocó —sonrió Riffle.

—Me arrepiento de haberla subestimado. Tal vez si hubiera sido más comprensivo... Pero supongo que es tarde para lamentarse. En cualquier caso, creo que Linda terminará regresando.

—¿Lo cree?

—Sí... Firmemente. Linda es una muchacha inteligente. En cuanto se le pase el enfado volverá. Supongo que John y Constantine habrán cambiado su forma de pensar para ese entonces. Una familia con tanto dinero encontrará la forma de conseguir que Linda estudie y críe a su hijo al mismo tiempo.

—Espero que tenga razón —dijo Riffle cerrando su libreta.

Terminamos las copas de vino y Riffle dijo que debía marcharse. Le acompañé hasta la puerta de entrada. El atardecer estaba punto de completarse y el sol ya no lanzaba más que unos débiles rayos de color naranja contra el cielo de estrellas. Yo me sentía feliz. Haber convencido a aquel hombre me hizo sentir como saliendo de una tormenta. Ahora estaba libre de sospechas.

Atravesamos el jardín y Riffle volvió a pararse para alabar mis geranios, a lo que yo respondí que en realidad estaban muy estropeados porque llevaba unas cuantas semanas sin pasar por ahí. Fue entonces cuando me atreví a mirar al parterre de amapolas. Había deseado hacerlo todo el día; ver si la tierra se había secado y las flores brotado sobre ella. Pero lo primero que vi al mirarlo me conmocionó tanto que solté un pequeño e involuntario «Dios Mío».

—Veo que también se ha fijado —dijo Riffle, que seguía agachado junto a los geranios, dando la espalda al resto del jardín—, pero no se preocupe. Un insecticida lo arreglará. Aunque no debería descuidar tanto las plantas... Si yo tuviera un jardín así...

Riffle miraba hacia los geranios, pero yo mantenía los ojos fijos en el parterre. Allí, brotando de la tierra como una flor marchita, había aparecido una mano pálida como un rayo de luna.

—Dicen que los gladiolos también crecen muy bien en este clima. Yo tengo uno muy pequeño.

Traté de calmarme y pensar. ¿Cómo habría podido pasar? Tal vez un movimiento de tierra... Aguas subterráneas... Algo. Estaba medio abierta, con un par de dedos extendidos y los otros cerrados sobre la palma. Limpia de tierra.

¿Cuánto llevaría así? Pudo haber emergido el mismo día en que enterré a Linda... Pero yo recordaba aquel agujero. Me costó tres horas excavarlo... Aunque reconozco que volqué el cadáver con cierta prisa... Tal vez ese brazo se quedó extendido y puede que... Algo lo hiciese subir.

Pero lo primero y más importante era sacar a Riffle de allí, mandarlo a paseo antes de que quisiera fijarse en más cosas (Y, de hecho: ¿a qué venía aquella fijación con la jardinería? Tal vez buscase tierra removida... En forma

de tumba).

—Si no le importa, se hace tarde y tengo trabajo —dije, manteniendo la voz tan firme como pude.

Riffle volvió a disculparse. Se puso en pie y caminó hacia la salida. Yo iba detrás de él, casi empujándole, y entonces giró el cuello hacia Ese lado del jardín. Y se detuvo en seco.

—¡Demonios! —exclamó—. ¿Qué es eso?

Vi cómo se desviaba y caminaba en dirección al parterre.

«De acuerdo» me dije «me ha descubierto».

Riffle caminó hacia allí y yo aproveché para coger una piedra de las que decoraban el borde del sendero. Una gran piedra con forma de huevo. Con ella en la mano avancé tras él. Sería mejor esperar a que se agachase —lo haría si quería comprobar su descubrimiento— y entonces le reventaría la cabeza... Ya pensaría qué hacer con el cadáver más tarde.

Caminé en silencio tras él, mi brazo, en tensión, preparándose para asestar el golpe.

—¡Es la higuera más bonita que he visto en años!

Riffle se había quedado plantado justo delante del parterre, pero dirigía su mirada hacia las ramas de una higuera que crecía justo al límite de la propiedad.

—¿Puedo probar un higo? —me preguntó.

Yo escondí la piedra en mi espalda.

—Oh... Claro —respondí.

El detective robó un par de frutos de mi árbol sin fijarse en la mano que se surgía de la tierra a menos de un metro de él.

Después regresó donde mí y me ofreció uno. Yo le invité a que se comiera los dos. Cuando retomó el camino a la puerta, aproveché para deshacerme de la piedra con la que había planeado asesinarle.

—Gracias por recibirme y perdone las molestias —dijo al despedirnos en la puerta.

—No se preocupe —respondí—. Le deseo toda la suerte del mundo.

—Ojalá tenga usted razón y Linda aparezca algún día... Aunque ¿sabe qué? ... Yo tengo un mal presentimiento sobre este caso.

—Entonces, le recomiendo que sea más positivo —dije sonriendo, al tiempo que entornaba la puerta de madera.

Riffle dijo adiós con los dos higos metidos en la boca. Un minuto después, cuando su coche se hubo perdido más allá del final del camino, suspiré de

puro alivio.

Regresé al jardín. La noche había caído ya y una rodaja de luna iluminaba el jardín tenuemente. Según llegaba al parterre pensé que la mano habría quedado envuelta en alguna sombra pues no la pude ver en la distancia. Pero al llegar me di cuenta de que no estaba allí. Había desaparecido.

*

Me arrodillé y escarbé con mis manos entre la tierra. Arranqué varias amapolas y solo saqué piedras y un par de gusanos. ¿A dónde demonios había ido? Fui al garaje y regresé con una pequeña azada. Al cabo de media hora había levantado diez centímetros de tierra sin resultado. La mano —la mano por la que había estado a punto de golpear a Riffle con una piedra— no estaba allí. Comencé a pensar que tal vez todo había sido una jugada de mi imaginación.

Demasiadas presiones, eso era todo. Un mes entero esperando, cada mañana, a ser descubierto... Y aquella visita de Riffle, su tono acusador. Estaba claro; mi cerebro se había colapsado... El miedo había tomado el control de mis pensamientos, había tenido una alucinación. Me convencí de ello y después de arreglar el parterre y replantar las flores que había arrancado, regresé a la casa.

Cené frente a la televisión. Después me preparé una jarra de té y coloqué todos los informes del asunto de Hamburgo en el sofá. Comencé a leerlos sin apagar la televisión. No me apetecía estar en silencio aquella noche. Trabajé sin descanso durante tres horas y a eso de la una y media sentí que mis párpados se cerraban y decidí dejarlo hasta el día siguiente.

Subí escaleras arriba, al dormitorio principal. Afuera, el viento soplaba enfurecido y movía las ramas del árbol que crecía frente a mi ventana. La silueta de las ramas me recordó a la de unas manos largas y afiladas. Eché las persianas antes de acostarme.

Debieron pasar un par de horas. Una racha de viento me despertó. Fuera llovía a raudales y el viento agitaba los árboles y empujaba la puerta del jardín. Podía oír el golpeteo del cierre contra la madera.

Desvelado, pasé un rato mirando a las franjas de luz que se imprimían en el techo, esperando a que el sueño volviese a llamar a mi puerta, pero los acontecimientos del día desfilaban ante mis ojos como un carrusel. Así que encendí la lamparilla y saqué una vieja novela que guardaba en el cajón. Me puse a leerla esperando que el aburrimiento me hiciera dormir.

Llevaba una media hora leyendo cuando algo me hizo levantar la vista del

libro. ¿Había sido un ruido en la planta de abajo? Me pareció haber oído la puerta principal abrirse y volverse a cerrar. Pero no... Debía tratarse de otra cosa —seguramente una ventana mal cerrada. Devolví los ojos a la novela y seguí leyendo, aunque en el fondo solo miraba el libro y mis oídos seguían alerta porque estaba seguro de haber oído algo.

No tardé en escuchar más ruidos... Ahora en forma de crujidos en la escalera. Conocía bien el sonido de la madera nueva asentándose, y aquello no tenía nada que ver. Era mucho más parecido al sonido de unos peldaños aguantando las pisadas de alguien. De alguien que subía lentamente hacía mi habitación.

Pese a ello, yo seguía metido en la cama, mirando hacia la puerta. Recordé que tenía unas tijeras en el cajón de la mesilla, pero ni siquiera me moví para cogerlas. Estaba paralizado por el terror.

Afuera el viento azotaba la casa. La puerta del jardín golpeaba enloquecida contra el cierre y podía oírse una manta de agua cubriendo el cielo y regando los árboles, la hierba... Entonces, en un pequeño descanso que la tormenta quiso darse, escuché un sonido que procedía de mi puerta. Miré la manilla, pero esta seguía en horizontal. Aun así, alguien estaba haciéndole algo a la puerta. Era como si la acariciasen con los dedos. Podía oír el raspado de unas uñas recorrer la madera suavemente, describiendo curvas y círculos por toda la superficie de la puerta.

No tardé en recordar aquel episodio en el apartamento de Linda en París. Entonces creí que se trataba de un borracho... En esta ocasión, sencillamente, no podía explicármelo.

—¿Quién está ahí? —grité. —¡Tengo un arma!

Oír mi propia voz, histérica y temblorosa, me hizo reaccionar. Abrí el cajón y saqué las tijeras —unas largas y afiladas tijeras que uno de mis sastres de Londres me regaló en cierta ocasión— y las empuñé con fuerza.

Dejé el libro a un lado y, sin perder de vista la puerta, comencé a salir lentamente de la cama.

La tormenta había cedido levemente y ahora se oía mejor. Debían ser dos manos. Subían y bajaban por la puerta, dibujando curvas, círculos... Y entre el rumor de esas caricias, un susurro débil, incomprensible, algo que no alcanzaba a entender.

Ya estaba en pie. Me acerqué lentamente, dando un paso detrás del otro sobre mi alfombra persa.

Los dedos iban cada vez más rápido, imprimiendo más y más fuerza hasta el

punto de haberse convertido en violentos arañazos. Y el susurro se mantenía, como una oración, como un mantra, parecía la voz de alguien que se hablara a sí mismo.

—Escuche... Tengo un arma y estoy apuntando contra la puerta —dije, esta vez con un tono más firme—. Márchese inmediatamente o abriré fuego. Contaré hasta diez.

Los arañazos crecieron en intensidad. Ahora parecían diagonales e iban desde lo más alto de la puerta hasta casi el suelo... No podía concebir que una sola persona pudiera hacerlos... A menos que tuviera los brazos del tamaño de unas piernas.

—Uno... Dos... Tres... Cuatro...

Sacudidas. La puerta temblaba como si estuviera a punto de venirse abajo. Cogí las tijeras fuertemente con la mano derecha. Tomé la manija, la giré lentamente.

—Cinco... Seis... Siete... Ocho... ¡Váyase! ¡Voy a disparar!... Nueve...

Abrí la puerta de sopetón y me lancé a través de ella asestando puñaladas en el aire mientras gritaba como un loco. El pasillo estaba a oscuras. Mis estocadas no encontraban blanco alguno... Comencé a caminar por el pasillo, enviando la punta de mis tijeras adelante con toda la fuerza que era capaz. Entonces escuché una voz a mis espaldas.

Me giré hacia la oscuridad... Lancé mi brazo de abajo a arriba, con todas mis fuerzas, pero la punta de mis tijeras nunca llegó a su destino. Tardé un poco en darme cuenta de que me las había clavado en la parte anterior del muslo.

Aullé de dolor.

Aún con la tijera clavada en mi pierna busqué el interruptor de la luz. Encendí todas las luces que pude. Planta de arriba, escaleras, vestíbulo. Escruté cada esquina, cada rincón... Pero no había nadie... ¡Nada!

¿Y esa voz?

La herida de mi pierna regaba el suelo de sangre. Recordé haber guardado un pequeño botiquín en el baño de la planta baja. Cojeando y sujetándome en la barandilla de las escaleras bajé hasta allí y, después de encender hasta la última luz de la casa, me apliqué una gasa con esparadrapo, aunque la sangre seguía saliendo y deslizándose en grandes cantidades por mi pierna. Tenía que ir a un hospital cuanto antes.

Con gran terror regresé escaleras arriba, mirando hacia atrás y adelante cada segundo. Una vez en mi habitación me vestí a toda prisa y metí mis

papeles en un maletín. Después de eso bajé a la planta baja y eché todas las persianas. Recogí la basura, corté el agua y apagué el interruptor general.

Saqué el coche del garaje. Cerré el portón con esfuerzo, ya que el viento azotaba la casa como nunca. Después caminé bajo la lluvia hasta la puerta del jardín. No pude evitar fijarme en el parterre, pero todo era normal allí. Saqué el coche de la casa y me apeé una última vez para cerrar el portón del jardín.

Entonces, entre las maderas de la puerta, vi cómo se encendía la luz de mi habitación, en la planta de arriba, y cómo una silueta se recortaba a través de la persiana.

Entré en mi coche y pisé a fondo el acelerador, tanto que casi me estrello contra una farola del camino. La tormenta había enfangado todo y en varias ocasiones estuve a punto de salirme de la carretera, pero al final logré tomar la autopista. Solo entonces me di cuenta de que llevaba las mandíbulas en tensión y que me había roto un empaste.

Llegué a un centro de emergencias de las afueras de París media hora más tarde. El enfermero que me curó la herida insistió en recetarme unos calmantes. Yo traté de convencerle de que solo había sido un accidente doméstico, pero no me creyó. Me dijo que descansara sobre una camilla mientras me relajaba y que después podría llamar a la policía si lo creía oportuno. Pero no lo hice...

*

Pasaron seis meses. Nunca volví a la casa de La Vesinet.

A finales de marzo, John y Constantine grabaron un vídeo para la televisión en el que volvían a rogar a Linda que se pusiera en contacto con ellos, «al menos para aliviar la horrible incertidumbre que los estaba destruyendo». En este anuncio se les veía demacrados. El cabello de John había encanecido y Constantine parecía veinte años mayor de lo que era. Junto con la nueva misiva se elevó la recompensa hasta 30.000 libras.

En abril John vino a París antes de embarcarse en un viaje a Tailandia. No fue una visita de negocios. Había venido para reunirse con algunas autoridades del país y recibir algunos informes de la Interpol. Después volaría a Bangkok, donde esperaba encontrarse con un grupo de mercenarios de élite que había contratado para rastrear el país en busca de su hija.

Solo nos vimos unas pocas horas en aquella ocasión. John había reservado mesa en un pequeño e íntimo restaurante de la zona del Sagrado Corazón. Allí nos citamos para cenar, horas antes de que tomara el avión a Bangkok.

Lo de Linda estaba siendo un golpe muy duro, me confesó entre lágrimas.

Constantine se pasaba el día rezando en la capilla de su casa de Oxford y él había comenzado a beber más de la cuenta. Lo daba todo por perdido. Pensaba que Linda había comenzado todo como una broma, pero que entonces había pasado algo. No podía explicarse que su querida hija pudiera hacerles sufrir de esa manera. «Recibí una visita de unos expertos en sectas. Me hablaron de algunas sectas destructivas en Indonesia y Sudamérica. Les pagué casi 60.000 libras para que descartaran que Linda estaba allí... No he vuelto a saber de ellos».

Pese a todo su dolor, John tuvo tiempo de fijarse en mi aspecto «débil y cansado». Yo le dije que todo el asunto también me estaba afectando y que, de hecho, había comenzado a acudir a un psiquiatra, lo cual era cierto, aunque no le expuse las razones reales de ello.

Llevaba meses sin poder dormir normalmente. Una terrible ansiedad me atacaba en cuanto me quedaba solo en mi casa por la noche. Tenía miedo de volver a oír aquellos ruidos... Aquellas manos rozando contra mi puerta, y para combatirlo solía drogarme a fondo y caer sin sentido sobre la almohada, lo cual estaba afectando al resto de mi vida. Por las mañanas, donde antes solía haber un hombre enérgico y de mente fresca, ahora solo había un despojo ojeroso y olvidadizo. Un cerebro torpe, incapaz de tomar una sola decisión sin ayuda de nadie.

El psiquiatra no sabía nada de mis visiones, por supuesto. Yo solo le había hablado de unas «pesadillas», sin entrar en demasiado detalle sobre aquellas visiones esquizofrénicas. Me diagnosticó ansiedad crónica y no le dio demasiada importancia al asunto. Dijo que todo se debía al alto nivel de estrés de los últimos meses y que cedería con el tiempo. Y eso mismo fue lo que le conté a John aquella noche, antes de despedirnos. Yo había matado a su hija, pero aún así le abracé como el amigo que siempre había sido para él.

Llegó el siguiente invierno y el mundo se fue olvidando de Linda Fitzwilliam. John regresó de un agotador viaje por Asia con las manos vacías y la fortuna familiar seriamente diezmada. Encontró a Constantine rodeada de médiums y consejeros espirituales y adicta a los tranquilizantes. Todas las mañanas, a la hora del desayuno, el servicio de la casa preparaba una gran ponchera de vodka con naranja. John cedió sus poderes a un grupo de consejeros y abandonó todo contacto con los negocios para sumergirse en un mar de dolor. Me envió un mensaje en el que dijo que «deseaba» asumir la pérdida de Linda y comenzar a luchar por el resto de su familia. Yo recé por que lo consiguiera algún día.

En cuanto a mí, tal y como el psiquiatra había dicho, el tiempo fue cicatrizando las heridas. Poco a poco me fui olvidando de lo acontecido aquella noche en La Vesinet. Mi memoria lo procesó como un momento de locura temporal que nunca se había vuelto a repetir. Lentamente fui recobrando la confianza en la realidad. Dejé de necesitar las pastillas, la televisión por las noches y las luces encendidas. Volví a ser el mismo de siempre. Mi cerebro retomó su buen ritmo y me sentí mejor que nunca.

Todo volvía a ser como siempre. Mis trajes con olor a tintorería, mis desayunos frente al periódico, la apretada agenda... Todo excepto aquellos fines de semana en el campo. La casa de La Vesinet estaba cerrada y olvidada. Decidí que seguiría así hasta el fin de mis días. Nunca la vendería, puesto que allí descansaba la prueba de mi crimen, pero juré que nunca más volvería a ella.

Así todo, echaba en falta tener un jardín y disfrutar del desayuno al aire libre los días de buen tiempo. Un hondo resquicio de temor me prevenía contra las casas solitarias de modo que tomé una decisión salomónica; vendí el pequeño apartamento de la Defense y compré un precioso ático en el centro de la ciudad, con una amplia terraza que pronto llené de tiestos y flores. Los fines de semana en los que el tiempo me sonreía, salía allí a desayunar y cuidar de mis plantas. Y por las noches, el rumor del tráfico a mis pies, me acunaba en un sueño seguro y tranquilo.

Tenía una vecina, una mujer de mi edad que también disfrutaba con el cuidado de sus flores. Nos encontrábamos los sábados o los domingos con nuestros guantes enfundados y nuestras tijeras de poda, dispuestos a pasar una tranquila mañana de agradable distracción. Así fue como poco a poco nos fuimos conociendo. Primero saludándonos a través del murito que separaba ambas terrazas, después charlando sobre el tiempo. Se llamaba Laura y desde el principio me pareció una persona muy agradable e inteligente. Era una mujer un tanto gruesa, pero de mirada y expresión muy dulces. Vivía sola, según fui descubriendo, pues se había divorciado hacía un par de años. Tenía dos hijos ya mayores que vivían en el extranjero y durante la semana trabajaba en un departamento financiero de la Sociedad General. Al tiempo me enteré de que era la directora de una de las divisiones más exitosas de la firma. Los chismorreos de las altas esferas hablaban de ella como una auténtica maga de las finanzas. Y no negaré que este aspecto de su vida me atrajo con fuerza.

Comenzamos a tomar café juntos, disfrutando de largas y entretenidas conversaciones que a veces se extendían hasta el anochecer. Laura era una

mujer de inteligencia exquisita. Había estado casada con un arqueólogo y había tenido la oportunidad de viajar y conocer cientos de lugares a lo largo y ancho del planeta. Escucharla era un placer para los sentidos, nunca me cansaba de hacerlo.

En cierta ocasión hablamos del caso de Linda. Laura confesó haberme reconocido la primera vez que me vio. Mi rostro se había hecho popular gracias a los noticiarios y las revistas del corazón. Me preguntó, con bastante discreción, qué esperanzas teníamos de volver a ver a Linda. Le expliqué lo que pensaba; que Linda se estaba comportando como una niña malcriada y que nunca comprendería el daño que estaba causando a su familia. Y le confié lo que sabía acerca de los problemas en el hogar de los Fitzwilliam. Fue la primera y última vez que tocamos aquel tema.

Lentamente nuestra relación se fue afianzando. Empezamos a salir juntos, a cenar, al teatro, la ópera... Y al cabo de unas semanas, de regreso de una noche maravillosa, Laura me pidió que la besara. Aquella misma noche nos acostamos juntos por primera vez.

Supongo que me estaba haciendo viejo, pero la compañía de Laura comenzó a ser algo fundamental en mis días. Yo, que nunca había necesitado a nadie, me encontraba ahora muy a gusto compartiendo mi tiempo con aquella mujer. Me gustaba que ella fuera tan o más independiente que yo. Que necesitara su propio tiempo igual que yo necesitaba el mío. Ambos nos respetábamos y nos admirábamos por igual. Creo que esa era la clave de nuestra felicidad.

De esta manera paso un año, probablemente el mejor de mi vida. Junto a Laura hice todo aquello que jamás había hecho; viajé, reí, disfruté del mero placer de existir, de estar vivo bajo un cielo azul. Al cabo de ese año no podía imaginarme cómo había sido el resto de mi vida sin ella. Me di cuenta de que había rechazado a las mujeres porque temía que me desviarán de mi carrera, y que junto a Laura nada de eso podía ocurrir.

A veces, cuando los asuntos de la compañía nos obligaban a ausentarnos, organizábamos una romántica cita en algún hotel, o aprovechábamos para realizar pequeñas escapadas por Europa. Era un verdadero placer gozar de la libertad que el dinero y una buena compañía nos brindaban.

Fue en uno de esos románticos viajes cuando Laura me confesó que deseaba volver a casarse. Paseábamos por el puerto de Siracusa y una rodaja de luna pendía en el cielo de la tarde. Yo no lo dudé ni por un instante. Hacía tiempo que tenía claro que Laura sería —no la primera— pero sí la última mujer de mi vida.

Planeamos la boda para ese verano y, ya de vuelta a París, comenzamos a organizarla a mediados de marzo. Queríamos celebrar el evento en un pequeño pueblecito cerca de Chamonix, donde Laura conocía un idílico hotel con vistas a los Alpes que sería perfecto para alojar a los doscientos amigos que planeábamos invitar.

En aquellos días comenzamos a recibir toneladas de correspondencia; catálogos de floristerías, fotógrafos, decoradores... (Pensábamos unir los dos apartamentos en cuanto volviéramos a París de nuestra luna de miel por el Pacífico). Una tarde llegué a casa y encontré a Laura en el salón, rodeada de sobres abiertos. Sonreía, pero tenía una mirada interrogante en los ojos. Me mostró una carta que había abierto «por error».

La carta provenía de la comunidad de propietarios de La Vesinet. Era una notificación de presupuesto para una serie de reformas en el tendido eléctrico. Solía recibir una o dos cartas como esa al año. Normalmente gestionaba el asunto rápidamente y la carta se iba al triturador de papel. Pero en aquella ocasión, el estado de felicidad absoluta en el que me encontraba me había hecho olvidarlas por completo. Y al permitir que Laura revisara mi correspondencia había cometido un error que jamás hubiera pensado cometer.

—Nunca me dijiste que tenías una casa en La Vesinet —dijo ella bajando los ojos, como si temiera escuchar la respuesta que se suponía que yo debía de darle.

—¿Nunca? —respondí con voz indecisa—. Creí que te lo había mencionado alguna vez. La tuve en alquiler hasta hace un año. No voy casi nunca; tiene un problema de humedades que me causa asma.

Noté que Laura se conformaba con aquella explicación.

—Vaya... Pero ¿cómo es? —preguntó—. Mi amiga Juliet ¿la recuerdas? tiene una casa por la zona. Son todas preciosas.

Recordaba a Juliet. La invitamos a cenar una vez y se pasó una hora hablándonos de La Vesinet y animándonos a mudarnos allí. Recé para que Laura no recordase mi actuación pretendiendo ni siquiera conocer la zona.

—Es una pequeña *maison* con un jardincito —dije enseguida, evitando que Laura recordase demasiado—. No demasiado grande ni pequeña. Es bonita, pero demasiado solitaria. Y, además, tiene ese asunto de la condensación que me afecta a los pulmones.

—No sabía que tuvieras nada en los pulmones.

—Es un poco de asma —dije—. Nada grave, pero los sitios mal aireados me lo acentúan.

—Nada que un buen sistema de ventilación no pueda arreglar —dijo Laura, y después se levantó y me rodeó con los brazos—. ¿Me llevaras a verla? Siempre he soñado con tener un sitio fuera de París. Incluso podríamos construir ese invernadero del que tantas veces hemos hablado. ¡Verás cuando se lo cuente a Juliet!

No supe cómo negarme. ¿Qué disculpa podría esgrimir? Había cometido un terrible error y lo único importante ahora era minimizarlo. Oponerme a visitar la casa no era adecuado... En cambio, convencí a Laura de que evitásemos pasar allí demasiado tiempo. Mis pulmones se resentirían y...

—De acuerdo —termine diciendo—, pero será mejor que no pasemos allí la noche. Ahora lleva más de un año cerrada y el aire estará estancado.

Pero Laura ya ni me oía. Me mostró dos catálogos de flores y me preguntó cuál me gustaba más.

*

No volvimos a tocar el tema durante esa semana. Laura debió de olvidarlo y yo pretendí que no me importaba lo más mínimo, aunque en secreto me atormentaba la idea de volver a poner un pie en aquel lugar. Todos los días eran una cuenta atrás hasta el sábado, día en que habíamos planeado nuestra excursión. La tensión iba creciendo en mi interior de la misma manera que la ansiedad devora los nervios de un aeróforo días antes de tomar un vuelo. El jueves y el viernes volví a necesitar una pastilla para dormir. El sábado a la mañana, cuando me desperté, deseé estar enfermo y que me subiera la fiebre como un colegial el día de un examen para el que no ha estudiado. Pero Laura apareció vestida con un impermeable amarillo y un largo bolso de lana y me preguntó si estaba listo para llevarla a esa preciosa «y secreta» casa de campo que tenía en La Vesinet. Y yo sonreí y dije que sí.

Era un día especialmente frío y oscuro. Un día que, en otras circunstancias, hubiéramos pasado en casa, tomando un cacao caliente y jugando una larga partida de *scrabble*. Convencí a Laura para que esperásemos a que aclarase un poco y conseguí ganar unas cuantas horas, pero a eso de las dos de la tarde escampó ligeramente y nos pusimos en marcha.

Conduje despacio por la autopista, tan despacio que los camiones me pitaban. Laura me preguntó si me ocurría algo y yo le pregunté —de forma un tanto desagradable— si quería conducir ella. Había comenzado a llover otra vez y al norte se formaba una gran nube de color oscuro que prometía tormenta, una larga y tortuosa tormenta que duraría toda la noche.

Cuando llegamos a La Vesinet un viento furioso arrancaba las hojas de los

árboles y hacía rodar las hojas y la basura por el suelo. El cielo había descendido hasta casi rozar las copas de los tejados y relampagueaba en sus entrañas.

Aparqué el coche frente a la puerta de la casa y le dije a Laura que lo dejaría fuera; no me fiaba de los enganches de las puertas y podrían chocar contra los laterales de mi BMW. En realidad, era una forma de convencerme de que no permaneceríamos mucho tiempo allí.

La vieja cerradura de la puerta principal no se atascó ni una sola vez. Al girarla, el viento empujó ambas hojas de la puerta, que se abrieron dándonos la bienvenida. El jardín estaba repleto de hierbas altas y maleza. La casa, no obstante, se elevaba con la altivez de una amante abandonada. Las persianas echadas y algo de hiedra trepando salvaje por su fachada. Laura entró por el camino y la admiró en voz alta.

—¡Es sencillamente preciosa, Eric! ¡Cómo pudiste olvidarte de mencionarme esto!

Caminé tras ella y la rodeé con mis brazos.

—No es tan bonita —le dije perdiendo la nariz entre su cabello—. No tanto como tú.

Un trueno estalló sobre nuestras cabezas. Oí crujir las ramas de la higuera. Se agitaban como los tentáculos de un pulpo rabioso. Y a sus pies, en la tumba de Linda ya no había flores. La tierra estaba negra.

—Vamos —dijo Laura cogiéndome de la mano—. Nos hundiremos con esta lluvia.

Laura dijo casi las mismas cosas que Linda había dicho la primera vez que le enseñé la casa; que la cocina era deliciosa, que el dormitorio era de cuento de hadas, que al salón le faltaban fotografías. Estaba tan entusiasmada que apenas notaba la tensión que me envolvía al abrir las puertas, o al entrar en una habitación mirando en todas direcciones. Pero todas las estancias de la casa nos recibieron en silencio, con ese característico aroma de los lugares que llevan tiempo cerrados.

Regresamos al salón. La chimenea estaba cargada de leña curada y cartones; la encendí mientras Laura, en la cocina, preparaba algo de queso y paté que había traído en un canastillo.

Cenamos sentados en la alfombra, frente a las llamas cálidas y movedizas de la chimenea. Abrimos una botella de vino y brindamos por nosotros. Laura estaba entusiasmada con la casa. Me prohibió que volviera a alquilarla. «La acondicionaremos. Será un refugio perfecto para los fines de semana». Yo

asentí en silencio. Pensaba que ya se me ocurriría algo para desanimar a Laura sobre sus ideas, pero esa noche todo lo que deseaba era irme de allí. Tenía una opresión en el pecho, como la sensación de que algo terrible estaba a punto de ocurrir.

Mientras tanto, en el exterior, la tormenta se había desencadenado con toda su fuerza. Veía hojas y pequeñas ramas volar por delante de la ventana y una lluvia furiosa bailar, como una falda enloquecida, frente a la casa. Las luces que centelleaban en la barriga de las nubes pronto comenzaron a descargar su furia sobre la tierra. Fue precisamente una de ellas la que alcanzó un viejo árbol en mi jardín. Sonó como un chasquido brutal sobre nuestras cabezas y un blanco resplandor iluminó todo durante un segundo.

Las luces de la casa se apagaron. Nos quedamos a solas con el fuego.

—¿Qué ha sido eso? ¿Un rayo? —preguntó Laura.

—Sí —dije casi sin aliento—. Debe de haber caído en el tejado.

Me levanté y caminé por la oscuridad del salón, hasta el interruptor; no funcionaba. El cuadro de mandos estaba junto a la puerta. Lo abrí, pero apenas podía ver nada.

—Ha sido en el árbol —dijo Laura señalando por la ventana—. ¡Mira!

En el jardín, uno de mis robles mostraba un muñón abrasado y humeante.

—Ha caído junto al coche —murmuré—. Saldré a mirar.

—¡No! —dijo Laura—. Podría caerte un rayo a ti también.

—No seas tonta —repliqué—. Además, los rayos nunca caen dos veces en el mismo sitio.

Me eché un impermeable por encima de los hombros y salí al jardín. El viento me sacudió con tal fuerza que casi me hace caer. Laura fue a buscar su impermeable, pero le dije que se quedara en la casa. Hacía una noche terrible y, además, por alguna razón, no quería que me acompañase ahí fuera.

Caminé por el jardín, entre ráfagas de lluvia mezcladas con ramas y hojas. El viento ululaba, aullaba, ¿o era una risa endemoniada? Las ramas de la higuera parecían haberse alargado, ahora casi las sentía rozándome al pasar por el camino. Me apresuré. Me apresuré como un niño que cruza el bosque corriendo y evita mirar a los lados. Sabía que estaba allí, esperándome. Ahora furiosa, furiosa porque había venido con otra mujer. Aquella horrible tormenta no era más que sus celos cayendo sobre mí.

El rayo había arrancado una rama, pero gracias a Dios había ido a parar al suelo. Di otra vuelta al coche para comprobar que todo estaba bien... Y entonces, justo en ese momento, vi otro coche aparcado a cien metros de allí.

Era ese cuatro latas que me había perseguido meses atrás hasta la casa ¿Era posible que fuera el coche de Riffle? ¿Qué demonios estaba haciendo allí? ¿Cómo sabía? ¿Quién?...

Cayó otro rayo, esta vez lejos de allí. Y en mi mente, como un relámpago, una loca idea atravesó mi cordura de arriba abajo.

Volví al jardín, corrí a la higuera para comprobar lo que ya sabía; no era que la tierra estuviera negra. No era que las flores hubiesen muerto. Esa negrura que antes había percibido de un rápido vistazo se debía a otra razón. El agujero estaba abierto. Limpiamente. Sin rastros de tierra a su alrededor. El mismo agujero que yo excavé aquella noche, con el cuerpo de Linda envuelto en una alfombra en mi garaje. Pero ahora el cuerpo no estaba...

—¿Eric? —exclamó Laura desde la puerta de la casa—. ¿Ocurre algo? ¿Qué estás haciendo, cariño?

Me puse en pie, con las manos manchadas de tierra. Caminé hacia la casa. La lluvia me golpeaba en la cara. El viento se me colaba por los oídos y me murmuraba extrañas palabras.

Laura, la preciosa Laura. Era una traidora. Una espía a sueldo de ese maldito detective.

La aparté de un golpe y ella gritó, sorprendida, asustada.

Entré en el salón. El fuego se estaba apagando. Junto a la chimenea estaba aún el cuchillo con el que habíamos cortado el pan.

—¡Eric! ¡Eric!

—¿Dónde estás? —grité hacia lo alto—. ¿Dónde te escondes, rata?

Un rayo iluminó el cielo. El salón resplandeció en un juego de blancos y negros.

—Eric, amor mío... —suplicaba Laura a mis espaldas.

Me dijo que sangraba, pero no presté atención a sus engaños.

Subí por las escaleras y me dirigí al dormitorio. El huracán había conseguido abrir las ventanas y las cortinas de mi habitación bailaban enloquecidas sobre la cama. Sentado sobre ella estaba Riffle, con el mismo traje marrón con el que le vi por última vez. Estaba pensativo, ni mucho menos asustado de mi presencia, ni del cuchillo que blandía en mi mano. Levantó la cabeza hacia mí y me clavó la mirada.

—Usted lo hizo —dijo—, usted la mató. Siempre lo supe.

—¿Dónde está el cuerpo? —grité—. ¿Qué ha hecho con ella?

Sonrió.

—Le mataré —dije alzando el cuchillo—. Hable o le clavaré esto en el

corazón.

—Ella está en la casa —respondió Riffle—. Ha estado esperándole todo este tiempo. ¿No lo sabía? ¿No la oyó llamar a su puerta?

—No me intente engañar. Usted... Usted... —me brotó una extraña risa por entre los labios—. Ahora lo comprendo todo. Usted lo organizó desde un principio. Los arañazos... La mano en el jardín. ¿Era un maniquí tal vez? Y Laura... ¿Cómo pudo usted hacerlo? ¿Quién es ella? ¿Una actriz? Dígale que es una gran profesional. Me engañó por completo.

Sentí el tacto de una lágrima resbalando por mi mejilla. Casi al instante alguien golpeó en la puerta, a mis espaldas.

—¿Quería verla? —dijo Riffle—. Ahí la tiene.

Me giré hacia la puerta. Los golpes. Otra vez. Pero ahora estaba preparado. Empuñé el cuchillo y me acerqué.

Golpes. Golpes. Golpes. El viento parecía estar a punto de arrancar la casa de sus cimientos. De llevarnos por el aire hasta algún negro agujero a todos los que estábamos allí. A todos los que alguna vez pisamos esa casa endemoniada. La única testigo de todo.

Cogí la manilla y la giré. Pude imaginarme al monstruo que había detrás. Estaría podrido, comido por los gusanos. El cuello roto, doblado hasta el absurdo. Y las manos y los pies, coronados de largas uñas, con las que arañar mi puerta por las noches. Había venido a vengarse. Había venido a llevarme con ella y con su bebé cadáver. Todavía quería formar esa familia, aunque fuese en el mundo de los muertos.

Tiré de la manilla. La puerta se abrió. La vi, tal y como la imaginaba.

—Eric. Cariño...

Recibí sus palabras con total frialdad. Me acerqué a ella, la cogí del cuello y la atraje hacia mí al mismo tiempo que, con la otra mano, lanzaba una certera cuchillada en su vientre.

Escuché un gemido de dolor. Sentí su aliento cálido en mi mejilla.

Apreté su cabeza contra mi hombro. Extraje el cuchillo y, mecánicamente, volví a lanzarlo contra aquel cuerpo mullido. Sentí toda su tensión relajarse. Su peso cayendo sobre mí. Se deslizó por mi pecho, por mi cintura, y trató de agarrarse a mis piernas para frenar su caída. Después quedó tendida en el suelo.

Y entonces, volvió la luz.

Yo tenía un cuchillo en la mano. Había sangre por todas partes.

*

(El presente)

Manel es un gran tipo. Grande en todos los sentidos. Dos metros de altura, anchas espaldas. Y tiene un sentido del humor increíble, aunque supongo que uno debe ser así cuando se dedica a su oficio. De otra manera, hay un gran riesgo de deprimirse.

Es de Marsella, pero vive en París desde hace veinte años. Dice que le gusta su trabajo y yo comprendo muy bien esa sensación. Creo que por eso nos llevamos bien.

Es la única persona con la que hablo a diario. Me trae la comida, la medicación. Se encarga de limpiar mis cosas y a veces incluso se permite charlar un poco conmigo. Fue él quien me pasó este pequeño cuaderno y una mina de lapicero, con la que escribo estas líneas. Más que suficiente para dejar escrita mi confesión.

Hasta ahora, la historia de Eric Rot es la de un hombre desgraciado. En los periódicos fui protagonista de una breve reseña en el capítulo de sucesos (nada comparable a los titulares que dedicaban a la desaparición de Linda).

«ACCIDENTE FATAL EN LA VESINET. Un hombre mata a su pareja confundéndola con un ladrón».

Así fue. Desempeñé mi papel hasta el final, incluso en el juicio, donde mis capacidades mentales y orales estaban seriamente afectadas (tuvieron que sedarme en un par de ocasiones), tuve los arrestos de contar aquella historia. Porque aquella era la única historia que se podía contar.

Nadie se creería jamás la verdad; que después de matar a Laura volví a mi habitación y la encontré vacía, con las ventanas cerradas, y sin rastro de Riffle. Que corrí al jardín y me encontré el parterre tal y como siempre había estado. Y que el coche, el viejo cuatro latas de Riffle, se había esfumado como todo lo demás.

El juez me preguntó por Riffle. Cuando llegaron los policías aquella noche debí mencionar su nombre mientras me cerraban las heridas de las muñecas, medio muerto. «¿Se refería a Jean Claude Riffle, de profesión investigador, sito en París, con quien había mantenido una relación profesional a raíz del caso de Linda?».

El magistrado me hizo saber que se había intentado llamar a Riffle a testificar, pero que llevaba muerto ocho meses. Un ataque al corazón se lo llevó repentinamente pocas semanas después de hablar conmigo aquella última vez. Por tanto, era materialmente imposible que Riffle hubiese estado en mi casa aquella noche. «Su intruso debió ser otra persona, señor Rot».

Me mantuve en mi teoría hasta el final. Los abogados de John hicieron el resto. Casi redactaron toda mi confesión. Defensa propia. Homicidio involuntario. Y el jurado me creyó. Mi crimen perfecto quedó nuevamente sellado.

No obstante, no fui tan perfecto tratando de cortarme las venas. Y de eso me arrepiento. Mi postrero intento de suicidio convenció al juez de que, culpable involuntario o no, debía ser protegido de mí mismo. El médico que me reconoció dijo que había sufrido una catástrofe psicológica. El veredicto: pasar el resto de mis días en un manicomio.

Así que estas líneas son mi última confesión. Encerrado en esta celda y condenado de por vida, he decidido que este castigo no es suficiente. Podría seguir viviendo. Leer los periódicos financieros que Manel me trae por la mañana, darle consejos de bolsa y mirar a los pájaros que se posan en mi ventana. Pero he decidido no hacerlo.

Porque he comprendido que mi vida ha sido inútil. He trabajado desde niño para llegar a un lugar que no existía. Fui un hombre de hierro, una máquina perfecta, pero vacía. Y por el camino, a las dos personas que me abrieron los ojos y me hicieron ver el único sentido de mi vida las pagué con sangre. Mi vida ha sido más que inútil. Mi vida ha pasado del vacío a la destrucción. Y ahora es el momento de pagar.

Ahora es el momento de saldar mis deudas. Con Linda, con Laura. Contigo, John, a quien te haré llegar este cuaderno en cuanto me haya ido, con Constantine, con el mundo... Y conmigo mismo. Los médicos creen que estoy mejorando. Soy un hombre bien educado y sé perfectamente lo que quieren ver y oír. Pronto habrá un informe positivo sobre mí. Me sacarán de esta celda y entonces habrá muchas oportunidades de terminar limpiamente.

Hasta que llegue ese momento, cada noche, los arañazos de la puerta me recuerdan a quién me debo. Cada noche me reclaman y yo les grito que sean pacientes. Porque sé que no estoy tan loco como los médicos se imaginan. Sé que Riffle estuvo allí esa noche. Y que Linda, y no Laura, fue la que llamó a la puerta del dormitorio. La vi con mis propios ojos antes de clavarle el cuchillo.

Y más que temor, eso me da esperanza. Porque cuando las voces de pesadilla me visitan por la noche, cuando los pájaros negros vienen a cantar extrañas canciones a mis oídos, yo cierro los ojos y recuerdo el rostro de Laura, sonriéndome, esperándome.

Y me duermo soñando con volver a sus brazos, en un día de primavera, y pasar el resto de la eternidad en nuestro jardín.

Aunque en mis sueños siempre hay alguien más. Una sombra, quieta bajo la higuera, que nos mira en silencio y extiende sus manos hacia mí.

Arañazos, arañazos, arañazos...

Escorpio

El cuándo: el último fin de semana del verano. El plan: una cabaña de los Alpes de la Provenza.

Valentín la había conseguido por mediación de un amigo. «Trabaja como profesor de vela en verano y monitor de esquí en invierno», le había explicado a Vic. «Ahora mismo está en Mallorca, así que tenemos la casa para nosotros hasta septiembre, quizá octubre. ¿Qué te parece?».

Vic accedió, pese a que no le gustaba demasiado aquel plan en «la naturaleza» (bichos, duchas frías, mantas apolilladas). Ella prefería su cómoda habitación en el hotel La Picouline, donde habían venido celebrando sus encuentros secretos desde hacía meses. Pero la última vez casi se cruzan con una amiga de la familia de Malena y habían decidido que tendrían que cambiar de escondite.

El viernes condujeron por separado hasta Saint Luciene, un pueblito que Valentín le había indicado en un mapa. Una vez allí se encontraron y, después de un breve almuerzo, Valentín la guio con su coche por un estrecho camino de montaña hasta el refugio.

—En invierno no cabe un alfiler —le dijo al llegar—, pero en verano esto parece un cementerio.

Era una noche de primeros de junio. Una suave brisa recorría las laderas del Valle de la Blanche, movía las copas de los pinos y embriagaba el aire con el dulce aroma de la genciana. Los grillos tocaban su canción nocturna y a lo lejos, muy lejos, se distinguían las luces de un pueblo.

La casa estaba completamente a oscuras, con excepción de un tragaluz en el tejado, que proyectaba el leve resplandor las estrellas.

Acababan de hacer el amor. Ella —Victoria— desnuda sobre la cama, miraba por el tragaluz tratando de adivinar el nombre de la constelación que tenía sobre su cabeza.

—Escorpio —le dijo Valentín que acababa de encenderse un cigarrillo.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó ella, sorprendida.

—No lo sé. Lo leí en alguna parte —respondió Valentín—. Ya sabes. Esas cosas que sé.

«Sí», pensó Victoria, «esas cosas que sabes». Como el origen de un vino, la mejor raqueta o el palo de golf adecuado. Valentín tenía ese tipo de conocimientos que no sirven para mucho más que alardear y abrirse camino en sociedad. «Bueno, y a mí me conquistó con aquel comentario sobre Boudin»

pensó recordando su primer encuentro en una galería de Marsella.

—Además —continuó diciendo Val—, ya sabes que a Malena le encantan estas cosas: los astros, los planetas, horóscopos...

Se rio y metió el dedo en el bonito ombligo de Victoria, pero ella lo apartó de un codazo.

—¡No menciones a Malena! —protestó—. Ya sabes que no me gusta. Sobre todo, cuando acabamos de hacerlo.

—¡Vale! ¿Y qué quieres? —dijo, casi riendo—. Tú me has preguntado por la estrella. Además, ya que hemos tocado el tema... Debería contarte una cosa.

Victoria se había ladeado en el colchón. Encendió una lamparilla cuya estera representaba la cabeza de un búho. Sus grandes ojos se encendieron fantasmalmente.

—¿Hablarne de Malena? —preguntó mientras buscaba un cigarrillo en su bolso—. ¿Qué le pasa? ¿Se ha vuelto a deprimir?

—¡Eh! No hables así de ella. Eres su mejor amiga ¿no?

—Sí, supongo. Una gran amiga. Acostándome con su marido dos meses después de su boda.

—Pásame uno también —dijo Valentin señalando la cajetilla que Vic acababa de sacar.

—Será por favor...

—Por favor —dijo Val.

Se encendieron los cigarrillos y fumaron en silencio, mirando a Escorpio.

—Tuvimos una discusión muy fuerte, el jueves —comenzó a decir él.

—Vale... Eso no es nuevo.

—Lo sé, pero esta vez la cosa se desmadró. Ella volvió a acusarme de que no le hacía caso. Que no tenía atenciones, que un marido debería portarse de otra forma. Y de pronto me dice que sabe que estoy con otra. Jamás lo había hecho.

—¿Qué?

—Se volvió loca, nunca la había visto así.

—¿Y qué le dijiste?

—Pues que sí. Que era cierto, que me veía con otra.

—¿QUÉ?

—Joder, era una broma. Me reí y todo, pero ella se lo tomó en serio. Se le pusieron los ojos blancos, como dos huevos, casi fuera de sus órbitas. Perdió el color del rostro. Me dijo que si alguna vez la engañaba me mataría. Lo dijo de una forma que me asustó. De veras.

Victoria había dejado de fumar. De hecho, había dejado de respirar también.

—Joder, Val, joder. Eres un idiota integral. ¿Todavía no conoces a Malena? Es pura nitroglicerina. No pensaba que pudieras ser tan imbécil. Es peligrosa.

—¿Te refieres a lo de matarme? No creo que lo haga. La pobre...

—¿No lo crees? ¿Y si te digo que... Ya lo hizo? Bueno... Quizá.

Se hizo un profundo silencio entre los dos.

—¿De qué hablas?

Victoria se levantó y se puso las bragas. Valentín, desnudo sobre la cama, la miraba con curiosidad. Victoria pensó que aquella cara bonita ahora le resultaba estúpida.

Recordó la primera vez que lo vio en el club, vestido con su ropa de tenis, tan moreno y sonriente. Supo al instante que estaba allí para dar un buen braguetazo. Fue como si pudiera decodificarlo de un vistazo. Tal vez, porque ella era igual que él.

—Cuando tenía diecisiete años tuvo un amor de verano —empezó a decir Victoria—. Vincent, un chico de París que también pasaba las vacaciones en la Costa Azul. Se enamoró de él como una loca, a su estilo. Escribía su nombre en los árboles, las paredes. Vincent por aquí. Vincent por allí. Nos hablaba de su boda, de sus hijos. Ya la conoces... La tonta rica heredera. Una noche, en un baile del puerto, ella le descubrió besando a otra. Vincent le dijo que no se atrevía a cortar con ella, por lástima, pero que había dejado de quererla. Entonces Malena desapareció de la fiesta. Al día siguiente la encontraron en su cama, rodeada de sangre.

—Estaba al tanto de esa historia —dijo Val mirando al techo—. Me la contó su madre antes de casarnos. Pero los psiquiatras dicen que está fuera de peligro. No creo que se vaya a suicidar.

—Espera. No has oído toda la historia —continuó diciendo Victoria—. El chico, Vincent, apareció muerto una semana más tarde ¿A que su madre no te contó eso? Salió al atardecer a encontrarse con alguien en Cabo Canaille y al día siguiente apareció muerto, a los pies del acantilado. Se dijo que había sido un accidente, pero la persona con la que supuestamente se había citado nunca apareció.

—¿Insinúas que fue Malena? ¡Vamos! —se rió Val—. Esa mosquita muerta...

—No la conocemos. Nadie la conoce, Val. Para el resto del mundo es la rica y neurótica hija de Messie Fowler, la que se abrió las muñecas, la que vive en un régimen de pastillas. Pero para mí hay algo más en ella. Un fondo

maligno. Por eso te asustaste el otro día, cuando ella te amenazó, ¿verdad? Porque tú también puedes verlo.

—Pues... ¿Eh? Espera —Valentín alzó su mano en el aire, como pidiendo una pausa. —¿Has oído eso?

Se quedaron callados, Escorpio sobre sus cabezas y la brisa de los Alpes a su alrededor. Grillos, y el sonido de un ave lejana. El búho de los ojos de fuego era la única luz de la cabaña.

—¿Qué? —preguntó Victoria.

—Calla. Me ha parecido oír algo.

—Pero ¿qué... ?

Valentín levantó la mano en el aire y Vic cerró el pico. Fumó el último centímetro de su cigarrillo, hasta el mismo filtro.

—¡Escucha! ¿Lo has oído?

—¡Ahora sí!

Eran como unos pasos en la hierba. Algo que había rozado la madera de la cabaña por fuera.

—Un zorro —dijo Val—. Seguro que ha olido el paté y el Brie a kilómetros de distancia.

—Eso no es un zorro —replicó Victoria—, era mucho más grande.

¿Pero entonces qué? ¿Un rebeco? ¿Un alce?

Valentín saltó de la cama y se acercó a un pequeño ventanuco que daba a la parte frontal de la casa. Miró por ella. Victoria se había puesto en pie y se encendía un nuevo cigarrillo. Llenó la copa de vino.

—¿Ves algo?

—Nada —dijo Valentín con la vista puesta fuera—. Solo tu coche y el mío. No hay nad...

Otro ruido. Esta vez al lado contrario de la cabaña. Sonó como una pequeña carcajada y algo rozó la madera de la casa, como unos dedos.

—¡Es ella! —gritó Victoria. Y se agitó al punto de que el vino de su copa cayó manchando la alfombra.

Valentín sintió un escalofrío. Después contuvo el miedo.

—Vamos, Vic, aquí no hay nadie. Solo tú y yo. Y algún animal. Será una marmota.

—Dios, estoy temblando.

—Vamos, vamos... ¿No ves que es imposible? Ella no sabe dónde estamos.

—Pudo seguirte. Se hizo la tonta toda la semana. Te dejó marchar a tu «convención de tenis» y salió tras de ti.

—Vamos, Vic, esto se está yendo de madre.

Ella había comenzado a buscar su ropa por entre las sábanas.

—¿Qué haces?

—Vestirme.

—¿Vestirte? ¿Para qué?

—Me marcho.

—¿Irte? Pero si acabamos de llegar. ¿Estás loca?

Vic no dijo nada. Se sentó en la cama y comenzó a ponerse las medias. Val volvió a mirar por la ventana. No había nada, ni un alma. Una manta de estrellas se elevaba sobre las copas de los pinos. Era cierto que esos ruidos habían sonado un poco raros, pero lo más probable es que fueran de un animal.

No podía imaginarse a Malena ahí fuera, con un cuchillo, contando los minutos para matarlos.

—Escucha —dijo Val—, creo que hemos empezado con mal pie el fin de semana. Es mi culpa. Toda esta historia de Malena... Creo que te he asustado en vano, no fue para tanto ¿sabes?

Victoria no le prestaba atención. Se puso la falda y se apresuró con los zapatos

—Hagamos una cosa —continuó Val—. Tú te quedas aquí y yo salgo a mirar fuera ¿de acuerdo? ¿Te quedarás más tranquila? Si resulta que es Malena le invitamos a un café y se lo explicamos.

—¡Val!

—De acuerdo —se rio él—, pero si no hay nadie, te quedarás, promete que te quedarás conmigo. Quiero que volvamos a hacer eso de antes. ¿Te acuerdas?... Venga... ¿Es eso una sonrisa? Dime que sí.

Victoria asintió con la cabeza. En realidad, no se quedaría de ninguna manera, pero no le importaba que Val echase un vistazo (al fin y al cabo, tenía que salir AHÍ fuera a por su coche). Después le diría Adiós. Y esta vez sería un Adiós—para—siempre. Llevaba tiempo pensando en hacerlo. Val era un buen polvo, pero era demasiado idiota. Y Malena...

—Vengo ahora —dijo Val.

Se había puesto solo unos pantalones. Sacó su bonito cuerpo de atleta por la puerta de la cabaña.

—¿Malena? —preguntó a la oscuridad de la noche—. ¿Maleeeena?

Demasiado idiota, pensó Victoria riéndose, pero con un buen trasero también.

*

Los ruidos habían cesado y ahora solo se oía el rumor de los grillos, azuzando sus guitarras con frenesí. Las estrellas seguían quietas ahí arriba. Escorpio.

Vic se maquilló y pensó en la historia que le contaría a Guillem cuando llegara a casa esa noche. Tal vez le diría que una de las chicas de la «venta en casa» se había puesto enferma y que lo habían cancelado todo. Todo.

Justo cuando se aplicaba el último toque de pintalabios oyó aquel golpe y algo parecido a un gemido. El susto hizo que se dibujase una línea fuera del labio.

—¿Val? —dijo alzando la voz—. ¿Valentín?

Se acercó a la ventana, con cuidado. Miró a un lado y a otro.

—Val, ¿Estás ahí?

—Soy Malena —dijo una vocecilla—. He venido a vengaaaaaaaaaaaaarmme.

Casi se le para el corazón cuando Val la cogió por las caderas. Gritó tan fuerte que a Val le silbaron los oídos por un buen rato. Después, cuando se dio cuenta de que nadie la iba a matar, se enfadó. Le soltó un buen tortazo a Val, que no paraba de reírse. Terminó de meter sus cosas en el bolso.

—¡Vamos! —se quejó él—, Me lo prometiste.

—Eres un imbécil —dijo saliendo por la puerta—. No quiero volver a verte.

—Y tú eres una furcia bastante cara —le respondió Val apoyado en el marco de la puerta—. Ya encontraré otra.

Justo en ese instante vieron aquella pequeña sombra moverse junto a la pared de la cabaña. Era un animalito, pero no pudieron saber cuál (¿una marmota?). Rozaba la pared con su cuerpo y emitía algo parecido a una risita. Val sí que se rio.

—Mira... ¡Ahí tienes a Malena!

Victoria ni respondió. Montó en su coche y lo arrancó. Mientras maniobraba le reventó un foco al Alfa Romeo de Val.

—¡Y no follas tan bien! —le gritó enfadado mientras la veía marchar.

Después se echó a reír y volvió a la cabaña.

Su amigo el monitor de esquí tenía un bar bien surtido. Se preparó un gin tonic, encendió su ordenador y se tumbó en la cama a ver una película.

Le escocía lo de Vic, pero solo era eso: un escozor. Afortunadamente para Val, su corazón jamás había sufrido demasiado. Era todo piel, poca sangre. Y no le había ido tan mal. Además, llegaba septiembre y en el club había un par de candidatas para reemplazar a Vic. Y esa cabaña era un lugar fantástico.

Se terminó el gin tonic y fue a por otro. La película era un poco aburrida así que se recostó y miró hacia arriba, por el tragaluz. Ahí estaba Escorpio. Quieta y reluciente. Diamantes incrustados en la eternidad del cielo. Escorpio... ¿Por qué la llamarían así?

Sonaron tres golpes en la puerta. Como tres golpes enfadados.

Val se quitó los auriculares. Esperó tumbado, en silencio, a que volvieran a llamar.

De nuevo. Golpes. TOC TOC TOC.

Se levantó. Miro por la ventana.

Solo podía ser Vic, pero su coche no estaba allí. ¿Y si se le había pinchado una rueda en mitad del camino? pensó de pronto; ¡eso sería gracioso! ¡Gracioso de veras! O tal vez se lo hubiera pensado dos veces. La muy... No quería irse sin su ración de Val ¿eh?

—¿Quién llamaaaa? —preguntó Val cuando estuvo delante de la puerta.

Pero al otro lado solo había silencio.

—Vamos. ¿Quién quiere ver a Val a estas horaaaas? —preguntó de nuevo. Quería humillarla un poco antes de dejarla entrar.

Pero al otro lado nada. Silencio.

Giró la manilla de la puerta y la abrió. Sonrió mientras lo hacía, esperando encontrarse la cara de Victoria, desencajada por aquella humillación. Aun así, estaba contento. No le apetecía la idea de pasar la noche solo.

Pero cuando vio lo que había al otro lado, sus pupilas se dilataron y la respiración se le cortó por un segundo.

Y el escorpión se coló por la puerta. Rápido, muy rápido.

Noche de Almas

La casa apareció al fin, cuando ya estábamos a punto de perder las esperanzas, cuando incluso, en lo hondo de nuestros corazones, habíamos contemplado la idea de morir allí, en medio de la nada.

Pía había intentado utilizar el móvil para llamar a El Merchero y pedir ayuda, o un taxi —aunque nos costara una fortuna— pero ni siquiera el teléfono funcionaba. «Acamparemos, en todo caso acamparemos» nos decíamos, allí, en aquel desierto, pensaba yo, en medio de la nada ¿duraríamos mucho más? Ya habíamos acampado la noche anterior y el agua se había acabado a media tarde. Los cálculos habían sido demasiado optimistas y el pozo de Negrera, en la mitad exacta del camino, estaba cerrado, o no supimos hacerlo funcionar. Teníamos la boca llena de arena, los pies cansados, los zapatos cubiertos de polvo rojo. El sudor de la espalda se había secado, vuelto a fluir, secado otra vez. El peso de las mochilas era ya parte de nosotros. Pensaba que cuando por fin lográsemos quitárnoslas de encima, saldríamos volando como dos globos en aquel azul y ardiente cielo del desierto.

Pero entonces la casa apareció en el horizonte como una extraña joya incrustada en la llanura. Una pieza de jade verde rodeada de desierto.

Pía la vio primero, y su voz, después de varias horas de silencio, sonó desesperada, casi envuelta en lágrimas.

—¡Allí!

Estaba todavía a unas cinco millas, pero estaba. La esperanza reactivó las piernas y los corazones. Detrás del pequeño, casi minúsculo edificio, se recortaban las montañas, la cordillera del Peratil, donde pensábamos llegar en una semana. Y ahora parecía que lo conseguiríamos, al fin y al cabo.

Dos horas antes no había estado nada claro. De hecho, y esto era algo que no iba a confesar a Pía hasta que estuviéramos a salvo, bajo un techo, en una sombra fresca y con algo de beber a mano, yo había llegado a sentir ese hormigueo de cuando tienes la muerte cerca. Había pensado que alguien nos echaría de menos, pero que sería muy tarde para entonces. Quizás al cabo de un par de semanas mi hermano Javi, allá en Madrid, comenzara a extrañarse de no tener el habitual email de la semana. Bien, pensé, suponte que te saltas dos emails seguidos, no respondes los suyos, comienza a extrañarse. Entonces llama a nuestro último punto conocido en el mapa, en El Merchero, y quizás alguien se acuerde de esa pareja de «gallegos» locos que se disponían a cruzar

a pie el desierto del Umbral hacia la cordillera del Peratil, algo que todo el mundo nos había desaconsejado (cojan un *pickup*, por Dios), pero que habíamos insistido en que era «algo espiritual» hacerlo así, como en los libros de viajes que habíamos leído. Y también le dirían que sabíamos (por una vieja guía) de una fonda perdida en ese desierto, una casa colonial, antiguo rancho de caballos, que ofrecía alojamiento por esa zona. Y que para allí habíamos marchado la mañana del 27 de febrero, justo la primera de cuatro noches de luna llena, y que nunca se volvió a saber de nosotros. Para cuando mandaran un coche a investigar, quizás Pía y yo seríamos un par de bonitos cadáveres de 27 y 31 años respectivamente, resecos y sonrientes bajo ese sol impenitente.

—¡Gracias a Dios! —dije, y mis palabras lucharon por hacerse camino entre mi garganta seca—. ¿Crees que puedes llegar? Puedo ir yo y volver con ayuda.

Pía iba cojeando desde la media mañana. Había comenzado a dolerle el tobillo otra vez y no nos quedaban antiinflamatorios. Lo tenía hinchado como una pelota desde la noche anterior, cuando lo torció entre dos rocas mientras buscábamos leña para hacer una hoguera, y suponíamos que sería un esguince. Pero no parecía nada mucho más grave. Dos días de hielo y reposo, tres a lo sumo, y estaría en perfecto estado.

—No. Lo intentaré —dijo sonriendo—. No creo que me lo rompa más. Y ahora ya es cuestión de orgullo. —Extendió su mano hacia mí y yo se la cogí. Nuestros dedos se entrelazaron en el aire—. Llegaremos juntos.

Tardamos otra hora más en recorrer aquel trecho del desierto, pero fue una hora buena, en la que nos permitimos incluso tirar las mochilas diez minutos, beber el último sorbo de agua y descansar. Ahora nos sabíamos salvados, y cuando el sol por fin comenzó a caer hacia las cumbres del Peratil, y el cielo enrojecía, ya habíamos andado ese trecho y nos acercábamos frescos a los tocones que delimitaban el terreno de Villa Augusta, que ese era el nombre de la propiedad. Augusta De Duarte, según rezaba una inscripción en piedra.

La casa esperaba en silencio, sin movimiento a su alrededor, tan solo el que provocaba una brisa de la tarde que movía algunos arbustos y matorrales y empujaba algo de arena de aquí para allá. Pero no vimos ganado, ni oímos voces, y la zona del rancho parecía vacía, abandonada, con los tejados medio caídos y pocos signos de orden o limpieza. Distinguí un *jeep* 4x4 aparcado junto a uno de esos establos y solo eso me quitó de encima la idea que venía haciéndome, de que la casa quizás estuviera abandonada.

Solo cuando estuvimos más cerca, a menos de medio kilómetro,

distinguimos mejor la casa, sus verdes fachadas de construcción colonial, antigua, polvorienta, fabricada con un gusto extraño, quizás cuando en aquellos lares todavía existían pozos de agua solventes, quizás con la ambición de liderar un terreno que resultó no tener valor. Una gran dama decadente, perdida en el desierto inmortal. Todas las contraventanas, de color blanco, estaban echadas confiriéndole un aire de fósil, de calavera reseca. Y no se distinguía una sola luz dentro de la casa. Todo aquello nos podría haber resultado extraño, pero a esas horas estábamos tan cansados que nada llegó a causarnos la más mínima alarma. Ni tan siquiera aquel extraño círculo de piedras que nos encontramos ya a pocos metros del edificio. Piedras del tamaño de una cabeza infantil, colocadas a una distancia de metro y medio aproximadamente, rodeando la casa como un muro invisible. A Pía le pareció el entretenimiento de algún huésped aburrido, igual que los montones de piedras que los turistas hacían en las playas de Menorca. Entonces me dejé convencer por aquello, pero reconozco que pensé que aquello debía tratarse de un ritual, algo religioso, místico, aunque no necesariamente peligroso. Estábamos reventados, a punto de dejarnos caer, imaginamos que aquello tendría una explicación satisfactoria, y que no era ese el momento de buscarla.

La entrada principal estaba guarecida bajo una arcada, y la sombra, por primera vez en el día, nos sentó como una fresca bendición. La puerta no tenía timbre, y alguien había retirado el aldabón que debió yacer en el centro de la madera (¿la razón? ¿quizás algún vecino travieso que llamaba en mitad de la noche?) así que golpeé con mi puño y esperé. La casa respondió con un perfecto silencio.

Pasaron dos minutos y llamé otras dos veces, pero lo mismo. Pía se había quitado la mochila y estaba sentada sobre ella. Yo hice lo mismo. Me senté, descansé un poco, y después me puse en pie y le dije que esperara un segundo, que iría a ver.

—Quizás hayan salido —opinó ella.

—Pero he visto un coche aparcado junto a un establo. Debe de haber alguien.

—O no... Puede que tengan dos coches.

Esa forma de pensar, un paso o dos más allá de mis ideas, era muy propia de Pía.

—De todas maneras, esta sombra será suficiente para descansar, solo necesitamos encontrar agua.

Caminé por el lateral de la casa tratando de encontrar a alguien. Traté de

ver a través de las rendijas de alguna de esas contraventanas, pero mis ojos solo captaban una uniforme negrura, como si hubiera un cortinón negro al otro lado del cristal. Después, al llegar a la esquina, me alejé del edificio en dirección a los viejos establos, donde el *jeep* estaba aparcado a la sombra, bajo un techado de madera que parecía a punto de venirse abajo. «Definitivamente» pensé «llevan muchos años sin tener ganado por aquí ¿pero tendrán un pozo?». El *jeep* estaba abierto. Se me ocurrió que, en el peor de los casos, podríamos cogerlo, dejar una nota, y pagar el precio que fuera por un alquiler un tanto forzado. «Sentimos haberles cogido el *jeep*, pero estábamos desesperados, se lo devolveremos en cuanto lleguemos al Merchero...» Todo eso si el tobillo de Pía no mejoraba. Claro, ese sería el final del intento. Tendríamos que recuperar fuerzas y quizás lo volviéramos a intentar, pero esta vez con un *jeep* equipado, nada de andar como profetas por el desierto. Habíamos aprendido la lección, como se aprenden las cosas: con dolor.

La llave no estaba a la vista y estuve tentado a registrar el coche, pero no lo hice. Miré hacia atrás, hacia la casa. Repentinamente me había sentido observado.

Escurté rápidamente la fachada, contra la que a esas horas refulgía el sol del atardecer. Entonces lo vi, algo que se movía rápidamente en la primera planta. Algo que el sol había señalado, sobre lo que había reflejado su luz por unos instantes, y que después se había movido, desapareciendo en la negrura. Estaba seguro. Había alguien ahí adentro y por alguna razón no quería abrirnos la puerta.

—Pero ¿por qué... ?

Me apresuré hacia la entrada, donde Pía esperaba pacientemente, hecha un ovillo.

—¿Has encontrado algo?

—En la casa hay alguien —dije al pasar frente a ella. Y me dirigí directamente al portón y volví a golpear la madera—. ¡Oigan! ¡Abran, por favor! ¡Necesitamos algo de agua!

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella.

—He visto algo moviéndose en la primera planta. Alguien me estaba observando.

Nos cruzamos una mirada en silencio. Más que un temor, era una pregunta: ¿por qué? En un lugar como aquel, perdido en medio de la nada. ¿Quién temería de nosotros? Nos debían haber visto llegar, un hombre y una mujer cargando dos mochilas, ella cojeando ligeramente. ¿Qué peligro podríamos

representar para nadie?

—¿Estás seguro? —me preguntó ella.

—Completamente —respondí.

Alcé mi voz otras dos veces en los siguientes minutos. «¿Hay alguien ahí? ¡Necesitamos ayuda, por favor!». Pero fuera quien fuese el que estaba dentro de esa casa había tomado la determinación de ignorarnos. Le dije a Pía que estuviera tranquila, no nos moveríamos de allí. Había, bien pensado, muchas razones que podrían explicar aquella situación tan absurda. Quizás esa persona fuese un enfermo, o un niño, alguien a quién se le había dejado solo a la espera de que sus padres regresaran. Esas y otras ideas me pasaron por la cabeza mientras volvía a rodear la casa.

En esta ocasión caminé por el lado contrario al de los establos, describiendo un círculo concéntrico al de esas piedras que rodeaban la casa. Caminando junto a ellas me percaté de que estaban bastante limpias de polvo, como si alguien las hubiera cepillado recientemente. Eran piedras normales, sin ninguna inscripción, pero estaban dispuestas en un círculo bastante perfecto, tan preciso que resultaba llamativo, al menos para ser la obra de un artista aficionado tal y como Pía había pensado.

Encontré un pozo en la parte trasera de la casa, donde había otro par de pequeños edificios posiblemente utilizados como almacenes o despensas, o quizás viviendas del servicio, pero que ahora parecían estar abandonados. También reconocí un pequeño cementerio más allá de las casas y la imagen de una virgen de piedra blanca contemplando el vasto sistema de cordilleras que se abría en el horizonte encarnado.

El pozo estaba sellado con una trampa de metal, en uno de cuyos bordes relucía un candado de bronce. Aquello era bueno y malo a la vez; bueno, porque eso significaba que el pozo estaba vivo, malo porque tenía un candado encima. Pero un candado se puede destrozar, y yo estaba dispuesto a ello si es que la gente que estaba dentro de la casa seguía sin querer abrirnos. Les compraría un candado o un pozo nuevo si hacía falta, pero ahora necesitábamos beber, así que no me lo pensé mucho más.

Me dirigí al círculo de piedras y cogí una de buen tamaño. Regresé con ella entre las manos y la alcé sobre mi cabeza, para después dejarla caer encima del candado. Esquirlas de piedra y polvo saltaron por los aires, pero el candado parecía intacto. En fin, no había muchas alternativas más que insistir así que volví a golpearlo, tres, cuatro, cinco veces. Hasta que escuché una voz a mis espaldas. Era Pía.

—¡Daniel! ¡Espera!

Me giré y vi que un hombre la acompañaba. Alguien había abierto la puerta al fin.

Dejé la piedra en el suelo y me preparé para disculparme. Llevaba unos cien dólares en efectivo en uno de los bolsillos del pantalón. Se los daría como compensación si hacía falta, pero él debía entender que había actuado por pura desesperación. Y ellos, maldita sea, se lo habían pensado bastante antes de ayudarnos.

El hombre caminó en mi dirección y yo hice lo propio. Distinguí sus rasgos indígenas, un hombre fuerte, bajito y de andares tranquilos pero firmes. Cuando ya estaba lo suficientemente cerca de mí aprecié su rostro de cejas pobladas, boca pequeña y ojos muy juntos alrededor de una nariz ganchuda.

Empecé a decir algo en voz alta, disculpándome, pero él pareció no interesado en eso, no al menos por el momento. Pasó junto a mí y continuó hasta el pozo. Pensé que iría a comprobar los daños, pero en vez de eso se agachó, cogió la piedra que yo había dejado sobre la tierra y caminó con ella hasta el hueco que había dejado hecho en el círculo, donde la posó con cuidado.

*

El hombre se llamaba Manuel y, sorprendentemente, no estaba demasiado enfadado por mi primitivo intento de forzar el pozo. Se presentó, nos preguntó de dónde veníamos y nos hizo un gesto para que lo siguiéramos a la casa. Un par de moscas revoloteaban sobre sus hombros, y Pía y yo coincidimos más tarde en que tenía algo raro, o más bien, que estaba a falta de algo (un hervor como suele decirse). Era su mirada, tal vez. Era ligeramente estrábico, pero además parecía que siempre estuviera mirando a otra parte, nunca a tus ojos. En fin, en aquel momento fue para nosotros como un ángel. Nos pidió que dejáramos las botas fuera y nos hizo entrar al *hall* de la casa, un espacio fresco, alto y rectangular, decorado con largos cuadros y espejos, que conectaba hacia arriba y a los lados con otras estancias de la casa, que en aquel momento eran solo sombras indistinguibles, pues nuestros ojos tardaban en acostumbrarse a aquella repentina penumbra. Manuel se perdió por una de esas oscuras gargantas y volvió más tarde con una botella de cristal y dos trapos. Dijo «Beban primero del trapo, no vaya a reventarles el corazón». Yo no creía mucho en esas supercherías, pero no quise discutirle ni un poco. Rociamos agua en los trapos y nos los pasamos por la frente y el cuello, y después bebimos y bebimos, muy poco a poco, sintiendo aquel líquido

refrescando nuestras recalentadas entrañas.

Le explicamos nuestro viaje desde El Merchero, cómo nos habíamos encontrado el pozo de la Negrera, pero que no habíamos podido sacar ni una gota de agua, y el resto de la pequeña aventura hasta aquí. Él nos miraba, supongo que sin comprender por qué dos personas se deciden a cruzar andando un desierto cuando pueden utilizar el coche.

—El pozo de la Negrera está seco desde hace meses —dijo Manuel, con su voz tranquila y rítmica—. ¿Nadie en El Merchero se lo dijo? Aunque ellos tampoco deben saberlo: desde que está la carretera, ya nadie cruza el desierto. Y tampoco hay ganado.

Eso era cierto. En el pequeño pueblo de El Merchero, orgulloso de su reciente desarrollo gracias a la nueva carretera, ya muy pocos se adentraban en el Desiertito. Ahora tenían coches, bebían cocacola y cerveza, y no necesitaban asomarse a ningún pozo, ni cruzar ningún desierto. Lo vadeaban, a cien kilómetros por hora, en sus *pickups* japonesas o norteamericanas, para ir a trabajar a las minas en el sur, o a la refinería en el norte. Cuando les hablamos de la vieja ruta, solo un viejo parroquiano recordó el pozo, pero nos advirtió que lleváramos una buena cantidad de agua. Sobre la vieja fonda de los Duarte nadie nos dijo gran cosa. Solo una vieja guía de montañismo que encontramos en otra pensión, días atrás, la mencionaba brevemente, como único punto de descanso en la ruta del Desiertito.

—En la guía decían que la casa daba alojamiento a viajeros... —comencé a decir.

Entonces, casi atravesando mi frase como una flecha, se oyó otra procedente de lo alto.

—La fonda está cerrada en esta época del año.

Manuel, que se había relajado sobre una cómoda de madera, se puso firme al oír aquella voz que venía de lo alto de las escaleras. Recogió los dos trapos y la botella mientras la recién aparecida mujer descendía por las escaleras.

No era una mujer muy mayor, aunque su aspecto inicial podría engañarlo a uno. De mediana altura, gruesa, con una larga coleta a la espalda. Vestía con pantalones y camisa. Tenía un rostro esencialmente varonil, de cejas muy gruesas, como cepillos, y ojos verdes. La nariz redondeada en la punta. Vetas canosas en su cabello, una cara joven pero mayor al mismo tiempo.

Llegó adonde nosotros. Por su forma de vestir y andar, y viendo la reacción de Manuel, adiviné que nos encontrábamos ante la señora de la casa.

—¿Cerrada? —pregunté—. No lo sabíamos. En la guía donde lo leímos no

decía nada.

—Debe ser muy vieja esa guía —replicó ella, altisonante—, porque hace años que esta casa no sale en las guías.

La miré a los ojos. En aquellos instantes me importaba muy poco que alguien tratase de ser soberbio, o de imponer su ego y sus malditos complejos sobre mí y mi novia. Habíamos escapado del desierto, eso era suficiente. Sería capaz de dormir en un establo, o acampar fuera, con tal de que nos dieran agua y nos llevaran, al día siguiente, de vuelta a El Merchero.

—Puede que tenga razón —dijo Pía, que no se arredraba con la altanería de aquella mujer—, y no queremos molestarles, pero hemos llegado por los pelos hasta aquí. Se nos acabó el agua y yo... bueno, tengo el tobillo hecho una pascua.

—Eso... —apoyé mínimamente.

La señora, que después supimos que se llamaba Elena Duarte, miró a través de la puerta, donde el atardecer ya había comenzado su espectacular declive sobre el desierto.

—Ustedes debieron chequear mejor su ruta antes de partir a través de un desierto —contestó sin aflojar su tono—. En cualquier caso, ya se está echando la noche encima y no los vamos a dejar ahí fuera.

—Gracias —dijimos Pía y yo al mismo tiempo—, se lo agradecemos de veras —añadí yo.

Ella observó entonces el tobillo de Pía. Sin el calzado puesto, su hinchazón era bastante evidente.

—Manuel, mira a ver si queda algo de hielo para ese pie. Y después prepárales una habitación. Arriba. Atrás.

Aquellas dos últimas palabras sonaron extrañas. Como indicaciones cifradas con un significado especial. Manuel asintió al oírlas.

—Llevamos sacos —dijo Pía entonces—, no hará falta que preparen camas. No queremos causar ninguna molestia.

Elena Duarte hizo como que no oía esa frase. A cambio, respondió:

—La casa se cierra por la noche. Esa es la única regla. Las ventanas incluidas. En esta época del año vienen tormentas repentinas y destrozan los cristales. Nada de abrir las contraventanas ni salir afuera por la noche.

Nos pareció una regla extraña, y tampoco habíamos oído hablar de esas tormentas repentinas (de hecho, la noche anterior la habíamos pasado en una paz absoluta), pero no obstante asentimos en silencio. Elena Duarte nos dijo que podríamos comer algo en la cocina una vez que estuviéramos instalados, y

eso volvió a suscitar nuestro agradecimiento. Pensé que podría dejarles unos cuantos dólares a nuestra salida. Calculé el precio que solían pedir en las fondas y pensiones del camino y lo duplicué. Lo dejaría sin previo aviso. Aunque rara, aquella pareja perdida en el desierto nos había salvado la vida.

*

Nos entró un pequeño ataque de risa cuando Manuel nos dejó a solas en la habitación, escaleras arriba.

—¿Es esta nuestra mejor anécdota hasta el momento? —dijo Pía dejándose caer sobre la cama.

Pese a que todavía estábamos mareados y confusos por el día de marcha, nos echamos a reír. Después de un día terrible, terminar conociendo a aquellos dos personajes, en aquella casa extraña con sus extrañas reglas, resultaba ciertamente irreal, y supongo que la risa era la manera más eficiente de ordenar ese rompecabezas.

—Creo que merece un largo apunte en el diario de viaje —opiné mientras la besaba.

La habitación era ¿cómo describirla? La mejor habitación en la que habíamos dormido en los últimos dos meses de viajes por el continente americano. Una cama con dosel, un viejo armario ropero, vacío por completo, un escritorio de madera, una pequeña puertecita conectaba con un pequeño servicio. Una araña, que había disfrutado de su particular mansión en el plato de la ducha, salió nadando por las tuberías cuando probamos el grifo. ¡Funcionaba!

—¿Crees que habrá alguien más en la casa? —pregunté mientras me acercaba a la ventana—. ¿O solo ellos dos?

—Me parece que solo son ellos dos. La señora y su criado. Parece una novela de vampiros.

—¿Y quién es ella? ¿La vampira? —susurré.

—¡Oh Dios! —exclamó Pía mientras se colocaba la bolsa de hielos que Manuel nos había dado antes de subir.

—Espera, te ayudo a ponértela bien.

Me acerqué y le coloqué la bolsa en equilibrio sobre su tobillo.

—Esto te vendrá de maravilla.

Pía dejó escapar un murmullo de dolor. El hielo comenzaba a hacer sus efectos sobre la hinchazón.

—¿Crees que podremos irnos mañana? No parece que a esa señora le haga mucha gracia nuestra visita.

—Ya lo veremos —respondí—, depende de tu tobillo. En cualquier caso, si nos quieren echar volveremos a El Merchero. Manuel podría llevarnos con el coche. Aunque creo que podríamos pasar un par de días aquí y continuar el camino. Intentaré negociar con ella mañana.

El siguiente pueblo, a los pies de la cordillera, se llamaba San Miguel de Hyzes. Podíamos llegar a él en un par de días de marcha, pero siempre y cuando Pía estuviera perfectamente curada.

—Ojalá... —dijo ella—, porque o sucede un milagro o no creo que pueda caminar mañana.

Hacía calor en la habitación. El aire estaba estancado, y desde las tuberías del baño se elevaba un leve hedor. Me dirigí a las ventanas, dos largas hojas de madera y cristal, y las abrí. Tras ellas descubrí dos portezuelas de madera. Intenté empujarlas o abrirlas, pero parecían fuertemente cerradas. Distinguí entonces una pequeña cadenita y un candado dejado en el exterior. A través de sus rendijas pude adivinar una gran luna llena que comenzaba a asomarse por el este.

—Iba en serio con lo de las ventanas —dije—. No se pueden abrir.

—Bueno —dijo Pía—, déjalas. Por lo menos corre el aire. Además, es la regla número uno de la casa, ¿recuerdas? —Y poniendo voz de monstruo dijo—. La casa se cierra por la nocheeeee.

Seguí mirando por la rendija. La habitación daba al cementerio y se distinguían algunas cosas con la luz de la tarde. La estatua de la virgen. El pozo. Ese extraño círculo de piedras.

—¿No te parece raro lo de que todo esté cerrado? —pregunté—. No tiene mucha pinta de que vaya a venir ninguna tormenta.

—Bueno... Con una casa tan grande y solo dos personas, quizás prefieran tenerlo todo cerrado por si acaso. Ella dijo que las tormentas vienen repentinamente.

—¿Pero qué tormentas son esas? —empecé a preguntar, pero en ese momento alguien llamó a la puerta. Era Manuel. Dijo que había preparado algo de comida en la cocina y que bajáramos cuando nos apeteciese. Pía anunció que prefería quedarse en la cama y me preguntó si podría subirle algo.

*

Dejé a Pía con un plato de embutido, frutas y más agua. Quería escribir en su diario, estar sola. Así que yo me bajé a cenar a la cocina, y allí estaba Manuel, con sus dos moscas alrededor del cuello, su capa de sudor brillante y sus ojos medio idos. La «señorita» Elena se había acostado, me dijo, y yo volví a darle

las gracias por su acogida, y pedirle disculpas por golpear el candado del pozo. «Pensé que se lo pagaría más tarde» dije. Evité comentar cómo había visto a alguien observándonos desde las ventanas mientras escrutaba los alrededores de la casa, como si se hubieran debatido entre dejarnos en la calle o abrirnos la puerta. De todas formas, tenía la sensación —después de conocer a la señora Duarte— que había sido más cosa de esta última que del callado y obediente Manuel.

Manuel sacó una botella de vino y algo de queso y se sentó frente a mí, en una mesa de conglomerado, en aquella cocina de piedra donde todavía había un viejo fogón de chapa y un lavadero bien grande, que debía de tener cien años lo menos.

Me fijé en las contraventanas. También estaban echadas.

—¿Y hace mucho que no reciben viajeros? —pregunté.

—Tres años lo menos, señor —respondió Manuel mientras partía el queso con un certero golpe de cuchillo—. Eso de la pensión fue una idea de Ariadna Duarte, una de las hermanas de la señora. Pero ella ya no vive aquí. Se marchó a Norteamérica hace años. Y el negocio tampoco rendía muy bien, desde que construyeron la carretera nueva.

Sirvió dos vasos de vino justo hasta el borde. Alzamos la copa amigablemente y bebí un sorbo. Pero cuando el vaso de Manuel aterrizó en la mesa estaba vacío. Y no solo eso, sino que Manuel volvió a llenarlo, esta vez un poco menos. Y siguió comiendo queso y bebiendo largos tragos.

—Ahora ya ni siquiera hay ganado. Es una pena, pero la señorita Elena no quiere ni oír hablar de eso. Y yo le digo que la casa necesita reparaciones, que se está cayendo a trozos, pero creo que ella lo prefiere así. Al final, es la última Duarte. Porque no creo que la señora Ariadna vaya a volver por aquí. ¿Más vino?

Señaló a mi vaso, que solo estaba por la mitad.

«Vaya nohecita me espera» pensé mientras asentía.

Llevaba una buena temporada sin beber alcohol y al de dos vasos ya notaba mis mejillas ardiendo y mi lengua bailando dentro de la boca. Pero Manuel, pese a su aspecto poco lúcido y a su forma de hablar seca y cortante, era un buen compañero de copas. Me contó mucho sobre la finca de los Duarte, de cómo cien años atrás había sido uno de los mejores ranchos de toda la provincia, y que era una de las familias más importantes del país. Y que en esa casa se había celebrado la boda de un príncipe europeo a principios de siglo. Y que allí se habían cerrado acuerdos importantes para la patria. Pero

después, con las nuevas industrias, el señor (Gervasio Duarte) había invertido mucho dinero en cosas que no habían salido bien y, varias enfermedades y dos guerras por medio, la familia había perdido muchos miembros, tíos, hermanos... Y que al final quedaron las dos hijas, Ariadna y Elena, y ahora solo quedaba Elena, la menor, nunca casada y sin descendencia, y que después de ella no quedaba un solo Duarte en aquella patria. Solo Ariadna, que ahora vivía en California y que jamás volvía por allí.

Hablaba alto, cada vez más alto, quizás impulsado por el vino, y tuve miedo de que la señora pudiera oírle, pero Manuel no se mostraba temeroso. Hablaba conmigo como con un camarada, quizás porque me veía joven, vestido con unos vaqueros cortados y una camiseta sucia.

Acabamos con la botella y se levantó a rellenarla. En una despensita anexa a la cocina había dos grandes barriles de vino.

—Es algo que no *debe* faltar en esta casa —bromeó cuando hice mención de aquella generosa reserva de vino que parecía inacabable.

«De eso estoy seguro» pensé «si todas las noches bebe a este ritmo». Manuel llevaba solo un lustro trabajando en la casa. Antes había sido campesino en unas tierras al norte, pero «sufrió la expropiación» (no indicó cuál, pero debía ser algo lo suficientemente importante) y tuvo que dejar su trabajo y buscarse la vida. El último «mayordomo» de las Duarte se había marchado por enfermedad ese mismo año, y a través de un suegro suyo consiguió el trabajo. No se pagaba muy bien, pero se ofrecía vivienda y pensión completa, y el trabajo no era demasiado farragoso. Mantener la fontanería y la electricidad a punto, viajar a El Merchero para hacer la compra una vez por semana, limpiar habitaciones y hacer colada para la señora Elena. Poco más. Ella tampoco necesitaba mucho. Salía de vez en cuando a visitar unos primos suyos en San Miguel De Hyzes, y en cinco años la había llevado tres veces al aeropuerto. Nada más. Se pasaba el día en sus lecturas, escribiendo cartas y mirando el horizonte, soñando con algo o con alguien seguramente.

—Vaya, debe ser una vida solitaria. Pero, y disculpe la indiscreción, ¿de qué viven aquí? no he visto ganado ni nada por el estilo.

—La señora tiene rentas y alguna asignación de su hermana, que es la que heredó todo. Yo creo que lleva años intentando vender la casa y el terreno, esperando a un inversor que se interese por el sitio, quizás para crear un hotel en condiciones, y ella poder marcharse. Y entre tanto mantiene la finca como puede, tirando del pobre Manuel como el que tira de un burro.

Noté el tono de rencor en su voz y preferí no tirarle de la lengua, que fuera él el que siguiera hablando si quería. Pero no quiso.

—Pero cuénteme, mi buen. ¿Qué les trae a ustedes tan lejos de su casa? — se echó una pequeña carcajada—. ¿En qué hora se les ocurrió andar por ese desierto, jugándose la vida usted y su linda señora? Lindísima, si me permite que le diga.

Esa era una buena pregunta que no acostumbraba a responder del todo. Pero ya había bebido un poco, y Manuel me había relatado media vida suya, y quizá en el fondo me apetecía contárselo a alguien de vez en cuando.

—Empezamos a viajar hace cinco meses, en México. Siempre nos ha gustado caminar y acampar, así que nos propusimos hacer muchas rutas a pie, tantas como fuera posible. Lejos de las carreteras es donde se encuentran las cosas bellas ¿no cree? Así cruzamos América Central, eligiendo un camino y tirando por ahí. Cruzamos la frontera entre Guatemala y Honduras una medianoche, por la jungla. Igual que una ruta de dos semanas en el Amazonas, solo a canoa y a pie. Ahora queremos llegar hasta Tierra de Fuego, sin prisa. Mientras tanto queríamos pasar una noche en el desierto. Elegimos este, de camino a la costa, a la cordillera. Y bueno, lo describen como un desierto pequeño, y menos mal que es pequeño porque casi nos quedamos de camino.

—Usted que lo diga, compadre —asintió Manuel—, ¡bonito viaje! Yo nunca he salido de la provincia excepto una vez, que fui a una boda de un primo mío en Asunción. ¿Y cómo van viviendo? ¿Trabajando de camino?

Le dije que no, que íbamos gastando los ahorros poco a poco.

—¡Carajo! Deben ser ustedes muy ricos para vivir como mendigos así de bien.

Sonreí, aunque en el fondo me hirió un poco el comentario, quizás porque era cierto. Supongo que los hombres de manos callosas de este mundo tienen derecho a decir la verdad.

—Bueno sí, no muy ricos, pero tenemos lo suficiente para unos meses más. Después volveremos a Madrid, supongo, y habrá que trabajar otra vez —dije aquello resoplando, como para colocarme al nivel proletario de Manuel (aunque compararme a mí escribiendo informes en una cómoda silla de gomaespuma y Manuel arreglando un tejado en medio del desierto, entre escorpiones y serpientes, resultaba un tanto grotesco).

—¿Usted y su esposa son de Madrid?

—Sí —dije, sin ganas de corregirle sobre Pía y yo, que no estábamos casados.

—Tengo unos primos que marcharon allí hace años, a trabajar en la construcción. Ahora no debe ir muy bien la cosa. La economía debe estar muy mal por allá.

—Ciertamente. La crisis.... ya se sabe.

—¿Ustedes también se marcharon por lo mismo? —A Manuel se le había empezado a trabar un poquito la lengua.

—No, lo nuestro... es solo un viaje. Un viaje que siempre habíamos querido hacer.

—Ahh... Comprendo. ¿Más vino, mi buen? —dijo llenándome el vaso hasta el mismo borde—. Pero no quiero interrumpirle: Un viaje que siempre...

—... habíamos querido hacer —proseguí—. Dejar el trabajo, coger las mochilas y partir. Ya sabe, esa idea tan romántica. Dar la vuelta al mundo, o quizás solo la media vuelta. Pero pasaban los años y no éramos capaces de decidirnos. A lo mejor teníamos miedo a perder el empleo, nuestras cómodas vidas...

En ese apartamento «cómodo» del barrio Salamanca. Con ese «cómodo» Volkswagen Beetle, y la casa de alquiler frente a la playa de Cádiz. Y esa oficina «cómoda» llena de personajes «cómodos» bien vestidos, perfumados, que pasaban sus vidas como tú, haciendo declaraciones de IVA millonarias para empresas de zapatos y moda, saliendo los viernes a tomar una cerveza y a intentar llevarse a la cama a algún compañero, hablando de sus hipotecas, de sus hijos recién nacidos y de los problemas de los que pasan la línea de los 35. Todo bien cómodo, bien predecible. La «zona de confort», el lugar donde nunca pasa nada.

—Y al final se decidieron ... —Manuel espoleó la historia.

—Bueno. No sé si nos hubiéramos decidido por nosotros mismos, pero entonces sucedió algo terrible. Un accidente que nos cambió la vida. Que nos impulsó a decidirnos.

Bajé la voz. Ahora era Pía a quien temía que nos oyera. Si por cualquier razón se le ocurriera bajar en ese momento... Miré a través de la puerta. Se veía un fragmento de las escaleras. Todo estaba oscuro y en silencio. Bebí un trago.

No sé ni cómo había empezado a hablar de aquello. Acostumbraba a evitar el tema. Pero esa noche, después del desierto, de sentir la muerte bastante cerca, quizás tenía los nervios a flor de piel, y el vino terminó por rematarme. —Los padres de Pía murieron en un accidente. Fue algo terrible. Un avión que se perdió en el mar.

—Madre de... —comenzó a decir Manuel, pero se calló. Cogió el vaso de vino y lo apuró.

—Ese vuelo Brasil-París de 2009, el que nunca llegó a su destino. Fue un golpe tan duro, tan cruel, tan repentino... Que nos hizo reflexionar sobre la vida. Sobre lo corta que es, y sobre lo idiota que es esperar a que las cosas sucedan por sí solas. Y por eso no nos costó nada lanzarnos a hacer nuestro viaje. Si todo el mundo mirase a la vida desde esa perspectiva, seguro que se acabarían muchos problemas.

—Seguro, señor.

A Manuel se le había cambiado el humor de pronto, y me arrepentí de haber dado ese toque fúnebre a nuestra pequeña fiesta. Traté de cambiar el tema, pero a él ya se la había borrado la sonrisa del rostro y su cabeza colgaba ahora como un péndulo sobre el vaso. Sus dos moscas debían estar borrachas también, pues ya no las veía revoloteando por ahí. Estaba como ido.

—Manuel, ¿se encuentra bien? Yo siento haber...

—No, amigo mío —dijo levantando la cabeza. Después soltó una especie de carcajada—. No se preocupe. Las cosas pasan porque tienen que pasar. ¿Sabe? Como que ustedes hayan llegado aquí. Como que yo también lo hiciera... Ya lo dijo Ella. Que vendría más gente. Que nunca lo podríamos parar.

Alzó la vista y sus ojos, inyectados en sangre, ya no estaban idos. Era como si, después de un largo día de sueño, por fin hubiera despertado.

Y yo, cada vez más borracho, cansado después de aquel largo día, apenas le entendía.

—¿A qué se refiere, Manuel? No... No creo que le esté siguiendo.

Cerró la boca y apretó sus dientes, como si algo luchase por salir. Después resopló largamente y terminó dibujando una sonrisa con los labios.

—Nah, olvídese. A veces servidor dice cosas sin sentido. El vino este, cabrón. Creo que me disuelve el «cerebro» poco a poco.

Alzó su vaso y brindamos otra vez. Yo acabé primero, dejé mi copa en la mesa y observé a Manuel bebiendo a largos tragos su vaso. Pensé en esa frase que acababa de decir, esa frase que —según él— era producto del vino y sus efectos sobre su cerebro:

«Las cosas pasan porque tienen que pasar. ¿Sabe? Como que ustedes hayan llegado aquí. Como que yo también lo hiciera... Ya lo dijo Ella. Que vendría más gente. Que nunca lo podríamos parar».Pero, por alguna razón, aquella frase no me pareció un sinsentido.

*

Cuando regresé escaleras arriba, tambaleándome, Pía ya se había dormido. Estaba hecha un ovillo en la cama, con el diario de viaje abierto por la mitad, y el lapicero a unos pocos centímetros de sus manos dormidas. La luz de su mesilla de noche le iluminaba el rostro, y también la última anotación que había escrito en el diario.

¡Salvados! Cruzamos el Desiertito del Umbral con gran dificultad. Una noche de acampada maravillosa bajo las estrellas, pero con el tobillo doliéndome. Hoy, durante el día, una verdadera odisea. El agua se acabó y el Desiertito parecía interminable. Las últimas horas iba pensando en lo peor. ¿Es así como se siente cuando la muerte le atrapa a uno? Siempre he imaginado que Ellos aparecerían cuando llegara el momento, pero no ha querido ser hoy.

Al final hemos llegado a la fonda. Una mansión perdida en la nada. Momentos extraños, irreales en un principio. Recibimiento incómodo. Personajes sacados de una película barata de terror (el sirviente atontado, la señora vampírica), pero después la habitación era puro lujo. Un hotel de cinco estrellas no lo podría mejorar. Espero que mi tobillo mejore entre hoy y mañana, aunque quizás eso sea demasiado optimista. Daniel ha demostrado que puede sacar su instinto cavernícola si hace falta (roca, candado). Me reí con esta última frase. Cerré el diario y lo coloqué sobre la mesita de noche.

Después me desvestí y entré en la cama con cuidado. Ni siquiera alcancé a apagar la luz de la mesilla. En cuanto tuve a Pía entre mis brazos, caí absolutamente dormido.

*

Todo lo que ocurrió esa noche me pareció un sueño, y quizás lo fue, o quizás no. El terrible cansancio, que me había hecho desmayarme sobre la cama, el vino que disolvía el cerebro, todos los ingredientes se mezclaron para vivir una película subliminal, donde la realidad y el sueño eran difíciles de distinguir.

Primero tuve una pesadilla horrible. Algo que me sacudió de veras, porque era un recuerdo que no me había asaltado en muchos años y, aquella noche, de pronto, regresó con toda su crudeza. Era Marta. Otra vez Marta.

Volvió desde aquella habitación oscura donde la vi por última vez, de entre las sombras. Y estaba, como entonces, enfadada, terriblemente enfadada. Y yo

volvía a tener veinte años, y volvía a decir las mismas palabras. «Marta, lo siento, pero esto no cambia nada. Tu enfermedad es terrible, pero yo debo escuchar a mi corazón. No voy a volver contigo».Ella me escuchaba desde su silla de ruedas, con el cabello caído hacia delante, despeinado. Tal vez ya había empezado a perder un poco el juicio, o quizás estaba perfectamente serena cuando me dijo aquello. Levantó su mano, aquella larga y huesuda mano y me señaló. «Tú tienes la culpa. He enfermado por ti. Esta enfermedad es por tu culpa. Me abandonaste y mi cuerpo empezó a pudrirse. ¡Lo sabes!»En el sueño todo ocurría de una forma amplificada. Su voz era un rugido, su mano una garra, la rama de un árbol seco que trataba de alcanzarme. Y entonces, de alguna manera, conseguía ponerse en pie sobre las piernas que ya no estaban, porque se las habían tenido que amputar. Y crecía y crecía por debajo de aquel camisón, que ahora se convertía en algo obscuro, un telón que lo cubría todo. Y el monstruo gigantesco avanzaba ahora hacia mí, y yo salía corriendo, y de pronto ya no estábamos en su casa, aquel oscuro y triste apartamento de sus padres, en el que solo vivió ocho meses más antes de morir, sino que estábamos en los pasillos de la universidad donde nos conocimos, donde nos besamos por primera vez.

Donde, una tarde lluviosa, sin quererlo, me enamoré de otra chica.

Quizás, los mismos pasillos en los que otra tarde, de viento y lluvia, tuve que contarle la verdad. Romperle el corazón. ¿Matarla?

Yo corría por los pasillos abandonados y sabía que jamás encontraría la salida. Y Marta volaba a mis espaldas, como un fantasma. Con su cara hinchada y sus labios llenos de pupas, dejando caer una baba verdosa, y sus ojos llenos de ira.

—¡Culpable! —gritaba como una jueza infernal—. ¡Culpable!

Y yo no lo conseguía. No conseguía huir de ella. Lentamente mis piernas iban a menos y al final sentía aquellas dos manos sobre mi cuello. Y trataba de gritar que no había sido culpa mía. Que lo sentía mucho por ella, todo lo que había ocurrido... pero que no era culpable.

Cuando ella me citó tres meses después de romper, para hablarme de algo, y la encontré callada, asustada, con una carta del centro médico entre las manos. «No quiero hablar de lo nuestro, pero ahora necesito un amigo...».

No fue culpa mía.

Cuando ella me llamaba a medianoche y se echaba a llorar, y yo estaba con mi otra chica en la cama. Y tenía que colgarla. Y al final terminé cambiando de teléfono.

No fue culpa mía.

Cuando me emboscó a la salida de la facultad y me rogó que no la abandonara, que ahora me necesitaba más que nunca. Y yo intenté zafarme de ella, y ella se quitó la peluca y se quedó calva, frente a mí, en la imagen más patética y miserable que conservo de ella. Llorando, suplicándome que me quedara a su lado. «Mírame, ya no tengo ni pelo. ¿Vas a dejarme así, sola ante esto?». No fue culpa mía.

Pero ya era tarde para entonces. En el sueño, sus manos me apretaban y apretaban hasta ahogarme por completo, y la muerte era como sumergirse en agua caliente. Cerraba los ojos y me dejaba caer por un largo e interminable agujero.

Después creo que me desperté, pero eso nunca lo tendré claro del todo. Recuerdo sentir todo el vello de mi cuerpo erizado. Recuerdo estar temblando bajo las sábanas, todavía asustado por aquella pesadilla. Desorientado, sediento. Estaba en la habitación de aquella extraña casa, la luz de la mesilla todavía estaba encendida, pero en la cama solo estaba yo ¿y Pía? Miré hacia los pies de la cama y la encontré junto a la ventana. Y creo (creo) que la llamé en voz alta, pero ella no me respondió. Estaba de pie, semidesnuda, mirando algo por la ventana. Me levanté, me acerqué a ella y vi que tenía las manos incrustadas en los huecos de las persianas. «Vamos, vuelve a la cama» le dije, pero ella no escuchaba. Estaba como sonámbula. Y recordé que a los sonámbulos no había que despertarlos ¿era cierto que se podían morir? Me asusté. Jamás la había visto así. Con mucho cuidado retiré sus manos de la contraventana. Ella dejó que lo hiciera, se mostró dócil a mis órdenes, y la dirigí de nuevo a la cama. La ayudé a tumbarse y la besé por toda la cara. «Duérmete, cariño, ahora duérmete».

Después regresé a la ventana. Me había parecido ver algo entre las finas líneas de la persiana. Afuera la luna estaba llena. Su luz regaba el suelo del desierto, creando sombras alargadas. El pozo. Las casas de aperos. La virgen del cementerio. Pero más allá, detrás de las casas había algo más. Primero pensé que serían cactus, plantas del desierto. Pero no, no era nada de eso.

Eran personas quietas, sin hacer el menor movimiento. Miraban hacia la casa.

Y entonces decidí que aquello debía ser otro sueño. Volví a la cama, me apreté contra Pía y cerré los ojos con fuerza para olvidarme de las pesadillas.

*

—¡Por fin! —dijo Pía al verme bajar por las escaleras al día siguiente—. La

marmota sale de su guarida.

Ella estaba sentada en las escaleras del recibidor, con los restos de una manzana y unas galletas a su lado. A la sombra, protegiéndose de aquel sol aplastante de la mañana. El pie metido en un cubo de agua con algunos hielos.

—¿Y los otros? —pregunté al salir por la puerta. Me recibió aquel aire seco y caliente del desierto. El horizonte era una pequeña línea de arena bordeando un radiante y vasto cielo azul.

—Han salido, creo que fueron a El Merchero —dijo ella—, dejaron una nota. Hay comida en la cocina. ¿Has descansado?

—Dios —rugí mientras me estiraba—, no sé ni cuánto he dormido. Ayer bebimos un poco más de la cuenta.

—¿Manuel y tú?

—Sí, un mano a mano. El tipo tiene dos barriles de vino en la despensa. Creo que nos bebimos uno. Madre mía qué aguante. No sé ni cómo se habrá podido levantar hoy.

—Yo caí en picado. Ni siquiera te sentí cuando volviste a la cama.

—Sí, de eso me acuerdo. Te dejaste la luz encendida y el diario sobre la almohada. —De pronto, como un fognazo, recordé también las pesadillas de la noche. Me estremecí por un instante, pero no quise hablar de ello. «En otro momento» pensé.

Bajé los escalones hasta el caminito de grava que se iniciaba en el frontal de la casa. Salí de la protección del techado y sentí el sol cayéndome sobre la cabeza y los hombros. El coche ya no estaba aparcado en los establos de la izquierda.

—¿Qué tal va? —dije, señalando el cubo de metal en el que Pía había sumergido su tobillo.

—Ha bajado la hinchazón, pero todavía duele. He tenido que bajar las escaleras casi cojeando. Diría que duele más que ayer.

—Es lógico. Tienes los músculos fríos. Pero supongo que es todo lo que podemos hacer. Hielo y reposo. Quizás para la tarde estés mucho mejor.

—¿Crees que les hará gracia vernos aquí a la vuelta?

—No tenemos más opciones: tú no puedes dar ni diez pasos. Pero si acceden a llevarnos, les pagaré gustoso. Ese Manuel parece un buen hombre... bueno, iré a preparar algo caliente.

Regresé al cabo de diez minutos con un mate. Lo llevábamos (junto a la yerba) en la mochila, como parte fundamental del equipo de viaje. Cuando salimos de Madrid era un adicto al café, pero lentamente me había

acostumbrado al sabor agrio de esa yerba, y a su efecto más sutil y duradero.

Me senté junto a Pía, en las escaleras, y «mateamos» tranquilamente mirando el horizonte infinito. Arriba, en la suave colina que había frente a la casa, el aire estaba tan caliente que parecía aceite en ebullición.

Después desvíe la mirada al círculo de piedras que rodeaba la casa. Eso me hizo recordar las siluetas que habían aparecido en mi pesadilla.

—Esta noche he tenido unos sueños extrañísimos —dije al fin, como si fuera un tema incómodo pero inevitable. Pero antes de que pudiera continuar, Pía me miró y dijo:

—Yo he soñado con mis padres.

El corazón me dio un pequeño brinco al oírlo. Estaba a punto de hablar de muertos que volvían del pasado y, vaya, qué casualidad.

Me quedé en silencio, esperando a que ella continuara. La psicóloga que trató a Pía después del accidente me aconsejó hacerlo así: «que hable cuando quiera y cuanto quiera, nunca le fuerces demasiado».

—Estaban... Aquí mismo. Era todo muy raro. Me sonreían, me decían que me acercara, que querían decirme algo, pero yo no podía. Había algo que no me dejaba avanzar hacia ellos.

La imagen de Pía agarrando las persianas de la casa volvió a mí con maléfica nitidez. ¿Era posible que aquello no fuera un sueño? Pero entonces ¿las siluetas que rodeaban la casa? ¿Aquello también había sido real?

—Tenían algo que decirme, pero no podía acercarme más —su voz se ahogó en un pequeño sollozo. Después se incorporó y me miró sonriendo, con los ojos brillantes—. Qué raro, ¿verdad? Es la primera vez que sueño de esa manera.

En los sueños que Pía tenía acerca de sus padres (algo que seguía ocurriendo una o dos veces al mes) ellos siempre aparecían en escenarios familiares: preparando una barbacoa en su casa de la sierra, almorzando en un restaurante, o pasando un aburrida tarde de domingo de invierno, en el salón de su apartamento. Después se despertaba, a veces llorando, y decía que, por un momento, creía que no habían muerto y que seguían todos juntos, como la feliz familia que habían sido. Esos sueños eran dulces y terribles al mismo tiempo. Como pequeñas jugarretas que su cerebro quería gastarle.

—¿Raro? Esto es... curioso cuando menos —dije entonces.

—¿Por qué lo dices?

—Tú has soñado con tus padres y yo... yo también he tenido un sueño terrible. He soñado con aquella novia que tuve en la universidad. Alguna vez

te he hablado de ella.

—¿La que enfermó de cáncer?

—Sí. Llevaba años sin acordarme de ella. Y de pronto, anoche apareció otra vez.

—¿Quieres hablar de ello?

Resoplé, como si realmente no quisiera. Después, en breves líneas, hice una imagen de la pesadilla. Porque no había sido un «sueño melancólico» ni mucho menos. Sino una terrible y monstruosa pesadilla.

Cuando terminé de explicarle aquella agobiante carrera, tratando de escapar de un monstruo asesino, inevitable, Pía dijo que tenía los pelos de punta.

—Dios... Es... Terrible. ¿Pero fue así? ¿Te culpaba?

—Yo rompí con ella y unos meses más tarde le diagnosticaron la enfermedad. Fue algo horrible, muy doloroso. Trataron de curarla como pudieron, con operaciones, amputaciones... La convirtieron en un monstruo. En determinado momento ella debió de perder la cabeza. La medicación, y todo ese proceso... Y comenzó a culparme a mí. Llegó incluso a decirme que yo se lo había provocado. Y de alguna manera lo consiguió, consiguió que me sintiera culpable.

—Nunca me hablaste de eso.

—Lo sé. Es un tema que he intentado olvidar. Pero esta noche ha sido como un gigantesco puñetazo. No había vuelto a pensar en ella durante mucho tiempo.

Terminamos el mate y tratamos de cambiar de tema, hablar de otras cosas más positivas como nuestros planes de viaje una vez que hubiéramos cruzado el Peratil. Había un par de buenas rutas hacia la costa, y la guía hablaba de una zona de cabañas en la playa, y de un pequeño archipiélago donde había una increíble fauna salvaje, al que planeamos llegar alquilando una canoa.

Pía empezó a darme unos besitos muy tentadores en la mejilla, el cuello. En El Merchero habíamos dormido en una pensión con otras dos personas al lado, y la noche en el desierto habíamos estado demasiado cansados para...

—Tenemos toda la casa para jugar —dijo ella, acariciándome la pierna.

—¿Pero y tu pie? —le pregunté.

Ella me miró con ojitos de gata.

—Te dejaré a ti que lo hagas todo.

*

Manuel y Elena Duarte no regresaron hasta el atardecer.

Hasta esa hora, Pía y yo habíamos matado el tiempo en la cama, y después

investigando la casa, abriendo y cerrando puertas. Había varios salones, casi todos medio vacíos, con los muebles cubiertos por sábanas o plastificados. Le hablé a Pía de lo que Manuel me había dicho, que la señora Duarte llevaba años intentando vender la propiedad, y que ya nadie vivía allí desde hacía mucho tiempo.

Destapamos algunos cuadros y muebles. Encontramos la pista del gran patriarca, Gervasio Duarte, en un gran cuadro sobre una chimenea de mármol italiano. En ese mismo salón también dimos con un viejísimo gramófono de marca Polyphon, con su gran trompeta de madera y un disco que todavía olía a cera colocado sobre él. «Papaveri e papavere» decía en su pequeña etiqueta central «Fonodisco Italiano» Todo viejo, antiguo, sin uso. Como aquella casa.

Había una puerta debajo de las escaleras que resultó ser la habitación de Manuel. Un catre revuelto, paquetes de tabaco y olor a vino. En una de las paredes había un colgador de llaves en el que vimos copias de las llaves de la casa y de un coche. Me apunté aquel descubrimiento como una nota mental.

Más intrigante fue el descubrimiento que hicimos escaleras arriba, en el mismo pasillo que nuestra habitación. El resto de los dormitorios de invitados (contamos hasta cuatro incluyendo el nuestro) estaban situados, dos a dos, en el tramo del pasillo más próximo a las escaleras. Pero después, doblando el pasillo y subiendo otra pequeña escalera, se accedía a otro tramo en el que solo había tres puertas. La última, la que cerraba el pasillo, tenía un pasador instalado por fuera. Como un calabozo. Entre risas, Pía dijo que debíamos abrirlo. Le dije que se olvidara de la idea, pero ella insistió: «¿Y si tienen a alguien encerrado?».

Pía era esa clase de persona con la que ningún viaje resulta aburrido.

—Si lo tienen encerrado será por algo —respondí yo.

Pero no hubo manera de quitarle aquella locura de la cabeza, así que después de golpear en la puerta un par de veces, terminamos abriendo el pasador. Tras la puerta descubrimos un gran dormitorio, con las contraventanas echadas como en el nuestro. Este, a diferencia de los otros en los que habíamos curioseado hasta entonces, parecía haber sido habitado hacía bien poco. Las sábanas estaban revueltas y el aire no olía a polvo, sino a cera de velas y a perfume. Un escritorio junto a la ventana estaba repleto de papeles, cartas y libros. Una fotografía familiar de dos mujeres, una de ellas la versión joven y más alegre de la señora Duarte. No tardamos en concluir que aquella era su habitación, y enseguida nos sentimos mal por haber violado aquel espacio personal.

—¿Pero por qué tendrá ese pasador afuera? —se preguntó Pía, quien parecía disfrutar con aquel misterio.

—Quizás la castigaban de pequeña. —Teoricé, mientras no perdía de vista la puerta, temiendo que la dueña de la casa apareciese por el fondo del pasillo en ese instante—. Aunque podría haberlo retirado. Parece que está nuevo, bien lubricado.

—¡Y mira esto! ¿Qué es?

—Vamos, Pía —le urgí—. Hay que salir de aquí. Esto está mal.

Pero Pía ya había surcado la habitación hasta un gran armario ropero, abierto de par en par, que dejaba ver un largo espejo acoplado a la cara interior de una de sus puertas. En la otra, colgado de un pequeño clavo, había una especie de calendario.

—Un calendario de lunas. Mira.

—Sí, sí —dije sin perder la concentración en el pasillo—, ¿y qué?

—¿No te parece raro?

—Joder, pues sí, un poco. Pero aquí todo es raro, ¿no? Esta señora es la foto que aparece en el diccionario al lado de la palabra RARO.

—¡Mira! Ayer, hoy y mañana están marcados en rojo.

—Es por la luna llena.

—No —respondió Pía—. Hay otras lunas llenas en el calendario, en otros meses. Pero ninguna marcada en rojo. Solo esta.

—Bueno, hay que irse. Después lo pensaremos. ¡Vamos, Pía!

La tuve que coger del brazo para obligarla a dejar su exploración. Salimos de allí, con cuidado de dejar el pasador echado, tal y como lo habíamos encontrado.

*

A eso de las seis de la tarde, oímos el motor del *jeep* acercándose por el norte. Estábamos dando una vuelta por los alrededores de la mansión, investigando el cementerio, las chabolas abandonadas del exterior. Pía se había hecho con un pequeño bastón de madera con el que se apoyaba al caminar.

El *jeep* aparcó junto a la entrada principal y de él salieron Manuel y la señora Duarte, vestida con una falda de piel y unas botas de caña, como preparada para la ciudad. El coche venía cargado de bolsas, que Manuel comenzó a descargar de cuatro en cuatro, y entrar en la casa.

Nos acercamos a saludarla y ella nos recibió con frialdad.

—¿Todavía están por aquí? Pensé que habrían retomado el viaje. —

Después observó a Pía que se acercaba cojeando sobre el bastón—. Bueno, debí imaginar que su pie no sanaría tan fácil.

—No está para caminar —dije—, pero no queremos ser una molestia para usted. Habíamos pensado que quizás Manuel nos podría acercar a El Merchero. Le pagaríamos por la gasolina y el transporte, claro.

—Es tarde para eso —respondió Elena Duarte mirando al cielo—. Anochece. Pronto saldrá la luna y el desierto no es para viajar de noche. Pero quizás puedan hacerlo mañana, pronto.

—Claro —respondimos Pía y yo. Y volvimos a darle las gracias.

La señora Duarte se dirigió entonces a la casa, sin hacer ningún ademán de invitarnos a seguirla. Pía y yo nos quedamos donde estábamos, un poco incómodos con toda la situación. Pero entonces, en cuanto llegó al porche, Elena Duarte se giró hacia nosotros y nos dijo:

—Entren, vamos a cerrar la casa antes de que anochezca.

*

Esa noche la Duarte nos invitó a cenar con ella en un comedor anexo a la cocina. Manuel hacía las funciones de lacayo, entrando viandas y sacando platos. Todo muy frugal. Una ensalada de mango y tomate, y un plato de fiambres y quesos. De postre, chocolate negro y pasas. Todo regado con vinos blanco y tinto, a nuestro gusto, y un vasito de oporto a la hora del postre.

Elena Duarte era una conversadora correcta. Primero hablamos de España, de Madrid y de Barcelona en donde la Duarte había pasado unos días años atrás, durante una *tourne* por Europa junto a su hermana. Recordó las maravillas de Gaudí, el barrio gótico y las calles estrechas, los balcones iluminados con flores, persianas para defenderse del sol y sábanas blancas secándose al aire.

Con el vino y los estómagos llenos, la conversación fue poco a poco encendiéndose. Pasamos a hablar de libros, algo en lo que Elena Duarte se reveló como una verdadera entendida. De Borges, de Bolaño, de Truman Capote. Pía sólo leía *best sellers* históricos, pero yo era asiduo a los títulos de Anagrama de bolsillo (los compactos de colores). En las horas del almuerzo, mientras los colegas se reunían para criticar y odiar a la directiva, yo me entregaba a leer Auster, Bukowski, Amis o Casanny, lo que cayera en mis manos. Así que le pude seguir un poco el hilo a Elena Duarte, que al parecer leía más que comía. Finalmente nos confesó que era una poeta aspirante, lo cual me pareció que encajaba bastante con el personaje. Recordé su escritorio, repleto de papeles, libros, y me la imaginé en sus solitarias y esforzadas horas

frente al papel. Le pregunté si no había publicado nada y me respondió que tenía una carpeta con miles de pequeños versos acumulados, pegándose tinta con tinta, pero que no valían el árbol que habría que cortar para imprimirlos. Me pareció un signo de modestia loable, sobre todo tratándose de una escritora novel y, ya metidos en conversación, le pedí que me dejara leer alguno de sus versos antes de marchar. Ella se negó en un principio. Yo insistí y al final prometió dejarme leer sus poemas como se prometen las cosas que uno piensa olvidar.

Después de un rato, en el segundo vaso de oporto, se mostró interesada en nuestro viaje, en las rutas que habíamos hecho hasta entonces. Una cosa llevó a la otra y nos preguntó cómo habíamos elegido cruzar el desierto del Umbral.

—Hay otras rutas mucho más bellas hacia el Peratil —opinó ella.

Le respondimos la verdad. Que fue una decisión al azar. Que aquella vieja guía llegó a nuestras manos por casualidad, una tarde rebuscando en las polvorientas estanterías de una pensión en Olanchito, y que nos pareció un lugar solitario, donde no nos cruzaríamos con ningún otro turista, y eso era precisamente lo que íbamos buscando allí: la soledad absoluta.

Ella quedó pensativa al oírlo, como si tratara de resolver algo en su cabeza. Después terminó ese proceso y sacó una pitillera. Se enrolló un cigarrillo de tabaco Pueblo, lo acompañó con el tercer vasito de oporto y al terminarlo anunció que iría a dormir.

Pía dijo que también estaba cansada y que debía ponerse los hielos, pero yo tenía mi vaso a la mitad y además ya había comenzado a departir con Manuel, que iba y venía recogiendo los platos, los vasos y limpiando las migas. Le hablaba de cómo organizarnos al día siguiente. ¿Le vendría bien salir pronto a la mañana? ¿Cuánta distancia había hasta San Miguel de Hyzes? Lo decía porque sería tonto volver a El Merchero si solo nos cuesta veinte kilómetros más llegar a San Miguel. Y allí había pensiones, según creía. Manuel me lo confirmó. Un par de fondas y un hotel caro. Bueno, eso parecía un buen plan. Marchar pronto hasta San Miguel, al pie de las montañas, y descansar allí unos días, hasta que el tobillo de Pía estuviera sano y duro como una roca. Y después cruzaríamos esos valles hasta el mar.

Terminé el oporto y me levanté a ayudar a Manuel con el resto de la mesa. El hombre insistió en que me sentara y bebiese otra copa, pero le dije que aquello era lo menos que podíamos hacer. Si no éramos huéspedes, entonces ayudaríamos. Él no me quería dejar, pero en ese momento sonó un timbre chico

junto a la puerta de la cocina —una llamada de la señora Elena, supuse—, y Manuel salió escaleras arriba, cosa que aproveché para retomar el fregado.

Cuando Manuel regresó ya había enjabonado todos los platos y vasos y los iba aclarando tranquilamente. El hombre me dio las gracias y dijo que ahora tendría que aceptarle un vasito de vino. Por supuesto, respondí. Y vi cómo se dirigía a la despensita, a iniciar el mismo ritual de la noche pasada. «El de cada noche seguramente» pensé.

Después, cuando me hube secado las manos, me senté en la mesita de aglomerado y tomé el vaso de vino, relleno hasta el mismo borde, que Manuel me había dejado preparado. Afuera, a través de las finas líneas de la contraventana, se adivinaba un sol rojizo y moribundo. Alcé la copa, bebí, y me sentí con fuerzas para entrar a matar.

—Oigame, Manuel, una pregunta que le quise hacer ayer, pero se me pasó: ¿Para qué son esas piedras que tienen ustedes ahí fuera?

Manuel estaba bebiendo de su vaso y, al oír aquella pregunta, todavía dio dos o tres tragos más, como si no quisiera apartar sus labios de ese cristal. Después posó el vaso en la mesa y se limpió la boca con la manga de la camisa.

—¿El círculo dice? —preguntó.

—Sí —respondí.

—Es una barrera —dijo entonces Manuel—, una barrera para los... Otra voz surgió entonces a nuestras espaldas «¡Daniel!». Era Pía, llamándome desde las escaleras. Su voz se mezcló con las palabras de Manuel, pero hubiera jurado que Manuel decía la palabra «muertos». Me disculpé un segundo y fui a donde ella.

—Dime.

—Sube.

—¿Que suba?

—Sí, un segundo, por favor.

Subí las escaleras y ella me hizo un gesto para que entrase en la habitación. Tenía una extraña sonrisa en la cara.

—¿Qué pasa? —dije al entrar.

Ella cerró la puerta tras de mí.

—Lo acabo de ver —dijo—: Manuel le ha encerrado a la señora Duarte.

—¿Qué?

Pía se rio de puros nervios que tenía.

—Después de la cena hemos subido juntas Elena yo. Nos hemos despedido

hasta mañana. Luego me he sentado en la cama a leer y he dejado la puerta entreabierta, pensando que subirías en unos minutos. Vale, pues al cabo de cinco minutos he oído cómo subía alguien. He supuesto que eras tú, pero no. Era Manuel.

—Lo sé —dije—, le llamó por un timbrecito cuando estábamos abajo en la cocina.

—¡Un timbrecito! Claro. Debía estar preparada.

—¿Preparada?

—Para que la encerrara. Con el pasador. ¿No te acuerdas? Me he asomado al pasillo y le he oído caminar por la alfombra. Luego ha llamado a la puerta, ha dicho algo, y entonces he oído como algo metálico deslizándose, y después un golpe.

—Podría ser cualquier cosa.

—No —se apresuró a responder Pía—. Porque me aseguré.

—¿Qué quieres decir con que te aseguraste?

—Pues que lo acabo de ver. He salido, una vez que Manuel ha vuelto escaleras abajo, y lo he mirado. El pasador está echado. La ha cerrado ¡por fuera! Esto es lo más raro que he visto nunca, Dani, en serio. Esa mujer se hace encerrar por la noche.

—Sonámbula —dije casi sin pensarlo demasiado—. Seguramente esa es la razón.

—¿Qué?

—Y quizás, si me apuras, esa es la razón de que las contraventanas también estén cerradas. La señora Duarte es sonámbula. Me apuesto todo el oro del mundo, que no tengo.

—¿Para que no salte por las ventanas? Bueno, podría ser... Es una buena teoría... claro que...

—Es eso, Pía. No le des más vueltas. Si quieres se lo preguntaré a Manuel y así desvelamos el misterio.

—¿Vas a quedarte a beber con él otra vez?

Pía lo preguntó con ese tono de voz que en realidad quería decir: me gustaría que te quedaras aquí conmigo.

—Solo un rato —respondí—. Ya sabes que no me viene nada bien acostarme después de la cena. Y como no se puede pasear fuera de la casa...

Aunque en realidad había más razones para querer bajar a beber con Manuel. Una de ellas era la pregunta que se había quedado en el aire. Y había más. Quizás, si llegábamos a beber lo suficiente podría preguntarle por la

puerta de la señora Duarte. De cualquier forma, al día siguiente nos habríamos ido. Y no pensaba volver allí nunca más.

*

El vaso de vino seguía esperándome sobre la mesa, pero Manuel debía haber bebido dos o tres más en mi corta ausencia. Estaba recostado en su silla, en la misma pose que debía tener cada noche, cortando queso con un pequeño cuchillo y mirando a la nada mientras se emborrachaba lentamente.

—La mujer le reclama —bromeó al verme regresar a la cocina—, no la debe usted hacer esperar. A las mujeres hay que tenerlas contentas, sobre todo si son lindas como la suya. O se buscan otro.

Me reí.

—Bueno, solo un ratito, Manuel. Para que me baje la cena. ¿Tiene usted esposa?

—Tuve, pero Dios la llamó a su seno. Y a mi hija también.

Dijo esto sin dejar de rebanar el queso con su pequeño cuchillo. Sin pestañear.

—Oh Dios... Cuánto lo siento —dije yo.

—Fue hace mucho tiempo —dijo él—. Ya no duele tanto.

—¿Un accidente? —pregunté.

Manuel encajó la pregunta como un pequeño golpe.

—Algo parecido.

Se llenó el vaso y lo bebió entero, rápido. Se limpió la boca con la manga. Y también los ojos. Respiré hondo y nos quedamos en silencio. «Algo parecido», las palabras repiquetearon en mi mente.

Pensé en cambiar de tema, pero no encontré cuál: ¿El círculo de piedras? ¿La señora sonámbula? ¿El calor que hacía en el desierto? Preferí quedarme callado. A veces el silencio se agradece entre dos hombres. Suficiente habíamos hablado ya, quizás para el resto de la noche.

—Es bueno tener esposa —continuó Manuel, como reflexionando en voz alta—. El hombre no ha nacido para estar solo. Quizá con muchas sí —dejó escapar una risita—, pero solo nunca. Y yo llevo mucho tiempo solo, aquí, en esta casa.

—¿Y no tiene ninguna novia?

Otro vaso entero. Una risa y unos ojos perdidos en un pensamiento.

—Hay una mocita en la gasolinera de El Merchero, Consuelo creo que es su nombre, pero todos la llaman Dulce. No muy linda, pero simpática y con un par de buenas... —se llevó las manos a los pechos y dibujó dos grandes senos

en el aire—. Ya sabe. Ideal para un hombre como yo. Y ella también está sola, atada a la pata de su padre y con unas ganas locas de casarse. Pero cuando se enteró de que trabajaba aquí en la finca de Duarte se le cambió el humor. Bueno, por ahí piensan que aquí estamos todos locos. Y no les falta razón. Pero a Dulce le voy a decir algo un día de estos. Y puede que me marche con ella.

—¡Hágalo! —exclamé palmeando la mesa.

—Quizá lo haga. Me da pena la señora, pero quizá lo haga. En este sitio se le pasa a uno la vida sin darse cuenta, ¿sabe? Siempre rodeado de ese desierto, tan grande que le ahoga a uno. Tanto espacio libre y sin un sitio donde ir, es como una jaula. Pero necesito un trabajo, un sueldo, para casarme. Y en esas nuevas fábricas ya no cogen a nadie. Y en la mina —continuó diciendo—, se le pudren a uno los pulmones y muere joven.

Después de esta declaración de intenciones, Manuel pareció pensarse mejor su idea de dejar la casa. Comenzó a hablar de lo bien que le trataba la señora:

—Me da una buena paga, y duermo en una habitación de la casa, no del servicio. Y además me deja hacer y deshacer a mi antojo. —Señaló el vino, rellenó ambos vasos y volvimos a beber—. Es porque sabe lo difícil que es encontrar un criado. En El Merchero ya no quedan muchos mozos, y de los pocos que quedan casi ninguno dispuesto a venir aquí a servir.

La casa no era tan mala opción a fin de cuentas. O eso, o Manuel se iba emborrachando y solo hablaba para oírse a sí mismo y sentirse mejor. Yo quería volver a hablarle del círculo de piedras. Quería volver a preguntarle para qué era, y que él repitiese lo que había dicho justo cuando Pía me había llamado, pero no encontraba un hueco para sacarle la pregunta. No obstante, la cosa salió sola un poco más tarde. Para ese entonces ya estaba realmente tocado. Se había bebido una botella y media de vino él solo (conté que, más o menos, bebía dos vasos y medio por cada uno mío) y seguía hablando de su relación con la casa, que comenzaba a sonar ciertamente como una obsesión.

—No me queda otro sitio en el mundo más que esta casa, ¿sabe? aquí me tratan bien, y para un hombre de mi edad ya es suficiente ¡Hay tanto miserable! Y aunque tenga malas cosas, ¿sabe? Porque tiene sus malas cosas. La gente murmura, oye historias, pero nadie sabe lo que ocurre aquí de verdad...

Había perdido la mirada. Yo posé el vaso sobre la mesa y no dije nada. Esperé. Sabía que aquello estaba a punto de salir.

—Por las noches, algunas noches, hay que cerrar bien los ojos, y taparse los oídos —prosiguió—. Porque se oyen cosas aquí. ¿Sabe? Se oyen cosas. Por

eso nunca debe faltar el vino en las noches de almas. Mejor darse una buena azotada con el vino y caer redondo, como una mosca. Porque las piedras, el círculo, no logran callarlos. Solo los mantiene a distancia.

—¿El círculo de piedras? —me apresuré a preguntar—. ¿La noche de... ?

—Sí. El círculo. Fue una idea de una bruja, me contaron, de una chamana. Una mujer que vino aquí hace muchos años, cuando el antiguo mayordomo todavía era un niño, y la casa estaba recién construida. La mujer que podía ver a los muertos dijo que aquí había un «paso» o algo parecido. Por eso se ponen las piedras. Viejas piedras bendecidas para que no se acerquen. Y ayer usted me contó lo de su esposa, y todo encaja. Porque la bruja también lo avisó: este lugar atrae a los que tienen cuentas sin saldar. —Y, abalanzándose sobre la mesa, casi derribando la botella, acercó su cara a la mía y habló entre susurros—. Por eso —dijo—, por eso la señora no quiso dejarles pasar antes. ¿Lo entiende? Usted la vio espiarle por la ventana. ¿No es verdad?

Me alegré de estar un poco bebido cuando Manuel empezó a decir todo aquello. En otras circunstancias, creo que hubiera subido corriendo a por Pía, cogido el *jeep* sin permiso y escapado de aquel lugar saltando sobre el desierto a cien kilómetros por hora. Pero el vapor del alcohol me atemperó los nervios.

—Sí... —dije— Yo... pensé que quizás temían de nosotros.

—Sí, temíamos. Pero no de ustedes. Si no de lo que ustedes llevaban a sus espaldas.

—¿Las mochilas? —pregunté.

Manuel me miraba con los ojos abiertos como platos, y cuando dije aquello de las mochilas, por un segundo, creí que estaba a punto de darme un puñetazo, o de cogermelo del cuello, pero en vez de eso se dejó caer en la silla y comenzó a reír otra vez. Recobró el tono.

—Pero no se preocupe, compa. Le he metido el miedo en el cuerpo a lo tonto. Es solo una historia de miedo, una superstición. Puede que solo sean los vientos del desierto, que suenan como voces, o los aullidos de los coyotes. Duerma esta noche, a fondo. No haga caso a sus oídos. Mañana, pronto, iremos a San Miguel.

Una superstición, pensé, que les ha llevado a rodear la casa de piedras. A no permitir que se mueva ni una sola de ellas. A encerrarse por las noches...

—¿Es por eso que cierran las ventanas a la noche? —dije tratando de sonar no muy asustado— ¿O es que la señora Duarte es sonámbula?

Manuel me miró fijamente. Todo lo que hizo, por respuesta, fue llenarme el

vaso de vino.

—Beba —dijo después.

Cogí el vaso, mirando a Manuel. Lo bebí como él. De dos tragos. Después lo posé en la mesa.

—Escuche, compa. Esta noche quizás oiga algo ahí fuera. Quizás solo sea un poco de brisa. O un animal. Pero si quiere pensar en lo otro, en que son las almas... Pues le diré que no hay nada de qué preocuparse mientras que todos sus muertos estén en paz. Eso dice la leyenda. A veces solo quieren decirle una última cosa. O tocarle el cabello. O arroparle por la noche ¿sabe? Pero tampoco podríamos dejarlos hacer eso, porque se colarían en la casa y ya nunca saldrían de aquí. Por eso se cierra la casa, solo en las noches de almas. Es un ritual, como ir a la iglesia los domingos. La segunda y la décima luna llena del año. Y esta noche se acaba, empieza a menguar la luna. Y mañana ustedes se van, y volveremos a la vida normal.

La botella se había vuelto a acabar y yo esperaba que Manuel se levantara a llenarla, pero en esta ocasión, aquel criado bajito, grueso, un poco estrábico, que parecía ligeramente ido, se quedó quieto, mirándome tan fijamente que sus dos ojos parecieron alinearse.

—¿Por qué me ha contado esto, Manuel? —le dije— Hay una razón ¿verdad?

—Solo por precaución, amigo Daniel. Pero, como le digo, uno oye lo que quiere oír. Mi consejo es que oiga el viento susurrar y se duerma plácidamente hasta mañana. Eso es lo que yo pienso hacer. Después iremos a San Miguel y le enseñaré un buen sitio para comer asado. Y ahora si me disculpa... Y diciendo esto se levantó. Llevó el casco de la botella a la despensa y oí cómo la rellenaba del barril, pero a la vuelta, en vez de sentarse, anunció que se iría a dormir. Yo tenía muchas más preguntas, pero supongo que Manuel ya había hablado cuanto había «planeado» hablar esa noche. Nos despedimos junto a la puerta de su habitación, en la que entró con la botella de vino en la mano.

Corrí escaleras arriba.

*

Encontré a Pía profundamente dormida y quise despertarla para contarle todo aquello, pero me lo pensé mejor. ¿De qué serviría irle con aquella historia de terror? Quizás necesitaba quitármela de encima, porque a pesar de lo imposible e improbable de la historia, Manuel había conseguido ponerme los pelos de punta, la piel de gallina, los calzoncillos de corbata. Pero mi chica era como un ángel cuando dormía, y su rostro apacible y su respiración

lograron contagiarme algo de sobriedad. Me senté a su lado y la observé mientras pensaba: «Es todo una superstición».

Ya se sabe cómo son los sitios pequeños, los lugares apartados. La gente es supersticiosa, cree en la magia, en los muertos.

Casi sin quererlo me levanté y caminé hasta la ventana. Los cristales llevaban todo el día abiertos y por las rendijas de la contraventana se colaba una suave brisa. Y sí: sonaba como un silbido. ¿Eran esas las voces de los muertos que se escuchaban durante la noche de las almas?

Acerqué mi rostro y miré a través de una de esas rendijas. La luna ya había salido y la noche era clara. Las mismas chabolas, el pozo y el cementerio con la estatua de la virgen. Me heló la sangre por un momento, porque pensé que era otra cosa. Pero solo era una estatua de piedra. «Los muertos no se levantan de sus tumbas. Y las almas no caminan por la tierra» me repetí. Eso solo son deseos de los hombres. Deseos que nacen para acabar con el dolor de la pérdida, con el desgarró, y que se acaban convirtiendo en leyendas, en cuentos para asustar a los niños.

Me dije todo eso y logré atemperar el pulso, pero había frases que Manuel había dicho esa noche y que todavía daban vueltas en mi cabeza.

«Este lugar atrae a gente que tiene cuentas pendientes con los muertos» o «no hay nada de qué preocuparse, mientras todos sus muertos estén en paz». No tenía ninguna duda de que Manuel no había dejado escapar la historia por casualidad: había sido un consejo, una advertencia. La historia sobre los padres de Pía que yo le había relatado la noche anterior le habría puesto en guardia. ¿Quizás también a la señora Duarte? Esa noche, durante la cena, ella se había interesado mucho en cómo habíamos terminado recorriendo el desierto del Umbral «Hay rutas mucho más bellas hacia el Peratil... ¿Cómo es que eligieron esta?».

En cualquier caso, eso solo demostraría lo que ya era evidente viendo aquel círculo de piedras: que Manuel y Elena Duarte creían a ciegas en su superstición. ¿Tanto como para encerrarse por las noches?, pensé, recordando el pasador en la puerta de la Duarte. ¿Por qué no? ¿Acaso la gente no ayuna, camina descalzo, recorre kilómetros o se fustiga por un santo de su devoción? ¿No era algo parecido a fin de cuentas? Un ritual, como rezar un rosario a las seis de la tarde, que les mantenía protegidos de las sombras, de lo desconocido, en aquel vasto y solitario desierto.

Volví a la cama y traté de reírme de mi propio miedo. Pía se medio despertó, me abrazó y volvió a dormirse, y yo también fui cayendo,

lentamente, tratando de apartar de mi cabeza aquellos pensamientos, que se resistían a abandonarme:

«No hay nada de qué preocuparse, mientras todos sus muertos estén en paz».
Mientras todos sus muertos estén en paz.

Y la imagen de Marta, en su silla de ruedas, persiguiéndome, me causó un profundo malestar.

*

Tuve un sueño muy inquieto y no dejé de dar vueltas en la cama. No soñé nada, pero tenía los nervios metidos en el estómago y no descansé bien. Me dormía, me despertaba. Serían cerca de dos horas más tarde cuando, en una de esas vueltas que di sobre el colchón, busqué a Pía para abrazarla, pero no la encontré: la cama estaba vacía.

Abrí los ojos y me recosté, sorprendido. Franjas de luz plateada se proyectaban sobre la habitación frente a mí. La llamé con un susurró; pensé que habría ido al lavabo, pero nada se oía tras la pequeña puerta y tampoco había luz. Me levanté, de un salto, y lo comprobé: el lavabo estaba vacío. La garganta se me cerró un poco. ¿Habría bajado a buscar un vaso de agua?

Las franjas plateadas de la luna se proyectaban sobre los muebles y las paredes de la habitación. Sin encender la luz y sin vestirme, me calcé mis chancletas y caminé hasta la puerta, que descubrí entornada y no cerrada tal y como yo la había dejado.

En el pasillo. La alta casa a oscuras y en silencio. La luna se colaba por las otras persianas, proyectando franjas aquí y allá, cruzándose en algunos puntos. La luna estaba en todas partes, rodeaba la casa, tratando de engullirla con su luz, pero la casa se resistía en su penumbra.

Miré en las únicas dos direcciones posibles. Escaleras abajo o al final de aquel corredor. ¿Habría ido Pía a mirar la puerta de Elena Duarte? No la creía tan loca. De cualquier forma, esa mañana habíamos descubierto otro lavabo en el pasillo, así que me dirigí a comprobar ese, que encontré vacío, y después seguí caminando hasta la esquina. La doblé, y después subí los cuatro escalones y encaré el otro tramo del corredor. Traté de ver algo al fondo, pero nada se distinguía en la oscuridad. La puerta de la Duarte parecía cerrada y no pensaba acercarme más de la cuenta. Aquello era estúpido. Allí no había nadie.

Regresé a las escaleras.

Las bajé con cuidado al principio, porque algunos peldaños crujían y no quería despertar a Manuel. Pero al llegar al primer giro y encarar el vestíbulo

vi algo que me hizo olvidarme de todas estas precauciones. La puerta principal estaba abierta, abierta de par en par, y la luz de la luna se colaba dentro dibujando un largo camino de plata sobre la alfombra y la madera del piso. «¡Pía!» pensé. No sabía lo que estaba pasando, pero estaba seguro de que esa puerta abierta tenía relación con nosotros, y que Pía debía estar en peligro. Salté los escalones de dos en dos y llegué al vestíbulo. Las llaves estaban todavía puestas en la cerradura. «Las llaves» pensé «que colgaban junto a la puerta del dormitorio de Manuel».

La atravesé como una bala, salté sobre la tierra.

No necesité mirar hacia los lados, puesto que ella estaba frente a la casa.

*

—¡Pía! —grité.

Estaba de espaldas a mí, mirando hacia delante. Quieta, con los brazos caídos, pero la cabeza recta, fija en algún punto. Corrí hasta donde ella, y solo cuando me estaba acercando me percaté de que Pía estaba parada en el mismo límite que marcaba el círculo de piedras.

—Pía — la llamé, llegando a donde ella—. ¿Qué haces aquí? ¿Qué ocurre?

Ella no pareció oírme, por imposible que fuera no escuchar mi voz en aquella noche silenciosa. Cuando me acerqué a ella y la miré supe que el sueño de la noche pasada, en el que la encontré catatónica, con sus dedos incrustados en la persiana, no había sido un sueño. Igual que entonces, Pía estaba despierta y dormida al mismo tiempo. Los ojos abiertos, pero abiertos en otro mundo. Un mundo que estaba delante de nosotros y que solo ella podía ver.

—¡Pía! —La agité, con cierto temor a despertarla, pero mayor terror a que no despertara jamás—. ¡Despierta, Pía!

Se agitó como un muñeco al principio, pero después algo pareció traspasar aquella membrana del sueño que parecía rodearla. Giró lentamente la cabeza hacia mí y me sonrió, como si acabara de reconocer a un amigo al que no veía desde hacía tiempo.

— ¡Pía! por favor. Tenemos que volver a la casa. Hace frío y... Abrió su boca y oí su voz, pero hasta que pasaron unos segundos no acabé de entender lo que había dicho.—Han venido, Daniel. Están allí.

Alzó su brazo, lentamente, como un puente levadizo, y su dedo apuntó a la nada. Miré hacia allí; tratando de ver algo. La luna, al este, regaba la tierra con su luz de plata. Veía arbustos, sombras, los viejos tocones en lo alto de la colina, pero nada más. Decidí que Pía estaba en un sueño.

—Vamos, te llevaré a casa.

La cogí de la mano, con intención de arrastrarla lentamente, pero en ese mismo instante escuché algo a mis espaldas: un portazo.

Me giré y vi que alguien había cerrado la puerta de la casa. Pude incluso escuchar las vueltas de la llave, apresuradas, en la cerradura. Resoplé ante lo estúpido de todo aquello. Las estúpidas supersticiones y las estúpidas manías de los hombres. Cerrarnos en plena noche en aquel desierto. Sentí la rabia ardiendo en mi estómago, infectando mis venas y arterias. Dejé a Pía un segundo y corrí hacia la puerta. Según llegué le solté un puñetazo y no me hubiera importado romper aquella madera por la mitad, pero lo que casi estuve a punto de romperme fueron los dedos de la mano.

—¡Manuel! —grité enfurecido—. Abra la puerta ahora mismo. O le juro que reventaré las ventanas a golpes.

No hubo mucho más que uno o dos segundos de silencio. Oí su voz claramente desde el otro lado de la puerta.

—No puedo, señor. Se lo dije. La señora se lo avisó. La puerta debe estar cerrada. Coja a su esposa primero, vengan hasta aquí, pero la puerta debe estar cerrada.

—Maldita sea, Manuel. Mi novia está sonámbula, está...

Miré hacia atrás y mis palabras se ahogaron en un gemido de terror.

Pía había desaparecido. Se había desintegrado.

—Es imposible... ¡Ya no está! ¿Dónde...?

—Cruzó, señor, cruzó el círculo. Apresúrese. Tráigala antes de que sea tarde.

—Manuel, por favor, abra la puerta... Ayúdeme.—Mi voz sonó rota, desesperada.

—Lo siento, compa. Lo siento de veras.

Bajé las escaleras de nuevo, una a una, desconcertado. Eché a correr y luego me paré. ¿Hacia dónde ir? Solo me había separado durante unos segundos de Pía. Era prácticamente imposible que hubiera desaparecido de mi vista, a menos que fuera capaz de volar. No había un lugar donde esconderse. Era como... Magia.

«Cruzó el círculo» había dicho Manuel.

Avancé hasta las piedras. Había casi medio metro de distancia entre cada una de ellas. Di tres pasos a través de esa frontera invisible y salí de allí. Y quizás en ese instante notara algo en los oídos, como una presión, y tal vez mis ojos percibieran un rápido cambio en las tonalidades de la noche, como si

todo se hubiera envuelto en un extraño color azulado, pero aparte de todo esto, nada cambió demasiado frente a mí. El desierto seguía allí, quizás un poco más frío, y Pía no estaba por ningún lado.

Grité su nombre. Lo grité otra vez. Mi voz sonó pequeña y aturdida bajo el abrumador silencio de las estrellas. «Vamos, utiliza la cabeza, no entres en pánico. Tiene que estar por algún lado. Las personas no desaparecen así, de pronto». El único punto por el que alguien podría haberse perdido de vista era la casa, o quizás los establos que estaban más allá. Algo así debía de haber ocurrido. Aunque mi cerebro y mis cinco sentidos me dijeran que era imposible, que Pía nunca hubiera podido alcanzar los establos en aquellos pocos segundos. Sin embargo ella no estaba allí, y las personas no desaparecen como en un *show* de magia. Así que algo debía de haber pasado. Y la siguiente posibilidad, después de la magia, era que yo me hubiera equivocado en mis cálculos de lo que era posible y lo que no, y que Pía hubiera corrido —por alguna razón que ya se explicaría más tarde— en esa dirección.

Me acerqué a los establos, que en la noche parecían como negras gargantas. Uno de sus grandes portones estaba abierto, y por él asomaba el morro del *jeep* igual que lo encontrara el día anterior. Lo rodeé por un lado y entré.

El techo roto dejaba colarse algo de luz, pero por lo demás todo era una densa penumbra. Avancé en silencio, notando la tierra y la paja bajo mis pies. Las cuadras olían a amoníaco o lejía. Ocasionalmente mis pies topaban con algún objeto pequeño, una piedra, una barra de hierro, pero era incapaz de ver mucho en aquella oscuridad. Tan solo repetía su nombre, una y otra vez: «¿Pía? ¿estás ahí?». Mientras, extendía mis manos por miedo a golpearme con alguna viga.

Al fondo, sobre la última corraleta del establo, el techo tenía una pequeña rotura que permitía colarse un leve resplandor. Con alivio, adiviné una silueta parada allí, en medio del cuadrado en el que normalmente hubiera habido un caballo. Estaba como agachada, o eso me pareció, y tampoco era capaz de distinguir mucho más desde unos metros de distancia. Tampoco era exactamente la forma de Pía, ni de su cabello (que Pía tenía corto), pero estaba tan seguro de que se trataría de ella, que di cuatro grandes zancadas gritando su nombre.

Pero cuando alcancé la puerta de la corraleta, abierta de par en par, y contemplé lo que me esperaba allí dentro, comprendí que me había equivocado.

Que había cometido un terrible error.

La silueta no estaba agachada, sino sentada. Sentada en una silla de ruedas. Todo lo que podía ver de ella era su espalda, una espalda torcida que respiraba lentamente, emitiendo un leve gruñido en cada inhalación. Una mano pálida se agarraba con fuerza en el borde del reposabrazos. Reconocí esa mano. Y también el largo cabello que caía hacia delante, ocultando su rostro. Y aquel vestido cuyo color no distinguía en la penumbra, pero que creía recordar era de color púrpura. Y ese olor a medicinas. Ese olor a desinfectantes. A orina. Ese olor a enfermedad y a muerte. Y el gruñido de una respiración obstruida.

—Daniel —dijo aquella voz caricaturesca—. Te necesito. Te he necesitado siempre.

Retrocedí un paso, otro, hasta que noté una viga en la espalda. Un clavo que sobresalía de la madera me agujoneó en el cuello.

—Dios Mío.

El monstruo accionó su silla de ruedas. La giró con una sorprendente fuerza y se quedó mirándome. Pude ver lo que quedaba de su cuerpo, infantilizado, repleto de horribles manchas y huecos oscuros. Algunos tubos de plástico partían de su vientre hacia ninguna parte. Tenía una pulsera de hospital en la muñeca. Sus ojos eran dos cavernas sin fondo.

—Me dejaste. Me hiciste daño.

No respondí. No era capaz de accionar mis labios, de empujar el aire a través de mi garganta. Estaba pegado a aquella madera y era incapaz de decirle a mis piernas que comenzaran a correr, mientras ella giraba sus ruedas en mi dirección.

Entonces levantó sus brazos. Sus manos eran como largas ramas de un árbol muerto. Las lanzó hacia mí.

En medio de aquella terrible pesadilla algo, el nivel más básico de mis instintos, reaccionó. Mis piernas se flexionaron y saltaron hacia un lado, evitando aquellas dos garras blancas que venían directas a mi garganta. Empecé a correr, pero entonces noté dos lazos en mis tobillos. Los apresaron como si me hubiera enredado en un zarzal espinoso, como los tentáculos venenosos de un pulpo alienígena. Me placaron, me hicieron caer al suelo y mi barbilla golpeó sobre la paja y la tierra, y a un poco estuve de seccionarme la lengua por la mitad.

—No me dejarás. No otra vez. ¡Te quedarás conmigo! —dijo con su voz de muñeca.

Agité las piernas, gritando que soltara, y me giré para verla. Ella se había caído al suelo. Solo era un tronco y dos brazos, pero ahora su cabeza era gigantesca. Su boca había crecido hasta convertirse en un agujero del tamaño de mi cabeza. Y había una hilera de grandes dientes y una lengua distorsionada en el fondo, hambrienta, salivando, mientras grandes balsas de pus verde se derramaban por las comisuras de aquella boca monstruosa. Como una gran aspiradora, me atraía hacia ella.

—Mío... Mío... Para siempre.

Seguí pateando, tratando de zafarme de aquellas manos que ahora parecían dos lazos, dos bufandas blancas arremolinadas en mis tobillos, pero parecía imposible. Me tragaría. Y antes de tragarme me cortaría en pedazos. Me amputaría igual que le habían amputado a ella.

—Sin piernas no podrás correr. Nunca más.

Pero entonces algo me cogió de las muñecas, tirando de ellas. El monstruo chilló irritado al notar aquella nueva fuerza que me arrastraba hacia fuera. Se resistió, pero la fuerza que me cogía de las muñecas era mayor que la suya, tanto que sentí que me partiría en dos si una de las dos partes no cesaba de tirar de mí. Finalmente noté que mis tobillos se liberaban y que el monstruo gritaba mi nombre como el alarido de un cerdo en la matanza: Danieeeeeeeeeeeeeeeel, mientras que salía propulsado hacia atrás, como una camilla sobre la tierra. Vi el *jeep* pasar a mi lado, y finalmente la luminosidad de la noche. Y también el rostro de mi salvador.

—¡Manuel!

El hombre miraba hacia un lado y al otro, asustado. Había abierto la puerta del *jeep* y me hizo una señal para que montara con él.

—Vamos, busquemos a su señora. Rápido. Todavía no es tarde.

Casi no esperó a que cerrase la puerta. Apretó el acelerador y salimos propulsados hacia delante, y al hacerlo golpeamos una de las vigas que sujetaban el techado del establo, y sentí que se derrumbaba sobre nuestro techo, y que arañaba la chapa del coche mientras pasábamos debajo, hasta que lo dejamos atrás y se cayó al suelo en un estruendo. Miré hacia atrás. La negra boca del establo se había cerrado, pero sabía que Marta todavía estaba allí dentro, arrastrándose como un gusano hacia la salida.

—¿Dónde? —gritó Manuel, que estaba claramente en pánico—. ¿Dónde vamos?

Yo quería gritar, pero mi mente se resistió a hacerlo, como si gritar fuera el umbral de la locura, el sucumbir a aquella pesadilla. El coche giró a la

derecha, porque de otro modo se hubiera ido a chocar contra la casa, y entonces encaramos la parte trasera de la finca. En ese momento, con la luna a nuestras espaldas regando el desierto con aquella luz tenue, pudimos ver al resto. A los demás. Venían desde lejos y sus siluetas podían verse a millas de distancia. Cientos de siluetas acercándose a la casa. Era la noche de las almas. La noche en la que Elena Duarte se encerraba en su habitación. La noche en la que Manuel se emborrachaba para no escuchar sus voces. La noche en la que no había que atravesar el círculo. Y nosotros lo habíamos hecho.

—¡Allí! —grité, señalando algo que me había parecido ver entre las chabolas que rodeaban el pozo, una silueta en el cementerio.

Manuel giró el volante con fuerza y el coche se levantó un poco de un costado. Me di cuenta de que el tipo debía seguir borracho. Quizás esa era la única razón de que se hubiera atrevido a salir de allí. Avanzamos rápidamente hasta las casuchas del jardín trasero y Manuel frenó en seco frente a una de ellas. Salté del coche y miré hacia atrás de nuevo, hacia el establo. Nada se movía en aquella confusa oscuridad, pero no podíamos perder el tiempo —pensé mientras recordaba aquella boca gigante, donde los dientes se habían separado como en una sierra, aquella boca dilatada, deforme, que quería tragarme. «Vamos, quítatelo de la cabeza antes de que te vuelvas loco»—.

Manuel salió del coche detrás de mí. Caminamos entre dos casas y rodeamos aquella estatua de la virgen. En el cementerio, cercado por una verja de poca altura, las lápidas proyectaban sus largas sombras en el suelo. Escrutamos aquel rompecabezas de cruces y sombras con los ojos hasta que yo di con algo que se movía, semiescondido tras un bello y tétrico nicho. Corrí en esa dirección gritando el nombre de Pía.

Cuando llegué hasta el nicho y lo rodeé, y vi lo que se ocultaba tras él, frené mi carrera y me dejé caer en el suelo.

Allí había dos personas y ninguna de las dos era Pía. Quietas, estáticas: una mujer y una niña me miraban cogidas de la mano.

Una gruesa soga trenzada alrededor de sus cuellos.

Las miré sentado en el polvo del desierto, incrédulo con la imagen que entraba por mis ojos, casi enloqueciendo. Comencé a arrastrarme hacia atrás, y casi en ese mismo instante ellas empezaron a caminar hacia mí. La mujer era como un muñeco sin fondo. Una larga sonrisa, como si alguien se la hubiera hecho a navaja, le atravesaba el rostro. Su niña, de la mano, avanzaba como si sus piernas fueran estacas que fuera clavando y arrancado de la tierra a cada paso.

Logré ponerme en pie y salí corriendo hacia el coche, y en ese instante vi a Manuel caminando en mi dirección.

—¡Corra! —le grité

Pero Manuel no se movió. Se quedó quieto, entre dos viejas cruces, mirando cómo me aproximaba hacia él. O, mejor dicho, mirando eso que venía tras de mí.

—No se quede quieto, Manuel —dije al llegar a su altura. Lo cogí de un brazo y tiré de él, pero el hombre, todo su peso, se habían agarrado al suelo como un árbol.

—¡Manuel!

—Déjeme, compa —dijo, desembarazándose de mi mano, sin mover la vista del frente—. Déjeme solo.

Miré hacia atrás y vi a la espectral pareja acercándose. A la mujer, con su cara de muñeco alzando las manos hacia nosotros. La niña esbozando una sonrisa hueca, sin ojos, sin aliento.

Manuel cayó de rodillas. Para entonces ya lo había entendido todo.

—¡Su mujer y su hija!

El hombre se había derrumbado, como si todo su peso y su fuerza se hubieran desvanecido por un hechizo. Se llevó las manos a la boca, como si quisiera rezar una oración que hubiera olvidado. Dejé de correr. Me acerqué a él.

Ellas ya estaban casi a tres metros de nosotros dos. Las sogas trenzadas como dos terribles corbatas. Manuel se había lanzado contra el suelo. La cara contra la tierra, llorando como un niño.

—¿Por qué? —gemía—. ¿Por qué, mi amor?

Ella había comenzado a desenredar su soga. No sé lo que pensaba hacer, pero no me gustó ver sus ojos sin fondo, su sonrisa de papel, mientras cogía aquella soga con sus manos y se acercaba a Manuel. No lo pensé dos veces: le cogí del gznate. Un tipo de ochenta kilos, como un saco de tierra. Pero en ese instante saqué fuerzas de algún lugar único: mi terror. Lo levanté del suelo y lo arrastré al coche. Manuel se cayó dos veces, yo lo levanté. Aquellas no eran su mujer y su hija. No sé lo que eran, pero no eran almas. Eran otra cosa: espectros. Pesadillas nocturnas. Remordimientos. Culpa. Aquello no tenía nada que ver con el amor. Aquella no era una noche de almas, era un viaje al interior de nuestros peores miedos.

Lo hice entrar en el coche, con aquellas dos siluetas, aquellas dos marionetas blancas como la luna avanzando lentamente hacia nosotros. Tomé

el asiento del conductor. Bajé el freno de mano y metí la reversa. Pisé el acelerador y salimos hacia atrás como en una montaña rusa. Noté que las ruedas se topaban con un pequeño obstáculo y después frené en seco, porque recordé que la casa estaba allí. La puerta de Manuel, que había permanecido abierta, se cerró de un latigazo. Entonces miré hacia delante y vi lo que había obstaculizado las ruedas del coche: las piedras del círculo, que yacían ahora desparramadas frente a nosotros, rota su perfecta unidad. Frente a nosotros, en el cementerio, la pareja seguía avanzando y detrás de ellas, a media milla del cementerio, otra treintena de siluetas iban desvelándose en la negrura. Pensé en bajar del coche y tratar de recomponer el círculo, pero en aquel momento el coche era mi único escudo y no tuve el valor de abandonarlo. Además, seguía sin haber encontrado a Pía. Y después de ver a Marta y la familia de Manuel, estaba completamente seguro de que algo malo, algo terrible estaba a punto de sucederle si no la encontraba rápidamente.

Giré el volante hacia la izquierda, evitando volver a pasar frente al establo (la boca gigante, los dientes separados, la lengua hinchada, atroz) y llevé el coche por la parte trasera de la casa hasta la fachada que encaraba el este. Allí, en la planicie se distinguía otro medio centenar de cuerpos avanzando a solas, en parejas, en grupos. Pía estaría allí, en algún lugar, pero ¿dónde? Entonces Manuel me tocó el hombro y me hizo mirar hacia la izquierda, a lo alto de la colina que daba acceso a la casa, junto a los tocones y a la señal de entrada del rancho Duarte. Allí había algo diferente. Algo que, incluso después de todo lo que había visto y oído aquella noche, medio enloquecido, borracho de terror, todavía logró sorprenderme. En lo alto de la colina... Había un avión.

Un gigantesco avión comercial de pasajeros.

Derribé un cobertizo y quién sabe qué más. Ya nada me importaba. Aceleré y el *jeep* trotó por encima de los matorrales, de rastrojos, de barriles y de las piedras del círculo. Después las ruedas agarraron la tierra y nos propulsaron hacia lo alto de la colina, donde se veían decenas de personas rodeando aquella magnífica aparición. Estaban subiendo por las escalerillas. Al parecer el avión estaba a punto de partir.

Cuando llegamos a esa altura, Manuel ya se había recompuesto. Se había arrancado aquella pesadilla de encima, había logrado no volverse loco, sujetar su cordura como quien sujeta un pañuelo al viento. Fue él quien distinguió a Pía junto a la cola del avión y el que me gritó y casi cogió el volante haciéndolo girar entre mis manos.

Pía iba caminando hacia la escalerilla de cola, flanqueada por dos de aquellas figuras. Me imaginaba quiénes eran.

—¡Pía! —grité saltando del coche y corriendo hacia ella—. ¡Pía!

Ella no reaccionó, seguía en ese estado catatónico, sordo. Pero uno de sus acompañantes debió de oírme y se giró hacia mí. Era su madre, o mejor diría lo que quedaba de ella. Su piel ennegrecida, su cabeza, en la que la mitad del cráneo se había desprendido, no tenía nariz. Llevaba a Pía de un brazo. Me sonrió.

—Nos necesita, Daniel. Debe venir con nosotros.

—No sois sus padres! —respondí a gritos.

Me lancé sobre ella evitando tocar a los otros dos. La cogí por los hombros y la agité con fuerza. La otra figura, el padre, se giró entonces y me cogió por la garganta. Le miré. Su cuello estaba completamente quebrado y la cabeza le colgaba como un miembro tonto, muerto, pero sus brazos tenían la fuerza de unos tentáculos. En su frente llevaba incrustada una pieza de plástico derretida y su cabello, la mitad del cual se había caramelizado, humeaba.

Manuel se lanzó a por la madre antes de que sus garras logaran hacerse con mis brazos, los cuales estaba utilizando para golpear en el estómago a aquella horrible aparición que no era etérea ni mucho menos, sino una criatura auténtica, terrenal, pero no hecha de carne sino de otra materia húmeda, viscosa, que recibía mis golpes con un sonido seco, parecido al que hace un pescado muerto al caer sobre las tablas de un barco.

Finalmente conseguí arrancar a Pía de aquellos brazos, la cogí por las axilas y la arrastré hacia el coche mientras Manuel daba patadas a la mujer, que trataba de avanzar torpemente hacia Pía mientras se defendía de esos golpes. El padre, con su cabeza bamboleante, emitió un sonido desgarrado con su garganta y comenzó a caminar hacia nosotros, y así lo empezaron a hacer otros espectros, que cambiaron el curso de sus pasos y comenzaron a bajar del avión.

Regresamos al coche. Pía se dejaba dirigir como un muñeco, pero había comenzado a balbucear algunas palabras, como si estuviera volviendo en sí misma. Manuel cogió el volante y arrancó el coche llevándolo en dirección a la casa. Entonces vimos que el desierto estaba literalmente poblado de aquellas siluetas y que algunas ya habían conseguido alcanzar los alrededores más inmediatos de la casa.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Manuel.

—No podemos volver a la casa —respondí—. Hay que irse de aquí ¿Tienes

gasolina?

—Suficiente —respondió—. Pero la señora... Hay que ir a por la señora.

—Yo lo haré —dije —Tú solo cuida de que no os cojan.

El coche pasó por el mismo hueco que antes habíamos abierto en el círculo y frenó junto a la entrada de la casa. En ese momento había siluetas a los lados, acercándose lentamente, todavía suficientemente lejos. Pero yo sabía que ese círculo estaba roto, al menos por dos partes, y que no tardarían mucho en llegar donde nosotros. Aun así, calculé que tendría uno o dos minutos para subir a la segunda planta, liberar a Elena Duarte y volver al coche.

Manuel me dio las llaves de la puerta y trató de explicarme lo del cerrojo de la habitación de la señora, pero le dije que lo sabía. Salté al exterior. Pía seguía despertándose en el asiento de atrás, todavía entre dos mundos.

—Volveré ahora mismo, cariño —le dije tratando de infundirme valor a mí mismo.

Corrí hacia la casa. Cuando llegué a la puerta y traté de meter la llave me di cuenta de que mis manos temblaban como dos banderas descontroladas al viento. Tuve que sujetarme la muñeca para lograr introducir la llave en la cerradura. Después entré en la casa y subí las escaleras dando grandes zancadas.

El pasillo permanecía en silencio, decorado por las franjas de luna que se colaban por las contraventanas. Ahora entendía la razón de esas ventanas cerradas. Y también el porqué del pasador en la puerta de Elena Duarte — recordando el estado catatónico de Pía, hipnotizada por aquellos seres—. Aquello era como una fuerza que succionaba a los habitantes de la casa hacia fuera.

Caminé con celeridad, el suelo crujiendo bajo la alfombra, hasta llegar a la primera esquina del pasillo. El siguiente tramo estaba sumergido en la penumbra, solo al fondo se notaba un resplandor recortando los bordes de la puerta de Duarte. Avancé a tientas, palpando las paredes con los dedos, hasta llegar allí. Busqué el pasador con las manos y lo encontré. Recordando lo que había visto esa mañana, tiré de un saliente hacia la izquierda, con la intención de retirarlo y abrir la puerta. Pero el pasador no cedía. Un segundo después supe la razón: estaba abierto.

Fuera lo que fuese con lo que Elena Duarte tenía su deuda, ya había pasado por allí; su pesadilla ya la había visitado. O eso, o fue ella misma la que cometió suicidio, seccionándose las muñecas con un pequeño estilete y vaciando su roja vida sobre las sábanas, antes blancas ahora encarnadas, de su

cama con dosel. Aun así, en su mirada había un terror que me invitaba a pensar en una vieja deuda cobrada. Un fantasma de un amante traicionado. O algo peor. Nunca lo sabríamos.

A un lado de la cama, caído sobre una alfombra descubrí un folio a medio escribir. Lo recogí y lo leí. Era una carta a su hermana, escrita quizás en plena desesperación. «Querida Hermana, la noche que habíamos esperado ha llegado por fin. El círculo se rompió y ellos han vuelto a reclamar lo que es suyo... ».

Sin entender nada, o al menos no en ese momento, rogué a Dios que acogiera a la pobre mujer, soplé las dos velas que iluminaban la estancia y ahora, envuelto en una oscuridad púrpura, salí al pasillo. Corrí por el primer tramo hasta llegar a la esquina, y salté los cuatro escalones ágilmente, aterrizando en medio de un crujido de las viejas maderas. Entonces encaré el siguiente tramo, hacia las escaleras, hacia la libertad. El resplandor de la luna iluminaba la larga alfombra carmesí y al fondo, junto a la última ventana, justo en el comienzo de las escaleras que bajaban al vestíbulo, distinguí algo. Alguien.

Frené mis pasos arrugando la alfombra.

En su silla de ruedas, con sus manos blancas aferradas a los pequeños reposabrazos acolchados, su cabello negro, lacio, cayendo en patéticas vetas sobre su rostro. Ella otra vez. Marta.

—Daniel

Su voz sonó desde alguna parte dentro de las paredes. Sonó bajo mis pies y sobre mi cabeza. Era un tremendo y ronco gruñido.

El cuerpo se desprendió de la silla y se elevó en el aire. Aquel cuerpo desmigajado, reducido a una terrible serie de muñones, envuelto en un sucio camisón que ahora se ondulaba en el vacío, como una estela de aquel planeta levitante.

—Te quedarás conmigo.

—Tú no eres Marta —le respondí, tartamudeando. Sentí que mis piernas no me podrían sostener por mucho más tiempo, me rasqué la cabeza y noté hebras de mi pelo cayendo y enredándoseme en los dedos

—No sé lo que eres, pero no eres Marta. Solo eres un recuerdo. Una mentira. Has mirado dentro de mí, en mis sueños. Pero no eres ella.

El gruñido, el ronco rumor, hizo temblar el suelo y las paredes otra vez. ¿Estaba riéndose?

Entonces aquello se transformó ante mis ojos. Los haces de luna actuaron

como los focos de un escenario de magia, creando una confusión de luces y sombras en las que veía producirse alteraciones. La silla de ruedas ya no lo era. El patético cuerpo de Marta, su cabello y sus manos dejaron de serlo. Ahora era otra cosa. Una presencia con aspecto de batracio alargado, de piel brillante y viscosa por la que se deslizaba un líquido gelatinoso, con una gran cabeza que parecía tan solo diseñada para albergar una boca absurda. Recordé el sonido a pescado muerto cuando golpeaba en el estómago del «padre» de Pía. Y ahora, por fin, todas las piezas se unieron en mi mente. «Ellos han venido a buscar lo que es suyo».

La boca hambrienta, repleta de dientecillos, comenzó a dilatarse.

—Tú me mataste —dijo, emitiendo las palabras con la voz quejumbrosa de Marta—, ahora te comeré.

Yo estaba paralizado, como un ratón al que la serpiente ha mordido e inoculado su veneno. Dispuesto a ser devorado. Mis piernas no se moverían y aquello se lanzaría sobre mí. Pensé en Pía, en mi familia, y pensé en ellos como el pasado. Como una historia que estaba a punto de terminar. Supongo que así habría ocurrido de no ser por los bocinazos.

Alguien —después supe que era Manuel— comenzó a tocar la bocina del coche ahí fuera. Una, dos, tres veces. Y eso me despertó, me hizo volver en mí. Había un coche esperándome, solo tenía que alcanzarlo y saldríamos de allí. Y Pía estaba en él. No podía abandonarla ahora, en medio de nuestro viaje. En mitad de nuestras vidas.

Arremetí contra aquello. Un instinto terrenal, universal, me aconsejó que golpease bajo la boca, en lo que podría denominarse un cuello. En la oscuridad tan solo aparecía ante mí como una serie de conductos brillantes, purpúreos, salpicados de lunares fosforescentes. Lancé un gancho como si toda mi vida fuese en aquel golpe. Mi puño se hundió en la oscuridad y golpeó algo esponjoso, que noté retraerse, casi absorberme hasta el antebrazo. No sé si fue el dolor o la sorpresa, pero aquel ser retrocedió ante mi inesperado arranque, dejándome el espacio justo para salir corriendo escaleras abajo.

Me lancé con tal fuerza que mi cuerpo rebotó en las paredes, mientras mis pies acertaban a tocar los bordes de los escalones en una loca carrera hasta el vestíbulo.

Finalmente, en la calle, Manuel estaba fuera del coche, asiendo una pala y manteniendo dos o tres de aquellas cosas apartadas del coche. Me vio salir y respiró con alivio, y sin dudarle me monté en el asiento del conductor, esperé a que hubiera subido y apreté el acelerador llevándome dos o tres cosas de

aquellas por delante, que dejaron un rastro viscoso en el parabrisas, como si hubiéramos golpeado unas esponjas gigantes.

—¿Y la señora? —preguntó Manuel.

Por toda respuesta, moví mi cabeza, negando.

Dirigí el coche hacia el sur, hacia el Peratil, hacia San Miguel. Atravesamos aquella manada de siluetas que se pararon al vernos salir y, a nuestras espaldas, desde la casa, se escuchó algo, otro de esos titánicos rugidos, que por alguna remota razón en mi entendimiento asocié más con un grito de victoria que con una llamada a la guerra. Nada nos siguió. En menos de cinco minutos la casa solo era una silueta en el horizonte y las formas habían desaparecido. Solo cuando estuvimos a unos cinco kilómetros de ahí sentí un terrible resplandor a mis espaldas, algo que me cegó a través del espejo retrovisor. Manuel miraba para atrás y dejó escapar un «Dios mío». Frené el coche y salimos de él a tiempo para ver elevarse una especie de luz en el cielo. Algo que describió dos rápidos movimientos bajo las estrellas antes de incrementar su velocidad y desaparecer entre el millón de astros que cubrían el desierto aquella noche.

Bajo el cielo, lejos en el horizonte, la casa de los Duarte había comenzado a arder. Su vieja madera se consumía en llamas.

*

Condujimos en silencio durante una hora y media, hasta que las primeras casas blancas de San Miguel nos recibieron de madrugada. Pía dormía profundamente en el asiento de atrás. En algún momento iba a despertarse y no me imaginaba cómo iba a explicarle todo aquello.

Frenamos frente a la comisaría de policía. Habíamos acordado hacerlo así, por Manuel. Trataríamos de hilar una buena historia. Un suicidio, un incendio. Algo que explicara la muerte y destrucción de esa noche. Vimos un policía allí dentro, a través de la puerta, desayunando un gordo taco y un café. Nos miró con curiosidad.

—¿Vamos? —preguntó Manuel.

—Ahora mismo, pero déjeme hacerle una última pregunta, Manuel. ¿Qué le ocurrió a su familia?

Manuel, con su rostro duro pero amable, sonrió. Supongo que leyó las dudas en mis ojos.

—No... Compa... No es lo que usted cree. Yo no las maté... O quizás sí. Ella estaba muy deprimida. Yo pensé que todo pasaría. No le di gran importancia. Me iba a trabajar fuera semanas enteras. A ganar el pan. Pero ella

debía estar peor y peor. Un día las encontré al volver a casa, en el techo. — Cerró los ojos durante tres largos segundos.

Le tomé del brazo y lo apreté.

—No eran ellas, Manuel. Eso que vimos esta noche era otra cosa. Recuérdelo. Su hija y su mujer están en otro sitio, en el cielo.

—Eso espero, compa.

Después le palmeé el hombro y salimos del coche, dispuestos a arruinarle su aburrido desayuno a aquel agente local de San Miguel. Pía se despertaría justo a tiempo para oír la historia del incendio mientras dormíamos y así estaba bien. La verdad quedaría enterrada para siempre bajo las cenizas de aquella casa.

Y además de Manuel, yo y este papel, nadie la sabrá jamás.

La razón de Dios

Dios eligió un sábado de octubre para aparecérselo a Leo. Lo hizo en forma de una nube blanca y radiante, casi cegadora, en una pequeña callejuela del norte de la ciudad.

Aquella noche llovía a raudales y Leo, de 65 años, regresaba a su casa después de haber pasado el día en un local del Ejército de Salvación, a dos manzanas de allí, donde prestaba servicios como voluntario, cocinando y atendiendo a los mendigos que iban en busca de una sopa caliente.

Hacía frío y el aguacero era intenso. Leo iba apretando el paso por una avenida atestada de gente. Al pasar junto a la solitaria callejuela se detuvo unos instantes. Conocía aquella callejuela, sabía que era un atajo que le ahorraría quince minutos bajo la lluvia, pero nunca solía tomarla por la noche. Un anciano débil como él debía evitar los lugares solitarios, donde uno podía ser desvalijado, incluso asesinado, si la suerte decidía volverle la espalda.

Pero era una noche tan mala... Tenía frío y le dolían las rodillas. Miró durante unos segundos. La callejuela estaba desierta, chorreaba agua... ¿Quién podría estar esperando allí en una noche como esa?

Entró y caminó evitando los grandes charcos del suelo. El agua caía como una cascada por los esqueletos de metal de las escaleras, las tuberías escupían litros en el suelo, la lluvia tamborileaba sobre los cubos de basura. No había ni una ventana encendida, tan solo el reflejo anaranjado de un cartel luminoso en la siguiente avenida.

Llegando casi a la mitad de la calle, Leo vio su sombra crecer en el suelo. Se dio cuenta de que una gran luz se había encendido en alguna parte. Miró hacía atrás, temiendo que algún coche hubiese invadido la callecita y pudiera estar a punto de atropellarlo. Pero al girarse vio que la luz no procedía de sus espaldas, si no de «arriba». Y al alzar la vista lo vio. Una nube preñada de luz celestial.

Trató de retroceder, de escapar en alguna dirección, pero la nube lo abarcaba todo. Sintió que se le doblaban las rodillas y terminó clavándolas en el suelo. Alzó una mano hacia esa nube, tratando de frenar aquella luz que le hería en los ojos.

Y entonces escuchó una voz.

Un tronar de mil gargantas.

Y la voz le dijo que tenía una misión para él.

*

Horas más tarde Leo encontró el camino a su casa. La lluvia había dado paso a un viento frío y la calle estaba encharcada, pero Leo apenas trataba de sortear los charcos. Los pisaba sin darse cuenta, empapándose los zapatos y los calcetines. Unos chicos que fumaban junto a una hoguera le insultaron entre risas, pero Leo no les oía.

Había caminado mucho rato cegado y perdido por las calles. Había pedido ayuda, pero las siluetas de la ciudad lo habían esquivado como a un loco. Finalmente, casi de milagro, había encontrado el camino a casa.

Llegó a su portal, un bloque de apartamentos sociales junto a las vías del tren. Subió las escaleras muy despacio, sin prestar atención a los orines, las pintadas y los restos de basura que se esparcían por aquí y por allá. Un portón metálico protegía la puerta de madera original de las pintadas y las barbaridades de los chicos del barrio. Una vez en su casa, se dirigió a su salón y se derrumbó en el sofá.

Un torrente de lágrimas le surcaba el rostro.

Estuvo allí un rato, tiritando de frío, y mascullando palabras sin sentido. Le dolía todo el cuerpo. Los ojos, las manos, los pies. Notaba una fuerte quemazón en el rostro, como si hubiese pasado el día bajo un fuerte sol. Pero todo esto no era nada comparado con el dolor que sentía dentro de él. Era un dolor difícil de explicar. Como un peso que ahora colgase de su garganta y aplastase su corazón con la fuerza de un yunque. Estaba deshecho, medio muerto, y ni siquiera todo este malestar lograba apartarle de la cabeza el mensaje que Dios le había dado. Un mensaje terrible, pero claro y conciso. Dios le había asignado una misión y esperaba que la cumpliera pronto, aunque Leo era incapaz de imaginarse haciéndolo.

Al cabo de un rato, se levantó y caminó a tientas por su pequeño salón, en dirección al baño. Su apartamento era pequeño y humilde. Tropezó con un pequeño radiador y lo derribó. Finalmente llegó al baño. Se quitó las ropas y abrió el grifo del agua caliente. Mientras esperaba a que la bañera estuviera suficientemente llena se miró en el espejo. Su cuerpo, flaco y huesudo, temblaba de frío. Estremecido, se abrazó. Era un hombre de 65 años, ya nada crecía en su organismo, más bien se moría lentamente ¿Por qué elegiría Dios a un hombre como él?

El agua caliente lo relajó. Sintió cómo menguaba el dolor de su pecho y comenzó a respirar otra vez con normalidad. También fue recuperando la vista. Las formas borrosas se fueron convirtiendo en cosas cotidianas. Los azulejos

blancos de la pared, su esponja, su bote de champú... Leo volvía a sentirse rodeado de la normalidad. Y por un momento pensó que lo ocurrido en la callejuela debía ser un mal sueño. Una alucinación.

Había una forma sencilla de comprobarlo: Dios le había dado detalles. Detalles inequívocos que él aún recordaba perfectamente. Bastaba con comprobar que fueran falsos, una invención, y todo quedaría explicado como una fantasía producida por su viejo cerebro.

Salió del agua, se secó y se vistió un albornoz. Después se apresuró a la cocina. Debajo de la mesa, entre un montón de revistas y periódicos viejos, encontró el grueso tomo del listín telefónico. Con pulso tembloroso se colocó las gafas de leer sobre la nariz. Después lo abrió por la letra V y comenzó a pasar las páginas, rápido hasta llegar a la «VU» entonces... Comenzó a ir más despacio, deslizando su dedo sobre el papel y pasando los apellidos uno a uno. Finalmente llegó hasta un grupo de tres apellidos iguales: «Vudbonik».

El primero pertenecía a alguien que vivía al sur de la ciudad, en un barrio residencial. Lo descartó. El siguiente era un taller de reparación de bicicletas en el centro. Tampoco podía ser este. Entonces su dedo índice se frenó sobre el tercero. Era exactamente la dirección que Dios le había mencionado.

—Entonces es cierto —dijo—. ¡Me ha hablado!

Una mezcla de sensaciones le recorrió el estómago. Eran todas sensaciones superiores a él, y lo único que podía hacer era reír o llorar ante ellas. Por un lado estaba la euforia, la grandeza de haber sido elegido por el Altísimo. Pero esa alegría pronto venía a ensombrecerse cuando Leo recordaba la misión que Dios le había encargado. Era algo terrible, pensó, algo que difícilmente hubiera creído propio de la voluntad de Dios.

—¿Por qué, Señor? —gritó elevando las manos hacia el techo—. ¿Por qué razón deseas que haga una cosa así?

Pero la habitación solo le devolvió silencio.

Esa noche apenas pudo dormir. Cuando lograba conciliar el sueño una pesadilla le asaltaba: en una de ellas se veía como un ángel, pero su cuerpo y sus alas estaban manchadas de sangre.

Otras veces le despertaban serpientes iluminadas, los trenes nocturnos, volando sobre las vías frente a su ventana.

*

Al día siguiente, domingo, acudió bien temprano al local del Ejército de Salvación. Había un cura joven, el Padre Jones, que ofrecía un servicio matinal en una capilla improvisada en el sótano. Leo, que jamás se perdía una

misa, le conocía y confiaba en él. Aquella mañana, nada más terminar la ceremonia, se le acercó tímidamente y le pidió cinco minutos para charlar.

—¿Que si Dios puede equivocarse? —preguntó el padre Jones sorprendido—. ¡Quizá es que no sabemos entenderle! ¿Puedes decirme en qué crees que se equivoca, Leonard?

Leo sintió un gran alivio al oír aquellas palabras del Padre Jones. Le hubiera gustado contarle lo sucedido en esos dos días. Sin embargo, y aunque Jones fuese un cura, no podía permitirse romper el secreto jurado ante el Altísimo. Así que optó por dar un pequeño rodeo a la verdad.

—Imagínese que Dios le encargara una misión —dijo moviendo las manos en el aire—, algo que usted fuese incapaz de comprender. Algo que usted nunca hubiera pensado que Dios llegara a pedirle.

El Padre Jones le rogó que fuera un poco más explícito.

—Digamos que le mandara cometer un crimen —terminó diciendo Leo con la garganta llena de nervios—. ¿Debería de hacerse, aunque fuera en contra de los mandamientos?

El Padre Jones pareció tomarse muy en serio la pregunta de Leo. Lo observó en silencio durante un largo minuto antes de responder.

—Las razones de Dios son muchas veces insondables, Leonard. Aun así, diría que Dios siempre tiene una buena razón para todo, aunque a nosotros nos parezca imposible de entender.

Leo se quedó pensando en esas palabras. Al cabo de unos segundos contraatacó con otra pregunta.

—¿Entonces siempre ha de cumplirse la voluntad de Dios?

Jones pareció un poco abrumado con aquella pregunta.

—Sí. Siempre —terminó respondiendo—. Pero debemos estar muy seguros de entender su voluntad. Sería un pecado muy grande malinterpretarla, confundirla con nuestros propios deseos.

Esas últimas palabras de Jones sonaron como una advertencia, pero Leo las escuchó impasible. En su caso no tenía la menor duda que «esa» era la voluntad de Dios. Y esta no tenía nada que ver con sus deseos, ni con los de nadie más. Era Dios el que le había hablado directamente.

—De todas formas —añadió Jones—, hay muchas formas de cumplir con la voluntad de Dios. Y para serte sincero, Leonard, es bastante raro que Dios nos pida cometer un crimen para satisfacerle.

—¡Pero se lo pidió a Abraham! ¿No es cierto? Le pidió que sacrificara a su propio hijo.

—Sí —concedió Jones—, es cierto. Pero recordarás que finalmente le impidió hacerlo. En aquel caso su razón fue una prueba de fe.

—Una prueba de fe —repitió Leo con la mirada perdida—. ¿Se refiere a algo como lo que le hizo al Santo Job?

Jones le puso la mano en el hombro y se acercó a él.

—Pero vamos a ver, Leonard, ¿a qué vienen estas preguntas? ¿Hay algo que quieras contarme? Puedo darte confesión si lo deseas.

—No, no, solo es curiosidad —dijo Leo poniéndose en pie. Sentía que la barbilla había comenzado a temblarle y los ojos se le humedecían—. Ahora debo de irme. Le... Le agradezco mucho su tiempo.

El Padre Jones se levantó y le tomó de un brazo, reteniéndolo unos instantes.

—Eres un fiel devoto y un hombre bueno, Leonard. Sea lo que sea lo que te preocupa, habla con Dios. Él siempre estará escuchando.

*

Al día siguiente, bien temprano, salió de casa y se dirigió al metro. Había un buen mapa de la ciudad en la entrada de la estación. Pasó quince minutos estudiándolo, con la hoja que había arrancado del listín telefónico en una mano. Finalmente encontró el lugar que buscaba. Compró un billete y se montó en un tren.

Mientras viajaba, rodeado de gente anónima, sin expresión, se sintió diferente, superior en cierto modo. Dios le había hablado. Había bajado de los cielos para charlar con él personalmente. ¿Cuántas de aquellas personas habrían soñado con semejante cosa? Le entraron ganas de decírselo, de gritarlo a los cuatro vientos. El mundo necesitaba saber que Dios existía, que no era una invención del hombre como muchos decían. Las iglesias estaban vacías, la humanidad había perdido la fe. ¡Él podría explicarles que todo era cierto! Pero, desafortunadamente, Dios había sido explícito en este sentido: no debía hablar con nadie, a nadie debía explicar el propósito de su misión, ni siquiera en sagrada confesión. Como un mártir, debería llevar su carga en silencio, igual que hicieron Jesús y sus apóstoles, y todos los santos que les siguieron después. Quizá todos ellos tuvieron un encuentro similar con el Altísimo. Se preguntó si él también sería santificado algún día. ¿Había ya un San Leonardo? Rápidamente se reprochó semejante ambición, y recordó que Dios, seguramente, le estaría observando desde las alturas.

Al cabo de cuarenta minutos llegó a su destino: otro barrio pobre y sucio, no muy diferente del suyo, quizá peor. Caminó por una calle llena de basura,

donde un grupo de niños se dedicaba a patear botellas y tratar de apedrear a un gato. Aceleró el paso por miedo a que quisieran lanzarle una piedra a él también.

No fue nada fácil encontrar la casa. Las calles en aquella parte de la ciudad no tenían demasiadas indicaciones, y las pocas que había estaban quemadas o rotas. Al final, con la ayuda de un tendero y de un hombre que paseaba a su perro terminó encontrándola.

Era un lugar agreste y desagradable. Un prado sucio y maltratado rodeaba aquellos cinco bloques de casas, apartados como por arte de algún castigo divino. A lo lejos se vislumbraban las chimeneas de algún tipo de fábrica.

Otro grupo de niños jugaba frente al edificio, en una pequeña plazuela enrejada, y parecían estar muy excitados. Leo enseguida descubrió la causa: habían logrado acorralar a una rata entre unos maderos y trataban de matarla a pedradas. Una niña pequeña y flaca les decía que la dejaran en paz. Finalmente, la rata salió como un proyectil corriendo entre sus piernas haciéndoles saltar como un juego de bolos y desapareció en un descampado cercano. Los niños salieron tras ella.

Leo continuó su camino sintiendo un escalofrío por el recuerdo de esa rata.

El portal estaba rodeado de cubos de basura malolientes, sobre los que revoloteaba una pequeña nube de moscas. Leo se preguntó cómo era posible que nadie pudiera vivir allí. Incluso su humilde barrio parecía un lugar limpio y organizado comparado con aquel lugar.

Se fijó en el buzón y encontró el nombre de «VUDBONIK» en la planta 5, puerta F. No había ascensor así que tomó las escaleras y comenzó a subirlas lentamente.

El cuerpo del viejo Leo no estaba para muchos excesos. Sus piernas estaban débiles y reumáticas, y cuando hacía un pequeño esfuerzo comenzaba a producir flemas en su garganta. Nunca había sido un gran deportista y ahora, en su vejez, sus músculos estaban más débiles que nunca.

Llegó a la quinta planta exhausto, con un hilillo de asma en su respiración, pero estaba seguro de que Dios no le permitiría morir sin terminar el trabajo que le había encomendado.

La puerta F era un trozo de madera azul, con muescas y ralladuras por todas partes. Leo escuchó el ruido de un televisor funcionando en el interior del apartamento. Comenzó a respirar aceleradamente. «¿Será ella?» se preguntó. «¿Estará sola?». Se llevó una mano al interior de la gabardina y palpó el mango de un cuchillo que escondía sujeto en el cinturón. No había venido con

ese propósito —no aún— pero si la ocasión se presentaba lo mejor sería cumplir con su misión de inmediato.

Preparó en una mano su carné de voluntario del Ejército de Salvación. Después llamó a la puerta.

Se oyó el llanto de un niño, seguido de otras voces discutiendo. Finalmente se abrió la puerta y apareció una chica cargando un bebé en su brazo, que berreaba a pleno pulmón.

Era una muchacha muy joven, no tendría más de diecinueve años pensó Leo. A pesar de estar despeinada y de vestir unas ropas que no le favorecían en absoluto, era una muchacha bonita, con dos ojos almendrados y un rostro agradable, de mejillas rosadas, terminado en una fina barbilla. Pero tenía aspecto de drogadicta, o de alcohólica. Leo veía alcohólicos todos los días y sabía distinguir el aire adormilado y entristecido de estos.

—¿Qué quiere? —preguntó con aire molesto.

—¿Es usted Yersenia Vudbonik? —preguntó Leo.

—¿Quién es usted? —contestó la muchacha.

—¡Cierra la maldita puerta! —gritó un hombre desde la casa— ¿Me estás oyendo, Martha?

Así que no era ella, pensó Leo.

El bebé no dejaba de llorar y la chica se impacientó. Salió al rellano de la escalera y entornó la puerta tras de sí.

—¿Por qué busca a Yersy? ¿Ha hecho algo malo?

Leo se dio cuenta de que se había equivocado. No supo muy bien cómo reaccionar.

—No... No... —dijo tartamudeando—. Solo quería hablar con ella, sobre, bueno... Cosas... Mire, este es el carné del Ejército de Salvación. Soy voluntario allí.

La chica ni siquiera miró el carné. Tenía los ojos fijos en Leo, abiertos de par en par, con un gesto de ira.

—¿Quiere llevarse a la niña? ¿A eso ha venido? Los hijoputas de la acción social ya no tienen huevos de venir, ¡ahora tienen que enviar a un viejo! ¡Les he dicho mil veces que no la mandaré a su internado de mierda!

—No... Se equivoca —contestó Leo retrocediendo un poco—. No vengo de la ayuda social.

—Entonces, ¿de quién?

—Yo, ya se lo he dicho... Vengo del Ejército de Salvación... Pero ¿dice usted que Yersenia es una niña?

La chica se giró hacia la puerta y la abrió. La voz de un hombre tronó desde el interior, pero la chica gritó más alto.

—¡Vasily! ¡Sal!

Por encima del hombro de la muchacha, Leo vio a un hombre de aspecto eslavo sentado en un sofá, vestido con una camiseta sin mangas y un pantalón de camuflaje. Tenía los brazos fuertes, decorados con tatuajes, y sujetaba un botellín de cerveza en una mano.

—Debe ser una equivocación —se apresuró a decir Leo—. Yo no sabía que Yersenia era una niña. Es una equivocación. Seguro.

Comenzó a retroceder torpemente en dirección a las escaleras alzando sus manos en son de paz. Se había alejado unos metros cuando aquel hombre se asomó por la puerta. La chica le dijo algo al oído. Después se rieron.

—Le arrancaré la cabeza si le vuelvo a ver, viejo de mierda —le gritó el tipo desde el umbral.

Leo salió corriendo escaleras abajo.

«Una niña. Una niña...» Pensaba «¡Debe ser un error! ¡No puede ser otra cosa!».

Llegó a la calle mareado, exhausto, y se apoyó en una farola para tomar aire durante unos segundos. Después rebuscó en el bolsillo de su gabardina hasta dar de nuevo con la hoja arrancada del listín telefónico. La leyó con cuidado. No había duda. Era la misma dirección que... Y el nombre: YERSENIA. Era tan peculiar que no podía haber error. Además, lo recordaba como si se lo hubieran grabado a fuego en las retinas. No había duda de que era ella.

Entonces vio otra vez a esa banda de niños acercándose. Aparecieron por el borde de una gran tubería de cemento, chapoteando sobre un hilo de agua negruzca que Leo calculó que debía proceder de la fábrica. Pasaron corriendo a su lado y uno de ellos gritó.

—¡Todos a por Yersy! ¡Yersy se la queda!

El grupo de niños giró entonces como una bandada de pájaros y corrió tras su nueva víctima: la niña delgada y flacucha que quiso salvar a la rata.

Leo la observó correr entre los contenedores, subirse a las verjas de la plaza, saltar los bancos, mientras los demás niños la perseguían entre risas. Era una chica delgadita, con un largo cabello castaño (como el de su madre) y un rostro dulce e inocente, manchado de tierra o carbón.

Mientras trataba de esquivar a sus perseguidores, la niña se dirigió corriendo hacia el portal y se chocó con las piernas de Leo.

—¡Déjeme pasar! —le gritó la niña—. ¡Me cogerán!

Leo vio que los niños abandonaban el juego ante su presencia y se quedaban mirándole con curiosidad, a cierta distancia.

— ¿Te llamas Yersenia? —le preguntó—. ¿Yersenia Vudbonik?

La niña sonrió de oreja a oreja, mostrando el agujero de una paleta en su boca repleta de dientes blancos.

—Sí —respondió—. ¿Cómo lo sabe?

Leo se quedó mirando su preciosa carita sin saber qué hacer, o qué decir. En el interior de su pecho sintió que su corazón se desintegraba y se caía a piezas.

—Yo... —dijo extendiendo la mano—. Me llamó Leo.

Entonces uno de los niños gritó señalando hacia la tubería.

—¡Otra rata! ¡Vamos a matarla!

—¡Esperad! —gritó Yersenia dándose la vuelta y echando a correr— ¡Son mis amigas! ¡Dejadlas en paz!

Leo vio cómo se alejaba y sintió un horrible dolor en su corazón. Después se apresuró a marcharse de allí. Por nada del mundo hubiera sido capaz de ponerle un dedo encima a esa niña.

Pasó el resto del día y la noche rezando, leyendo la Biblia y llorando. Incluso los vecinos más ruidosos golpearon las paredes para hacerle callar, pero Leo no se rindió antes de la madrugada.

*

El martes y el miércoles Leo intentó mantener la cabeza ocupada. Hizo horas extras en el local del Ejército de Salvación, sirviendo pan y sopa a los pobres, limpiando habitaciones y letrinas, atendiendo al teléfono, pero a cada minuto le asaltaba aquella terrible carga.

En un momento del día bajó al sótano a barrer la capilla y estando allí recordó las palabras del Padre Jones. «Sea lo que sea lo que te preocupa, habla con Dios». Decidió que eso era exactamente lo que debía hacer.

Al anoecer del miércoles volvió a dirigirse a la callejuela donde comenzó todo.

El cielo amenazaba tormenta y soplaba un viento del sur, cálido y silbante, que elevaba espirales de polvo y papeles en el aire. Leo caminó despacio, mirando a un lado, a otro... Hasta que se detuvo aproximadamente en el centro del callejón. Miró hacia el cielo y vio el resplandor de la luna aparecer intermitente entre las nubes.

—¡Señor! —dijo a lo alto— ¡He vuelto porque necesito hablar contigo!

La seca reverberación de su voz en los ladrillos fue cuanto escuchó por

respuesta.

—¡Señor! ¿Estás ahí? —volvió a repetir— ¡Necesito aclarar una cosa! ¡Es importante!

Leo se quedó a la expectativa, mirando hacía lo alto. Le pareció ver una luz, pero enseguida se percató de que tan solo se trataba de una estrella quieta en el firmamento.

—El nombre que me diste... Es el de una niña, Señor... —dijo después—. He revisado tres veces el listín telefónico. He comprobado todas las posibilidades ¡Debes venir a confirmarlo! ¡Debo estar seguro! Sería terrible... —dijo bajando la cabeza— terrible si yo le enviase a esa niña por error...

En las entrañas del cielo retumbó un trueno. Leo alzó la vista rápidamente, con la esperanza de ver algo, pero nada aparte de las nubes se movió ante sus ojos. El viento cada vez soplaba con más fuerza y algunas gruesas gotas de agua comenzaron a bombardear el polvoriento asfalto de la ciudad. Algunas de ellas impactaron en el rostro de Leo.

—¿Por qué no quieres hablar conmigo? —preguntó con amargura— ¡Lo que te pido es importante!

Un rayo crujió en lo alto. Después comenzó a llover densamente. No había sitio donde refugiarse y Leo se quedó en el medio de la callejuela. Todavía tenía algo de fiebre y tos del anterior resfriado, pero pensaba quedarse allí hasta que Dios se dignara a aparecer. Estaba enfadado por su silencio.

—Solo quiero saber la razón de que la hayas elegido a ella. A esa pequeña muchacha ¿Acaso es mucho pedir? Nunca he protestado por ni una de tus decisiones, incluso cuando eran difíciles de entender. Solo te pido que digas por qué: ¡por qué quieres que haga semejante cosa a una niña! —Se limpió el agua de la cara—. Si fuese un criminal, sin importar su clase, hay tantos. Incluso uno de los melindrosos borrachos del albergue. Acabaría con cualquiera gustosamente. Pero esa niña... Es sencillamente incomprensible.

Bajó la cabeza. Se metió las manos en los bolsillos de la gabardina, que también estaban llenos de agua. Se acercó a una pared y tomó asiento bajo una de las escaleras metálicas, al resguardo de la lluvia. Un gato le observaba desde lo alto, en silencio. Leo siguió hablando, ahora su voz sonaba como un lamento.

—El Padre Jones me dijo que tus razones no siempre estaban claras. Ahora tampoco lo están. No comprendo por qué te niegas a aparecer. A decirme tan solo por qué la elegiste a ella, pero actúas como siempre lo has hecho... Guardando ese terrible silencio.

»El padre Jones dice que siempre tienes una razón para todo...—Continuó—. Yo siempre he querido creerlo. Te llevaste a mi madre antes que a mi padre. ¡Nunca entendí por qué! Ella estaba llena de fuerza, hubiera sobrevivido de viuda muchos años, felizmente. Pero te la llevaste primero y dejaste a papá solo y enfermo, en una habitación oscura, durante diez largos años. ¡Él no quería vivir ni un día más! En cuanto a mí, tuve que abandonarlo todo para estar con él. Perdí el tren de mi vida. Mi trabajo, aquella muchacha con la que hubiera podido casarme. Tuve que regresar a aquella casa, condenado, y perdí mi juventud entre lamentos... Pero nunca, nunca cuestioné tu voluntad. Te recé cada noche. Nunca perdí mi fe en ti. Creí que habría una razón para todo.

»Después murió papá y continúe yo solo, siempre solo. Me mandaste de un trabajo a otro; cuando uno comenzaba a ir bien, de pronto se arruinaba. Cerraron la fábrica. Me despidieron de la tienda de electrodomésticos. Después me hice demasiado viejo y ya nadie me quería. Fui vendiendo de puerta en puerta hasta que el pelo se me encaneció y la gente ya me escuchaba por lástima. Pensé que todo era una prueba de fe. Tenía que haber una buena razón para que mi vida fuese tan triste.

Levantó el puño hacía el cielo.

—¡Es la última vez que te lo pido! ¿Por qué?

Un rayo crujió en lo alto y el gato saltó de la escalera, yendo a buscar refugio a otra parte.

El cielo retumbó enfurecido.

*

Aquella noche, después de regresar a casa y darse otro baño en agua caliente, Leo se fue a la cama entre temblores. Le ardía la frente y sentía que le dolían todas las articulaciones de su cuerpo. Ni la cama parecía calentarse, como si las sábanas estuvieran mojadas. Se encogió como un niño, castañeando con los dientes, y pensó que seguramente moriría esa misma noche. Quizá era la voluntad de Dios por haberle desobedecido, por haberse enfrentado a él.

Al final terminó durmiéndose y esa noche tuvo un extraño sueño. Una larga rata negra entraba en su habitación y se convertía en un hombre. Un hombre alto que escondía su rostro bajo un capuchón. La sombra se alzó a los pies de su cama y Leo trató de levantarse, pero sintió que no podía mover ni uno de los músculos de su cuerpo.

El hombre tenía la voz fina y suave —como la de una serpiente si estas pudieran hablar—. Le dijo que esa misión era un absurdo. Le recordó que el

quinto mandamiento de Dios era «No matarás» y que no debía hacerlo. No debía matar a Yersenia Vudbonik Moran tal y como Dios le había ordenado.

Después el hombre volvió a convertirse en una rata y se escabulló por debajo de su puerta. Leo vio su gorda cola serpenteando por el suelo hasta desaparecer.

Tuvo otros sueños, pero se le olvidaron antes de abrir los ojos.

*

Al día siguiente Leo estuvo enfermo, y al siguiente también. Se levantaba solo para ir al baño y prepararse un cuenco de sopa, que comía con unas migas de pan, mirando al papel pintado de su habitación. En esos días era cuando más solo se sentía. Muertos sus padres, sin hermanos, mujer o hijos solo le quedaba ese mundo de puertas afuera. Ese mundo áspero y desagradecido que tan pocas alegrías daba, pero que al menos le mantenía vivo. Sin esas calles tan ruidosas, sin esos mendigos hambrientos, sin esa humanidad tan detestable... La vida era muy oscura.

Pero estar enfermo le había venido bien. Le había servido de excusa para olvidarlo todo, o al menos intentarlo. Para cerrar los ojos y tratar de borrar el recuerdo de aquellas palabras labradas con fuego en su mente. Si Dios quería que lo hiciera, sencillamente, volvería a llamar. Sabía muy bien lo que debía darle a cambio: una razón.

El tercer día, según Leo comenzaba a sentirse mejor, sonó el teléfono.

—¿Oiga? —preguntó una voz de mujer.

—¿Sí?

—¿Es usted Leo?

—Al habla. ¿Quién pregunta?

—Soy... Martha Vudbonik... La madre de Yersy. ¿Me recuerda? Hará una semana vino usted por aquí.

—Sí, claro —dijo Leo sintiendo que le temblaban las manos—. ¿Cómo... Cómo ha dado conmigo?

—Su carné... Del Ejército de Salvación... Lo dejó tirado en el pasillo cuando se marchó... Llamé y me dieron su número. Oiga mire, siento mucho haberle tratado así. Ahora ya sé que decía la verdad. Usted no trabaja para la ayuda social.

Leo recordaba a Martha Moran como una mujer arisca y violenta, en cambio, el tono de voz que escuchaba al otro lado del teléfono era dócil, manso...

—Yo... Miré... —continuó diciendo la muchacha—. No sabía a quién

llamar. Como usted preguntó por Yersy... Pensaba que quizá pudiera ayudarnos.

—¿Ayudarles? —preguntó Leo —¿Cómo?

—La niña se ha puesto enferma —respondió la madre—. Está muy enferma. No sabemos lo que le pasa.

—¿Enferma? Pero yo no soy médico —respondió Leo.

—Solo necesitamos medicinas —atajó la madre—. Tiene una gripe, o algo así, pero no tenemos para comprar un jarabe.

—¿La ha visto algún médico?

—No, los médicos no vienen por este barrio... Y en el hospital se las arreglarían para quitárnosla. Esos hijos de p... del ayuntamiento quieren internarla en un sitio. Pero usted me pareció una buena persona. ¿Nos ayudará? Solo necesitamos un poco de dinero. Estoy segura que con unas medicinas se pondrá bien.

Leo se quedó en silencio durante unos segundos, pensando en lo que debía hacer. Finalmente resolvió que les ayudaría.

—Iré para allí —dijo —No se preocupe. Iré ahora mismo.

*

Mientras viajaba de nuevo en el metro en dirección al barrio de la pequeña Yersy, fue inevitable que Leo se preguntase si aquello era una diabólica casualidad o si Dios tendría algo que ver en el asunto. De todos modos, pensó, debería estar alerta. Quizá Dios deseaba mandarle un mensaje y debía estar atento para recogerlo.

Caminó otra vez frente a los grises edificios. Esta vez no había niños jugando en el patio ni entre los escombros. En su lugar vio a unos hombres vestidos con ropas que les cubrían todo el cuerpo. Llevaban unas mochilas a sus espaldas, y conectadas a ellas una especie de tubos, de los cuales salía humo blanco que iban lanzando sobre diferentes sitios. La gran tubería procedente de la fábrica parecía ser su principal foco de trabajo. A unos metros de ellos, Leo vio una furgoneta aparcada en cuyo lateral se leía el siguiente rótulo: «SERVICIOS DE DESRATIZACION».

Subió las escaleras y llegó hasta el apartamento de los Vudbonik Moran. Llamó y Martha apareció detrás de ella, portando el pequeño bebe del otro día, que ahora dormía pacíficamente sobre su pecho. Leo se fijó en que ella también tenía mal aspecto, como si estuviese enferma.

—Gracias por venir. Adelante, pase.

La casa era un pequeño desastre. Había ropa tirada por todas partes, platos

de comida sin lavar, juguetes por el suelo, basura acumulada junto a la puerta. Martha le explicó que Vasyly, su marido, estaba «fuera» y le preguntó si quería tomar algo. Leo rechazó la invitación amablemente y preguntó por Yersy. Martha le dijo que estaba dormida en su habitación.

—¿Ha traído el dinero? —le preguntó la muchacha.

—Sí —respondió Leo—, traje un poco ¿Cuánto necesita?

—Las medicinas son caras —dijo ella—. ¿Cuánto lleva encima?

Leo oyó entonces un lamento procedente de una habitación que tenía la puerta cerrada. Estiró el cuello y miró hacia allí.

—¿Es ella?

—Oiga... Necesitamos el dinero, ¿sabe?

Se echó la mano a la cartera y sacó cuanto llevaba. La muchacha miró los billetes con una sonrisa. Los cogió y le dio las gracias. Dijo que «ahora Yersy se pondrá buena».

—¿Puedo verla? —preguntó Leo.

Ella asintió mientras se encendía un cigarrillo y tosía fuertemente.

Leo entró en el pequeño dormitorio y encontró a Yersenia tumbada en una pequeña camita inflable, tapada con algunas mantas y un montón de ropa que alguien le había puesto encima. Hacía mucho frío en aquella habitación, pensó Leo. Se acercó a la niña y la miró fijamente. Tenía el rostro cubierto de sudor y estaba blanca como una vela. Más que blanca, estaba amarilla. Dos grandes círculos morados rodeaban sus bonitos ojos, estremecidos ahora en un gesto de sufrimiento. No estaba despierta, pero tampoco profundamente dormida. Movía su cabeza de un lado al otro, afligida, gimoteando como si fuera presa de alguna pesadilla.

Leo la miró con ternura. Avanzó su mano y posó sus viejos y arrugados dedos sobre aquella frentecita sudorosa. Ardía como un fogón. Acarició su bonito pelo. Recorrió sus párpados y su naricita con el pulgar y vio que la pesadilla abandonaba aquel bonito rostro, y que volvía a descansar en paz, tranquila. ¿Cómo pudo Dios pedirle que la matara? ¿A aquella criatura inocente?

Entonces se fijó en una de sus pequeñas manitas, que yacía apoyada en el colchón. Estaba rodeada con un vendaje que a su vez tenía una leve mancha de sangre justo sobre el reverso de la mano. La mano estaba muy hinchada.

Leo regresó al salón, donde la madre de Yersy había comenzado a toser con mucha fuerza, pese a lo cual no apagaba el cigarrillo que portaba entre los dedos.

—Oiga —dijo Leo—. La niña tiene una fiebre muy alta. Creo que deberíamos llamar a un médico.

—Se le pasará —le interrumpió la madre—. Ha ocurrido otras veces. En cuanto tome unas medicinas se pondrá buena. Es una chica fuerte.

Volvió a toser. El bebé comenzó a llorar y la muchacha maldijo en voz alta.

—¿Quiere que vaya a la farmacia? Si quiere puedo...

—No se preocupe —dijo ella—. En cuanto venga Vasyl le mandaré a él.

—Pero... En fin... Yo...

—Muchas gracias por todo. Ha sido muy amable.

Salió del bloque de apartamentos con una extraña sensación en el pecho. Los hombres seguían lanzando su humo blanco, ahora cerca de la zona donde Leo vio a los niños acorralando a aquella rata la primera vez. Una pelota abandonada en medio de la plaza recibió una ráfaga de aquella sustancia.

Leo sintió un escalofrío y pensó que se estaba poniendo enfermo otra vez.

Regresó a su casa y se metió a la cama entre fuertes toses y una fiebre muy alta. Tal y como había temido su constipado no estaba del todo curado. En la cama comenzó a sudar hasta el punto de que sintió empaparse todo a su alrededor. Después cayó en un profundo sueño que duró horas.

Apenas se levantó en los siguientes días. Su cuerpo ardía cada vez más y era incapaz de probar un solo bocado, pero tenía una sed espantosa. Al principio se arrastraba a la cocina a por un vaso de agua, pero esto le causaba terribles escalofríos y dolores en todas sus articulaciones. Finalmente decidió llenar una gran palangana y beber directamente de ella.

La falta de apetito iba debilitándole. Cada vez dormía más y más horas, y llegó un punto en el que era incapaz de saber la hora que era. Se despertaba a la noche y escuchaba el ruido de coches y ambulancias en la ciudad. Bebía y la siguiente vez que abría los ojos veía la luz anaranjada de un atardecer, y más ruidos en la calle.

Una mañana, pasados lo menos quince días, le despertaron unos fuertes dolores de estómago. Su cama estaba manchada de sudor y restos de orina, y la palangana estaba vacía. La garganta le ardía como si hubiera bebido una botella de zumo de limón así que decidió levantarse en busca de más agua, pero nada más salir de la cama sintió que se caía de bruces en el suelo. Las piernas no le respondían.

Haciendo un grandísimo esfuerzo se arrastró por el suelo —su cuerpo le dolía como si estuviera repleto de clavos— y llegó al salón, donde estaba el teléfono. Lo levantó y marcó el 112, pero una voz automatizada le dijo que las

líneas estaban ocupadas. El cuerpo le ardía y sintió que le faltaba el aire. Se acercó a la puerta acristalada de su pequeña terracita y la abrió. Un terrible olor entró desde la calle. Un olor a ceniza... A carne quemada.

Con sus últimas fuerzas tomó los barrotes de la barandilla y se incorporó sobre ella. Desde allí vio la ciudad cubierta de humo. Cientos de columnas de ceniza se elevaban hacia el cielo. En su misma plaza vio una especie de carpa blanca con el símbolo de la Cruz Roja estampado. Había decenas de cuerpos en el suelo. Y no muy lejos de allí, en el antiguo vertedero, se veía un gran fuego.

Desde la casa de al lado se escuchaba el ruido de la televisión.

—La cifra de infectados se ha elevado en un 1.000% en la última semana, en lo que la Organización Mundial de la Salud ya ha denominado como la más mortífera pandemia desde la Gripe Española de 1918. La nueva peste ya se ha cobrado la escalofriante cifra de cinco mil vidas y amenaza con proseguir su avance por todo el planeta. Hoy se registraron los primeros casos en Asia y Oceanía, y se confirmaron las primeras cien muertes en Sudamérica. Un equipo internacional de científicos trabaja ahora en el esclarecimiento de su fuente, una rara mutación genética entre humano y roedor, cuyo primer caso ya es tristemente famoso. La pequeña Yersenia Vudbonik, quien, según se ha confirmado, fue la accidental incubadora de esta extraña y mortal enfermedad que amenaza con diezmar la población de la tierra. Su cuerpo fue trasladado ayer noche a Zurich, donde los expertos de la OMS la someterán a una serie de...

Leo miró al cielo con los ojos bañados en lágrimas.

Las columnas de ceniza convergían en lo alto, formando una gran nube.

En su centro se adivinaba la sonrisa de una gigantesca rata negra.

Una entre un millón

A Simon Nolan le habían advertido de que la niebla se movía a gran rapidez en las alturas de Glen Ohran, y que tuviera cuidado, pues era capaz de sorprenderle a uno en cualquier momento.

«Si se ve perdido en la niebla, quédese quieto» le había aconsejado la noche anterior el señor Fahy, el viejo y dicharachero dueño del *Bed & Breakfast* de Clomcilty donde se hospedaba. «Ya vamos por la sexta alma que se despeña en esos acantilados en los últimos ocho años. Y no queremos ni una más».

Simon, un ingeniero jubilado procedente de Sant Louis, Missouri, se tomó el consejo con respeto, pero sin atemorizarse. En el fondo de su mente pensó que aquello no era más que otra «tenebrosa» historia irlandesa destinada a encender el morbo entre los turistas y a servir de entretenimiento en las lluviosas y solitarias noches de Donegal. Al calor de la chimenea, y con una copa de Bailey's en la mano, no se tomó aquello demasiado en serio.

Al día siguiente se despertó temprano, engulló el copioso desayuno irlandés de la señora Fahy y salió a emprender su ruta por las montañas. Una ligera llovizna lo acompañó durante horas, pero esta no llegó a convertirse en un aguacero. Además, el viento no era demasiado fuerte —tal y como le había ocurrido en sus excursiones por Kerry y Connemara— y la luz era perfecta. Sacó unas doscientas fotografías en cuatro horas de marcha, y calculó que de ellas habría por lo menos diez que merecerían ser salvadas, retocadas y enviadas a su álbum de Internet.

La fotografía se había convertido en la gran pasión de Simon Nolan durante los últimos años. Tras una dolorosa prejubilación de la General Electric — con tan solo 57 años—, Simon había encontrado en esta afición una excusa perfecta para mantenerse ocupado. Soltero y sin familia cercana, disponía de todo el tiempo del mundo; y como el dinero de la jubilación era bastante bueno, se podía permitir uno o dos viajes por año. Le gustaba planear estas escapadas con detalle, y normalmente trataba de evitar lugares demasiado evidentes o turísticos. Más bien le atraían los sitios solitarios, alejados de la civilización. Ese año había recorrido el Salar boliviano y la Patagonia, y a finales de marzo voló a Irlanda en busca de un cambio de paisaje para su galería. Solía acompañar sus fotografías con pequeñas reseñas o crónicas de los sitios y personajes que había encontrado. Y ciertamente parecía tener gusto haciéndolo. Su blog contaba con cerca de 80.000 visitas mensuales, tantas que

se había planteado insertar publicidad y comenzar a hacer algunos dólares a fin de mes con su afición.

Después de varias horas de marcha, Simon se había sentado a descansar y comer algo de fruta junto a unas rocas. Pese a que estaba muy acostumbrado a andar, la edad no perdonaba y sentía que sus piernas y el resto de su cuerpo le pedían a gritos regresar al hotel.

Estando allí se entretuvo visionando las fotografías que había tomado. Tenía unas cuantas buenas capturas del mar batiéndose contra las rocas, y de las paredes del acantilado, concretamente una, de un nido de gaviotas incrustado en un saliente de aquel vertiginoso precipicio, le pareció muy buena. También había sacado unas cuantas fotografías a un precioso *cottage* de piedra que encontró junto al camino de los acantilados. Con el atardecer de fondo, sus ventanas preñadas de luz amarilla y su chimenea exhalando humo negro habían resultado una visión mágica, casi de fantasía. Revisándolas pensó que aquellas fotos estaban posiblemente entre las mejores de su colección.

Feliz por sus capturas y un tanto hambriento, decidió seguir camino hasta el B&B, donde esa noche planeaba comer un bien merecido plato de Banger's & Mash que, según el señor Fahy era la especialidad de su esposa. Apagó la cámara y se puso en pie, dispuesto a comenzar la marcha, cuando se vio repentinamente rodeado por la niebla.

La bruma le había cercado por completo en apenas unos minutos.

«Rápida y silenciosa» tal y como Fahy le había advertido.

La primera reacción de Simon fue reírse de su mala suerte, y también de su osadía al haber desconfiado de las advertencias locales que, aunque provinieran de un borrachín de roja nariz —se reprochó—, debería haber escuchado con más atención. Lo siguiente, una vez templados los ánimos, fue evaluar la situación. La niebla, aunque densa, todavía permitía una visibilidad de algunos metros. Por otra parte, recordó el consejo de Fahy: «Si se ve perdido en la niebla, quédese quieto».

En su mente surgió un dilema.

Lo más lógico, en principio, era esperar a que la niebla se disipase: ese era exactamente el consejo que Fahy le había dado. «Esas montañas son un laberinto del diablo» le había dicho. Y era cierto, en su marcha de ese día, Nolan había observado lo engañosas que eran aquellas laderas, repletas de afiladas rocas, en las que apenas había señal de un camino (esa era la principal razón de que estuviera allí: odiaba toparse con turistas).

Pero ¿y si la niebla decidía quedarse allí durante horas? Simon tenía su

camiseta ligeramente sudada por la marcha, comenzaba a tener frío y no contaba con ropa de recambio. Además, era tarde, cerca de las cinco, y la luz comenzaba a declinar. En una hora, quizá menos, sería de noche y entonces, con niebla o sin ella, sería imposible dar un solo paso. Recordaba que el termómetro había rozado los cuatro grados la noche anterior. Por supuesto no contaba con ningún equipo de acampada, ni comida o agua.

Comenzó a ponerse un poco nervioso.

Sacó un pequeño teléfono móvil que llevaba en su chaqueta. El indicador de cobertura estaba a cero; algo normal en un lugar tan aislado como aquel. No podría llamar a nadie para alertar de su situación —pensó— al menos hasta que no se acercase un poco más a Clomcilty.

Tenía otra opción: tratar de encontrar el camino ahora que la niebla todavía estaba llegando del mar. Si se daba un poco de prisa podría descender lo suficiente para esquivarla y tratar de encontrar el camino de vuelta con las últimas luces del atardecer.

Se decidió a hacerlo, aunque en su cabeza escuchaba una y otra vez la voz del señor Fahy previniéndole de no hacerlo.

«¿Y qué hago; pasar aquí la noche?».

Se puso en pie y caminó en dirección a dos grandes rocas que antes le habían servido como referencia. Nolan calculó que a partir de allí le quedaría una media hora de descenso hasta toparse con el sendero que había abandonado esa misma mañana. Siempre trataba de apartarse de los caminos marcados en busca de lugares vírgenes y solitarios. Esta vez le había salido cara la broma.

Al pasar las rocas, Nolan se vio en la cima de una ladera que descendía en todas direcciones. Decidió seguir todo lo recto que pudiera dejando el mar a su derecha, utilizando el ruido del acantilado como guía.

Avanzó muy despacio durante diez minutos. A la dificultad de la bajada, entre rocas y charcos de barro, se sumaba aquella niebla, más y más densa cada vez. Nolan caminaba torpemente, atento únicamente al siguiente metro de tierra que iba apareciendo ante sus pies. Y cada vez que alzaba la vista, la niebla le cegaba por completo.

Una media hora más tarde topó con una gran corte en la tierra que le obligaba a tomar una decisión. El mar estaba a su derecha, podía escuchar incluso el graznido de las gaviotas, y decidió no aventurarse en aquella dirección. Tomó el camino de la izquierda, alejándose del ruido del acantilado, y en pocos minutos la ladera se allanó bajo sus pies, lo cual fue un

alivio para sus rodillas, machacadas ya a golpe de saltos y zancadas. Pensó que en breve encontraría el sendero y enfilaría el camino de regreso a Clomcilty y sus temores se disiparon un poco. Se imaginó que aquello terminaría como una estupenda anécdota para relatar en su blog, acompañándola con unas estupendas fotografías.

Pero esto solo fue una alegría momentánea. Debió de pasar otra media hora cuando la ladera comenzó a inclinarse nuevamente, esta vez hacia arriba, que era justamente lo contrario a lo que Nolan había planeado. «¡Yo quiero bajar, no subir» murmuró con enfado. La niebla era si cabía más densa. Nolan giró 90 grados a la izquierda, pensó que con esto evitaría dirigirse a las faldas de la montaña, y siguió andando. La ladera, tal y como había calculado, volvió a inclinarse hacia abajo y esto le supuso cierta satisfacción, pero a medida que la iba bajando esta se fue haciendo más y más vertiginosa, hasta el punto que llegó a convertirse en una inclinada pared, y Nolan tuvo que comenzar a arrastrarse sobre sus posaderas para bajarla.

Rodeado de aquella niebla inmisericorde, cansado por las horas de caminata y confuso, Nolan terminó cometiendo un pequeño error. Trataba de rodear un grupo de grandes rocas cuando resbaló en el verdín de una de ellas. Cayó con todo el peso de su cuerpo sobre un costado, golpeándose el hombro derecho con fuerza.

Ni siquiera pudo gritar de dolor.

Comenzó a rodar ladera abajo, clavándose las puntas de varias pequeñas piedras en las costillas y las piernas, tratando de agarrar algún matorral de hierba para frenar su cuerpo. Finalmente, quedó tendido bocabajo, sobre un húmedo y blando trozo de tierra. Permaneció allí unos segundos, recobrando la respiración y notando la punzada de diversas magulladuras a lo largo y ancho de su cuerpo. El corazón le palpitaba a toda velocidad. Por un momento había temido que aquel barranco fuera a parar al acantilado. En una cosa, al menos, había tenido suerte.

Tomó asiento sobre la hierba y se palpó la cabeza en busca de sangre, pero afortunadamente el pequeño golpe que sentía en la base del cráneo se había reducido a un rasponazo. En cambio, su hombro derecho le dolía con intensidad. Se lo examinó y comprobó que podía moverlo, por lo que supuso que no estaría roto. Quizá se tratase de una luxación. Había tenido una tres años atrás, intentando hacerse el héroe deportivo en un partido de baseball amateur, y dolía igual.

Se levantó un tanto mareado por la caída y se alegró de sentir sus dos

piernas respondiendo. Recogió su cámara del suelo y comprobó que se había golpeado también contra la roca. El cristal del visor estaba rajado, aunque la cámara funcionaba perfectamente. Aquello no le importó demasiado. Sus prioridades habían sufrido un vuelco repentino. Ahora que la montaña le había vapuleado un poco, Nolan pensó que quizá era el momento de abandonar sus intentos por encontrar el camino de vuelta. Quizá debiera quedarse quieto y esperar tal y como le habían aconsejado. Con suerte, la niebla se iría en un par de horas y podría acometer un segundo intento bajo la luz de las estrellas (o con suerte la de la luna llena). De otro modo se acurrucaría en una de esas grandes rocas que había por todas partes y se prepararía para pasar una noche a la intemperie. Solo debía aguantar hasta la madrugada, se dijo, pero hasta entonces lo mejor que podía hacer era encontrar la manera de hacer fuego para combatir el frío. Echó en falta el mechero que siempre solía llevar encima en su época de fumador, y se recriminó su falta de previsión. Aun así... ¡Por Dios santo! Él era ingeniero. Seguro que encontraba la forma de encender una llama.

Se pasó los siguientes cinco minutos dando una tímido rastreo a su alrededor, en busca de algo con lo que producir una combustión. Enseguida se dio cuenta de que no sería tan fácil. Las montañas peladas del oeste irlandés contenían poca madera. Y encontrar turba, una especie de carbón vegetal con la que se encendían las chimeneas de la zona, era algo improbable en aquellas condiciones.

Según pensaba en todo esto sus ojos se fueron a topar con algo entre la niebla. Una silueta familiar.

Caminó hacia ella y descubrió que se trataba de una bañera llena de agua. A su alrededor había huellas de animales.

Alzó la vista y escrutó con cuidado a su alrededor. Entonces descubrió una débil luz entre la bruma. Con el aliento contenido caminó apresuradamente en esa dirección, y al cabo de unos segundos, la silueta de un *cottage*, cuyas ventanas emitían un leve resplandor, apareció ante sus ojos. Simon tuvo que reprimirse para no gritar de pura alegría. ¡Estaba salvado!

Era una casa muy parecida a la que había fotografiado media hora antes, en el otro lado de las montañas. Paredes de piedra, tejado de pizarra y una pequeña y humeante chimenea coronando la construcción. Distinguió un pequeño establo más allá, y el olor característico del ganado. También vio un todoterreno aparcado a uno de los lados de la casa. Se palpó la chaqueta y notó el grosor de su cartera llena de dólares; daría una buena propina a

aquellos campesinos por llevarle de vuelta a Clomcilty.

Se acercó a la puerta y golpeó en la madera.

—¡Abran, por favor! —exclamó— ¡Me he perdido!

Se hizo un corto silencio al cabo del cual Simon escuchó pasos en el interior de la casa. La puerta se abrió y tras ella apareció una silueta recortada a la luz del fuego que ardía en el interior de la casa. Simon no pudo verle bien, pero adivinó que se trataba de un hombre.

—¡Gracias al cielo que les he encontrado! —dijo Nolan—. ¡Me había perdido en la niebla! ¡Me caí por un barranco!

El hombre dio un paso afuera y su rostro quedó iluminado por la tenue luz del atardecer.

Era un hombre de unos cincuenta años, de cabello y cejas encanecidas, barba de dos o tres días y vestido humildemente, con una camisa de cuadros beige y unos pantalones de pana marrón. Tenía el rostro alargado. La nariz, la barbilla, los labios, todo estirado como uno de los relojes deformes de las pinturas de Dalí. Pero fueron sus ojos, dos grandes y azules ojos rodeados de fuertes pestañas, lo que provocó aquel pequeño «clic» en la mente de Nolan.

De pronto, tuvo la certeza de que conocía a aquel hombre.

—¡Usted!

Dijo eso y se quedó callado, mirando pasmado a aquel granjero, tratando de recordar de qué podía conocerlo.

—Oiga ¿le ocurre algo? —preguntó el hombre cuando hubieron pasado unos segundos de silencio— ¿Está usted bien?

Simón despertó como de un sueño.

—Perdone —respondió Simon—. Es que me resulta usted muy familiar. De pronto me ha parecido que le conocía de algo.

—¿Qué?

Simon Nolan se percató del sinsentido de aquella situación.

—Disculpe, debe pensar que estoy como una cabra. Mire, lo que pasa es que me he perdido en la niebla. Me he caído por la colina y...

—¿Se ha dado en la cabeza?

—Sí, pero solo un rasponazo. La peor parte se la ha llevado el hombro —dijo, llevándose la mano al hombro—. Y, bueno, la cámara, aunque eso no importa.

Volvió a mirar al granjero. Aquellos ojos, ¿Dónde los había visto antes? «No, no» pensó «debe ser el golpe en la cabeza. Estoy desorientado. ¿De qué vas a conocer a un granjero irlandés perdido en las montañas de Donegal?»

El granjero por su parte no parecía demasiado contento de tener visita, y tardó unos segundos en volver a hablar.

—Todo esto es un poco raro.

—Oiga, solo quiero descansar un poco —suplicó Nolan—, hasta que se vaya la niebla. Después volveré a Clomcilty. Me hospedo allí.

El granjero volvió a mirarle de arriba abajo y después echó un vistazo detrás, como si no acabara de fiarse de Simon a pesar de que su aspecto rayaba lo patético en aquellos instantes.

—Está bien —dijo al final—, pase.

*

La casa les recibió envuelta en penumbras. Un fuego ardía en la chimenea y el aire olía a col cocida. Parecía que aquel hombre vivía solo.

El granjero le invitó a tomar asiento en una mecedora junto al fuego. Después le ofreció un whisky, que Simon aceptó, y se fue a la cocina a prepararle una bolsa de hielos para el hombro.

Sentado frente al fuego, Simon vació la mitad del whisky de un sorbo y se sintió mucho mejor.

—Esta niebla es peligrosa —dijo entonces el granjero desde la cocina—. Un hombre murió el año pasado a cien metros de aquí. Se despeñó.

—¿Cien metros? ¿Tan cerca? —preguntó Simón—. Pensaba que por lo menos estaríamos a diez minutos del acantilado.

—Eso debió de pensar él también —respondió el tipo.

Simon le vio regresar al salón con una bolsa de plástico cargada de hielos.

—Tome. Apriétesela bien.

—Gracias.

—¿Otro whisky?

—Me vendrá bien, gracias —respondió Simon.

El granjero le rellenó el vaso y se sirvió uno para él. Después tomó asiento en la mecedora que había frente a Simon, al otro lado de la chimenea. No había otra luz que la del fuego, por lo que su rostro volvió a quedar oculto en las penumbras.

Simón se apretó la bolsa de hielos contra el hombro y se recostó en la cómoda mecedora. El calor del fuego le entraba por la manga de los pantalones y lentamente dejó de tiritar.

Comenzó a relajarse y a sentirse bien. La aventura tendría un buen final pese a todo. Tendría que arreglar la cámara (o comprarse una nueva) y lo del hombro no parecía muy grave. Una «herida de guerra» de la que alardearía

muy pronto, en una crónica de su blog en cuyo título ya estaba pensando. «¿Perdido en las nieblas de Donegal? no... Muy típico. Quizá: mi aventura en los Cliffs».

—¿De dónde es usted? —le preguntó el granjero—. ¿Americano?

—De Saint Louis, Missouri —respondió Simon, recordando que su acento solía delatarle enseguida.

—Está usted de vacaciones supongo —siguió diciendo el hombre.

—En efecto. Estoy pasando un par de semanas en Irlanda. Por cierto, me llamó Simon Nolan.

—Fergal O'Dowd —respondió el hombre alzando su copa.

Simon soltó los hielos un segundo y devolvió el brindis. Bebió el resto del whisky, que estaba delicioso.

—Un placer conocerle, señor O'Dowd. Se puede decir que me ha salvado usted de pasar la noche a la intemperie.

—No hay de qué. ¿Se hospeda usted en Clomcilty?

—Sí. En el B&B de la familia Fahy ¿los conoce?

O'Dowd asintió con la cabeza.

—Y hablando de eso —continuó Nolan—. Será mejor que les llame, creo que el señor Fahy se preocupará al ver que anochece y no he regresado. Y con esta niebla... ¿Tiene usted un teléfono? El mío no tiene cobertura.

—Aquí no funcionan —respondió O'Dowd secamente—, pero no se inquiete. En cuanto la niebla cese, le bajaré yo mismo hasta el pueblo. Solo son veinte minutos conduciendo.

—En ese caso, permítame que le invite a cenar en el pueblo, como muestra de agradecimiento.

—No se preocupe —respondió O'Dowd—. Ya he llenado el estómago por hoy.

—Al menos me aceptará una copa...

El granjero rehusó otra vez y Simon tiró la toalla, aunque secretamente planeó escurrirle una buena propina en la puerta del coche antes de despedirse.

Bebieron sus copas intercambiando una conversación un tanto forzada. O'Dowd era un hombre de muy pocas palabras, y Simon tampoco quería resultar indiscreto. Le preguntó por el clima de aquella parte de Irlanda, y por el tipo de ganado que tenía allí, que resultaron ser ovejas. También se interesó por el número de personas que vivían en las montañas, y mencionó el otro *cottage* que había visto un poco antes de que la niebla se abalanzase sobre él. Las

respuestas del granjero fueron escuetas.

Lentamente los ojos de Simon se fueron adaptando a la media luz del salón y fue descubriendo el lugar que le rodeaba. Viejos muebles y fotografías, una surtida colección de botellas y varias pilas de libros y revistas. La casa de un solterón, o quizá un viudo, pensó. Para él era fácil distinguir esa ausencia de «toque femenino» ya que su propia casa —aunque bastante más equipada— no dejaba de tener alguna similitud con ese aire de cómodo abandono masculino. También se fijó que no había televisor, lo cual para un norteamericano resultaba —incluso en el caso de un granjero— un hecho sorprendente.

También volvió a poder distinguir el rostro del señor O'Dowd y de nuevo tuvo aquella imperiosa sensación de que le «conocía de algo». Era una de esas extrañas y curiosas conexiones que ocurren en el inhóspito terreno de la memoria. Simon sentía que «le había visto en alguna parte», o al menos a alguien muy parecido a él. No pudo evitar querer acordarse. ¿A quién le recordaba tan intensamente ese granjero irlandés?

Se dedicó a tratar de esclarecer el misterio en silencio. En su cerebro se inició una trepidante operación de rastreo. Nolan había trabajado en cuatro empresas en toda su vida. Las dos primeras, pequeñas ingenierías de Illinois, no tenían más de una veintena de personas en su plantilla. Barajó aquellos viejos rostros en su mente, pero enseguida descartó que pudiera ser ninguno de ellos. Su memoria viajó unos años hacia delante. En 1990 se mudó a Chicago para trabajar en IBM donde había bastante más gente. En su departamento convivió durante tres años con al menos cincuenta ingenieros e informáticos, pero no... No se trataba de ninguno de ellos. Y tampoco podía ser nadie de la General Electric, su siguiente empresa. Prácticamente todos los que fueron sus compañeros de trabajo asistieron a aquella patética fiesta de despedida en el Jake's MeatBall Emporium, donde alguien trató de endulzar la traicionera estocada de su empresa con globitos rosas y música de Billy Crystal. No... No... No... Algo en su mente le decía que aquel rostro no pertenecía al mundo del trabajo. ¿Y si fuera algo anterior? En realidad, podían ser tantas cosas. El camarero que nos servía el café todas las mañanas. El barbero que nos cortó el pelo cuando vivíamos en aquella ciudad. El simpático cajero del supermercado... Hay tantas personas anónimas que pasan por nuestra vida, y lo más increíble es que nuestro cerebro las registra una a una, guarda su fotografía, y la pequeña ficha personal de cada una, en esa base de datos inmensa llamada «memoria».

Al cabo de unos minutos, agotado de pensar y a falta de un tema de

conversación superficial (ya habían tocado el clima, y Simon no sabía nada de la liga de rugby irlandesa, o de deportes gaélicos) Simon decidió sacar ese tema a colación.

—Oiga —dijo de pronto— ¿Recuerda lo que le dije antes cuando nos encontramos en la puerta?

—Me dijo que se había perdido en la niebla— respondió O'Dowd.

—No. Me refiero a que usted me resultó familiar. ¿Se acuerda?

—Vaya, sí —dijo el hombre entrecortadamente.

—Le juro que no estoy loco —bromeó Simon—. Es que no me puedo quitar esa sensación de encima. ¿cree que es posible que nos hayamos visto en otro lugar?

—Pues... Sinceramente, lo dudo —respondió el granjero quien parecía un tanto violento por todo aquello—. A no ser que nos hayamos cruzado por el pueblo. ¿Cuánto lleva en Clomcilty?

—No... Eso no puede ser. Solo llevo un día aquí. Llegué anteayer mismo, de Connemara. Y jamás antes había estado en Irlanda. Además, mi recuerdo es... Más lejano. Como si hubiésemos coincidido hace años...

Dejó aquella frase en el aire, esperando que el granjero aportase algo al enigma.

—Bueno... Entonces sí que es imposible. Yo no viajo mucho y nunca he estado en América. Seguramente me pareceré a alguien que usted conoce. Ocurre muchas veces. Dicen que todos tenemos un hermano gemelo en alguna parte.

—Sí... —dijo Simon sin demasiada convicción—... Es posible que sea eso.

Ahora que le había hecho hablar un poco más, Simon observó que el acento de aquel granjero no se parecía en nada al del señor Fahy, ni tampoco al de ningún otro irlandés del oeste que hubiera conocido en la última semana. Aunque era incapaz de localizarlo con seguridad. Le sonó como una mezcla de muchas cosas, que no llegaba a ser nada.

No se atrevió a preguntarle por esto, ya que había percibido claramente que al granjero le hacía poca gracia ese asunto, lo cual era en parte comprensible: un hombre aparece en medio de la niebla, llama a tu puerta y cuando le abres, asegura que te conoce de algo... En fin. Se alegró de que no tuviera teléfono porque quizá en esos instantes estaría llamando al manicomio.

O'Dowd interrumpió entonces sus pensamientos.

—¿Se dedica usted a sacar fotografías? —preguntó señalando la cámara

que descansaba sobre la mesa— Quiero decir, ¿como profesión?

—Oh no —respondió Simón— , yo estoy jubilado. Esto solo es un hobby para matar el tiempo.

—Entiendo. Es un aficionado.

Aquella palabra, «aficionado» hirió el pequeño ego de fotógrafo de Nolan.

—En realidad es algo más que un hobby —matizó Nolan—. Digamos que es una pasión tardía. Suelo viajar a menudo con la cámara. Saco fotos y después las publico en un blog.

—¿Un blog? —preguntó el hombre como si aquella palabra fuese batusi.

—Es como un diario de viajes que se puede visitar por Internet —aclaró Nolan.

—¡Ah! Internet —respondió O'Dowd—. Ahora está en boca de todo el mundo.

—Porque es fantástico. La herramienta del futuro. Mire mi caso. Yo, un completo desconocido, recibo una media de 80.000 visitantes al mes.

—Vaya... Eso es un buen montón de gente.

—Lo es...

—¿Y gana dinero con ello?

—Bueno... Aún no... Pero lo estoy pensando, ¿sabe? Publicidad. Aunque, si le soy sincero, mi sueño sería publicar una fotografía en la National Geographic.

—En ese caso debería elegir algún sitio más exótico que Donegal —respondió O'Dowd.

—¡Pero si esto es un paraíso! En fin, comprendo que para usted es la rutina diaria, pero este paisaje... Es... Sencillamente estremecedor. Espero que se hayan salvado todas las fotos que saqué hoy.

—Ojalá —respondió O'Dowd—, esa cámara parece cara.

—Lo es —dijo Nolan—, aunque creo que podrá arreglarse.

Se hizo un pequeño silencio y Simon terminó su copa de whisky, que bajó como una serpiente de fuego por su esternón. Miró al señor O'Dowd, sentado junto al fuego, y sintió una repentina simpatía hacia aquel solitario granjero que tan amablemente le había prestado su ayuda. Y al mismo tiempo sintió vergüenza de sí mismo por su maleducada actitud insistiendo en que le conocía.

—Oiga —comenzó—, discúlpeme por haber sido tan testarudo con ese asunto de que le conocía. Cuando se me mete algo en la cabeza me cuesta mucho sacármelo.

—No se preocupe. Piense en otra cosa—dijo O’Dowd poniéndose en pie—. ¿Tiene hambre? Aún me queda un poco de cocido.

—No, gracias. Aunque tomaré otro vaso de whisky si no le importa.

—¿Qué tal va su brazo?

—Mejor. Gracias. Ya casi ni me duele.

Simon fue a servirse un vaso de whisky, pero el señor O’Dowd se le adelantó. Cogió la botella y le rellenó el vaso cortésmente.

Y entonces, en la mente de Simon Nolan se produjo el milagro, el «triple diamante», la explosión.

Fue ese detalle de cortesía lo que terminó uniendo las piezas en su cabeza. De pronto su memoria le trasladó a una calurosa mañana de mayo, en su casa de Arlington Road, una coqueta área residencial del norte de Chicago donde vivió durante sus años en IBM. Estaba montado en su Lincoln Town, recién sacado del garaje, y había frenado al borde de su jardín. Se preparaba para incorporarse a la vía principal y en ese instante veía el coche (un modelo grande y oscuro) de su vecino de enfrente acercándose a la acera también. Y como ambos iban en la misma dirección, se apresuraban a cederse el paso el uno al otro, con cortesía.

Su vecino de enfrente.

Aquel era un barrio de gente rica donde ni siquiera segabas tu propio césped; un chico venía todos los domingos a hacerlo por ti. Por esa razón, el poco contacto que uno tenía con sus vecinos se limitaba a esos pequeños momentos de la rutina diaria, como encontrarse a la salida de casa cada mañana. Saludarse de coche a coche y cederse el paso amablemente.

Aquel era el rostro que Nolan veía todas las mañanas, vestido —ahora lo recordaba nítidamente— con un traje oscuro y corbata. Aquel rostro sobrio y pensativo. Aquellos dos grandes ojos azules rodeados de una oscura línea de pestañas que ahora, nueve años después, había vuelto a encontrarse en el lugar más inverosímil imaginable.

—¡Lo tengo! —exclamó de pronto —¡Sé a quién me recuerda usted!

El señor O’Dowd se enderezó y, por un momento, una terrible expresión invadió su rostro.

—¿Todavía sigue con esa historia?

—Lo siento, pero me acabo de acordar. ¡Qué me cuelguen si no se parecen como dos gotas de agua! Aunque usted es mucho mayor... Claro que... Fue hace mucho. Cuando vivía en Chicago. Lo menos hace nueve años.

El señor O’Dowd se sirvió un poco de whisky en un vaso y se acercó a la

chimenea. Miró al fuego pensativo.

—Bueno... ¿Y puedo saber de quién se trata?

—Mi vecino. El hombre que vivía en la casa de enfrente. Era una calle llamada Arlinton, una calle tranquila, de casitas y árboles. Él era una especie de ejecutivo... Aunque nunca supe su nombre. Nos veíamos casi todas las mañanas, durante tres años. Salíamos de casa a la misma hora... Y nos cedíamos el paso con el coche. ¡Le juro que el parecido es asombroso!

—Bueno —dijo O'Dowd—, es posible que sea un primo lejano. Parte de mi familia emigró a América durante la hambruna del siglo XIX.

—Debe ser algo así, créame —dijo Nolan bebiendo de su copa—. Era un calco de usted. Alto, delgado... Y tenía exactamente sus ojos.

—Una verdadera coincidencia.

—Una entre un millón —dijo Nolan riéndose—, se lo aseguro. Encontrarme con un «gemelo» de mi vecino de Chicago aquí, en las colinas de Donegal. Será una crónica estupenda para mi blog, incluso... ¡Se me ocurre algo! Déjeme sacarle una foto, podremos buscar a su primo perdido allí en América a través del blog.

El señor O'Dowd se rió.

—No se preocupe, amigo. Además, no salgo bien en las fotos. Mire... Parece que la niebla ya se está disipando —dijo después, mirando por la ventana—. Aprovecharé a bajarle ahora. Espere que vaya a por una chaqueta.

O'Dowd desapareció tras el pequeño pasillo y Nolan se quedó en el salón. Pensó que tal vez todo aquello le sonase como una pija estúpida a aquel granjero irlandés, pero a él le parecía un asunto asombroso. ¿Cuántas posibilidades había de encontrarse con un «clon» de un antiguo vecino tuyo a miles de kilómetros de distancia, casi diez años después? En fin, lo cierto es que de todo aquello habría sacado un buen relato en cuanto regresara a St Louis.

Se quedó apurando su copa de whisky, un pelín borracho a esas alturas, imaginándose que quizá llegase a tiempo para los Banger's & Mash de la señora Fahy. ¡después de haber estado a punto de pasar la noche entre rocas! Había tenido suerte. Vaya que sí.

Mientras tanto, en su habitación, Fergal O'Dowd estaba quieto frente a su cama.

Pensaba.

Abrió el último cajón de su mesilla de noche, lo sacó por completo y le dio la vuelta sobre el colchón de su cama. En el reverso del cajón, pegado con

celo, había un sobre amarillo. Lo arrancó y lo abrió. En su interior, además de papeles con direcciones, cuentas de banco y contactos había una tarjeta. La tomó entre sus dedos y la leyó.

Programa Federal de Protección de Testigos.

Número de emergencias

O'Dowd —o Tom Zaffaroni como se le conocía muchos años atrás— dio vueltas a aquella tarjeta entre sus dedos.

Había sido mucho más rápido que Nolan. En cuanto se sentó en el sofá, Tom Zaffaroni ya le había recordado como aquel vecino gordito que veía todas las mañanas en Chicago. Un tipo solitario, que pasaba las noches viendo la televisión y que a veces llamaba a alguna prostituta cara a domicilio. La «compañía» se cuidaba de conocer al detalle la vida de los que rodeaban a los suyos. La «compañía... Que ahora le buscaba a él. Y ese tipo, con su estúpido blog de Internet, iba a servírselo en bandeja.

Y ¿ahora qué? Sabía lo que significaba llamar a aquel número. Por una cosa mucho más nimia lo habían sacado de Río. Unas cámaras de televisión le habían grabado de casualidad, mientras pasaba cerca de un mitin político. «Tiene usted prohibido acercarse a ningún evento público, señor Zaffaroni». ¡Cómo si fuera tan fácil! Y ahora, por culpa de este idiota, seguro que lo enviaban a Groenlandia por lo menos.

Lo pensó un poco y tomó una decisión. Devolvió la tarjeta a su sobre y el sobre a su escondite. Se puso la chaqueta y salió por el pasillo al salón. Nolan estaba ya en pie, con su cara de buen chico.

—Oiga, disculpe si le he molestado. Quiero que sepa que le agradezco en el alma todo lo que ha hecho por mí.

—No se preocupe. Entiendo que estas cosas pasan. Vamos, tal vez acepte esa pinta en el pub de Clomcilty.

—¡Estupendo! —exclamó Nolan.

Se dirigió a la puerta, seguido por O'Dowd, que calculó que era un poquito más bajo y menos fuerte que él.

Los atardeceres en el norte de Irlanda son terriblemente lentos. Todavía quedaba algo de luminosidad a esas horas. La niebla se había disipado bastante, aunque el cielo aún estaba brumoso. Sin embargo, se podía distinguir el borde del acantilado y más allá el horizonte iluminado por los moribundos rayos del sol. Era un paisaje magnífico.

—Antes de irnos, déjeme que le muestre una buena foto —dijo O'Dowd

señalando hacia el borde del acantilado—. Hay unos arrecifes ahí delante. Los llaman «boca de perro». A estas horas son una verdadera preciosidad.

Nolan estaba un poco cansado y deseaba regresar al albergue, pero pensó que debería aceptar por buena educación. Además, siempre había hueco para una foto más.

—¿Dónde dice que están?

—Venga conmigo —le dijo O'Dowd—, se los enseñaré. Tiene que ponerse bien en el borde para verlos. Yo le sujetaré.

Mientras caminaba hacía allí, ignorante de haber entrado en el último minuto de su vida, Simon Nolan se deleitó con un paisaje espectacular y preparó su cámara.

El problema de Darby

Darby esperaba metido en su coche, no sabía muy bien a qué. Llevaba tres horas allí sentado, sin moverse, y comenzaban a dolerle las posaderas.

Había pasado la tarde aparcado en el mismo sitio, una avenida tranquila, llena de árboles, en la parte rica de la ciudad. Y en ese tiempo, no había perdido de vista la puerta que tenía en frente. El número 61.

Doce personas habían entrado y salido en ese rato. Hombres y mujeres de diferentes edades. Nadie conocido. Ahora anochecía y desde hacía un buen rato no había movimiento por allí. En la calle tampoco. Todo estaba en silencio.

En la radio sonaba un programa deportivo, pero Darby no le prestaba atención. Masticaba un chicle que ya se había quedado sin sabor y miraba fijamente a una de las ventanas de la primera planta del número 61, que estaba encendida.

Tenía hambre. Le hubiese apetecido salir y comer algo (¿un sándwich y un café en aquella tienda de la esquina?), pero Darby temía que el empleado o algún cliente pudiera distinguir las manchas de sangre que salpicaban su americana y su camisa. Y por eso lo de quedarse en el maldito coche.

Aunque por otra parte —pensaba— quizá algún vecino suspicaz (y ya sabemos lo suspicaces que son los vecinos de los barrios ricos) terminara llamando a la policía después de verle allí plantado toda la tarde. Y a él no le gustaría que ningún poli se le acercara en aquellos momentos. Porque — sencillamente— tenía la palabra «asesino» dibujada en la cara. Y sangre por todas partes. Y una pipa en la guantera.

Así que tendría que moverse en breve.

El número 61 era un bonito edificio de tres plantas, ladrillo rojo y una densa hiedra verdinegra trepando por sus costados. Había una pequeña placa dorada junto a la puerta, que Darby no alcanzaba a leer desde allí, pero no le hacía ninguna falta. Sabía perfectamente que aquello era la «Consulta Psiquiátrica del Doctor Claude Magass». Venía escrito en una tarjeta de visita, bañada en sangre, que ahora reposaba en el bolsillo izquierdo de su americana.

Por la calle ya casi no pasaba nadie. Un hombre haciendo *jogging*, una mujer paseando a su perro, un autobús enfurecido, medio vacío... Darby decidió que ya estaba suficientemente oscuro y que era hora de salir. Miró por sus tres retrovisores para asegurarse de que no se acercaba nadie. Después,

abrió la guantera y tomó el revólver.

El maldito revólver, nunca sabía muy bien dónde ponerlo, dónde llevarlo. Le daba miedo enfundárselo en el pantalón. ¿Y si se le disparaba y le volaba las pelotas? Tenía el seguro echado, pero él no se fiaba de los seguros. Todo en este mundo estaba sujeto a la ley de Murphy. Y para Darby, la ley de Murphy venía a ser la ley de la catástrofe.

Comprobó el seguro otra vez. Cogió la revista que había releído treinta veces en las últimas horas y envolvió el arma en ella. Después, con la revista, pistola en la mano, salió del coche, cruzó la calle y subió las escaleras que daban al portal.

Tal y como había supuesto, la placa decía:

«Dr. Claude Magass. Psiquiatra»

Había un pequeño botoncito blanco en el marco de la puerta. Lo apretó y en las entrañas de la casa se produjo un campanilleo. Pareció sonar en muchos sitios a la vez. Después la casa quedó en silencio y Darby esperó. Se quedó mirando a la puerta. Tenía una aldaba dorada con forma de dragón. Le resultó familiar, pero no sabía por qué.

Oyó a alguien bajando unas escaleras. Se oían pasos, y el crujir de unos escalones. Por primera vez en muchas horas, Darby volvió a sentir su corazón dando brincos en el pecho. Las horas de espera le habían servido para relajarse, para olvidarse un poco de todo el asunto. Pero ahora se enfrentaba de nuevo a una pregunta. Y aquello le ponía nervioso.

Abrió la puerta un hombre mayor, de unos 60 o 70 años. Tenía las cejas muy pobladas y con crestas a los lados, como un águila. Una nariz fina y alargada y dos ojos fieros e inteligentes, protegidos detrás de unos anteojos. Vestía una chaqueta de lana rojo borgoña sobre una camisa de cuadros. Una pipa sobresalía del bolsillo de su camisa.

—Buenas noches —dijo saludando a Darby.

—Buenas noches —respondió este.

—¿Deseaba algo? La consulta está cerrada.

—Es urgente. ¿Es usted el doctor Claude Magass?

—El mismo.

—Tengo que hablar con usted. Ahora.

—Pero la consulta está cerrada —dijo el hombre—. ¿Por qué no vuelve mañana? Si me deja su nombre podría atenderle a primera hora.

—No. Tiene que ser ahora —reiteró Darby.

El hombre bajó un poco la vista y miró a la revista que Darby sostenía en

las manos. Con la izquierda sujetaba el ejemplar. Con la derecha había empuñado el revólver. Hizo asomar el cañón por el borde de la revista. El hombre retrocedió un paso, tomando la puerta.

—No se le ocurra cerrarme —amenazó Darby con la voz temblorosa.

La frente se la había cubierto de gotas de sudor

—¿Hay alguien más en la casa?

El hombre negó con la cabeza.

—Vamos —dijo Darby entrando en la casa—. Y no intente nada. O le juro que le pego un tiro.

Cerró la puerta tras de sí y ambos quedaron en silencio. Era un bonito vestíbulo, con una alfombra redonda, una mesa de pared y un espejo. Darby observó que había una especie de recepción al fondo del pasillo. Y tal y como el doctor había dicho, no había nadie allí. La tenue luz de un indicador de salida de emergencia era toda la iluminación que se veía.

—¿Dónde podemos hablar? —preguntó Darby.

—Arriba —dijo el hombre—, en mi despacho. Si quiere dinero...

—No vengo a robarle —le interrumpió Darby—. ¿Tengo cara de ladrón? ¿Eh?

Se miró en el espejo. Tenía el pelo revuelto y cara de cansancio, pero no estaba tan horrible como imaginaba. Su traje color tabaco había resistido el embate del día. Y, además, las manchas de sangre no eran tan evidente vistas de lejos.

—Vamos. Arriba —ordenó.

Subieron las escaleras que se abrían a la derecha del vestíbulo. Los escalones eran de madera oscura, vestidos con una alfombra de motivos persas con anclajes dorados. Mientras subía, Darby se preguntó cuánto cobraría un psiquiatra para pagarse tanto lujo.

Llegaron a la primera planta. Un arco abierto conectaba la escalera con una sala. El doctor la cruzó. Había varios sofás de cuero negro y algunas estanterías con libros. Entre dos anaqueles había una puerta de madera que el doctor abrió, guiando a Darby hasta otra habitación, que era claramente un despacho. Darby vio una amplia mesa de trabajo, iluminada por un gran flexo y repleta de cuadernos y libros. Detrás de ella, dos largas ventanas de guillotina, divididas en cuadrillos de cristal. A través de ellas se veía la calle.

—Eche las persianas —ordenó Darby.

El doctor obedeció. Cruzó la habitación y cerró ambos estores. Después se giró hacia Darby.

—¿Y ahora? ¿Piensa matarme? —preguntó.

—Tal vez lo haga —dijo Darby—. Si no me dice lo que quiero oír.

—De acuerdo —dijo el hombre con voz pausada. Parecía tranquilo—. Dígame lo que quiere saber. Espero de verdad poder ayudarle.

Darby asintió en silencio, sin dejar de apuntar a aquel hombrecillo, que por otra parte no parecía demasiado peligroso. Era solo un anciano, un poco encorvado, con aspecto de ratón de biblioteca. Pero no podía permitirse el lujo de subestimarle.

—Apártese de la mesa —ordenó Darby—. Vaya hacia el diván.

Había un largo diván de piel color aceituna a un lado del despacho. El hombrecillo obedeció y llegó hasta allí, quedándose de pie.

—Siéntese en él.

El hombre se sentó.

Darby caminó rodeándole hasta la mesa. Se apoyó sobre ella. Lanzó la revista sobre el montón de papeles que cubría la mesa del despacho y el revólver quedó al descubierto.

—No hace falta que me apunte —dijo el doctor—. No me moveré de aquí.

—Por si acaso —replicó Darby.

Aunque, en realidad, era cierto que podía dejar el revólver aparte. Pero no quería demostrar que aquel hombre le había dado ninguna idea. Siguió apuntándole.

—Y bien —dijo el doctor.

—Y bien, ¿qué?

—¿De qué quiere que hablemos? Usted dijo que quería hablar.

—Claro. Quiero hablarle de su hombre. El tipo de la gabardina. ¿Por qué me seguía?

El doctor quedó en silencio por unos segundos. Frunció el ceño, como si realmente le confundiera la pregunta. Pero, dadas las circunstancias, pareció querer pensarse la respuesta.

—¿Quién dice que le seguía? —preguntó el doctor.

—Su hombre —dijo Darby—. El tipo de la gabardina. Ese monstruo... Y no se haga el tonto conmigo.

El doctor volvió a guardar silencio. Era evidente que el arma le inspiraba paciencia en sus respuestas.

—De acuerdo —dijo muy despacio—. Un hombre le ha seguido. ¿Qué le hace pensar que trabaja para mí?

Hablaba con un tono de voz tranquilizador. Darby se dio cuenta de que todo

era un truco de psiquiatra. Así —pensó— es como hablan a los locos.

—Llevaba su tarjeta de visita en la cartera —dijo al cabo de unos segundos—. De hecho, era todo lo que llevaba.

Se metió la mano izquierda en la chaqueta y hurgó en el bolsillo de su americana hasta dar con la tarjeta. Se la mostró al doctor. Era una pieza rectangular de cartón blanco, la mitad del cual estaba bañada en sangre.

El doctor palideció al ver aquello, pero no hizo ninguna observación al respecto.

—¿Dice que llevaba esa tarjeta consigo?

—Sí. Solo eso. Nada más.

—Tal vez... Puede que fuese un paciente mío. Eso explicaría que llevase mi tarjeta encima. Doy una a todos mis pacientes. Mire dentro de esa caja de madera, encontrará muchas.

Darby levantó la tapa de la caja que Magass le había señalado. Dentro había muchas tarjetas como la que él había sacado de la cartera del espía.

—Sí —dijo—. Podría ser. Ya lo había pensado. Pero ¿Por qué llevaría SOLO su tarjeta?

—¿Qué quiere decir?

—En su cartera. No había nada más. Ni dinero, ni documentos. Tan solo este trozo de cartón con su nombre escrito en él. ¿No le parece extraño? A mí sí que me lo parece.

—Es extraño... Sí... —dijo el doctor, titubeando—. ¿Puedo preguntarle qué ha ocurrido con ese hombre?

—Claro que puede —dijo Darby—. Le disparé. Ahora está muerto.

El doctor abrió los ojos de par en par.

—¿Muerto?

—Le avisé dos veces, pero él no quiso escucharme. Ha ocurrido esta tarde... Supongo que la policía ya lo habrá encontrado. Dejé su cadáver en los muelles. A la vista.

—Dios Santo. Es terrible...

—¿No lo hubiera hecho si no me hubiese presionado! ¿Por qué me seguía a todas partes? ¿Usted tiene que saber algo de él! Llevaba su tarjeta, tan solo su...

Darby apoyó el revólver sobre la mesa. Se frotó la frente con los dedos.

—¿Cómo dice que era? —preguntó el doctor—. Tal vez si me lo describe...

—Ya se lo he dicho —contestó Darby sin levantar la vista—. Una gabardina negra, abotonada hasta el cuello. De mi altura. Más delgado. Y su rostro... Era

escalofriante. Blanco y calvo como una calavera... Afilado y con profundas ojeras lilas... No sabría detallarlo mejor.

El doctor apretaba el ceño tratando de pensar.

—Tendría que mirar en mis archivos, por aquí pasa tanta gente. ¿Nunca habló con él? Un nombre... O un detalle serían de gran ayuda.

—Nunca hablamos —respondió Darby—. Sencillamente me seguía.

—Pero ¿desde cuándo?

—Ahí es donde se pone interesante.

—¿Qué quiere decir?

Darby soltó una carcajada muy extraña.

—Es tan ridículo... Casi imposible. Si se lo cuento creerá usted que me he vuelto loco.

El doctor, sin moverse de su diván, habló calmadamente.

—¿Por qué no lo intenta?

*

Había oscurecido. Por la ventana ya solo se veía la sombra de los árboles, de sus ramas repletas de hojas, impresa en un fondo azulado. Bajo ellas, la luz naranja de las farolas.

Darby había dejado el revólver en la mesa. El doctor había servido coñac en dos copas.

—Hace una semana, el martes —comenzó a decir Darby—, recuerdo el momento y el lugar: estaba comiendo en el Odessa, un pequeño restaurante que hay debajo de mi oficina.

—¿El Odessa de la calle George? —preguntó el doctor.

—El mismo. Trabajo por allí, en una pequeña agencia de viajes de ese edificio. Soy contable. Pero eso no viene al caso. Si conoce el Odessa sabrá que tiene unas grandes ventanas hacia la calle, no a George, sino a una pequeña callejuela que hay detrás, creo que se llama Harmony Row o Melody Row, algo con música. Yo siempre me siento junto a esas ventanas. Todos los días, tomo el almuerzo y leo un poco el periódico antes de volver a la oficina.

»Ese día, el martes, mientras pasaba las hojas del diario, encontré un recorte hecho sobre la página de anuncios. Coincidió con los bordes de un anuncio que ya no estaba. Solté una maldición. ¿Quién habría recortado el anuncio y vuelto a dejar el periódico en la pila? Entonces, mientras miraba a través del agujero, vi al hombre.

—¿Por el agujero?

—Por el agujero, y a través de la ventana. Estaba fuera, en la callejuela,

junto a un contenedor de basuras. Me miraba fijamente. Y yo me quedé mirándole también. Sentí algo, como un escalofrío recorriéndome la espalda.

—¿Miedo?

—Algo diferente. Una mezcla de asco y miedo. Tenía ese aspecto tan malo... Pálido y huesudo... Parecía como un enfermo de cáncer. Bueno sí, me asustó. Pensé que era un loco. Así que bajé la vista e hice como que leía el periódico. Pero seguí sintiendo su mirada sobre mí. Hasta que volví a alzar los ojos y... Se había ido. Pero no pude quitármelo de la cabeza el resto de la tarde. Había algo en él... Algo familiar...

—¿Le conocía?

—No exactamente —respondió Darby—, pero aquel rostro... Me resultó cercano. Desagradablemente cercano. Era como la caricatura deteriorada de alguien que yo había visto alguna vez. No sabía dónde, ni cuándo. En fin... Después tuve mucho trabajo y supongo que lo olvidé. Pero el jueves volví a verle.

—¿En el restaurante?

El doctor cruzo las piernas. Tomó la pipa de su camisa y se la llevó a la boca, sin encenderla.

—No —respondió Darby—. Esa vez ocurrió en el centro. Yo estaba esperando a mi mujer, que volvía de hacer las compras con unas amigas. A Eva le gusta que vaya a buscarla, aunque para mí es un pequeño fastidio. Nunca hay un buen sitio donde pararse en el centro a esas horas. Recuerdo que ese día había aparcado en una parada de taxis. Sabía que de un momento a otro vendría un taxista a decirme que me quitara de allí. Eso me pone muy nervioso, pero a Eva no le importa. Siempre llega tarde. Bueno, estaba allí aparcado cuando de pronto escuché a alguien dando palmadas en mi maletero. Miré por el retrovisor esperando que fuera un taxista y allí estaba. Detrás del coche. Quieto. Mirándome fijamente. Aquel hombre cadavérico.

—¿Qué hizo?

—¿Que qué hice? Quedarme donde estaba, eso hice. Cerré los seguros. Me quedé allí quieto, mirándole. En esta ocasión estuve seguro de que le conocía, y más aún, estuve seguro de que era por una mala razón. Aquel personaje me inspiraba miedo, un temor irracional...

—¿Por qué no salió a hablar con él?

—Ya lo he dicho; miedo. ¿Le parece una buena razón? Además, él tampoco se movía. Era una situación de tablas, como un reto. Y yo nunca he sido precisamente un valiente. Una vez, en el colegio, un chico me retó a pelearme

y no comparecí. Después me atrapó a la salida. Cuando sus amigos me rodearon, le ofrecí todo mi dinero a cambio de no pelear. Nunca he peleado con nadie. Y no iba a empezar entonces.

—¿Estaba tan seguro de que era una pelea lo que buscaba?

—De alguna forma sí. Lo presentía. Así que arranqué el coche y salí de allí. Di una larga vuelta, pues no quería volver a encontrármelo. Entonces me llamó Eva, hecha un basilisco. Llevaba cinco minutos esperándome, con una docena de bolsas, en plena calle. Corrí a buscarla. Cuando pasé por la parada de taxis el tipo había desaparecido. Allí solo estaban Eva, sus bolsas y su mal humor.

Darby hizo una pausa para llenarse la copa de coñac. Después caminó hasta el diván y le llenó al doctor la suya.

Afuera se había levantado el viento. Se oían las ramas de los árboles susurrar junto a la ventana. Darby miró la pipa del doctor.

—¿Tiene tabaco? —preguntó.

—¿Cigarrillos?

—Lo que sea —dijo Darby—. Nunca he fumado. Me pregunto cómo sabrá. El doctor le miró con extrañeza.

—Quizá quede un habano en la mesa —dijo—. Si quiere, lo puedo buscar.

—Hágame el favor.

Cuando el doctor le hubo encontrado y encendido el puro a Darby, este lo probó. Le dio un par de caladas, tosió y lo posó sobre un cenicero.

—No está mal. No está mal —dijo—. Bueno, ¿dónde estábamos?

—Su mujer se enfadó con usted por llegar tarde.

—Ah, sí... Bueno, Eva tiene mucho carácter. Demasiado. Esa noche, durante el camino de vuelta, no paró de hablar acerca de sus amigas. Se odian entre ellas, pero siguen quedando puntualmente, todas las semanas. Yo iba callado, pensando en aquel tipo. Estaba seguro de que le conocía y de pronto se me ocurrió una idea. La puse en práctica nada más llegar a casa.

»Después de cenar, en cuanto Eva se fue a la cama, me dirigí a nuestro salón y saqué todos mis viejos álbumes de fotografías. Es mi gran hobby. He tenido una cámara desde bien jovencito. En los álbumes tenía registrada toda mi vida, desde niño. Fotografías del colegio, del instituto, de la universidad. Trabajos, viajes, fiestas... Si ese tipo y yo nos habíamos conocido en alguna ocasión, tendría que estar allí por alguna parte.

Comencé por lo más reciente. En realidad, Eva y yo no teníamos muchas fotografías juntos. En cinco años de matrimonio apenas una veintena. Fui revisándolas una a una. Cenas con amigos, viajes. Hasta que llegué al día de

nuestra boda. Allí, en una de las grandes fotografías de grupo que habíamos tomado en los alrededores de la iglesia... Lo encontré.

No era parte del grupo, si no que estaba alejado, un poco más allá, junto a unos columpios, en un parque. Estaba quieto, mirando fijamente hacia la cámara. Con su gabardina negra abotonada hasta el cuello y su rostro, blanco, albino... Tenía exactamente el mismo aspecto que hacía unas horas. Pero yo nunca me habría fijado él. No era —a fin de cuentas— parte de la fotografía. Pero, ¿quién era él? Estuve a punto de despertar a Eva, pero me lo pensé mejor. En realidad, no parecía un invitado... Revisé a fondo el resto de las fotografías de la boda. En la iglesia, con los invitados, en el restaurante, el baile... El viaje de novios... Nada. Solo aparecía allí. ¿Algún conocido? La explicación, en cualquier caso, seguía estando en mi pasado. Así que continué buscando.

Pensé en mi trabajo. Por allí ha pasado mucha gente en los últimos diez años. ¿Un antiguo compañero quizá? Pero yo no recordaba haber invitado a ningún compañero. En realidad, nunca hice demasiadas buenas migas con ninguno.

En cualquier caso, tenía algunas fotografías de empresa. Cenas, despedidas... En un primer vistazo no encontré nada, pero después, yendo una por una, volví a encontrarle. Durante la cena de navidad del año 2001. Allí estaba otra vez.

—Así que lo encontró —dijo el doctor—. Era un compañero de trabajo.

—Ni mucho menos —respondió Darby—. De nuevo, él no era parte de la foto. No estaba sentado en ninguna mesa, sino de pie, medio escondido entre unas cortinas del restaurante. Lejos del relumbrón del flash, pero lo suficientemente claro para distinguir sus ropas, su macabro aspecto de fantasma.

—Dios santo —susurró el doctor sacándose la pipa de la boca.

—Yo no pude gritar si quiera. Mi garganta había decidido enmudecer. Cogí el siguiente álbum. Mis años en la facultad. Fui pasando las páginas envuelto en un terror indescriptible. Allí estaban mis compañeros del colegio mayor, las fiestas, nuestro viaje de estudios a Costa Rica... Bueno, en ese álbum no encontré nada. Al principio. Pero había otras fotografías escondidas en el forro. Siempre se las oculté a Eva por temor a sus celos. Son fotografías de... Una chica.

—¿Un amor de juventud? —preguntó el doctor.

Darby asintió. Bebió de su copa y se quedó pensativo unos segundos.

—Fue mi único amor de juventud —dijo mirando al vacío—. Un amor platónico. Algo que nunca me atreví a confesar. Soñaba con casarme con ella, tener hijos... Algo que no puedo ni imaginar junto a Eva —dijo sonriendo amargamente—. Pero nunca tuve el valor de decírselo. Le sacaba fotos... Y después la adoraba en mis horas de soledad. Jamás me he arrepentido tanto de algo como de callar aquello...

»Y precisamente en la última foto de todas, una que le saqué una tarde de otoño, mientras ella se dirigía a coger el autobús... Allí estaba otra vez... Oculto entre la gente que esperaba en la parada. Con su gabardina abotonada, carcomido por su enfermedad. El espectro...

El doctor abrió los labios para comenzar una palabra. Pero esta murió en su boca antes de cobrar volumen.

—¿Imposible? —preguntó Darby adivinando los pensamientos del doctor—. Lo mismo pensé yo. Solo tenía 22 años cuando saqué aquella foto y aquel hombre aparecía idéntico en todas las fotos. Ahora entendí por qué le conocía... ¡Me había seguido durante toda mi vida! Seguí mirando los álbumes. Lo encontré otras cuatro veces. Cada vez más atrás. En un viaje de estudios del instituto, rodeado de amigos frente a un castillo. Y él estaba allí, en el fondo, inadvertido. Otra en el día del colegio, entre el público que asistía a la maratón... Siempre igual; alejado, casi fuera del plano, oculto entre personas, como un figurante.

—Pero... Por qué...

—Por qué doctor. Esa es la pregunta. Y ahora, después de matarlo, ya solo queda usted. Solo usted puede ayudarme. La policía debe haber encontrado el cadáver. Mis huellas están por todas partes. Mi vida, doctor, está acabada. Pero pase lo que pase, usted debe ayudarme a responder esto: ¿por qué me seguía ese hombre?

El psiquiatra estaba sentado en el borde del diván, con los codos apoyados en sus muslos y las manos cerradas alrededor de su copa de coñac.

—¿Por qué no se lo preguntó a él? —dijo—. Pudo hacerlo antes de matarlo. La pregunta del doctor resonó con frialdad en la habitación.

—Lo hice —respondió Darby—. Pero él se negó a responder. Supongo que estaba loco. Quizá tenga razón y fuera uno de sus pacientes. Nadie que esté en sus cabales se queda callado frente al cañón de una pistola.

—Puede —dijo el doctor—. He tratado con algunos casos extremos. Incluso psicópatas internados. Pero jamás he oído semejante historia. Cuénteme cómo ocurrió todo. ¿Cómo llegó a matarle?

Se oyó una sirena aullando a lo lejos. Darby se quedó callado. Corrió a la ventana y miró a través de los estores. La sirena siguió su curso por la ciudad y pronto se diluyó. Después Darby volvió a sentarse en la mesa y continuó hablando.

—Aquella noche, según descubrí las fotografías, estuve a punto de volverme loco. Quise despertar a Eva, llamar a la policía... Estaba aterrorizado. Pero terminé calmándome, entre otras cosas gracias a mis antidepresivos. Me tomé tres y aun así tardé en dormirme. Después, a la mañana siguiente, reflexioné sobre ello. ¿Contárselo a alguien? ¿Quién iba a creerme? Además, ese hombre nunca me había hecho daño. ¿Por qué habría de hacerlo ahora? Y acto seguido de hacerme esa pregunta, me hice otra: ¿Por qué ahora, después de tantos años, había decidido dejar de ocultarse?

Darby tomó el revólver que había descansado en la mesa. Lo levantó y miró por su agujero. El doctor se irguió un poco.

—Teníamos éste revólver. Eva lo heredó de su padre y lo guardábamos en la casa, con una caja de balas que ni siquiera habíamos abierto jamás. Aquella noche lo saqué del armario, lo cargué y lo metí en mi abrigo. Sabía que el tipo volvería a aparecer antes o después. Así que solo tenía que esperarle.

»Pasaron dos días sin rastro de él. Yo estaba en tensión. Conducía mirando hacia atrás, a las aceras. Estuve a punto de chocar en un par de ocasiones. Después, en el trabajo, sencillamente no podía hacer nada. Uno de mis jefes me abroncó por haberme olvidado de enviarle un informe y yo, por primera vez en mi vida, me levanté y le respondí. Nunca antes me habría atrevido a hacerlo, ¿sabe? Después me arrepentí. Pensé que me despedirían... Ahora ya no me importa.

En fin. Esta misma tarde, por fin ha ocurrido. Según salía del trabajo, nada más poner el pie en la calle, he notado su figura mirándome desde la esquina. Ha sido como un presentimiento. No he necesitado ni siquiera girarme para comprobarlo. Sabía que él estaba allí. Como si pudiera sentirlo. Los nervios se me han puesto de punta. Se me ha cerrado la garganta. Me he palpado el abrigo... Y allí estaba el revólver. «Muy bien. Te haré caminar un poco» he pensado. Y en vez de dirigirme a mi coche, he dado una pequeña vuelta por entre las calles hasta volver a dirigirme al norte. He llegado a la calle Dame, y desde allí al puente O'Connell. Justo en el semáforo me he girado y le he visto, a unos cincuenta metros, entre el gentío. Me seguía. Lo había hecho siempre... Pero ahora era el cazador cazado. Yo era quien iba a por él.

He cruzado el puente de O'Connell y después he doblado hacia el este, en

dirección a los muelles. Cada vez me iba poniendo más nervioso. Pensando en lo que haría y diría. Le apuntaría con el arma y le obligaría a explicármelo todo. Si él me atacaba podría dispararle en la rodilla, no hacía falta matarlo. Pero ¿y si le dejaba parálítico? ¡El se lo habría buscado! Podría explicárselo a la policía. Había sido todo en defensa propia.

Después de la Custom House y la Bolsa, y a la altura del siguiente puente he girado hacia el norte. Por esa zona hay muchas casas en construcción y hangares abandonados. He pensado que lo mejor sería arrinconarle en algún lugar. Al final he encontrado lo que iba buscando; la entrada a una especie de garaje de camiones que estaba vacío. Solo había un par de gaviotas peleándose por una bolsa de basura. He entrado. Había una pequeña garita abandonada, con los cristales rotos. La he rodeado. Allí no había nada más que un muro y un montón de chatarra. Un callejón sin salida. Para mí y para él. He sacado el revólver del abrigo y me he quedado quieto, esperando.

He oído sus pasos sobre la gravilla y los trozos de cristales rotos. Se acercaba lentamente, como si pudiera olerme. Le he quitado el seguro al revólver y lo he apuntado hacia delante, y entonces los pasos han parado, como si me hubiera oído. Por un momento he deseado que se largara, pero después me he dicho a mí mismo que NO. Sencillamente, no quería dejarlo ir. En mi vida había estado tan sediento de una pelea.

Así que he salido de mi escondite. Y allí estaba él, quieto, en silencio, en medio de la carretera. Con su gabardina negra. Mirándome.

Las gaviotas han salido volando. Nos hemos quedado solos, uno frente al otro, como en un *Western*. Incluso soplaban algo de viento y la basura ha comenzado a rodar.

«¿Quién eres?» le he gritado «¿Qué quieres?» Pero él no ha abierto la boca. Se lo juro. Le he vuelto a gritar, cada vez más fuerte: «¡Háblame, cabrón! ¿Por qué me has seguido todo este tiempo? Habla o te mato». Pero no se inmutaba. Yo le he gritado hasta llenarme la barbilla de saliva. Reconozco que estaba furioso, casi histérico. Le amenazaba con disparar si no hablaba. Se lo he dicho tres veces. Habla o disparo. Habla o disparo. Y después —no sé cómo ha ocurrido— he oído la explosión. La pistola se me ha revuelto en las manos. Y cuando el humo se ha disipado le he visto, doblado sobre sí mismo, con las manos llenas de sangre. Seguía en silencio, sin abrir la boca, mirándome con esa expresión apática

—¿Y qué ha hecho?

—Nada. Nada... Solo le he visto morir. Se ha caído al suelo. Ha tosido

sangre. Su cara se ha llenado de minúsculas gotitas rojas, como si tuviese varicela. Y después... Nada más. Se ha quedado en silencio.

»Me he dado prisa. No había nadie por allí, pero el disparo había sonado como un trueno. Me he agachado sobre él, le he registrado... He encontrado su cartera y dentro, únicamente, esta tarjeta de visita. No llevaba nada en los bolsillos. Ni una moneda. No tenía cadenas, anillos, pulseras. Solo su tarjeta, doctor. Solo... Así que vine a verle directamente. Ir a la policía no me hubiera servido de mucho. Supongo que es cuestión de tiempo que me detengan. Pero antes, usted debe ayudarme. ¿Lo hará?

El doctor se había puesto en pie durante la narración. Ahora estaba apoyado en uno de sus anaqueles llenos de libros, mirando a Darby en silencio, con una mano sujetando su pipa y la otra apoyándose en el mueble.

—Claro que lo haré, Darby, le ayudaré —dijo—. Hizo bien viniendo. Creo... Creo que definitivamente recuerdo a ese hombre. Me vino a la cabeza mientras usted hablaba...

El doctor se giró hacia el anaquel y buscó algo allí. Lo encontró; una carpeta de cartón rosado. Después volvió la vista a Darby, y se quedó quieto.

Darby le apuntaba con el revólver.

—¿Qué hace? —preguntó calmadamente.

—¿Cómo sabía mi nombre?

La voz de Darby sonaba temblorosa otra vez.

—¿Su nombre... Yo...?

—«Claro que lo haré, Darby, le ayudaré»... ¡Tuve cuidado en no decírselo, doctor!

El hombre, con las palmas extendidas hacia delante, miraba fijamente al cañón de la pistola.

—Me lo dijo. Estoy seguro. Lo sé.

—Y yo estoy seguro de que no. Ahora vamos a entendernos o le descerrajo un tiro y acabo con todo esto.

Se hizo un breve silencio entre ambos hombres.

—De acuerdo —terminó diciendo el doctor—. Usted gana. Sí, es cierto. Le conozco.

—¡Ajá! —exclamó Darby—. Esto ya empieza a gustarme más. Y déjeme adivinar. También conoce al hombre de la gabardina, ¿no es cierto?

El doctor asintió.

—Así es. Yo le envié.

—¡Lo que me suponía! ¡Tenía razón desde el principio! Estaban ustedes

compinchados. Y ahora, si no le importa, me lo explicará todo. Después llamaremos a la policía. Pero si no habla, será usted el segundo en recibir una bala de este revólver hoy.

—No hará falta —dijo el doctor—. Le diré cuanto desea saber. De hecho, se lo mostraré. Está aquí todo.

Extendió su mano, con la carpeta de cartón. Darby apretó fuertemente el arma, dispuesto a disparar, pero el doctor se limitó a lanzar la carpeta al suelo y chutarla. La carpeta se deslizó por el suelo, hasta los pies a Darby.

—Ahí lo tiene. Todo está en esa carpeta.

Darby miró la carpeta. Había unas letras impresas en la tapa. «John Darby». Su nombre, sus apellidos y su fecha de nacimiento.

—¿Qué... Demonios?

Sin dejar de apuntar al anciano, se agachó a recogerla del suelo y la apoyó sobre la mesa.

—¿Qué hay aquí?

—Ábrala —respondió el doctor—. Ahí encontrará sus respuestas, Darby.

Darby miró la carpeta con recelo.

—Como sea una trampa... Será su último truco.

Sin dejar de apuntar al doctor con la pistola, separó las gomas que unían las tapas y la abrió. Estaba... ¿Vacía? No... Había algo allí. Un pequeño trozo de papel medio oculto en una esquina. Era un pequeño cuadrado de papel de periódico con algo impreso sobre él. Un anuncio.

—¿Qué es esto?

—Pensaba que lo reconocería. ¿No le suena?

Darby lo miró otra vez, y entonces experimentó un fogonazo en la memoria. Fue como si una puerta se abriese en su cabeza. Vio aquel anuncio encuadrado en la página de un periódico...

—Es... El trozo de periódico recortado... El trozo que le faltaba a mi periódico... En el Odessa. Pero ¿por qué? ¿Qué... Hace esto aquí?

El doctor sonrió suavemente, con las manos aún en alto.

—Vamos... ¿Por qué no lo lee? Estoy seguro de que le ayudará a entenderlo todo.

Darby dudó un poco, pero aquello era tan increíble que se agachó a leerlo. Mantenía el arma en alto, pero ya no apuntaba al doctor. Aunque este no hizo ningún ademán de moverse.

Tras leer el anuncio, Darby se quedó en silencio. Se llevó una mano a la cabeza y comenzó a rascarse. Otro de esos fogonazos ocurrió en la memoria.

Había visto una imagen clara de sí mismo, sentado en el Odessa, leyendo el periódico en el que no había recortes, pero sí aquel anuncio.

—Yo respondí al anuncio —dijo titubeando.

—En efecto —respondió el doctor— ¿No recuerda nada más? Esa misma tarde, usted vino por aquí.

Darby recordó la aldaba de oro con forma de dragón. Una bonita enfermera al otro lado de la puerta. El doctor, el anciano doctor, sentado en su despacho y la luz del día entrando por las ventanas. Le invitó a tumbarse en el diván. Era todo como un sueño.

—Hablamos durante mucho tiempo... Una eternidad.

—Así es —dijo el doctor acercándose a él— Usted necesitaba ayuda. ¿Lo recuerda ahora?

—Sí... Yo... Yo le conté muchas cosas.

Recordó haberle hablado de su vida, de sus problemas. Le habló de su juventud... De cómo nunca consiguió hacerse un hueco en ningún sitio. Su falta de amistades. Su mala suerte con las chicas. Y en la universidad, aquel gran trauma. La chica de la que se enamoró y a la que nunca se atrevió a declararse.

—Sí, Darby, me lo contó todo —dijo el doctor acercándose a él y tomándole por el hombro.

— ¿Por qué no deja el revólver a un lado? Ya ha habido suficiente agresividad por hoy. Venga aquí, tumbese en el diván. Usted me dijo que le encantaba.

—¿Se lo dije?

—Me preguntó incluso dónde lo había comprado. Quería uno igual.

Dejó el revólver sobre la mesa y siguió al doctor hasta el diván. Era cómodo de veras.

—¿Qué más le dije?

—Después de la universidad, me habló de su trabajo. Los mismos problemas. Falta de decisión, poca autoestima, evitando confrontaciones... Todo eso le convirtió en un esclavo a merced de sus compañeros. Y lo mismo ocurrió con Eva... Una mujer autoritaria a la que nunca se atrevió a decir que no.

—Dios mío —murmuró Darby—, es cierto.

—Pero hoy hemos dado un gran paso, amigo mío. Hoy tenemos un motivo para estar satisfechos. ¿Recuerda aquella pequeña explicación que le di antes de comenzar? Era sobre la terapia M.A.D... ¿Le suenan esas siglas?

—Algo. Esa es la terapia experimental de la que habla en el anuncio.

El doctor asintió con la cabeza. Se había sentado junto a Darby y tenía el pequeño recorte entre los dedos. Lo leyó.

«¿*AUTOESTIMA BAJA?* ¿*COMPLEJOS?* ¿*FALTA DE CONFIANZA?*»

Se buscan voluntarios para terapia experimental por hipnosis (M.A.D). Científico de renombre internacional. Resultados inmediatos. Llame hoy mismo al teléfono...»

—M.A.D. Materialización, Aceleración, Desenlace. Algunos ya la proclaman como el futuro de la psiquiatría.

—¿Cómo hicieron lo del papel? —preguntó Darby—. ¿Lo de recortarlo?

El doctor se rio.

—En realidad solo lo recortamos de su memoria. Decidí escenificarlo todo desde el instante en que usted decidió llamarme. De ahí el poético efecto del recorte de periódico, y nuestro monstruo apareciendo a través de él.

—¿Quiere decir que esto no es... Real?

—Oh... Claro que no. Usted se halla bajo el efecto de mi hipnosis... Y de ciertas drogas también, hay que decirlo. Tiene ahora mismo una corona de electrodos y sensores rodeándole el cráneo. Y aquí, en esta misma habitación, hay ahora mismo ocho personas, atestiguando y documentando el experimento, que por cierto ha culminado exitosamente.

Ese hombre de aspecto enfermizo y con gabardina negra que le ha estado siguiendo es solo una creación. Una horrible y atemorizante suma de todos sus traumas y complejos infantiles. Complejos y traumas que le han acompañado durante toda su vida, como bien pudo usted comprobar en su pequeño ejercicio de regresión con los álbumes de fotografías. Su creación es lo que llamamos la «Materialización», un proceso que es subliminal y muy complicado para explicarlo. Baste decir que, en lo que a su subconsciente se refiere, hemos puesto todo lo malo en un solo punto.

A continuación, procedimos a «Acelerar» la presencia de ese «monstruo». En su sueño hipnótico, usted comienza a verle y experimenta terror. No es para menos... Él incluye todos los miedos irracionales, todas sus fobias e inseguridades. Tenemos gran cuidado de separarlo del otro miedo, el natural y más sano; su instinto de supervivencia.

La aceleración incluye un bombardeo de mensajes agresivos en el que tratamos de exaltar su Tanatos, su instinto destructor. Esto es necesario para sobreponerse al terror. Durante el experimento sus glándulas han generado tanta adrenalina como en un salto a 5.000 metros. Y eso ha provocado que lentamente, en su sueño, haya tomado la iniciativa. El revólver, la

persecución... Hasta el «Desenlace», el asesinato, imaginario completamente, de sus problemas. Y esto es todo cuanto ha ocurrido. Su vida no está acabada. La policía no vendrá a por usted porque no hay cadáver alguno. Esta es la explicación final que procuramos dar para no dejar rastros de culpabilidad o de confusión en el experimento. Queremos que usted salga de la hipnosis «absuelto» y sin ninguna culpa. ¿Responde esto a todas sus preguntas?

Darby reposó la cabeza en el cómodo diván y se sintió súbitamente feliz. Era como despertarse de una horrible pesadilla... Incluso mejor, porque ahora sentía que la realidad en la que se despertaba era mejor, mucho mejor.

—¿Qué ocurrirá ahora?

—Le despertaremos. Tardará un poco en volver completamente, pero lo hará. Créame, está usted en buenas manos.

—Me refiero a después. Con mi vida.

—Oh... Eso es lo que está por ver. Supongo que usted comenzará a ver con más claridad, sin el velo del miedo tapándole los ojos. Y tomará algunas decisiones. No tardará mucho en hacerlo, se lo digo por la experiencia de los otros voluntarios.

—Dejaré a Eva. Y el trabajo —dijo Darby. Y al decirlo, sintió como una chispa en el estómago. Una chispa de auténtica felicidad—. Y viajaré. Siempre he querido viajar.

—Eso es estupendo.

—Soy muy feliz, doctor.

—No sabe lo feliz que me hace oírlo. Pero Darby... Ya se hace tarde. Tenemos que proceder a traerlo de vuelta de su sueño. ¿Tiene todavía esa tarjeta que extrajo de la cartera del espectro?

Darby rebuscó en su americana y allí estaba el cartoncito.

—Es un mero truco psicológico —explicó el doctor—. Como un rastro. Un hilo de cuerda para no perderse en el laberinto. Ahora debe usted romperlo. Y al hacerlo, se despertará. ¿Preparado? Contemos hasta tres.

Darby tomó la tarjeta entre sus dos manos y se preparó para rasgarla.

—Una... Dos...

—Espere —dijo de pronto Darby, interrumpiendo al doctor.

—¿Sí?

—¿Recordaré algo de todo esto cuando me despierte?

—Nada —respondió el doctor.

—Entonces recuérdeme una cosa cuando esté de vuelta, doctor.

—Lo que usted quiera Darby.

—Recuérdeme buscar a aquella chica de la universidad. Plantarme en su casa, allí donde viva, con un ramo de flores y decirle que nunca le he dejado de amar, que siempre he soñado con ella, en lo más profundo de mi corazón. Si hago eso, es que estoy curado de verdad.

—Eso está hecho, amigo. Se lo recordaré ¿Listo para seguir?

—Ahora sí, doctor. Gracias.

—Muy bien... Pues allá vamos, Darby. Cuente conmigo: Uno... Dos... y... ¡Tres!

Darby rasgó la tarjeta y soltó una gran carcajada de felicidad.

La Isla de los Cien Ojos

La tormenta lo trajo. Lo arrancó de donde nunca debió salir y lo dejó varado en nuestras playas.

Ocurrió durante una terrible noche de viento y lluvia como no habíamos vivido en años. Los rayos partieron dos árboles en Santry Hill y las olas embistieron el puerto con tal fuerza que destruyeron un par de chalupas.

La tarde anterior, mientras oíamos los primeros y furiosos embistes del ciclón contra las ventanas del Bohar's Head, el viejo Gallagher dijo que aquello era «viento del sur». Afirmó que debía ser la punta del algún tortuoso huracán procedente de Méjico. Dijo que pasaba uno cada cincuenta años y que él recordaba uno de cuando era niño. «Se llevó varios tejados y una vaca del establo de Doyle» recordó «A Dios gracias que solo fue eso».

Gallagher siguió profetizando más desgracias y aconsejó a los hombres que metieran a su familia bajo la cama aquella noche. Dijo que tenía un «muy mal palpito» con aquel viento silbante y cálido, «que algo muy malo estaba a punto de ocurrir». Yo hubiera alzado mi voz para serenar los ánimos y explicar lo improbable que era que un ciclón caribeño llegase siquiera a rozar la costa de Irlanda, pero me contuve. ¿De qué hubiera servido iniciar una discusión? Todos los datos científicos que yo pudiera aportar sonarían, a oídos de aquellos lugareños, igual de mágicos que las palabras de Gallagher, de modo que al final todo se reducía a una cuestión de crédito. ¿Y quién era yo al lado del viejo Gallagher? Solo un médico recién llegado de la ciudad, que además era protestante, y que muchos opinaban que tenía rostro de niño (por mucho que yo quisiera aderezarlo con un varonil bigote).

Con todo, la noche fue terrible, digna de una profecía como la de Gallagher. Jamás he oído el viento golpear de aquella manera, como un ejército de fantasmas aullantes que hubiese desembarcado en la tierra. Las furiosas ráfagas recorrían la calle moviendo letreros, agitando los árboles y derribando tiestos. Cualquier cosa que estuviera levemente mal atada, clavada o pegada aquella noche debió salir volando.

Pasé casi toda la noche en vela, asustado por los rayos y los golpes que el viento daba contra mis ventanas. Supuse que la campana de mi consulta no tardaría en sonar para requerirme en algún sitio, pero curiosamente, aquella noche nadie necesitó de mi ayuda. Imaginé (no sin una malvada sonrisa en los labios) que los habitantes de Dowan estarían bajo sus camas rezando al Todopoderoso mientras que el viejo Gallagher dormía su borrachera sin

enterarse de un pito.

Al día siguiente amaneció claro y tranquilo, como si nunca hubiera existido la tormenta. Kate, una muchacha pecosa y habladora que servía en mi casa, fue la primera en darme algunas noticias cuando llegó aquella mañana. Me dijo que había visto algunos árboles humeando en Santry Hill y que en el puerto había habido varios destrozos.

—El barco de Donovan apareció medio hundido. Al parecer uno de los botes debió golpearle el casco y abrirle un buen boquete. Y han desaparecido un par de barcas. Y se inundó la tienda de Nolan y se ha echado a perder muchísimo género. Y...

La chica estaba tan excitada haciendo inventario de las desgracias que ni siquiera se retiró para dejarme desayunar a solas. No me importó. Al fin y al cabo, en Dublín solía leer el periódico mientras desayunaba, y en Dowan, a falta de periódico, estaba bien tener a Kate.

Después del desayuno me dirigí a la consulta y lo dispuse todo para comenzar la jornada. En el mismo instante que terminé de ordenar mi escritorio sonó la primera campana de la mañana.

Oí a Kate correr a abrir y escuché cómo se desarrollaba una conversación en el vestíbulo. Después apareció otra vez, con gesto de extrañeza en el rostro.

—Es John Mulvaney —anunció—. Trae un caballo para usted. Dice que ha ocurrido algo en Sandyford.

—Hágale pasar —le dije.

John Mulvaney era un chico de doce años que servía en la mansión de Sandyford, a unas diez millas de Dowan. Su padre era el zapatero del pueblo. Me había pagado con un exquisito par de botines de cuero por un remedio para las jaquecas de su mujer.

Kate acompañó al muchacho hasta la consulta, que con gesto tímido se quitó la gorra y se aclaró la garganta para hablar. Dijo que traía recado del señor Coverdale de llevarme con él a Sandyrock.

—¿Algún accidente? —pregunté.

Él negó con la cabeza.

—¿Algún enfermo entonces?

El muchacho enrojeció y volvió a ladear la cabeza.

—¡John Mulvaney! —le recriminó Kate—. ¿Puedes hacer el favor de hablar por esa boca? ¿Qué es lo que ocurre? El doctor no tiene tiempo para perder.

—Es algo que ha aparecido en la playa —respondió el chico, ya completamente ruborizado—, ... El señor... Quiere que lo vea usted.

—¿Que algo ha aparecido...?

—Sí, señor, un bote. Lo trajo la tormenta.

—¿Y para que me necesita allí? Seguramente será uno de los que han desaparecido del puerto esta noche.

—No lo creo, señor —dijo John—. Verá... Es mejor que venga y lo vea usted.

Me quedé en silencio mirando a John. Estaba como asustado, sumido en un inconfesable secreto, y decidí no hacerle más preguntas. El señor Coverdale era un hacendado inglés dueño de prácticamente toda la isla. Habíamos charlado en cierta ocasión, meses atrás, durante una revisión médica que me pagó generosamente. No me pareció un hombre tendente a la exageración ni a las bromas. Así que decidí que aquel misterio debía tener cierto fundamento.

Apuré mi té y le pedí a Kate mi gabán. Tras preparar un maletín con equipo básico, salí con John a la calle, donde nos esperaban dos magníficos caballos.

Tomamos el camino de Santry Hill, la colina más alta de las tres que rodeaban el poblado de Dowan. Al llegar allí vimos los dos árboles que los rayos habían partido e incendiado esa noche. Aún humeaban. Desde allí se tenía una buena vista del pueblo. En el puerto, tal y como había dicho Kate, uno de los dos barcos pesqueros estaba escorado. Una cuadrilla de hombres se esforzaba por enderezarlo mientras otros achicaban el agua. Pensé que aquello costaría una verdadera fortuna a la economía local.

Cabalgamos por el camino que bordeaba los acantilados de Ben Guillian (llamados así en honor a un antiguo fantasma local que debió suicidarse allí) y llegamos a la «roca del águila» desde donde se divisaba la mansión de Sandyrock.

El cielo estaba claro, sin una brizna de viento, y el mar estaba radiante. En contraste con el azul, relucía la blanca fachada de la mansión, una elegante casa señorial de tres plantas rodeada de una brillante extensión de hierba y pequeños jardines. La casa estaba construida sobre un saliente bajo el cual las olas se batían en espumosos ataques contra la roca negra. A cien yardas de ella, rendida a la fuerza de la naturaleza, se abría una cala de arena blanca. Sobre ella avisté un grupo de personas rodeando un negro objeto que yacía varado junto a la orilla.

Arreé mi caballo.

Edward Coverdale tenía porte de artista más que de aristócrata. Tendría unos cuarenta años, o quizás más, pero su rostro parecía resistir los efectos de la edad. Vestía de una forma un tanto bohemia —botines negros, pantalones

estrechos y una amplia camisa blanca que se hinchaba como una vela al viento —, y llevaba el pelo largo, recogido en una coleta. Era el suyo un aspecto más apropiado para un actor del *west end* londinense que para un distinguido terrateniente irlandés, cosa que al parecer (según sabía por los chismes de Kate) también irritaba a su parentela, que lo habría enviado a administrar aquella remota hacienda para alejarlo de los «círculos» dublinese.

También sabía que en el pueblo no le profesaban mucha simpatía. No debía de ser un terrateniente demasiado fiero, —le bastaba con cobrar las rentas aunque llegasen con cierto retraso— pero sus dedicaciones artísticas (como la pintura o la literatura) y cierta afición por el estudio de los vestigios celtas de Dowan habían ayudado a granjearle una fama oscura entre los supersticiosos parroquianos. Además, no faltaban las leyendas sobre pactos con el diablo y brujería que los contadores de historias locales (encabezados por Gallagher) se habían encargado de inventar aprovechando sus poco habituales aficiones.

—Temo haberle molestado en una mañana especialmente agitada —me saludó nada más desmontar—. ¿Cómo ha despertado el pueblo? ¿Ha habido muchos destrozos?

—Uno de los pesqueros resultó dañado —respondí—, por lo demás todo parecen cosas menores. Tejas rotas y algún negocio inundado. Sobreviviremos. ¿Y que hay de usted?

—El viento casi se lleva uno de los establos esta noche. También me rompió un par de ventanas. Y también trajo eso —dijo señalando a un bote que yacía varado a unas diez yardas de nosotros—. Uno de los mozos lo encontró ésta mañana —continuó diciendo—. La tormenta debió arrastrarlo hasta aquí desde alta mar. Y por lo que encontramos en su interior, supongo que llevaba vagando a la deriva bastante tiempo. ¿Quiere echarle un vistazo?

—Por supuesto —respondí.

Coverdale sacó entonces un *foulard* blanco que llevaba en una de sus mangas y me lo ofreció.

—Será mejor que se tape la nariz y la boca.

Extrañado, pero sin hacer preguntas, tomé el pañuelo y arrancamos a caminar hacia el bote. Mientras lo hacíamos me percaté del sepulcral silencio que nos rodeaba. Había allí un par de mozos además de John y todos permanecían en silencio, guardando una buena distancia respecto del bote.

A medida que nos acercábamos comencé a percibir un fuerte olor a descomposición que fue haciéndose más fuerte a cada paso que dábamos. Tomé el pañuelo de Coverdale y me lo coloqué a modo de máscara,

debatíendome entre la curiosidad y el temor sobre el origen de semejante fetidez.

El bote yacía varado, hundido en la arena que brillaba como un espejo. Una capa de costra se extendía por su casco, salpicado de grietas y suciedad. Lo primero que mis ojos distinguieron, aún en la distancia, fue una capa de algas oscuras que cubrían prácticamente todo el interior de la lancha. Sobre ella se arremolinaba un enjambre de moscas enloquecidas. Pero había algo más allí, una forma acurrucada debajo de aquella carpa amarillenta y resquebrajada... No tardé en verlo. Y el espanto hizo que retrocediera inconscientemente.

Debajo de la carpa, enredado entre aquellas algas putrefactas asomaba el horrible cadáver de un hombre. Era un muñeco atroz. Como una marioneta hecha de tela de saco. No tenía ojos, tan solo dos cuencas vacías. Su boca, por la que entraban y salían aquellas laboriosas moscas en busca de alimento, era como una negra caverna sin fondo. El resto de su cuerpo, medio cubierto de harapos desgarrados por el sol y el salitre, mostraba una piel cauterizada, reseca y dura como jamás había visto en ningún otro cadáver antes (ni siquiera en mis prácticas de la universidad donde a veces los traficantes de cuerpos traían desechos de la peor clase).

Aquella visión y el hedor que emanaba me marearon levemente. Noté que mi sangre abandonaba las arterias de mi cuello, de mi cerebro, y se retiraba en dirección al estómago. Me costó mantenerme firme. Cerré los ojos y dejé que la brisa del mar me soplase en el rostro durante unos segundos. Después volví en mí.

—Bonita visión ¿eh, doctor? —bromeó Coverdale a mi lado.

—Es dantesco —acerté a decir—. Jamás había visto un cadáver en semejante estado.

—¿Cuánto calcula usted que llevará muerto?

—A primera vista diría que murió hace más de doce meses, pero es difícil decirlo con certeza. Será mejor que le eche un vistazo.

Abrí mi maletín, me coloqué un par de guantes de caucho y unos anteojos. Después me bañé el bigote con un poco de alcohol de romero para amortiguar el olor y hecho esto rodeé el bote para tener mejor acceso al cuerpo. Tomé un pequeño escalpelo y me acerqué a su tórax. La piel, obscurecida, se había desecado completamente adosándose al esqueleto. Una pequeña incisión bastó para comprobar que no había signos de putrefacción. La piel era como una capa de cuero correoso y el interior de aquel cuerpo estaba hueco como una nuez podrida.

—El cadáver presenta todos los signos de un proceso de momificación. Tiene la piel cauterizada y los órganos internos se han desvanecido. Por lo demás no presenta fracturas ni heridas graves, tan solo pequeñas lesiones *post mortem*, probablemente producto de picaduras de aves e insectos. Diría que murió de sed o de inanición, hace más de doce meses. Probablemente se extravió en alta mar. O fue víctima de un naufragio. Lo que está claro es que esta sería la lancha de salvamento de un buque mayor.

—Del Fiorod —dijo Coverdale.

—¿Disculpe?

—Ese es el nombre del barco. Fiorod. Mírelo, ahí en la proa —dijo señalando la embarcación.

Efectivamente, allí aún se podían distinguir las seis letras que formaban la palabra FIOROD.

—Parece un nombre escandinavo —reflexionó Coverdale—. Sueco o noruego, tal vez. ¿Le suena haberlo leído en la prensa?

La prensa de aquellos días solía dar relieve a los naufragios. Era un tema de atractiva morbosidad tras el desastre del Titanic, acaecido apenas ocho años atrás. Pero no recordaba haber oído el nombre del Fiorod recientemente. En cambio, recordé el caso del Criterion, un carguero belga hundido en las aguas del Caribe, que había copado algunas planas editoriales meses atrás.

—Aunque no necesariamente debe ser la víctima de un naufragio —añadí —, pues también puede que se tratara de un polizón huido. Ya se han oído casos parecidos antes. Un desgraciado se cuela en un carguero en busca de alimento y transporte gratis. Sus pequeños robos y sus restos son detectados por la tripulación y comienza un rastreo por la nave, lo que le empuja a robar una barca y hacerse a la mar. El resto es bien sabido. Son pocas las posibilidades de sobrevivir en esa inmensidad de agua salada, bajo ese sol impenitente... Aunque claro que esto es solo una teoría. Lo mejor será ponerse en contacto con las autoridades y dejar que ellas esclarezcan el misterio.

—Tengo amigos en la comandancia naval de Belfast —dijo Coverdale—. Mañana mismo les pondré un telegrama. ¿Qué cree que deberíamos hacer con el cuerpo mientras tanto?

—Lo mejor sería conservarlo. Quizá terminemos dando con su familia y es de esperar que deseen recuperar sus restos. Por higiene sugeriría enterrarlo temporalmente en alguna parte. En cuanto al bote, creo que podría ser una prueba de valor si es que finalmente nos encontramos ante un naufragio. ¿Tendrá sitio para ambas cosas?

—Creo que podré hacer un sitio en el viejo cementerio familiar —respondió Coverdale—. En cuanto al bote, supongo que el mejor lugar son los establos... ¿Cree que puede traer alguna enfermedad? Los mozos no se atreven a acercarse por el olor. Dicen que tiene la peste.

—No debe preocuparse por eso —dije—. En su estado, es ya como un esqueleto. Todo se ha descompuesto.

—Pero ¿y el olor? —preguntó Coverdale.

—Creo que procede de estas algas —dije tomando un manojito de aquella desagradable vegetación que lo cubría todo—. Debieron abordar el bote en alguna tormenta y se habrán ido pudriendo con el tiempo.

—De acuerdo entonces —llamó Coverdale—. ¡Duncan! Ve a la casa y trae dos palas. Dile a la señora Davis que te de una sábana grande o una bandera ¡John! ¡Bill! Acercaos.

John y Bill, ambos muchachos de no más de quince años, dudaron unos segundos en acatar aquella orden.

—¡Vamos! El doctor ha dicho que no hay nada que temer —les arengó Coverdale

Los muchachos se acercaron con el miedo dibujado en el rostro. Coverdale les ordenó que volcaran el bote y así lo hicieron. La cáscara de nuez quedó boca abajo. Los mozos volvieron a coger las bordas y, a la de tres, empujaron hacía arriba haciendo rodar el bote otra vez sobre la arena hasta que recobró su posición original.

Justo al lado, rodeado por la silueta elipsoidal de la borda impresa en la arena, yacía el esqueleto de aquel desgraciado, cubierto de aquellas negras algas. Uno de sus brazos se había desprendido por efecto de la caída y su pierna había adoptado una flexión imposible.

Duncan llegaba en ese instante portando las dos palas y una gran sábana blanca. Los mozos trabajaron con el asco dibujado en el rostro. Utilizaron sus palas a ciegas, empujando arena, algas y huesos por doquier, hasta que la playa quedó limpia de aquellos restos. Después envolvieron el conglomerado, le hicieron dos nudos en los extremos y lo portaron, como una gigantesca larva, colina arriba, hasta el cementerio familiar, donde Coverdale les ordenó que cavaran una tumba en el terreno de los «honrados», que era como llamaban al cementerio de la servidumbre.

En esos instantes estaba yo junto al bote, cuya superficie estaba ahora limpia, y mis ojos quisieron ir a fijarse en una especie de repetitivo dibujo que aparecía tallado en uno de los bancos. Cuando me acerqué descubrí que el

dibujo se extendía por todo lo largo de aquella madera y que eran en realidad letras, cientos de ellas, talladas en la superficie del banco.

El corazón me dio un brinco en el pecho.

—¡Coverdale! —grité—. ¡Venga, mire esto!

Cuando llegó a mi lado yo estaba ya de rodillas junto al bote, limpiando la arena que cubría la talla.

—Dios Santo —exclamó Coverdale al ver aquello—. Son palabras, ¡cientos de ellas!

—Y no solo en este banco, observe... El resto de los bancos. Todos están llenos de palabras.

Era una visión impresionante y dramática al mismo tiempo. Las letras habían sido talladas con esmero, tratando de mantener una caligrafía moderada, aunque había debido de resultar claramente difícil. Había palabras y frases el doble de grandes que otras. Debía tratarse de un diario de a bordo, o quizá de los últimos pensamientos de un hombre perdido en la soledad de la mar.

—¿Reconoce el idioma? —preguntó Coverdale.

—Es alemán —respondí casi sin aliento por la emoción—. Estoy casi seguro. Aprendí algo en mi época de estudiante.

—¿Cree que podría traducirlo?

—Podría intentarlo —dije sin separar la vista de aquellas palabras—. Aunque necesitaré un diccionario, y bastante tiempo.

Coverdale dijo estar seguro de que poseía uno en la biblioteca de la casa.

—¡Qué misterio encerrarán esas palabras! —dijo con excitación—. Quizá expliquen lo ocurrido en el barco. O desvelen un misterio aún mayor. ¡Como un tesoro!

—O quizá —opiné con menos ambición—. Tan solo sea un diario de viaje. El único entretenimiento de un hombre perdido en la mar.

Coverdale estaba tan emocionado con aquello que sugirió empezar a trabajar en la traducción lo antes posible. Dijo que podría instalar el bote en uno de sus establos vacíos y que yo podría ir a trabajar cuando quisiera. O mejor, ¿tenía yo algún espacio en el pueblo para almacenarlo? Así podría dedicarle cada minuto de mi tiempo, sin necesidad de cabalgar hasta Sandyrock.

Recordé entonces un viejo e inútil cobertizo que había en mi jardín trasero y le propuse trasladar el bote allí.

—Podré trabajar por la noche, después de las consultas. Y probablemente

tengamos resultados en breve.

Coverdale estuvo de acuerdo. Estaba tan excitado por el descubrimiento que hubiese hecho construir un establo para ello si hiciese falta. Supongo que su carácter imaginativo y curioso encontraba en aquel misterio una fuente de diversión inigualable.

Dos jóvenes sirvientas aparecieron en la playa al cabo de veinte minutos, portando cubos de agua con sal hirviendo. Fregaron el bote de arriba a abajo. Cuando terminaron, Coverdale llamó a Duncan y a John y les ordenó montar el bote en un carro y llevarlo a Dowan. Y le prometí que le avisaría en cuanto hubiera desvelado el contenido de aquel texto.

—Será el primero en saber de qué se trata —le dije.

*

De vuelta a Dowan, guie a los mozos por el camino trasero de High Street hasta la entrada trasera de mi casa, que se hacía por el cobertizo. Una vez descargado e instalado dentro, di una propina a los muchachos y les dejé marchar.

No pude dedicarle mucha atención durante el día ya que tenía una cola de personas esperando en la consulta. La señora Houllihan venía a por su preparado para el asma y de paso a contarme sus mil y una preocupaciones, casi siempre centradas en la afición de su marido por la cerveza. Después pasó McCarthy, el hijo del herrero, a quien había practicado una operación de apendicitis tres semanas antes. Le revisé la herida, que tenía mejor aspecto, y volví a desinfectársela. Después le rehíce la cura y le dejé marchar. Las otras tres visitas eran cosas menores. Las despaché enseguida y después me senté a almorzar una rica sopa de pescado que Kate me había dejado caliente sobre el fuego.

Mientras degustaba mi *chowder*, pensaba en ese bote que ahora descansaba en mi cobertizo. Una mezcla de emoción y miedo me recorría las venas recordando el rostro vacío de ese muerto... Y la narración que había dejado tallada en su bote de náufrago.

¿Quién sería ese hombre? ¿Dónde estaría el barco en el que viajaba? ¿Qué les sucedió a sus compañeros? Quizá fuese un polizón que huyó antes de ser descubierto, un criminal. Quizá en ese testamento tallado en madera dejó escrita la localización de algún tesoro. En cualquier caso, estaba claro que aquel era el bote de salvamento de un barco, el Fiorod, y que esa era una primera pista que había que investigar.

Nada más terminar el almuerzo subí al desván y me puse a rebuscar entre la

multitud de baúles que había hecho traer desde Dublín. Tardé un poco en dar con lo que buscaba: un juego de tres horribles candelabros que mi tía Meredith me había regalado por mi vigesimoprimer cumpleaños y que jamás había estrenado. Bien, ese día era perfecto para hacerlo. Tomé también una caja de velas y bajé a mi estudio. Allí me aprovisioné de dos plumas, dos tinteros, una lupa y un fajo de pliegos de papel nuevos. Con todo este cargamento bajé haciendo malabarismos hasta la planta principal y, desde allí, crucé el jardín y me dirigí al cobertizo.

Comencé organizando un poco el espacio. El bote ocupaba ahora prácticamente la mitad, y la otra mitad era una confusión de herramientas de jardinería, viejas maletas, telarañas y cilindros de turba para la chimenea. Aparté un poco todo aquel desorden y logré abrir un pequeño camino junto al bote. Después, calcé el casco de la embarcación con unos tacos de madera y trozos de turba, y una vez estuvo bien estabilizado, subí a bordo.

Aunque ahora estuviera limpio, el bote aún emanaba cierto olor a amoniaco. No en vano había sido el lecho de muerte (y descomposición) de un hombre y eso me causó un tremendo respeto, tanto que, antes de proseguir, recé una pequeña oración por el alma del pobre diablo.

Hecho esto, tomé uno de los candelabros de mi tía Meredith y lo cargué de velas. Una vez encendido el fuego, las talladuras se hicieron visibles ante mis ojos.

Recorrí los bancos, uno detrás de otro, observándolos en silencio. Aquellas eran las últimas palabras de un hombre; su último suspiro en vida. Y no parecían limitarse a ser una o dos reflexiones finales. Realmente, aquellas tablas parecían contener algún tipo de narración. Supuse que el primer misterio que debía resolver era dónde se situaba el principio de tal narración.

Después de estudiar las tallas durante un rato concluí que había cierta progresión en la calidad del trabajo. La caligrafía pasaba por diferentes etapas, desde una torpe y llena de fallos y borrones (incluso algo que me pareció manchas de sangre), a una más clara y diestra, en la que el espacio del banco estaba muy bien aprovechado (hasta albergar un millar de palabras, calculé aproximadamente). Esta evolución también respetaba un orden cardinal en la bancada, que iba de popa a proa, con lo que me figuré que la historia, fuera lo que fuera lo que contuviese, debía comenzar en el banco de popa, que —supuse— era también el lugar más lógico para empezar teniendo en cuenta que la carpa donde el naufrago se había refugiado también estaba a popa.

Tomé una vieja maleta y la utilicé de asiento. Después, situé otro par de candelabros estratégicamente, de forma que el banco quedase completamente iluminado. A esas horas de la tarde ya había comenzado a oscurecer y la lluvia golpeaba contra el tejado del cobertizo. Alisé un pliego de papel a un lado del banco, después situé el diccionario de Coverdale sobre él. Para finalizar, abrí uno de los tinteros y dejé una pluma cebándose en él. Ya estaba listo para comenzar. Tomé la pluma y escribí en la cabecera del papel.

«Traducción de las tallas encontradas en el bote de salvamento del Fiorod, que arribó en la costa de Dowan —Condado de Donegal, Irlanda— el 4 de abril de 1928.» Acto seguido leí la primera frase y fui traducéndola poco a poco. Las primeras palabras me costaron un esfuerzo considerable, ya que, para empezar, tenía que acostumbrarme a la caligrafía de aquel hombre (incluyendo los caracteres específicos del alemán) y por otra parte mi alemán había sufrido un proceso de oxidación grave desde los tiempos de la universidad. Aún así, en la primera hora conseguí traducir más de la mitad del primer banco, y el proceso iba cada vez más rápido, hasta el punto que, en cierto momento, debí perder la noción del tiempo.

Una nueva borrasca comenzó a azotar la costa y yo me sumergí de lleno en aquella historia.

“Traducción de las tallas encontradas en el bote de salvamento del Fiorod, que arribó en la costa de Dowan, Condado de Donegal, el 4 de abril de 1928.

Traducción por el Doctor Conol Baterston.

(N. del T: El primer banco comienza con unos caracteres ilegibles, emborronados por grandes manchas. Creo que trataba de escribir aquí su nombre y una fecha. Me atrevo a sugerir Fritz Heller, Geller o incluso Heger, y como fecha, el 3 o el 5 de abril de 1908. El resto continúa como se transcribe a continuación...):

... Hoy probablemente será martes, aunque ya no tengo ninguna seguridad sobre esto *(N. Del T: Frase corta, de tres palabras, ilegible...)* Deben de haber pasado tres semanas desde el naufragio del Fiorod. He decidido comenzar a escribir la historia de nuestros últimos días a bordo, aunque sea sobre la dura madera de este bote de salvamento. Es una historia que debe ser contada, y dudo que pueda hacerlo en otra parte, pues a estas alturas tengo claro que moriré aquí, en este bote.

(N. del T.: Siguen algunas tallas, dibujos o ensayos sin sentido. Después, en la línea siguiente comienza el bloque de la narración).

Lo que me dispongo a relatar es difícil de creer. Incluso yo dudo de mis propios recuerdos al intentar repasar los hechos. Las cosas que presencié durante los últimos días del Fiorod nos envolvieron a todos en una suerte de locura. A veces se me aparecen en sueños, como seres y paisajes de pesadilla. Pero todo era real. Lo suficientemente real para acabar con un barco y su tripulación.

Comencemos por el principio. Mi nombre, ya escrito en lo alto, debería guiar a quien quiera que encuentre esto hasta mi familia en Hamburgo. Mis padres ostentan uno de las relojerías más antiguas de la ciudad. Ellos darán fe de que me enrolé y formaba parte de la tripulación del Fiorod cuando partió de Hamburgo el mes de noviembre de 1907.

En realidad, nunca me había planteado hacerme a la mar. Yo soy hijo de un artesano ilustre, fui educado en un buen colegio, y mi destino debía estar en el negocio familiar. Precisamente ese era el problema, que yo nunca admití ese rígido destino que a otro hubiera hecho feliz. Todo lo que quería era viajar, conocer mundo, no pasarme la vida arreglando tuercas en la trastienda del negocio familiar. Por fin un día decidí hacerlo, después de una gran disputa con mi padre. Me enrolé por pura rabia y mi mayor tristeza ahora, en esta terrible soledad del océano, es pensar que quizá las últimas palabras que le dije fueron un tremendo error. Solo me gustaría vivir para poder pedirle perdón y darle un abrazo, algún día. Aunque dudo que ese día termine por llegar.

Como digo, me enrolé en el Fiorod en el mes de noviembre de 1907, por intermediación de un amigo. En un principio fui rechazado por mi constitución débil y mi nula experiencia en asuntos de la mar, pero tras prometer que trabajaría duro y no me quejaría en ningún momento, el capitán Wenkel decidió darme una oportunidad y me admitió a bordo, entre rumores y gestos de desaprobación de los otros marineros.

El paquebote partió de Hamburgo a finales de 1907 con destino a La Habana, con once hombres a bordo. Portábamos un cargamento de piezas industriales para la construcción de navíos. De allí, cargados con plátano y zapatos, navegaríamos hasta Maracaibo y más tarde a Mar de Plata, y de allí surcaríamos el océano hasta Sudáfrica —Ciudad del Cabo— donde haríamos el último cargo de alcohol industrial antes de regresar a Hamburgo, doce meses más tarde.

Todo marchó según lo previsto hasta La Habana. Nuestra nave era rápida, una de las primeras de su época propulsada por un motor Diesel. De hecho,

uno de los objetivos del viaje era establecer nuevos tiempos para la compañía naviera, y de ahí que viajásemos a toda máquina, forzando al límite los motores en un loco intento de conseguir buenas marcas. Mucho más tarde Wenkel dijo que esto no había tenido nada que ver con el accidente, pero yo estoy seguro de que ese exceso fue parte importante de lo que vino a ocurrir después.

Por lo demás, la vida a bordo era normal. Pese al duro trabajo de a bordo y a las burlas (y algún que otro golpe) que recibía por mi condición de grumete, yo estaba entusiasmado con aquella experiencia. Por las noches, después de la cena, salía a cubierta y miraba las estrellas, maravillado, mientras los hombres fumaban sus pipas en silencio, con un océano de melancolía en el fondo de sus ojos. Se contaban historias, se cantaban canciones, y el corazón se llenaba de horizontes lejanos, de exóticas bellezas y de sueños paradisiacos. Los hombres me decían que ahora estaba «herido» para siempre, y era cierto. Juré a las estrellas que jamás volvería a Hamburgo, y mucho menos a arreglar relojes en la pequeña tienda familiar. Ahora mi corazón estaba lleno de grandes sueños.

Nuestra suerte cambió unos días después de dejar La Habana. Tras unos días de diversión regresamos a bordo, dispuestos a ponernos en marcha, y el capitán Wenkel informó que, en vez de seguir la ruta directa hacia Maracaibo, navegaríamos en línea recta hasta Puerto Rico para hacer una nueva medición de tiempos, lo que supondría una semana más de viaje que la compañía ya había negociado con nuestros diferentes destinos.

Fue al abandonar el amparo de las Islas Caicos cuando comenzamos a vislumbrar el terrible clima que comenzaba a avecinarse en el océano. Una gigantesca columna de nubes negras, rayos y viento huracanado giraban pesadamente a varias millas al norte de nosotros, sin decidirse sobre qué dirección tomar. Parecían arrastrar hacia sí todos los vientos y el agua del océano. El cielo comenzó a oscurecer gradualmente y el calor tropical se convirtió en frío. Uno de los veteranos dijo que jamás había visto un clima tan malo y que nos las veríamos con el demonio si llegábamos a ser atrapados por la tormenta. Yo crucé los dedos de las manos y de los pies esperando que esto no ocurriera. Pero de nada sirvió.

Wenkel puso el Fiorod a toda máquina, confiando en nuestra velocidad de crucero para evitar el tifón, pero solo una hora más tarde de haber comenzado la carrera, como una mala jugada del destino, nuestro presumido motor, envidia de otras naves de la competencia, reventó en un terrible estallido.

El barco enteró se sacudió por la explosión. Los tragaderos comenzaron exhalar una densa humareda, y el monótono ronroneo del motor se paró dando paso a un mortal silencio. Entonces no nos preocupaba este hecho, ya que todos nuestros esfuerzos se volcaban en extinguir el incendio desatado en la sala de máquinas y en rescatar a los hombres atrapados allí. Terjen, el maquinista noruego, resultó gravemente herido. Fue trasladado al camarote del capitán, casi en estado de coma. Recuerdo que le vi pasar entre la multitud, con la piel calcinada y humeante, como un trozo de carne recién sacado de una parrilla. Ya entonces dudé de que ese hombre pudiera reponerse de semejantes heridas.

En medio de todo ese caos, la peonza diabólica terminó por decidirse. Jamás en mi vida habría imaginado que semejante tormenta pudiera desplazarse en cuestión de minutos. Cayó sobre nosotros con la fuerza de mil cataratas. Levantó el mar, encendió los cielos y aulló enloquecida como una bruja montada en una escoba de fuego.

La avería, catastrófica y en el peor momento imaginable, convirtió al Fiorod en un insecto a merced del tifón. Era tarde para tratar de desplegar las velas así que Wenkel ordenó a los hombres ponerse a cubierto, lejos de los botes o los contenedores, que podrían aplastar a alguien si llegaban a soltarse. Solo el segundo de a bordo y Wenkel quedarían a cargo del timón. El resto debía aguantar y rezar lo que supiera.

Lisandro, el cocinero portugués, me cogió del gaznate y me llevó con él a la cocina. Allí, tras ponernos los chalecos me instó a que rezase. Por alguna irónica casualidad recordé aquellas palabras de Shakespeare: «Un cobarde muere mil veces, un valiente solo se preocupa de hacerlo una vez». Me vino a la mente la plácida callejuela de nuestra tienda en Hamburgo. Las palomas y los niños compartiendo la calle en un bonito día de primavera y mi padre, apoyado en el marco de la puerta, saludando a los transeúntes mientras daba suaves caladas a su pipa. Recé para vivir y volver a verle, para aburrirme eternamente en aquella tiendita, mientras unas lágrimas de niño surcaban mi rostro y comenzaba a enunciar un padrenuestro.

La tormenta abrió sus fauces y nos engulló sin piedad. En la cocina volaron los cazos y los platos. Las despensas reventaron y la fruta corrió libre por el suelo, de un lado al otro siguiendo las vertiginosas inclinaciones del barco. Las gallinas, liberadas de sus jaulas, revoloteaban histéricas llenándolo todo de plumas.

El barco gemía como la víctima de una tortura impensable. Su esqueleto se

retorcía, estiraba y aullaba como un monstruo a punto de partirse en dos. El suelo se inclinó hasta formar una pared vertical y yo me sujeté a las patas de una mesa para evitar estrellarme contra las paredes ahora transformadas en suelo. Lisandro desapareció. Le oí gritar desde alguna parte, pero fui incapaz de distinguirlo. El agua había comenzado a entrar a oleadas por las puertas y escotillas, inundándolo todo. Algo me golpeó en la cara y perdí el control, yéndome a zambullir en aquel mar de platos, cazuelas, coles y gallinas. Entonces un armario entero me vino encima y me sacudió en la cabeza, tan fuerte que perdí el sentido. Recuerdo verme sumergido en el agua, con una columna de burbujas de aire escapando de mi boca, y decirle adiós a la vida mientras mi vista se nublaba hasta apagarse del todo.

*

Soñé que ascendíamos por los cielos, en un viaje que duraba siglos. Después, el rostro de una persona familiar me hablaba. Me dijo que lo sentía, pero que nunca podría entrar en el cielo.

(N. del T.: Se acompaña un dibujo de una mujer. ¿La Virgen?)

(N. del T II: A partir de aquí la caligrafía mejora sustancialmente. Las letras son más comprimidas y de tamaño estable.)

*

Me despertó una mezcla de frío y de dolor. Estaba enterrado bajo un montón de sillas y cazuelas, en un rincón de la cocina. El agua se había retirado, pero yo aún seguía empapado, tiritando, y con un terrible dolor en la cabeza y en el hombro derecho. Todo estaba terriblemente quieto y en silencio.

Escuché voces afuera. Me levanté como pude y salí a cubierta, cojeando y entre dolores, pero feliz de seguir vivo. Una densa bruma me envolvió nada más salir a cubierta. Caminé a tientas, guiándome con la borda, hasta la cubierta de carga. Allí se había organizado un verdadero lío. Había contenedores desperdigados por todos sitios, formando un pequeño laberinto. Algunos se habían ido a chocar contra las barandas, deformándolas. Vi a varios hombres por allí, sus siluetas iban y venían a través de la niebla y los contenedores, como fantasmas. Me acerqué a uno y resultó ser Jens, un tipo bruto y desagradable que no me caía demasiado bien. Pero en aquellas circunstancias no me importaban mucho nuestras relaciones pasadas. Le pregunté qué sucedía:

—Algunas cadenas de amarre han reventado y los contenedores han patinado sobre cubierta —respondió—, creo que hemos perdido un par de

ellos.

—Pero ¿dónde estamos?

—El capitán está tratando de averiguarlo. Al parecer la tormenta nos arrastró millas mar adentro. Algunos dicen que al noreste.

Aventó el aire con su mano para apartar la bruma que flotaba suspendida entre nosotros.

—Dicen que Terjen ha muerto. ¿Tú estás bien? —dijo señalándome al brazo, del que yo me dolía con una mano.

—Me duele el hombro como si me hubieran metido un clavo —respondí—, pero estoy bien. ¿Qué es esta bruma?

—Nadie lo sabe. Yo nunca había visto nada igual.

Jens me dijo que había gente curándose en la enfermería y allí me dirigí. Según entré, vi a Lisandro tumbado en la camilla, con una gran venda en la cabeza. Un tipo de Rostock, creo que se llamaba Bastian, hacía las funciones de enfermero. Me asusté al ver a Lisandro medio muerto. Era casi mi mejor amigo en el barco. Pero enseguida sonrió y me cogió de la mano, diciéndome que estaba bien. Tan solo se había golpeado un poco la cabeza y había perdido el conocimiento por un instante. El zarandeo del barco le empujó hasta la cubierta y allí corrió peligro de caer al mar. Pero una ola se encargó de espabilarlo y pasó el resto de la tormenta abrazado a una chimenea.

Le pregunté si era verdad lo de Terjen y me respondió asintiendo con la cabeza. Bastian, el que hacía de enfermero, dijo que debía tener todo el cuerpo quemado por el fuego y que no hubiera resistido en ningún caso.

Después me invitó a que me sentara para ser reconocido.

Lo de mi hombro resultó ser una luxación debido al golpe. Bastian me miró la cabeza, que le preocupaba más, pero terminó decidiendo que aquello era una herida superficial. Me dio un trago de coñac y me mandó de nuevo a cubierta.

El capitán Wenkel acababa de convocar una reunión. Se hizo un recuento de los hombres y por fortuna —y con la triste excepción de Terjen— estábamos todos. Después llegaron las malas noticias. Además de la pérdida de dos contenedores y algunos daños menores en el barco, Wenkel nos informó de que el palo mayor se había partido durante el embate de la tormenta y ahora solo nos quedaba el Diesel como fuerza de empuje. La prioridad absoluta era reparar el motor. Sin él, quedábamos a merced del océano, incapaces de movernos o esquivar la siguiente tormenta. El capitán también habló claro al respecto de nuestra posición. No tenía ni idea de dónde estábamos y, a menos

que aquella niebla se disipara un poco, sería imposible utilizar el sextante. Dijo que, por la dirección inicial de la tormenta, calculaba que habríamos sido desplazados al norte de Santo Domingo, un número indefinido de millas, pero que si no se equivocaba debíamos estar cerca de Mayaguana. Las despensas estaban llenas de alimentos y había agua y bebida suficientes. Wenkel estimó que racionando los víveres y pescando podríamos subsistir cómodamente hasta que el motor estuviera listo. Por otra parte, era probable que Hamburgo, al no recibir noticias, enviase una misión de rescate. Sus palabras llenaron mi corazón de esperanza y me imaginé contando mis hazañas de vuelta a Hamburgo. No solo había cruzado el océano como grumete, sino que mi barco había estado a punto de irse a pique. Una aventura que pocos hombres podían incluir en sus memorias.

Esa misma tarde se ofició un funeral por Terjen y durante la ceremonia ocurrió algo que generó gran malestar entre los hombres.

Tras haber recitado unos versículos escogidos, el capitán dio orden de lanzar el cadáver al océano. Oímos chocar el cuerpo contra la superficie del mar, ya que la densa niebla nos impedía verlo con nuestros propios ojos. Entonces, apenas unos segundos más tarde, se escuchó una especie de susurro cortando el agua, como el cascabeleo de mil serpientes rayando la superficie del mar. Los que se habían encargado de lanzar el cuerpo al agua (Lisandro y Jens, entre ellos) se asomaron siguiendo el creciente sonido, pero no pudieron ver nada.

—¿Qué es eso?

—¡Tiburones! —gritó alguien—. ¡Se están comiendo el cuerpo de Terjen!

Al oírlo, Jens gritó de frustración. Los maldijo y corrió a buscar un arpón, que lanzó a ciegas entre la niebla, aunque esto no sirvió para mucho. El sonido continuó durante unos segundos más y después se alejó hasta desaparecer.

Consternados y en silencio nos pasamos una botella de coñac de mano en mano mientras rezábamos una última oración por el alma de Terjen. Oí a alguien decir a mis espaldas que «aquello no sonaba como unos tiburones», pero otra voz le mandó callar.

Wenkel nos concedió media hora antes de ordenar a todo el mundo ponerse manos a la obra.

Pasaron dos días en los que reinó cierto optimismo. Los hombres elegidos para arreglar el motor informaron, al cabo de una larga jornada analizando la máquina, de que creían haber encontrado el sistema de devolverla a la vida. Mientras tanto los demás nos afanamos en ordenar la carga, hacer limpieza y

tratar de restaurar la rutina de a bordo.

En ese tiempo la niebla permaneció posada sobre nosotros. Nadie recordaba una niebla tan densa y persistente como aquella. No había una brizna de viento, no se oía un pájaro y la marea parecía haber muerto, como si estuviéramos en el centro de un lago. Lentamente, nuestro espíritu se fue oscureciendo con las dudas y la preocupación.

Los hombres comenzaron a ponerse nerviosos, a hablar de maldiciones. Una noche, entre pipas y ron, Donovan, un irlandés encargado de las grúas, recordó la historia del Mary Celeste, un buque fantasma que desapareció en el triángulo del diablo en 1872 y que apareció años más tarde a la deriva frente a las costas españolas pero sin un alma a bordo ¿y sí el capitán se hubiera equivocado y estuviéramos al norte de las Bahamas, en el mismo lugar donde desapareció el Celeste? También se contaba la leyenda del Holandés Errante, el navío castigado por Dios, y de cómo la osadía del loco capitán Van Der Decken era comparable a la ambición de Wenkel por surcar el océano a una mayor velocidad. Y que esa era la causa de nuestra tragedia.

Yo escuchaba estas historias, las saboreaba y las digería con el mayor de los terrores. Pero Lisandro me dijo que apartase la fantasía de mi cabeza. «La niebla no te matará y sí el hambre. Cómete esta sopa de tortuga y deja de pensar en bobadas». Días más tarde fui asignado a una nueva tarea: la pesca. Bastian, el tipo de Rostock, me enseñó a cebar el anzuelo y me habló sobre las especies marinas que podía esperarse sacar de aquellas aguas —dorados, borales y guatapanás— y de los trucos para tirar de ellos. Después me dejó solo con mi caña, cuya punta se perdía a veces en la bruma.

Me pasé cerca de dos horas esperando, con la caña quieta a mis pies, a sentir la más ligera vibración en mis manos, pero nada parecía querer acercarse a mi trampa. Cuando saqué el anzuelo del agua vi que el cebo de calamar había desaparecido. Solo unas trazas de pescado quedaban alrededor del anzuelo. Miré por la borda, tratando de avistar algún pez travieso, o una tortuga que pudiera estar robando mi material de caza, pero no vi nada en aquellas aguas oscuras, casi negras, que aparecían bajo la niebla. Volví a intentarlo, pero esta vez no esperé tanto a sacar la caña. Otra vez, en menos de treinta minutos, el cebo se había «disuelto» por arte de magia. Al cabo de dos horas acudí avergonzado donde Bastian, que se hallaba pescando en estribor. Al explicarle mi mala suerte él admitió estar sorprendido igualmente, ya que tampoco había sacado nada en todo el día. Resolvió probar con otro cebo, esta vez de barracuda, en vez del de calamar que habíamos venido usando. Pero de

nuevo obtuvimos igual resultado. Le pregunté si era posible que no hubiera peces en aquellas aguas. Respondió un no concluyente. Me dijo que solo una vez en su vida había visto peces tan avispados: las pirañas del Río Negro, en el Amazonas. Pero claro, era imposible que allí hubiese pirañas, pues estábamos en mar abierto.

—¿Es posible que lo que devoró a Terjen fuese otra cosa y no tiburones? — le pregunté.

Bastian me dijo que dejara de pensar en tonterías y me mandó a pelar patatas a la cocina con Lisandro.

Al día siguiente volvimos a intentar pescar con los mismos resultados. Era casi embarazoso decir que no habíamos sido capaces de pescar nada en dos días y algunos hombres, ridiculizándonos, lo intentaron por su cuenta. Pero de nuevo, aquello fue una pérdida de tiempo y solo sirvió para regalar cebo al mar. Jens arrió un bote y trató de usar la red, pues pensaba que quizá se tratase de un banco de peces muy pequeños. Pero el agua solo le devolvió agua y, finalmente, abandonamos la idea de pescar y nos concentramos en economizar las provisiones al máximo. Ante aquellas noticias, Wenkel decidió redoblar el racionamiento de agua y fruta. Nadie pudo dar una explicación aceptable de por qué no había pesca rodeando el Fiorod.

Para entonces el ánimo a bordo era de un nerviosismo contenido. Cinco días flotando en ninguna parte, rodeados de aquella niebla, que a veces espesaba hasta el punto de no llegar a verse uno los pies, estaba consiguiendo hacer mella en la sólida moral de aquellos curtidos marineros. Sin noticias de Hamburgo. Sin noticias del mundo. Sin viento, pájaros, ni pesca. Era como haber muerto y estar en el limbo, esperando sentencia. Todo el mundo tenía un revoltijo de miedo e incertidumbre en las tripas.

La tensión terminó por estallar el sábado. Tras pasar una semana prácticamente sumergidos en el nivel de máquinas, los hombres del equipo de reparación anunciaron que el motor estaba listo para «una prueba». La noticia causó la euforia de todos. En silencio, con los dedos cruzados, esperamos a escuchar nuestro motor arrancar de nuevo.

Otra explosión sacudió el barco, esta vez de menores proporciones que la anterior. Los hombres fueron rescatados ilesos de la humareda y una vez en cubierta, tiznados de negro y frustrados, comenzó una discusión. Estaban enfadados unos con otros. Schmuller, un tipo chupado con ojos de pez, dijo que la única persona que entendía mínimamente aquel nuevo engendro era Terjen, y este reposaba ahora en la tripa de uno o más tiburones. «De nada

sirve que perdáis el tiempo ahí abajo» añadió «es incluso peligroso, como acabamos de ver. Lo que menos necesitamos es otro incendio». Jens le respondió que cerrase el pico si no iba a ayudar. Era cierto que Schmuller tenía fama de cizañero. Una cosa llevó a la otra y comenzó un magnífico reparto de puños. Algunos hombres que entraron a separar terminaron llevándose alguno y decidieron devolver lo prestado. Como digo, había bastante tensión en el aire.

Wenkel se subió en un contenedor y gritó que pararan. Rugió como nunca le había oído hacerlo, y algunos hombres cesaron de inmediato, pero otros no hicieron el menor caso. Finalmente sacó un revólver y disparó al aire. Ninguno sabíamos que Wenkel tuviera un arma y aquello nos pilló a todos por sorpresa.

El combate se frenó de inmediato y se hizo un gélido silencio. Los contendientes, que apenas se tenían en pie, se sujetaban los unos a los otros mirando a Wenkel. El resto hacíamos lo propio, esperando a que rompiese el silencio.

Wenkel se había quedado mirando al frente (a la popa del barco) con su pistola humeante entre las manos. Lentamente, le vimos alzar el arma y apuntarla en dirección a un punto situado más arriba de la chimenea.

—¡Tierra! —exclamó—. Ahí delante. ¡Mirad!

Corrimos a subirnos en los contenedores, junto a Wenkel, quien pedía a gritos que alguien le subiera un catalejo. La niebla se había disipado ligeramente a popa. Allí, a unas dos o tres millas de nosotros, se vislumbraba la silueta de una isla ¡Había estado ahí todo este tiempo, pero la niebla no nos dejaba verla!

La bruma iba y venía, robando la visibilidad de aquel islote, pero pudimos hacernos una idea aproximada de su tamaño. No era demasiado grande y mostraba una gran protuberancia central que imaginamos se trataría de un volcán. Desde la lejanía era imposible hacerse una idea más clara. Además, quizá por efecto de aquella bruma, toda la isla parecía oscurecida, como una gran sombra, y era imposible distinguir los límites de la selva, las playas u otros accidentes naturales. Ni siquiera un rastreo a catalejo ayudó mucho en esto.

La aparición de la isla lo revolucionó todo. Los que se habían peleado hacía un minuto se hermanaban ahora para arriar los botes, con una sonrisa en los labios, pensando en la bella mujer o la dulce botella de ron que les esperaba al llegar a tierra. Pero entonces, repentinamente, el capitán Wenkel

ordenó que quitáramos las manos de los botes.

Algunos hombres le replicaron que tenían «derecho legítimo a desembarcar» dadas las circunstancias. Wenkel respondió que era cierto, pero que «desembarcaríamos solo cuando fuese absolutamente seguro hacerlo». Primero imperaba tomar ciertas precauciones, explicó. Nada sabíamos de aquella isla. No se veían luces en ella, ni señales de un puerto. Llevaba días allí y no habíamos oído un solo ruido procedente de ella. Parecía un lugar salvaje, inhóspito, y el capitán nos recordó que aún existían tribus peligrosas en muchas pequeñas islas del Caribe, así como lugares alejados de las rutas comerciales que los bandidos utilizaban como escondite.

Así que Wenkel decidió enviar una primera expedición de reconocimiento. Algunos hombres se presentaron voluntarios, ansiosos por ser los primeros en lanzarse sobre la arena de una playa, pero Wenkel formó el equipo a dedo. Los elegidos fueron el encargado de grúa Donovan, un somalí llamado Gekko, Jens y, por último, yo mismo. En aquel momento recibí el encargo como un honor; solo más tarde me percaté que éramos, probablemente, los hombres más prescindibles del Fiorod —quizá a excepción de Jens, pero supongo que Wenkel lo incluyó por sus habilidades como tirador y también porque sabía repartir puñetazos—.

Se abrió la santabárbara y nos proveyeron con dos fusiles y un revolver. Gekko y yo quedábamos al cargo de los remos y estableceríamos la cabeza de playa, mientras que Jens y Donovan se internarían en la isla y harían una exploración superficial. No parecía un lugar demasiado grande con lo cual sería relativamente fácil establecer si estaba habitada o no.

Se arrió un bote y nos hicimos a la mar. Mientras nos alejábamos del Fiorod los hombres nos lanzaban bromas desde la borda. «¡Cuidado con las Amazonas!», «¡Dejadnos algo de ron miel! No os lo bebáis todo». Jens y Donovan, en la proa del bote, con sendos cañones apuntando hacia delante, debían sentirse muy seguros también. Decían que Wenkel «sería capaz de perderse en una bañera» con respecto al hecho de que no hubiera podido reconocer la isla. Jens, que se jactaba de conocer el Caribe como la palma de su mano, afirmaba que no estábamos muy lejos de la Islas Turcas y que aquello, probablemente, sería uno de los pequeños islotes del archipiélago de la Buena Esperanza. No me gustó escucharles ridiculizando al capitán, sobre todo porque ambos personajes, con sus continuas borracheras y peleas, habían demostrado causar más problemas de los que resolvían.

Pronto perdimos de vista el Fiorod. Las voces de nuestros compañeros se

perdieron en la niebla dando paso a un completo silencio, solamente roto por nuestros remos al chocar con el agua. Donovan, provisto con un catalejo, nos iba dando órdenes. «Un poco a babor. Un poco a estribor», ya que Gekko y yo remábamos de espaldas. A medida que íbamos avanzando su voz comenzó a sonar cada vez más trémula y entrecortada. Le escuché decir «*Where is the damn beach?*» entre dientes. ¿Dónde estaba la maldita playa? Jens también murmuraba palabras de sorpresa e incompreensión. Ni Gekko ni yo entendíamos la razón y la curiosidad nos quemaba en las entrañas. Yo trataba de girar la cabeza para ver algo, pero era imposible. Además, remar suponía un esfuerzo cada vez mayor, y pronto descubrimos por qué. Gekko me señaló una capa de algas que cubría su remo. Me di cuenta de que el mío también lo estaba y entonces observé un denso y oscuro banco de algas que rodeaba la barca. Estaba a punto de decírselo a Jens y Donovan, pero en ese momento recibimos la orden de parar.

Debíamos encontrarnos aún a media milla de aquella isla, que ahora emergía entre las brumas mostrándose con mayor claridad a nuestros ojos. Al verla, comprendí de inmediato las palabras de asombro que antes había escuchado a mis espaldas. Y los cuatro ocupantes del bote nos quedamos en silencio, mirándola.

Lo primero que recuerdo es aquella montaña elevándose entre las brumas. Una empinada e inmisericorde roca negra, semejante a la pared de un fiordo, que debía medir unos cien metros de altura y que en principio confundimos con un volcán. A sus pies, el atolón era poco más que una roca yerma, terminada en unos tortuosos acantilados y cubierta de una vegetación musgosa y negra. Ni rastro de selva, arena, o palmeras torcidas como habíamos esperado encontrar.

Donovan, quizá en un intento por aplacar su propio asombro, se apresuró a decir que aquello se trataba de una isla recién nacida, posiblemente a causa de una erupción volcánica submarina. Yo ignoraba el proceso de nacimiento de una isla, pero una erupción volcánica no parecía suficiente para explicar aquella tremenda pared, parecida a la vértebra dorsal de un saurio, o a la quilla de una gigantesca nave. Pero la teoría de Donovan sirvió para complacer a nuestras asustadas mentes con una buena explicación y todos la aceptamos con mayor o menor convicción.

Tras un sondeo a catalejo, Donovan avistó una pequeña bahía y Jens y él decidieron que trataríamos de desembarcar allí. Remamos despacio, entre el arrecife, donde unos largos colmillos o cuernos de roca basáltica emergían del

agua como los huesos de una ballena muerta. Entre algunos de estos, descubrimos focos de agua hirviendo, lo que vino a reforzar la teoría del volcán. Además, me pregunté si no sería esa la causa de la persistente niebla que lo rodeaba todo.

Arribamos la pequeña bahía, donde una lengua de columnas hexagonales — que Donovan comparó con la Calzada de los Gigantes en Belfast— nos sirvió como amarradero y acceso a la isla. Según lo establecido por Wenkel, Gekko y yo nos quedaríamos al cargo del bote, con un revólver, mientras que Jens y Donovan se internarían a explorar la isla. A esas alturas, en realidad, teníamos claro que no encontraríamos ni un rastro de vida allí. Y mucho menos frutas brotando de los (inexistentes) árboles. En cualquier caso, Jens se cargó un fusil al hombro y se despidió de nosotros anunciando que volverían en media hora como mucho. Tomaron una senda que se abría entre grandes rocas, en dirección a la monolítica montaña, y pronto los perdimos de vista.

Mientras Gekko se dedicaba a jugar con el revólver, yo tomé el catalejo que Donovan había dejado en el bote y me dediqué a explorar todo cuanto tenía al alcance de la vista. La impresionante montaña era el centro de mi interés. No podía dejar de mirarla. Había en ella algo irreal, divino, algo que parecía «tallado» por la mano de un dios y no por la caótica fuerza de una naturaleza desbocada. Además, la niebla siguió disipándose y pude vislumbrar lo alto de su pico, el cual no tenía ninguna semejanza al cráter de un volcán. De nuevo me vinieron a la mente la imagen de una quilla, o el ala de un aeroplano. Aunque mis conocimientos en geología se redujesen a peregrinas lecturas de colegial, tuve por seguro que aquello suponía un descubrimiento de primer orden y me anoté mentalmente la idea de comentárselo a Wenkel.

En varios puntos de esta pared se distinguían columnas de vapor blanco. Debía tratarse de un complejo sistema de chimeneas internas, de diferentes calibres, que se desplegaba en ramal desde una cavidad mayor, supuse que en las entrañas de la roca. Esto volvía a apuntar a un origen volcánico de la isla, pero ¿dónde estaban los restos de coladas? De niño solía viajar a los balnearios termales de Eifel y en sus bosques había tenido la oportunidad de admirar las sinuosas formas de una lengua de lava reseca. Aquella isla, en cambio, presentaba una superficie pulida y compacta como el canto de un riachuelo. ¿Cuál era entonces la procedencia de ese vapor?

Por otra parte, estaba aquella vegetación, la única forma de vida que parecía existir en toda la isla. Era una especie de hiedra o maleza oscura, de gruesas raíces y hojas en forma de diamante, de un brillante color negro.

Aparecía arbitrariamente, bien cayendo en cascada entre las rocas, bien creciendo sobre tramos de la pared, o bien desplegándose como una alfombra a las puertas de alguna gruta. Con ayuda del catalejo pude avistar una especie de cañón que se abría en la dirección que Jens y Donovan habían tomado, y que parecía albergar el nacimiento de aquella desmedida y colosal hiedra.

Gekko también pareció interesarse por aquella extraordinaria forma vegetal. Antes de que pudiera darme cuenta, se había alejado del embarcadero y se acercaba a inspeccionar una de aquellas trepadoras, que se extendían como un tapiz a cien metros de nosotros, cubriendo un par de rocas.

—¡Mira!— dijo llamándome, al cabo de un minuto—. ¡Tienes que ver esto! ¡Es fantástico!

Yo no quería contravenir las órdenes de Wenkel, pero supuse que no pasaba nada por dejar el bote desatendido durante un par de minutos. Corrí hasta la roca donde Gekko parecía pasárselo en grande y lo encontré jugando con las manos metidas en aquella hiedra. Tardé un poco en ver lo que le provocaba la risa. Los pequeños nódulos que partían de la raíz se movían como decenas de pequeños gusanos vivos entre sus dedos. Los rodeaban, apretaban ligeramente su piel para volver a soltarla más tarde, y exploraban los recodos entre sus dedos, o se apartaban cuando Gekko cerraba sus puños sobre ellos.

—¡Están vivas! —exclamaba entre risas—. ¡Y hacen cosquillas!

Reconozco que estuve muy a punto de meter las manos en la maraña también, pero algo, una especie de sexto sentido me previno de no hacerlo. Le dije a Gekko que tuviera cuidado, pero el somalí, absorto en aquel descubrimiento, no me hizo caso.

Era fácil quedarse ensimismado observando aquella prodigiosa hiedra. Su movimiento resultaba hipnótico, como el de una serpiente en el agua. Avanzaba lentamente, como un insecto de mil patas. El movimiento se transmitía desde los troncos más gruesos hacia los tallos medios y finalmente a las minúsculas yemas, ganando terreno casi de forma desapercibida.

Entretenidos con aquella visión, Gekko y yo mismo tardamos en darnos cuenta de que la hiedra había comenzado a avanzar por el suelo. Su vanguardia la formaban decenas de yemas erguidas, que serpenteaban en todas direcciones, salvando cualquier obstáculo con pasmosa facilidad. Para cuando quisimos darnos cuenta ya se había enredado en los tobillos del somalí. Yo di un salto atrás, asustado, y le grité a Gekko que saliera de allí.

No olvidaré la expresión de Gekko: como la de un niño que pasa de la diversión al miedo. Tiró con una pierna hacia arriba, con la fuerza suficiente

para partir aquellas ramas, pero estas reaccionaron con elasticidad y apenas pudo desembarazarse de dos o tres de aquellos ligamentos. Su pierna se vio forzada a bajar de nuevo.

—¡Ayúdame! —gritó girándose hacia a mí y lanzando sus manos hacia delante.

Me acerqué a él y traté de arrancar aquellas hiedras de sus pies, pero estas ya parecían decididas a quedarse allí. Por cada tres que yo lograba arrancar, diez habían trepado en la otra pierna. Además, fue el propio Gekko quien, con unos espasmos cada vez más violentos, hizo imposible la tarea de ayudarlo. Caí al suelo, derribado por un manotazo, y al alzar la vista vi como la hiedra había alcanzado ya sus hombros y comenzaba a extenderse por su cuello y torso a gran velocidad.

Tallos cada vez más gruesos, surgidos de la maraña, afianzaban el trabajo que las pequeñas yemas habían comenzado. Gekko luchaba entre jadeos asmáticos por liberarse, mientras las hiedras comenzaban a sondear en el interior de sus oídos y fosas nasales, atravesando su cráneo y causándole indescriptibles espasmos nerviosos. Su lengua, manejada por los nuevos inquilinos de su cráneo, creció como una serpiente fuera de su boca mientras gritaba.

—Aaaaaaayudaaaaaa.

Yo me debatía en un miedo horrible. Quería ayudar a mi compañero, pero no sabía cómo, y además estaba aterrorizado. Vi cómo una de aquellas tímidas yemas trepaba por la suela de mi bota. Otras habían comenzado a enrollarse en la manga del pantalón. Las aparté histéricamente y salí arrastrándome a cuatro patas. Me alejé unos cuatro metros, hasta una zona de roca limpia. Para entonces Gekko era un bulto inmóvil y silencioso. La hiedra lo cubría completamente, entrando y saliendo por todos los orificios de su cuerpo. El silencio se llenó de sonidos burbujeantes y olores nauseabundos. Comprendí que aquella maldad se dedicaba a dragar sus entrañas, beber sus fluidos y devorarlo lentamente. Tuve que vomitar.

Pero la enredadera no se paró en Gekko. Proseguía su lento e inexorable avance en todas direcciones, incluyendo la mía. La alfombra que cubría la roca comenzó a extenderse a oleadas, de igual forma que otra sección que había yacido quieta a varios metros de allí también se activó y comenzó a deslizarse sobre la roca. Era como si toda la isla hubiese despertado de pronto.

Creo que hubiera muerto de no ser por Jens. Estaba tan aturdido por aquella

visión que me limitaba a retroceder a pequeños pasos, estúpidamente, sin darme cuenta que aquel monstruo había comenzado a rodearme. Pero como digo, en aquel preciso instante apareció Jens, corriendo como un loco a unos doscientos metros de allí, con el fusil en la mano. Al verme disparó al aire para llamar mi atención. Eso fue lo que me despertó.

—¡Al bote! —gritó aterrado—. ¡Al bote!

Eché a correr hacia el amarradero, saltando para evitar la hiedra en un par de ocasiones, y llegué allí casi volando. Jens había soltado los cabos y me esperaba con los dos remos en la mano. Salté sobre el bote, cogí uno de ellos y comencé a bogar con una fuerza desesperada.

La isla entera parecía agitarse como un nido de culebras azuzado con vinagre. En la montaña, lo que antes había sido una vegetación estática se había convertido ahora en un aluvión de raíces, hojas y tallos, que como lenguas hambrientas comenzaban a invadir cada centímetro de la pared. A los pies del monolito, emergiendo por los bordes del cañón que Jens y Donovan habían marchado a explorar, se elevaban unos descomunales tentáculos vibrando enloquecidamente.

No sé cómo no nos partimos los brazos en aquella remada. El bote literalmente volaba sobre el agua. Solo queríamos alejarnos de aquella locura. A los dos minutos habíamos cubierto la distancia de media milla. A los cinco la isla comenzaba a desaparecer tras la niebla.

Jens me preguntó por Gekko y yo solo acerté a negar con la cabeza. Me informó, con muy pocas palabras, de que jamás volveríamos a ver a Donovan. Entonces se puso en pie y disparó un par de salvas con el fusil. Y como respuesta escuchamos la campana del Fiorod a través de la niebla. Y nos apresuramos a remar hacia allí.

*

Lo siguiente que recuerdo es una gran confusión. Llegamos al Fiorod y los hombres nos ayudaron a subir a bordo. Estábamos tan aturcidos que no fuimos capaz de responder a las preguntas. Recuerdo que alguien me agitó por los hombros, preguntándome qué demonios ocurría, dónde estaban Gekko y Donovan. Y yo, incapaz de responder, me eché a llorar.

Lisandro me cubrió con una manta y me invitó a sentarme para recobrar el sentido. Mientras tanto, Jens se había sobrepuesto ligeramente. Su voz, de normal tan segura, estaba sacudida por el miedo y el asombro. Bebió el contenido de una petaca y se fumó un cigarrillo antes de tratar de hilar su narración.

Dedicó un par de frases a describir la isla. Su limitado lenguaje fue más que suficiente para hacerlo: «Ni árboles, ni hierba, ni arena. Todo era una maldita roca negra, con aquella montaña en medio, como una gigantesca honda clavada en su centro».

Al parecer, Donovan y él habían recorrido unos cinco kilómetros entre rocas y suelo yermo cuando se toparon con la apertura de un gran cañón —ese que yo había visto a través de mi catalejo— y decidieron acercarse a investigarlo.

El cañón debía tener, según los cálculos de Jens, una profundidad aproximada de 30 o 40 metros, y en el fondo de él se abría una tupida jungla formada de enredaderas «enormes, gruesas como nunca habíamos visto en nuestras vidas. Algunos tallos alcanzaban el calibre de una secuoya» aseguró.

«Donovan quiso bajar en busca de agua dulce» prosiguió Jens. «Era lógico pensar que, en el fondo de un cañón, rodeado por aquella jungla, deberíamos encontrar agua dulce, pero algo me decía que aquella roca no seguía las leyes de la naturaleza. En todo caso, hice caso al viejo y tomamos un pequeño sendero hacia abajo. A medida que bajábamos empezamos a ver unas grandes líneas grabadas en las paredes del cañón. Al principio las confundimos con grietas, pero al echarles un vistazo comprendimos que aquello debía estar hecho a propósito por alguien... Pero ¿por quién? Como medida de precaución preparamos los fusiles y comenzamos a avanzar en silencio.

Siguieron apareciendo más líneas. Algunas de ellas se juntaban y formaban dibujos extraños, sin sentido; demasiado grandes para querer expresar nada. El irlandés dijo que aquello se parecía a los jeroglíficos de las pirámides. Ya conocíais al viejo Donovan; se pirraba por las leyendas y los misterios. Estaba tan embobado mirando aquello que tropezó un par de veces. Pero yo no quitaba el ojo del suelo ni de aquella maraña. Algo me decía que estábamos siendo observados por unos ojos invisibles. Llegamos al fondo del cañón. Éramos como dos conejos allí, en medio un zarzal gigante. Yo jamás había visto una planta de tales dimensiones. Y pensé: “A tal planta, tales fieras” Y le dije a Donovan que aquello comenzaba a parecerme una mala idea. Pero el maldito irlandés estaba ya fuera de sí. Había encontrado más líneas en el suelo, formando rectas, triángulos y otras cosas sin sentido. Decía que aquel descubrimiento podría hacernos ricos, que según la ley de colonias aquella isla nos pertenecía por derecho, por haberla pisado primero. Habría que encontrar a los nativos, comprarles el terreno a cambio de algo. O si no, quitarlos del medio. En cualquier caso, Donovan estaba seguro de que ningún

occidental había estado allí antes que nosotros, lo cual no era difícil de creer: de haber sido descubierto con anterioridad, un lugar como aquel se hubiera hecho tan famoso como Machu Pichu o las pirámides de Egipto.

Avanzamos hacia el centro del cañón, sorteando aquella maraña. De vez en cuando encontrábamos unas rocas cuadradas de dos o tres metros de altura. Las líneas que veíamos avanzar como canales por el suelo iban a terminar allí. Parecía que todo aquello tendría algún sentido, pero que el diablo me lleve si yo entendía nada. Donovan en cambio soltaba teorías y más teorías. La cabeza se le había llenado de sueños y seguía tropezándose con las raíces mientras andaba.

En una de esas le mandé callar. Le dije que cerrará el maldito pico porque me había parecido oír algo a nuestras espaldas. El viejo siguió caminando en silencio, y yo me planté allí mismo. Le llamé para que volviera, pero no hizo caso. Al diablo, pensé: tendrá lo que se merece por loco. Pero yo no estaba dispuesto a dejar que nada me saltase en la espalda. Me agaché, cargué el fusil en el hombro y comencé a rastrear a mi alrededor. El sonido se aproximaba y no por una, sino por todas partes. Era un susurro como de serpientes, algo que se arrastraba hacia nosotros a través de la jungla, sin ademán de ocultarse. Podía escuchar el movimiento de ramas y hojas a mi alrededor, cada vez más cerca, y me puse tan nervioso que descerrajé cuatro tiros a la nada.

Entonces, con el cañón aún humeante, oí gritar a Donovan. Corrí hacia él, a través de un estrecho túnel de troncos y hojas, y lo encontré junto a uno de esos monolitos de piedra negra, completamente cubierto por una manta de hiedra.

¿Qué demonios haces?» le dije, porque pensaba que todo aquello debía tratarse de una broma. Pero Donovan no tenía el aspecto de alguien que bromeaba. Su rostro era el perfecto retrato del terror. Trató de decirme algo, pero fue incapaz de hacer sonar su garganta. Y enseguida comprendí: aquella cosa lo estaba matando lentamente, como una boa a un ratón. Se le metía por las orejas, la nariz, la boca, pero aún le dejaba respirar para gemir como un maldito deshecho.

El suelo estaba lleno de ramas que serpenteaban en busca de otra presa. Yo aparté varias de una patada. Entonces me di cuenta de que el ruido que había escuchado a través de la selva no provenía de ningún hombre o animal: ¡Era la propia selva lo que nos atacaba!»

Lo que Jens relató a continuación fue casi idéntico a lo ocurrido a Gekko junto a la roca. La hiedra invadió a Donovan por todos sus orificios y lo

atravesó, sacándole los ojos como dos tapones de una botella de *champagne*. Jens confesó que no pudo resistir los gritos de dolor del irlandés.

«Tratar de salvarle hubiera sido un suicidio. Lo juro por mi honor. Le descerrajé tres tiros y dejé a su alma descansar. Después eché a correr para salvar la mía». En su desesperada carrera, Jens estuvo a punto de terminar atrapado en varias ocasiones. «Todo estaba vivo» recordó con la mirada perdida aún en ese horror. «Había troncos elevándose como la trompa de un elefante, redes de hiedra que caían como trampas, tallos tan ágiles como una mamba danzando en el suelo en busca de mis pies. No paré de saltar y arrancarme cosas del cuerpo en todo el tiempo, hasta que alcancé la bendita pared de roca y la subí tan rápido que el corazón todavía me duele en el pecho». Jens terminó su relato y tomó otro trago de la petaca antes de derrumbarse sobre un montón de cuerdas. En medio de un atónito silencio, los hombres del Fiorod se miraban los unos a los otros, encogiéndose de hombros, con las miradas llenas de miedo e incertidumbre. Wenkel, flanqueado por Bastian y otros hombres, se acercó a mí y me pidió que ratificara o desmintiera lo que Jens acababa de contar y que, de paso, explicase lo ocurrido con Gekko. Hice lo que me pedía, palabra por palabra conté mi versión de la historia, y al terminar el silencio en cubierta era aún mayor.

Comenzaron a sucederse reacciones diversas entre la tripulación. Algunos hombres recordaron haber visto flores de la jungla comerse abejas, incluso langostas, pero jamás había oído hablar de algo que devorase hombres. Aunque podía tratarse de algún fenómeno natural desconocido. Si se habían encontrado Kraskens viviendo en las profundidades del océano, ¿por qué no podrían existir formas naturales igual de absurdas?

Noté que un grupo de hombres se alejaba y comenzaba a hablar en voz baja, mirándonos con un gesto que delataba suspicacia. Jens les increpó, les gritó que hablasen claro y en alto. Uno de ellos, Schmuller, el de los ojos de pez, se acercó y dijo que nuestra historia sonaba a una gran mentira. No sabían lo que había pasado con Gekko o Donovan, pero tenían muy claro que ninguna planta se los había comido.

—¡Bueno —les respondió Jens—, tomad una barca y comprobadlo por vosotros mismos!

—Quizá lo hagamos —replicó Schmuller.

—Nadie se moverá de aquí —zanjó Wenkel—. Ya hemos perdido tres hombres y es más que suficiente.

Schmuller protestó. Dijo que dos hombres habían desaparecido y que la

única explicación para ello era una historia de «fantasía».

—¡Id! ¡Id y probad un poco de fantasía! —dijo Jens desde su montón de cuerdas—, será lo último que hagáis, idiotas.

Schmuller dijo algo entre dientes. Me pareció que insinuaba que «estarían más seguros en la isla que en el barco, visto como habían desaparecido Gekko y Donovan». Lo cierto es que se merecía una paliza por aquello, y Jens ya se había levantado a dársela cuando, de pronto, sonó un gran estruendo y el suelo se movió bajo nuestros pies.

Era el motor. Explotaba, pero esta vez lo hacía de una manera distinta. Soltó un gran rugido, después otro y, finalmente, arrancó. ¡Arrancó! Ni siquiera Wenkel, que solía ser dueño de sus emociones, pudo reprimir un grito de euforia al oír aquello. Las ansias de pelea se diluyeron de inmediato y, esta vez, los hombres se abrazaron e incluso besaron.

—¡Suena alto y fuerte, como un corazón sano! —gritó Wenkel—. Izad el bote y levad el ancla. ¡Nos vamos de este maldito lugar!

Corrimos a cumplir sus órdenes y por el camino nos encontramos a nuestros amigos «los tiznados» que regresaban victoriosos de la sala de máquinas. Los abrazamos y les llovieron litros de ron y cigarros como recompensa. Wenkel gritó desde el puesto de mando que recogiéramos el ancla, que ya habría tiempo para celebraciones.

Llegamos hasta los molinetes de proa y nos lanzamos sobre las manivelas, pero estas nos recibieron duras como el hielo. Nos colocamos dos hombres por cada manivela, y aun así costaba un verdadero esfuerzo dar una vuelta completa al eje. Bastian le gritó al capitán que estábamos atrapados en «algo» y que debíamos «arar» para liberar la ancla. El capitán estuvo de acuerdo y dio orden de arrancar. Prontos sentimos el delicioso ronroneo del motor bajo nuestros pies.

El barco se movía en reversa, tratando de liberar el ancla de aquello a lo que la enquistaba en las profundidades, pero no ejercía suficiente fuerza y podía más que el Fiorod. Las cadenas se tensaron y los molinetes comenzaron a crujir. Bastian alzó los brazos pidiendo al capitán que frenara, o de lo contrario corríamos el riesgo de arrancar la maquinaria del suelo.

El motor dejó de tirar y las cadenas se relajaron. Los soportes del molinete habían estado a punto de arrancar el suelo de cubierta. Bastian se acercó a comprobar que todo estuviese correcto y entonces, alarmado, dijo que «había algo pegado en la cadena». Corrimos a donde él estaba y miramos más allá de la borda. Una tremenda capa de hiedra colgaba de la cadena como una

telaraña. Al acto sentí helarse toda la sangre de mi cuerpo.

—Son algas —dijo alguien.

—No lo son —respondí yo.

Para quien ya había presenciado el movimiento de aquella monstruosa vegetación no fue difícil distinguir un lento pero imparable avance en sus brillantes y negros nódulos, culebreando de eslabón en eslabón, en dirección al barco.

—¡Suben hacia nosotros! —grité aterrorizado—. ¡Apartaos! ¡Que no os alcancen!

Me eché hacia atrás y Bastian conmigo. A los otros dos les pudo la curiosidad (o la estupidez) y permanecieron en la borda mirando embobados aquella trepadora, que a cada segundo se extendía solo unos pocos milímetros, pero de forma imparable. Lo suficiente para engañar al ojo de un incrédulo.

Pronto había entrado por el imbornal y se arracimaba bajo sus pies.

—¡Dios mío! —gritó uno—. Ayudadme a quitármela.

La hiedra se movía muchísimo más rápido ahora que cuando la había visto en la isla. En pocos segundos le había alcanzado la cintura y unos gruesos tallos se arremolinaban como cadenas en sus tobillos. Bastian se lanzó a ayudarlo, pero yo le cogí de la camisa y tiré de él.

—¡Te atraparé también!

Él se zafó de mí y se giró con los ojos hinchidos de sangre, tanto que creía que iba a golpearme por haberme atrevido a sujetarle.

—¡Corre y avisa al capitán! —me dijo.

Salí como alma que lleva diablo hacia la popa, dando la alarma allí por donde pasaba. Los hombres, que hasta entonces habían estado relajados, fumando y bebiendo en los contenedores, me miraban como si hubiese perdido la chaveta.

Subí al puesto de mando y entré en la cabina. Allí encontré a Wenkel dando órdenes a través del comunicador.

—¡Ahora no! —gritó cuando traté de hablarle.

—¡Capitán, es importante! —exclamé—. ¡Nos abordan! ¡Las plantas que mataron a Donovan y a Gekko están aquí!

Wenkel dejó de hablar por el comunicador y me miró en silencio. Vi como una gota de sudor le recorría la frente.

En el comunicador gritaba una voz:

—¡Debe haber algo adherido al aspa! Se lo repito: no hay manera de moverlo sin que reviente.

El rostro de Wenkel reflejaba tensión, no miedo. La tensión de un hombre en cuyas espaldas descansaba la vida de diez hombres y su barco. Se acercó el comunicador a los labios y ordenó que le dieran toda la potencia del motor.

—¡Haga lo que le digo! —gritó ante las protestas del otro lado.

Después se giró hacia mí y ordenó que cogiera el timón y lo sujetase firme. Y que no me moviese de allí.

En los siguientes minutos asistí, desde aquella cabina de mando, a la preparación de una terrible batalla. Para cuando Wenkel llegó a los contenedores, la hiedra debía haber devorado al marinero ya que vi a Bastian y al otro subir a lo alto de los contenedores, con la pura expresión de horror en el rostro. Explicaron algo nerviosamente a Wenkel, mientras miraban hacia la proa.

Wenkel dio órdenes a Lisandro, Jens y a otros hombres que había por allí. Les vi correr hacia el castillo de popa y regresar, minutos más tarde, cargados de machetes, arpones y cuchillos que distribuyeron entre los demás. Entre tanto, otros hombres habían empujado varios contenedores formando una especie de barricada que cortaba la cubierta por su tercio delantero.

Las voces se sucedían en el comunicador. Repetían que las válvulas se estaban sobrecalentando por la presión y que el motor volvería a estallar. Era cierto que podía oírse el motor Diesel revolucionándose como una sirena y un temblor comenzó a transmitirse desde el eje hasta la punta del timón.

—¡Dé la orden de parar, por amor de Dios! —gritaban desde máquinas.

Quizá tuve que haberme decidido a tomar el comunicador y ordenarles parar, aunque no fuera más que el último mono en aquel barco. Si el motor no hubiera estallado causando aquel incendio, quizás hubiéramos tenido alguna oportunidad de salvarnos. Pero no lo hice... Y lo último que escuché a través de aquel comunicador fue un aterrorizado «¡Salid de aquí! ¡Huid!» seguido por una terrible explosión.

La cabina de mando se llenó de humo negro y me vi obligado a soltar el timón y salir a gatas de allí. La escalera estaba deformada por la deflagración y debajo de ella las escotillas escupían fuego. Vi a un hombre envuelto en llamas saliendo entre gritos. Se lanzó por encima de la borda, al mar, y cayó como una antorcha hasta apagarse. Pero no volví a oírle.

—¡Hombre al agua! —grité entre toses—. ¡Hombre al agua!

Cogí un hacha que yacía sobre el timón y rompí el cristal delantero. Algunos hombres, tumbados de espaldas a los contenedores, miraban el fuego incapaces de reaccionar. Les grité pidiendo ayuda, pero ellos estaban en

pánico.

Mientras tanto, encima de la barricada, vi al resto de la tripulación luchando por contener el avance de aquella hiedra. Los hombres se empleaban a fondo con sus machetes. Vi a Wenkel descargar su hacha sobre un tallo de grosor de una tubería de desagüe. Al hacerlo, la planta chorreó una savia negra y retrocedió como si del tentáculo de un pulpo se tratase. Fue la primera vez, desde que había visto esta maldita enredadera, en la que parecíamos ganarle algo de terreno. ¡Parecía que Wenkel había encontrado la manera de hacerlo! Pero entonces, a través de unos imbornales, aparecieron unos tallos de tamaño medio y dotados de unas hojas con forma de sierra. No los habíamos visto hasta entonces. Eran rápidos como serpientes y los vimos arrastrarse por el suelo a toda velocidad, por debajo de las piernas de Wenkel. Lo que hicieron con él preferiría poder olvidarlo. Su cuerpo, ensartado en uno de aquellos brazos, se elevó más de cuatro metros sobre nosotros, como una marioneta terrorífica, entre chorros de sangre y alaridos horribles. Después su cuerpo se estrelló en cubierta, como un saco de huesos desechos, y la turba de pequeñas raíces y hojas lo cubrió dispuesta a dar cuenta de él.

Varios hombres corrieron al bote de estribor y comenzaron a arriarlo. Bastian y Jens corrieron hacia allí con el objeto de frenarlos, ya que ese era el único bote que nos quedaba (el otro era el que Jens y yo habíamos devuelto y que nunca había sido izado). Pero antes de que los cobardes se largaran, dos largos tentáculos aserrados aparecieron en la escena y realizaron otra escabechina con uno de ellos. El resto trató de lanzarse al mar entre gritos desconsolados, pero sin éxito pues la hiedra fue más rápida. Sus cuerpos, como temblorosos insectos atrapados en la tela de una araña, quedaron suspendidos en el aire envueltos en la hiedra.

También Jens encontró el final allí. En un intento por salvar a uno de los cobardes, se vio enredado en la trepadora, que lo atrapó firmemente por las piernas y comenzó a arrastrarlo. Aunque él resolvió su destino a su manera. Y como nunca había llegado a desprenderse de su fusil, se adelantó a la planta y se reventó la cabeza de un disparo.

Bastian debió perder la razón más o menos entonces. Tomó su hacha y se lanzó a lo alto de los contenedores, gritando. Lo último que recuerdo es verle saltar sobre un cúmulo de raíces danzantes, con su machete en alto, dispuesto a repartir tanta muerte como pudiera antes de que aquella planta lo devorase a él también.

Para ese entonces, el incendio se había extendido hacia la proa con

voracidad. Me rodeaban unas llamas gigantescas. Además, la explosión debía haber abierto una vía de agua y el barco comenzaba a escorarse lentamente, en su última agonía.

El humo comenzó a asfixiarme, pero no podía bajar de la cabina a menos que quisiera abrasarme. Y saltar al océano no era una opción después de ver lo que nos atacaba. Terminé de romper el cristal con el hacha y trepé por el exterior, hasta encaramarme en el techo de la cabina. Desde allí pude ver a Lisandro, golpeando con su machete entre el humo. Le grité con todas mis fuerzas y Dios quiso que mi amigo me oyera. Se giró y aún recuerdo cómo una sonrisa se le iluminó en el rostro al verme.

Nos separaba una pared de fuego insalvable. Aun así, le grité.

—¡Intenta subir!

Pero él negó con la cabeza tal posibilidad. En cambio, me gritó algo.

—¡El bote de popa! ¡El bote de popa!

Enseguida entendí que se refería al tercer bote que había en el barco, y que yo había olvidado. El que estaba situado en la popa. Corrí por encima del tejado, que a esas alturas parecía una gigantesca chimenea, y vi el bote, sano y salvo, en una zona donde ni el fuego ni la hiedra habían llegado. Podría utilizarlo para salvarme. Tan solo debía llegar hasta allí.

Regresé entre el humo al otro lado del tejado. Ya apenas podía ver nada. Grité el nombre de Lisandro, lo grité al menos diez veces, pero mi amigo no respondió. Había utilizado sus últimas fuerzas en proporcionarme la forma de salir de allí. Entre lágrimas decidí no desaprovecharla.

La hiedra avanzaba libremente hacia la proa, enredándose en todos los obstáculos de cubierta, barandillas, tragaderas... No obstante, parecía reaccionar al fuego como cualquier otro ser vivo, retrayéndose ante el calor, ya inaguantable, que desprendía el incendio. Y eso era una ventaja para mí. Al menos sabía que la hiedra no acabaría conmigo. Pero el fuego lo haría con igual determinación y debía escapar de allí.

El Fiorod comenzaba su recta final hacia el fondo del océano. La inclinación se aceleraba y el barco comenzó a gemir en sus últimos estertores. Me acerqué al borde del tejado. A mis pies se elevaba un fuego voraz, imposible de sortear. Caer allí era como caer en una sartén hirviendo. Entonces me fijé en una jarcia de acero que descendía desde el tejado de la cabina hasta la misma grúa del bote. Era mi única posibilidad. Me saqué el cinturón, rodeé la jarcia y lo enrollé fuertemente entre mis puños. Después di un salto y me dejé caer en el aire.

Suponía que iba a bajar directo hacia el bote, pero el cuero no deslizó por el acero como yo había previsto. Me quedé suspendido sobre las brasas, como en una barbacoa y mis botas comenzaron a coger llama. Reaccioné agitándome con fuerza y este resultó ser el truco para hacer resbalar el cinturón uno o dos metros. Casi me caigo del susto, pero contuve el cinturón entre las manos y volví a balancearme. Otro metro. Y así, en tres o cuatro golpes, me vi aterrizando sobre el bote de salvamento.

El casco se inclinaba ya peligrosamente; pronto aquel lugar ejercería una succión que podría llevarme al fondo junto con el Fiorod. Había raíces flotando por allí, pero parecían muertas, despedazadas, supuse que por efecto del último esfuerzo de las aspas, el que llevó al motor a explotar definitivamente. Solté el seguro de las poleas y caí estrepitosamente sobre el mar. Después cogí los remos y, sin saber muy bien a dónde dirigirme, opté por alejarme del Fiorod siguiendo la línea de popa. En diez remadas me había distanciado lo suficiente.

El Fiorod se iba a pique y se llevaba aquel engendro con él. Oí el tremendo bufido del fuego al entrar en el agua, y los cruentos sonidos metálicos de la estructura comprimiéndose por la presión. El casco y la cubierta estaban completamente invadidos por aquella capa de hiedra negra, que se hundía también arrastrada por el barco.

La proa del barco alcanzó el último grado de inclinación y se sumergió para siempre en las aguas, en medio de una corona de espuma efervescente y humo. Entonces, a través de la niebla, procedente de la isla, escuché un terrible aullido, como de mil gargantas enloquecidas. Y después todo volvió a quedarse en un terrible silencio.

Remé. Remé. Remé. Y en algún momento debí caerme dormido.

Al día siguiente me despertó algo que no creía que volvería a ver jamás: un radiante sol y un cielo azul. De alguna manera había conseguido escapar de la niebla, de la isla, de aquella monstruosa planta. Grité de alegría, bailé hasta casi caerme al mar. Entonces no me daba cuenta de que ahora, bajo aquel sol férreo y rodeado de un mar interminable, me enfrentaba a otro destino quizá igual de mortal.

Al cabo de una semana dejé de remar, sin fuerzas. Traté de pescar, pero sin suerte. Parece que los peces se alejan de mí como si llevara la peste encima. Pero el principal problema es el agua. Encontré una cantimplora a bordo y la racioné cuanto pude, dando solo un par de sorbos al día. Hoy solo me quedan unas pocas gotas al fondo. Y el océano sigue siendo igual de inmenso y

solitario.

Y con esto llego al final de mi historia. He tardado doce semanas en tallar estas líneas, con la ayuda de un pequeño y afilado cristal que tallé afanosamente en forma de punzón. Mis manos están cubiertas de heridas y callos terribles, mis ojos enrojecidos, mis labios secos, pero he llegado al final y he cumplido la promesa que les hice, en silencio, aquel día cuando remaba alejándome del Fiorod.

Ya apenas tengo fuerzas para escribir más. Lanzaré el cristal por la borda y me tumbaré bajo la carpa. El agua se acabará pronto. Supongo que en unos días habré muerto.

Ahora, cuando cierro los ojos, sueño que vuelvo a las atestadas calles de Hamburgo, que recorro con mi amigo Lisandro. Sueño que comemos pasteles del barrio portugués y visitamos a mi padre en su pequeña relojería. Y sueño con que le abrazo y nunca me vuelvo a separar de él.

Que el Señor impida a ningún otro hombre pisar jamás esa isla endemoniada y guarde nuestras costas de esa plaga asesina, invencible, cuya raíz, cada vez lo tengo más claro, debe encontrarse en el mismísimo infierno.

Dios bendiga nuestras almas.

Amén.

*

—¡Despierte, Doctor! —dijo la voz de Kate—. ¡Despierte!

Abrí los ojos y vi las paredes del bote, rodeándome. Estaba hecho un ovillo, en el fondo de la lancha de salvamento. Era de día. Pensé que seguía a la deriva... En el océano. Pero eso había sido un sueño.

—Me quedé dormido —dije—. ¿Qué hora es?

—Más de las diez —dijo Kate—. Llevo buscándole una hora. ¿Qué demonios hace aquí metido? ¿Qué es este bote? La mujer de Nolan está de parto. El niño se le ha adelantado tres semanas. ¡Tiene usted que darse prisa!

—¿Nolan? —pregunté embobado. Todavía no sabía muy bien dónde estaba—. Pero ¿qué día es hoy?

Kate me ayudó a recostarme.

—Dios santo, doctor ¿Está usted bien? Es martes.

Miré a mi alrededor. El cobertizo. Las viejas maletas, los trozos de turba, las herramientas de jardinería. ¿Era posible? La pesadilla había sido tan real que aún sufría la angustia de verme flotando a solas, en la inmensidad del océano.

Salí del bote con la ayuda de Kate y comencé a hacerme cargo de la

realidad.

—¿Está mi maletín preparado?

Ella asintió.

—Entonces vaya a buscar un caballo. Y prepárese usted también; vendrá a ayudarme.

Kate salió corriendo hacia la casa y me quedé a solas junto a la barca. Allí, bajo la carpa de popa vi los pliegos de papel repletos de letras, y el diccionario de alemán abierto por la mitad, rodeado de ocho velas consumidas hasta el fondo, cuya cera se derramaba por todos sitios formando estalactitas blancas por la madera.

Recogí los papeles y los miré como si formasen parte de un lejano recuerdo. Diez pliegos en total, rellenos de unas palabras que no recordaba haber escrito. ¿Cómo había ocurrido todo? Debí sumergirme tanto en esta historia que las palabras corrieron de mis ojos al papel, casi instantáneamente, como en un trance. Apenas recordaba haber escrito más que la primera o segunda página. Después... Todo se aparecía en mi mente como un sueño.

—¡El caballo está listo, doctor! —gritó Kate.

Menos mal que ahí estaba Kate para hacerme descender al mundo real. Entré en la casa, guardé aquellos misteriosos pliegos en una carpeta en mi consulta, y salí a la calle principal, donde Kate y uno de los hijos de los Nolan esperaban con un gesto de incompreensión en la cara.

Cabalgamos a toda prisa a la pequeña granja de la familia Nolan, a más de una milla del pueblo. Encontré a la madre sudorosa en la cama, a punto de caramelo. El nuevo Nolan venía con ganas de ver el mundo. Kate se hizo cargo de las toallas calientes y de la cabecera de la cama. No había nadie como ella para gritar a una madre que empujara. Parecía que la que paría era ella.

El nuevo miembro de la familia no se hizo esperar. Desde el fondo de mi alma le agradecí la presteza: aquella mañana me sentía agotado, como si mi cuerpo hubiera sufrido una tremenda paliza. Una vez que el niño, limpio y ruidoso, estuvo en los brazos de su madre, solo deseaba cobrar mis humildes honorarios y marchar de allí. Pero Keith, el cabeza de familia, insistió en invitarme a almorzar. Alguna de sus siete hijas había preparado un *Steen* con ocasión de la venida del niño y rechazar tal oferta hubiera sido un gesto de malísima educación (teniendo en cuenta que quizá fuera la única vez en el año que pudieran comer carne). Así que, sacando fuerzas de flaqueza, me quedé a almorzar.

Debían ser cerca de las dos de la tarde cuando salí de allí, relleno de carne

estofada, cerveza negra y queso. Kate se había marchado media hora antes y cabalgaba solo, bajo la tenue luz de la tarde, por el camino de Rocard Hill. Mi mente, libre ya de preocupaciones, cayó como una pluma en unos pensamientos que llevaban horas esperando ser atendidos.

Recordé la historia del Fiorod. El testimonio del joven grumete huido de su familia. La avería en alta mar, la tormenta. De alguna manera mi mente había formado precisas imágenes de todos estos recuerdos. La cubierta del barco, repleta de cofres y contenedores, recibiendo el embiste de unas gigantescas olas. El silbido del viento. El traqueteo del motor bajo mis pies. Era todo tan real como el lloro de aquel niño que acababa de traer al mundo.

Llegué a lo alto de Santry Hill, desde donde se contemplaba un ardiente atardecer. El sol se ocultaba entre los velos de una bruma lejana, y caía lentamente detrás del horizonte. Observé el mar, muriendo sobre las rocas del acantilado.

Mi cabeza daba vuelta a esa historia. La niebla, la extraña isla hallada en medio de la nada... y aquella monstruosa vegetación que terminó devorando a los hombres del Fiorod. ¿Era la historia de un loco, de un hombre que había perdido la razón por culpa de la sed?

En ese preciso instante vino a mí una ráfaga de brisa, preñada del olor a salitre del mar. Y ahí fue cuando se me ocurrió la terrible idea que viene a dar el desenlace a esta historia.

Mi rocín se giró hacia un lado, después hacia otro, tratando de predecir el rumbo en base a los movimientos de mi cintura. Pero no yo sabía con certeza a dónde ir y noté al caballo alterarse bajo mi montura. ¿Qué demonios estaba haciendo el joven doctor Baterston? ¿Acaso tiraba hacia Dowan, hacia su consulta, para volver a leer esos pliegos que no recordaba haber escrito, o acaso quería ir a la mansión de Sandyford a comprobar un horrible temor que acababa de germinar en su mente?

Finalmente tiré de las riendas y cabalgué a toda prisa por el camino del acantilado. Casi en la última luz del día, por un estrecho camino al borde de un acantilado mortal... Debía estar loco.

Llegué a la mansión de Sandyford bajo la luz de una media luna. La encontré quieta y silenciosa. Algunas ventanas tenían luz y las chimeneas exhalaban columnas de hollín. Distinguí las camisas blancas de un par de mozos trabajando en los establos. Todo parecía normal y eso calmó mis nervios, refrescó mi mente. Casi me estaba arrepintiendo de haber ido hasta allí y estaba a punto de girarme cuando vi la puerta principal abrirse y la figura del

mayordomo aparecer desde el *hall*.

—¿Doctor Baterston? —preguntó—. ¿Es usted?

—Sí... Sí... —respondí titubeante—, quería hablar con el señor Coverdale, si no es demasiado tarde.

Su rostro, iluminado por una pequeña lámpara de aceite, se transformó en un gesto de sorpresa y preocupación. Llamó a John, que vino corriendo desde los establos, y le ordenó que se hiciera cargo del caballo. Después me invitó a pasar a la biblioteca y me pidió que esperara un instante.

Coverdale no se hizo esperar. Pero, a la contra que su mayordomo, no parecía sorprenderse de mi visita. Vino hasta mí con una sonrisa dibujada en los labios.

—El bote ¿verdad? ¿ha conseguido traducir algo?

—Todo —respondí estático.

Coverdale me observó en silencio durante unos segundos.

—Está usted pálido, doctor. Vamos, subamos a mi estudio y tomemos una copa. Debe usted contármelo todo.

—Lo haré, sin duda. Pero antes respóndame a una pregunta: ¿Qué hicieron con el cadáver y las algas que sacamos del bote? ¿Lo quemaron?

—No —dijo Coverdale—. Por supuesto que no. Acordamos enterrarlo todo y eso es lo que hice. Los restos de ese naufrago descansan en el viejo cementerio desde ayer mismo.

—¿Dónde está el viejo cementerio?

—Detrás de la casa, junto a los establos. Pero ¿en qué está pensando...?

—¡Lléveme allí! —exclamé—. ¡De inmediato!

Coverdale llamó a su mayordomo. Asustado, le ordenó que encendiera dos lámparas de aceite y nos acompañara. Yo le sugerí que llamasen también a un mozo «y que viniera armado con una pala». Así lo hizo.

Salimos todos al exterior, una nueva tormenta se acercaba desde el noroeste y un viento frío batía los árboles que rodeaban Sandyrock. Un mar encrespado batía las rocas al pie del acantilado. Bordeándolo, por un estrecho camino, nos dirigimos al viejo cementerio. Estaba elevado en un pequeño montículo del que brotaban antiquísimas lápidas de cruzado celta, junto a las ruinas de una antigua ermita.

Íbamos Coverdale, yo, su mayordomo y el joven Mulvaney con una pala al hombro.

—John —le dijo Coverdale—, llévanos a donde enterrasteis al naufrago.

El pequeño y enjuto John Mulvaney nos señaló las ruinas de un viejo muro

de piedra y hacia allí caminamos todos. Cuando llegamos, la luz de la luna y la de nuestras lámparas se unieron para iluminar un túmulo de tierra batida que debía ser la tumba del náufrago. Sobre esta tierra había comenzado a brotar una enredadera.

—No se acerquen —les ordené—. John, la pala.

Mulvaney me pasó la pala y con ella en ristre me acerqué con cuidado, muy despacio, al túmulo. Observé que la hiedra era todavía muy joven, pero que ya había comenzado a trepar tímidamente por las primeras piedras del muro. Su tallo era purpúreo o negro, recio y brillante. Hojas triangulares, divididas en gajos puntiagudos y dentados, de unas cuantas pulgadas de largura. Adelanté el extremo de la pala y lo coloqué sobre una de las piedras. Vi como la hiedra reaccionaba, igual que lo haría una recua de gusanos, ante aquel elemento invasor. Primero se apartó, y después, lentamente comenzó a serpentear sobre su metálica superficie.

Aparté la pala rápidamente.

—Traigan más palas, aceite y madera —grité sin dejar de mirar la hiedra—. ¡Hay que quemarlo todo!

*

Coverdale, yo y tres cansados mozos aún hacíamos guardia alrededor de las brasas cuando las primeras luces del alba despuntaron tras las colinas. Yo estaba medio dormido sobre el mango de mi pala cuando Coverdale me despertó de un codazo. Vi acercarse a su mayordomo portando una bandeja con té, pan y mantequilla.

Desayunamos mirando la tumba del náufrago, ahora convertida en un negro y humeante agujero. Los rastros de hiedra, carbonizados, se retorcían por todas partes, pero no parecía haberse extendido, como había sido mi temor.

Habíamos llegado a tiempo. Justo a tiempo de pararla.

Días después, charlando con Coverdale, le expuse mis teorías acerca de aquella extraña vegetación y de la isla perdida en el Caribe. Decidimos escribir un informe de los hechos que remitimos al departamento de biología del Trinity College de Dublín, incluyendo las transcripciones de las tallas encontradas en el bote. Un par de meses más tarde recibimos una amable contestación pidiéndonos «muestras de tan extraordinaria criatura», a lo que solo pudimos responder con un embarazoso silencio. Supongo que debieron tomarnos por locos. Y la fama excéntrica de Coverdale no debió resultar de gran ayuda.

Remitimos también una misiva a la comandancia naval de Belfast, que nos

confirmó la desaparición de un buque mercante llamado Fiorod, en las fechas en las que se desarrollaba el relato. Ninguno de sus once tripulantes fue encontrado jamás, así como ningún resto del barco. A través de su armador pudimos localizar a los padres del joven grumete Fritz Christobal Geller, un matrimonio ya entrado en años que regentaba una tienda de relojes en Hamburgo.

Hasta la fecha, he esbozado —y enviado al fuego— más de veinte cartas tratando de relatar, de la forma más amable y humana posible, cómo supimos de su hijo y en qué circunstancias se había ido a reunir con nuestro Señor. Inventé muchas historias con finales heroicos y memorables. Algo que les dejase un buen recuerdo. Pero ninguna de ellas me pareció creíble.

Finalmente decidí escribir la verdad, y mi alma descansa en paz después de hacerlo.

Ronda nocturna

Antonio era el último de la lista. Lo escogí al azar, como a los demás. Fui a por él un sábado a la noche.

La ciudad chhorreaba bajo una manta de lluvia. Un amigo me había hablado de la zona portuaria. Me recomendó perderme por allí con el coche; seguro que encontraría algo.

Conduje durante una hora por allí. Era un lugar angustioso. De otro mundo. No había nadie, ni una persona. Solo grúas, pabellones, raíles y algún que otro camión que me pasó rozando como un fantasma envuelto en llamas. Estando allí uno sentía miedo de perderse para siempre en aquel laberinto.

Entonces vi aquella pequeña garita encendida, como un faro apareciendo en el centro de aquella galerna. Me dirigí hacia ella. Aparqué a un lado, llamé a la puerta. Los cristales estaban empañados. Dentro sonaba una radio.

Antonio tendría unos cuarenta años y era algo delgado, demasiado delgado quizás para ser un guarda de seguridad. Según le vi me pregunte: ¿A quién podría enfrentarse con aquellos estrechos hombros? ¿A quién asustaría con aquella mirada dulce y melancólica?

Le dije que quería entrevistarle y me atendió amablemente.

—¿Un reportaje sobre mí? ¿Qué puedo tener yo de interés para el mundo?
—preguntó.

Le hablé del artículo. Se titulaba *Seres nocturnos: Vivir contra el reloj*. Me dijo que le gustaba el título (a mí también). Le expliqué que llevaba meses haciéndolo. Buscando a las personas que vivían de noche. Que salen de sus casas cuando los demás vuelven. Que se encuentran un mundo de puertas cerradas, ventanas encendidas y calles vacías. Tenía material para llenar dos libros, pero la revista solo me pagaba por cinco mil palabras. Tal vez cogiera el resto y escribiera una triste novela sobre las horas muertas. Sobre la letanía del reloj nocturno.

—Yo sé mucho de eso —dijo enseguida—. Puedo hablarle toda la noche si quiere.

Me hizo pasar, me ofreció una silla y algo de caldo. También tenía whisky por si refrescaba mucho. Una botella a medio vaciar. Yo ni siquiera me había sentado y ya tenía frío. Acepté un trago.

A través de la ventana el mundo aparecía desdibujado por la lluvia. Gigantes de cemento recortándose en la oscuridad. Largas líneas de farolas. Me recordó a las películas que hablan de remotos planetas, oscuros,

solitarios.

Charlamos un poco antes de empezar.

Antonio, de 41 años, trabaja de noche. Es vigilante en un complejo de la zona portuaria; una vasta extensión de hangares, galerías, depósitos, que debe recorrer tres veces por noche, armado tan solo de una pequeña linterna y una porra.

¿Trabajaba todas las noches de la semana?

—Todas —respondió—. Antes, cuando mis padres vivían, cogía algunos turnos durante el día. Pero ahora han muerto. No tengo hermanos, ni mujer, ni hijos. Así que no tengo otra cosa mejor que hacer. Y la noche me gusta. No me pregunte por qué.

Antonio pasa sus horas escuchando la radio y leyendo. Lee revistas de historia y arqueología. Confiesa que, de haber podido ir a la universidad, hubiera ido a la facultad de historia del arte. Tiene una revista doblada sobre la mesa en la que leo un título sobre Alejandría. Además, me revela que es un asiduo colaborador de varios programas de radio.

—Escucho a mucha gente contando sus problemas —me dijo al hilo de un programa que sonaba en la radio—. Hay gente tan desgraciada en el mundo que uno debe dar las gracias por todo lo que tiene. A veces siento que puedo dar un consejo, ayudar a una de esas voces anónimas. Entonces cojo el teléfono y llamo. En muchas emisoras ya me conocen. Me dan paso. Digo lo que pienso. A veces me gustaría abrazar a toda esa gente. Creo que un abrazo es todo lo que las personas necesitan muchas veces. ¿Sabe que muchos condenados a la guillotina solían pedir un último abrazo a sus verdugos?

Es un gran conversador. Consigue que uno se sienta como en casa a su lado. Es del tipo de personas que crees haber conocido toda la vida, aunque solo lleves diez minutos con él. Me habla acerca de sus sueños. De joven soñó con ser pintor. Un día se despertó de este sueño y se encontró en una vida que no le gustaba demasiado. Sus padres eran mayores y no pudo separarse de ellos. Encontró aquel trabajo y lentamente se hizo a él como un pie a un zapato viejo. Llevaba quince años viendo el mundo desde la ventana de esa garita.

Le pregunté acerca de su trabajo allí. ¿Era peligroso? ¿No le daba miedo salir a caminar por aquella oscuridad?

—A muchos vigilantes jóvenes les puede el miedo. Es un problema de imaginación. Ven y escuchan cosas... Voces que les hablan en la cabeza... Dejan que el terror les invada y campe a sus anchas. Yo creo que el verdadero peligro aquí está dentro de uno mismo. Se llama tristeza.

—¿Tristeza? —le pregunté.

—La tristeza es lo único que te puede matar aquí, en esta soledad. Puedes resistir cualquier cosa si tu cerebro tiene ganas de vivir. Pero en cuanto pierdes el rumbo... En cuanto comienzas a preguntarte cosas... Entonces estás perdido.

—¿Y usted, Antonio, logra zafarse de esa tristeza con facilidad?

—Hago lo que puedo —dijo llevándose el trago a los labios—. Pero nada es fácil en este mundo.

Antonio me sirvió más whisky y bebió él también, en silencio, con la mirada perdida, brillante. Yo me encendí un cigarro y fumé escuchando las gotas de agua repiquetear sobre el tejadillo de latón.

—Y usted... ¿Qué opina de la noche?

—¿Yo?

—Sí —dijo—, me ha dicho que lleva meses vagando con sus entrevistas de aquí para allá, siempre cuando la ciudad se echa a dormir. Entonces usted también es un... ¿Cómo nos llama? ¿un «animal nocturno»?

—No lo había pensado. Pero sí... Puede que yo también lo sea. Quizá debería entrevistarme a mí mismo.

—¿Y qué diría? —pregunto él—. ¿Qué se diría a usted mismo?

—¿Sobre qué?

—Sobre su vida, los sueños de juventud. ¿Por qué ha terminado haciendo esto?

—Bueno... ¿Por qué he terminado haciendo esto? Me lo pregunto muchas veces. Supongo que iba camino de un sueño y olvidé la dirección. Le pasa a la mayoría de los idiotas.

—¿Cuál era ese sueño? ¿Quiere decírmelo?

—Por qué no: quería ser escritor.

—¿Y? ¿Qué ocurrió?

—Me derrumbé. Perdí la fuerza. La fe... Las dos cosas. Además, nunca encontré una buena historia que escribir. A veces ocurre. Una maldición china dice: «Te deseo que vivas cosas interesantes»... A mí nunca me pasó.

—¿Quiere que le cuente una buena historia?

—¿Cómo dice?

Ya estaba un poco borracho. También cansado.

—En este sitio pasan cosas —continuó diciendo—. Cosas que no tienen explicación. Ocurren por la noche, cuando no hay nadie para verlas.

—¿A qué se refiere? —pregunté yo, sirviéndome whisky en el vaso—.

¿Fantasmas?

Había dejado de llover, pero el viento seguía su furiosa racha. El espectáculo era digno de verse. Bajo la luz amarillenta de la farola se formaban remolinos de polvo y basura. Extrañas y fugaces formas de vida que, después de danzar alocadamente, se deshacían en el aire.

—¿Cree en los fantasmas? —preguntó Antonio.

—No lo sé —respondí—. En principio diría que no.

—¿En principio?

—Ya sabe... No hay pruebas de que existan. Pero hay tantas cosas que no se saben. El tamaño del universo. Cosas así. Uno no puede cerrarse en banda a ninguna posibilidad. En el fondo nadie tiene ni idea de por qué estamos aquí. ¿Por qué me lo pregunta?

—¿Ve esa farola? —preguntó señalando a través de la ventana—. Hace años un guarda se ahorcó en ella.

—¿En serio?

—Es una vieja leyenda de este lugar. En realidad, todos los lugares tienen una cuando eres guarda. Hace muchos años trabajaba en el museo y también teníamos un fantasma. Aunque aquel era solo ruido de viejas escaleras y de tuberías... Pero este... Es diferente.

—¿Diferente?

—Sí. Yo creo haberlo visto.

No pude evitar que una sonrisa se me dibujase en los labios. Pero solo a medias, porque Antonio no parecía bromear. Noté que se me erizaba el vello de la espalda. Le pedí que continuara.

—Ocurrió cuando todavía estaban levantando este sitio —comenzó a decir él—. El constructor tenía muchas deudas y las obras quedaron paradas. Así que contrataron vigilancia privada para guardar la obra durante el invierno. Lo normal. Era un puesto bastante malo. En una obra, alejado de todo. Nadie lo coge por gusto. Así que pusieron al más novato. Uno que acababa de estrenar el uniforme. Dicen que tenía problemas. Depresiones. Y este trabajo no le ayudaba mucho. Ya se lo dije antes; aquí la cabeza es el problema. Una mañana, el relevo lo encontró colgado de su propio cinturón. El chico había escrito una nota. Su madre había muerto. Se había quedado solo en el mundo y ya no tenía ganas de vivir. Una desgracia.

—Realmente. ¿Pero es verdad que lo ha visto?

Antonio no respondió. Cogió su revista de historia, en cuya portada aparecía el título «ALEJANDRIA» impreso en letras doradas.

—Todos los hombres y mujeres que han pasado por la tierra se han preguntado lo mismo, al menos una vez en sus vidas: ¿Qué hay después de la muerte? Y a usted... ¿Le gustaría saberlo?

De pronto sentí que aquella no era una pregunta trivial. Sentí que algo ocurriría dependiendo de mi respuesta. Me lo pensé un par de veces antes de abrir la boca. Dije la verdad.

—Sí... Creo que me gustaría.

—¿Por qué?

—No lo sé. Quizá organizase mi vida de otra manera. Si supiera que voy a pasarme la eternidad sentado en una nube... O encerrado en una jaula y rodeado de llamas... Viviría de otra forma

—¿Escribiría? ¿Volvería a intentarlo?

—Puede... Pero eso no responde a mi pregunta... ¿Dice usted que vio a ese fantasma?

En ese momento dieron las doce de la noche en la radio. Oímos los pitidos y la sintonía del noticiario. «Radio Nacional de España. Son las doce de la noche. Hora de las noticias».

—Hora de la ronda —dijo Antonio—. Usted puede quedarse aquí si quiere.

Afuera llovía otra vez. Un viento helado empujaba las gotas de agua contra el cristal de la garita. Normalmente no me importaba —de hecho me gustaba— acompañar a mis «seres» durante su trabajo. Ver lo que veían, oír lo que oían. Era buen material para el artículo. Pero en aquella ocasión, algo me tenía atado a la silla.

—Vamos —bromeó Antonio sonriendo—. Le prometo que si vemos algún fantasma yo me encargo de él.

De acuerdo, le dije. Aquel hombre me había resultado tétrico, espeluznante por un momento. Con sus extrañas preguntas y reflexiones sobre la muerte. Pero tenía una dulzura en sus ojos. Algo que, por alguna razón, lograba calmarme respecto a lo demás.

Antonio se vistió su impermeable azul marino y me dio otro que tenía de recambio para que no estropease mi «elegante chaqueta». Tomó la linterna y se cargó la porra a un lado. También cogió una extraña maquina redonda envuelta en una funda de cuero, que resultó ser un «reloj de marcaje».

La lluvia nos espabiló un poco la borrachera. Caminamos a lo largo de uno de los lados del edificio, donde sobresalían los diques de carga para camiones, las persianas cerradas.

Al final de la calle, Antonio se paró junto a una pared de la cual colgaba

una cadena, en cuyo extremo había una vieja y roñosa llave. Antonio la tomó y la introdujo en su reloj. Sonó un clic metálico.

—Ya solo quedan trece —dijo sonriendo.

Dejamos atrás la calleja y entramos por una pequeña portezuela en uno de los hangares. La linterna de Antonio rasgó la vasta oscuridad de aquel sitio. Las gotas de agua golpeaban el tejado, a ocho o diez metros de altura. Por lo demás, el sitio permanecía sumido en el silencio.

Comencé a caminar más cerca de él. El hombre tenía razón en decir que la cabeza era el problema en aquel lugar. Mis ojos no paraban de mirar a los lados, allí donde la linterna iluminaba solo de refilón. Sentía que en cualquier momento algo aparecería tras una de aquellas esquinas.

Marcamos otra llave. Salimos del hangar por una gran puerta y descendimos una cuesta en espiral para vehículos. Entramos en una galería subterránea. Antonio me dijo que era un gran área de depósitos. Ahora la oscuridad era total. La lluvia era solo un eco. Se oían goteras. Y nuestros pasos. Nada más.

Antonio caminaba sin prisa, apuntando con la linterna al suelo. Habríamos andado un par de minutos cuando se paró sin motivo aparente.

—¿Qué ocurre? —susurré.

Antonio no respondió. Entonces apagó la linterna. Nos quedamos completamente a oscuras.

—Antonio ¿qué hace? —pregunté tratando de contener el pánico que comenzaba a subirme desde el estómago.

—Escuche —le oí decir—, ha sido un auténtico placer. Pero ¿recuerda lo que le prometí? Si aparecía algún fantasma, yo me haría cargo de él.

—Sí... Pero.

—Silencio. No hable. Le tomarán por loco.

—¿Por loco?

—Y no se olvide de escribir. A los fantasmas les gustan los escritores. En realidad, son ellos los que les cuentan las historias, al oído, cuando duermen.

—¿Qué dice?

Una linterna volvió a encenderse, pero ahora estaba lejos. Oí pasos corriendo hacía a mí. La linterna comenzó a apuntarme. Miré a los lados. Antonio ya no estaba allí.

—¡Deténgase! —gritó una voz.

—¿Yo?

—¡Quieto!

La linterna llegó donde mí al cabo de unos segundos. Al otro lado había un

guarda, otro guarda. Un chico joven, pelirrojo, bien formado.

—¿Qué hace aquí?

—Estoy con Antonio, su compañero. Pero ahora no sé dónde se ha metido.

—¿Antonio? ¿De qué habla? No conozco a ningún Antonio. Vamos —dijo aquel chico joven y agresivo—, acompáñeme y no haga tonterías.

Volvimos a la garita. Yo en silencio. Trataba de encontrar una solución al misterio. Una solución razonable.

La garita era la misma. La radio seguía sonando, el calefactor calentando. Traté de explicárselo todo al guardia: el impermeable, el whisky (sobre todo lo del whisky, que pareció enfurecerle). Le dije que hacía entrevistas a personas que trabajaban de noche. No pareció importarle en absoluto. Le dije que Antonio me había recibido. Que habíamos charlado durante unos cuarenta minutos...

—Le vuelvo a decir que aquí no hay nadie excepto usted y yo. Llevo una hora haciendo la ronda.

El chico quería llamar a la policía. Yo le dije que llamase a mi editor. Le despertamos. Hubo una conversación. El chico llamó a su jefe. Hubo otra conversación. Al final me dejaría marchar.

—¿Y la revista? —pregunté—. ¿Es suya?

—Las regalan con el periódico.

—Oiga... ¿Ha oído hablar del hombre que se ahorcó aquí?

—¿De qué habla? Mire, será mejor que se marche. Y no volveré a decírselo.

Anoche volví por allí otra vez. Había otro guarda, tampoco me dejó pasar. Y esta vez tuve que apretar el paso; al parecer alguien había dejado aviso de que «un tipo andaba curioseando».

He vuelto a casa, conduciendo bajo la lluvia, pensativo. Tengo el corazón en un puño, dudando entre reír o llorar. O las dos cosas al mismo tiempo.

Me he sentado aquí, frente a mi viejo cuaderno de escritor y he soltado todo esto sin pararme ni una vez. Era como si una voz me dictara las frases.

En realidad, no me faltan historias. La vida está llena de ellas, si uno tiene ganas de contarlas. Y si los vivos no las quieren oír pues... Siempre se puede contar con los muertos. Un amigo me dijo que adoran a los escritores.

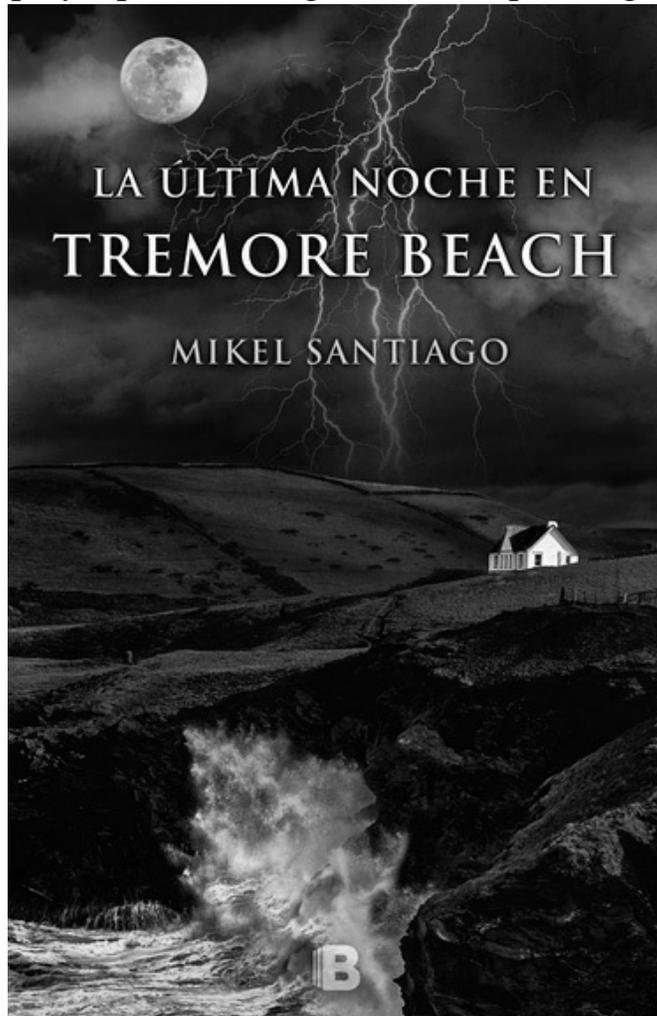
¿Te ha gustado esta colección? Los libros necesitan opiniones para llegar a más lectores. ¿Me ayudas colgando la tuya en Amazon?

No olvides seguir mis novedades en www.mikelsantiago.info

Otros títulos del autor

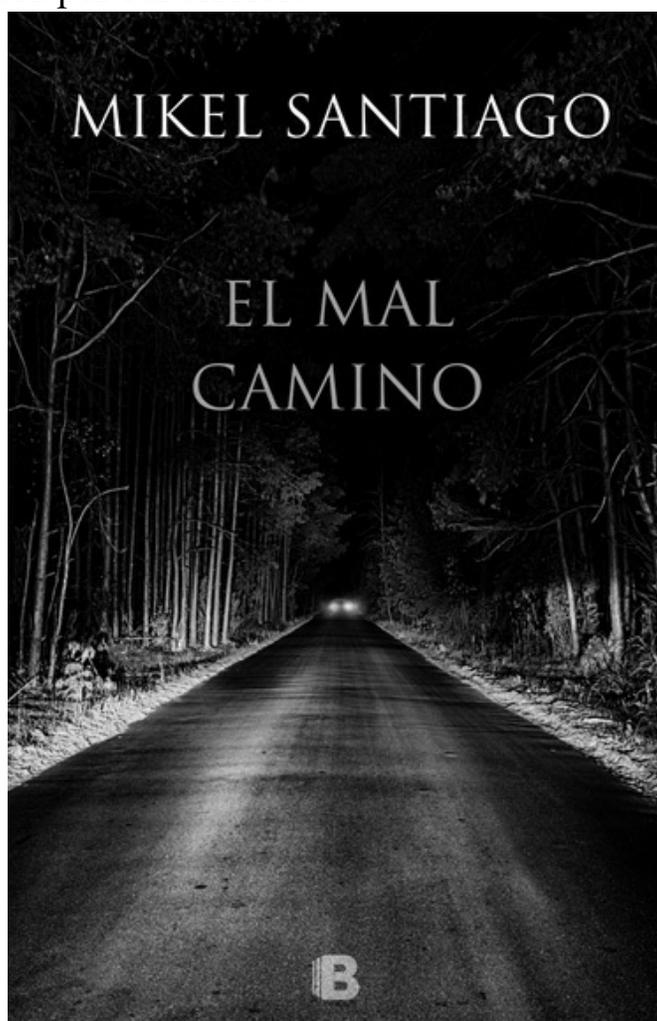
La Última Noche en Tremore Beach

Peter Harper es un prestigioso compositor de bandas sonoras que, tras un traumático divorcio, se refugia en un rincón perdido de la costa de Irlanda para recuperar la inspiración. La casa de Tremore Beach, aislada en una enorme y solitaria playa, parece el lugar indicado para lograrlo.



El Mal Camino

Una carretera rural del sur de Francia, un hombre surge de la oscuridad y desencadena una serie de extraños acontecimientos, convirtiendo en una pesadilla las vidas del escritor Bert Amandale y su amigo Chucks Basil, una estrella de rock en horas bajas. Santiago se sirve de un escenario idílico e inquietante, en el corazón de la Provenza, para atraparnos en una historia que se lee compulsivamente y en la que late, de fondo, el destino de unos personajes marcados por sus errores.



El extraño verano de Tom Harvey

Un lugar idílico bañado por la luz cegadora del Mediterráneo. Una galería de personajes estafalarios, carismáticos y sospechosos. Un «quién-lo-hizo» a ritmo de thriller en el que todo el mundo puede ser culpable hasta que se desvele la verdad.



La Isla de las Últimas Voces

El temporal se cierne sobre St. Kilda y casi todos han huido en el último ferry. No quedan en la isla más de cincuenta personas, entre ellos Carmen, una mujer española que trabaja en el pequeño hotel local, y un puñado de pescadores. Serán ellos quienes encuentren un misterioso contenedor metálico junto a los acantilados.



Table of Contents

[LA HUELLA](#)

[Unas palabras a modo de introducción...](#)

[Historia de un Crimen Perfecto](#)

[Escorpio](#)

[Noche de Almas](#)

[La razón de Dios](#)

[Una entre un millón](#)

[El problema de Darby](#)

[La Isla de los Cien Ojos](#)

[Ronda nocturna](#)

[Otros títulos del autor](#)